

28616

XIV-381

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL SIGLO XIX.

POR

UNO QUE NO LO ES.

La biografía es el arte de reunir el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad...

J. NORVINS.

TOMO VI.

MADRID,
IMPRENTA DE D. FERNANDO SUAREZ,
PLAZUELA DE CELENQUE, 3.

1843.



28616







D. F. ESPOL Y RIVERA.

D. F. ESPOZ Y MINA.

«El destino de Mina tiene particular interés, porque debió su gloria á sí mismo, y fue hijo de sus obras. Semejantes hombres, son queridos de las Naciones, y merecen serlo.»



Uno de los hombres mas notables que produjo en España la gloriosa guerra de la independencia, es sin duda alguna el personage de cuya vida vamos á ocuparnos. De humilde origen, sin fortuna, sin educacion, se elevó desde el seno del pueblo, en el que habia nacido, á los primeros puestos de la gerarquía social; y esta elevacion extraordinaria no la debió á la intriga ni al favor, y sí solo á la energia y á la consecuencia de su carácter. Lo que queria en su mocedad, lo queria

tambien en sus últimos dias , y digna es de aprecio sin duda tan inalterable constancia en un siglo versatil y fecundo en defecciones ; y á ella ha debido sin duda, asi como á su probada honradez, su renombre y popularidad. No ocultaremos sin embargo que en los últimos tiempos, dominado por el vértigo que se apoderó de todos los Españoles en las recientes contiendas civiles , ha desmentido tal vez algunas de las bellas cualidades que se le atribuian , y ha probado cuan fácil es errar en las cuestiones políticas , cuando los hombres llamados á decidir las no se hallan dotados de la capacidad para ello necesaria.

Don Francisco Espoz y Mina nació en Idozin, pueblo de Navarra , el 17 de Junio de 1781 , siendo sus padres Juan Esteban Espoz y Mina, y Maria Teresa Ilundain y Ardaiz, honrados labradores de quienes recibió su unica educacion, segun él mismo ha referido en la historia de su vida , publicada en Londres en 1824. Pasada su primera infancia y despues de saber leer y escribir , única cosa á que se limitó su educacion doméstica , se dedicó á las labores del campo, adquiriendo en ellas sin duda la actividad y fuerza que despues le han distinguido. A la muerte de su padre



quedó encargado de la reducida hacienda que formaba su patrimonio , y así vivió hasta la edad de 26 años, en que nuevos y grandes acontecimientos debían abrirle el camino que le había de conducir á los altos empleos y distinciones, debidos á su valor y á sus grandes servicios.

Verificada la invasión de los franceses en 1808, y arrebatado Mina del noble ardor pátrio que inflamaba á todos los corazones españoles, abandonó el arado y empuñó el fusil, sentando plaza como soldado voluntario , en el batallón titulado de Doyle , el 8 de Febrero de 1809. Poco tiempo despues pasó á la guerrilla que mandaba su sobrino Javier Mina , el cual abandonando la carrera eclesiástica á que le dedicaban sus padres, y deseoso de vengar los agravios y perjuicios causados á su familia por los franceses, formó, reuniéndose con otros doce, una partida con la cual principió sus correrías contra el enemigo , ostigándole constantemente en las provincias limítrofes de Aragon y Rioja. Hecho prisionero en una emboscada, fué D. Javier Mina conducido á Francia y encerrado en el castillo de Vincennes, donde permaneció prisionero hasta que regresó á España en 1814; pero habiendo tomado parte con

su tío en la expedición contra Pamplona de que hablaremos después, tuvo precisión de emigrar á Francia. En 1816 se embarcó para Méjico, con el intento de proclamar allí la independencia; pero hecho prisionero con algunos de sus compañeros, juzgado por una comisión militar y condenado á muerte, sufrió aquella pena el 13 de Noviembre de 1817. Volvamos, después de esta pequeña, pero precisa digresión, á referir los sucesos de la vida del personage que nos ocupa.

Derrotado y hecho prisionero su sobrino, Mina reunió los restos de su disuelta guerrilla, y contuvo de este modo el robo y otros excesos á que se habian entregado: con ellos principió á obrar por sí solo, y su firmeza y teson acompañados de una conducta moderada, le conciliaron el reconocimiento de los pueblos, y la obediencia de sus partidarios que iban aumentando diariamente, engruesando sus filas, impulsados unos por puro patriotismo, y tal vez por motivos menos nobles otros. Apenas habia reunido 800 hombres, sus hechos militares llamaron la atención de la junta superior de Aragon y parte de Castilla, la cual le nombró Comandante General de todas las guerrillas de Navarra en 23 de Abril de 1810, entre

las cuales eran las mas famosas las que se llamaban de Curuchaga y Gorriz, si bien estos gefes conociendo la superioridad de talento de Mina le habian reconocido ya mucho antes por su cabeza. Algun tiempo antes Miguel Sadaba, que dependia del guerrillero Echevarria, habia reunido 400 hombres de la guerrilla de Mina, y desarmado á Gorriz sin otra causa que la de estar en relaciones con Espoz y Mina. Hallábase este en el pueblo de Lacunza cuando llegó á el Sadaba, quien fue á visitarle echándole en cara Mina su mal comportamiento con Gorriz, dejándole finalmente arrestado en su casa, bajo la custodia de su pequeña partida. Acercábanse al pueblo los soldados de Sadaba; pero Mina les salió al encuentro, y lleno de firmeza y carácter les dijo. «Señores, la defensa de la patria nos llama, es ya tiempo que tengan fin los desórdenes, y asi exhorto á Vds, á reunirse, especialmente los que quieren hacer la guerra.» Oido este corto, pero eficaz discurso, unieronse todos á Mina, excepto 20 que con el abanderado se resistieron á hacerlo: «Señores, dijo entonces Mina, Vds. no quieren servir de buena gana, venga la bandera y acudan Vds. á mi posada por los pasaportes.» Reunié-

ronse á él todos, menos el abanderado que desertó: Sadaba fue nombrado al día siguiente por Mina Ayudante mayor, obtuvo despues; en su division el grado de Capitan, y sirvió en ella hasta que habiendo sido hecho prisionero por una columna francesa que salió de Pamplona, en época en que recíprocamente no se daba cuartel, fue ahorcado en aquella plaza.

En Abril de 1810, habian entrado en Navarra por la parte de Bayona 25,000 franceses al mando del Conde Dorcene, que debia pasar á Portugal á reforzar á Massena. Detúvose aquel ejército á perseguir á Mina á fin de acabar con un enemigo tan temible, saliendo al efecto varias divisiones y columnas volantes en diferentes direcciones, sin que se escaparan á sus pesquisas en su horrorosa persecucion, los bosques ni los montes. Reducido Mina á los mayores apuros, falta de víveres y de recursos pecuniarios, y sin lugar seguro, dividió su tropa en compañías, destinándoles los diferentes puntos por donde podian salvarse; no bastó esto aun, y Mina hubo de adoptar un espediente, que aunque arriesgado, le produjo por entonces todo el efecto que podia prometerse. Dió orden á sus diseminadas tropas de reunírsele en Alfaro, al otro

lado del río Ebro , el cual vadearon por estar tomados por los franceses todos los puentes, y retiradas las barcas. Reunidas las tropas, una parte de las del enemigo se puso en su seguimiento para Castilla ; hubo varios encuentros, y en el de Tarazona fue herido Mina en un brazo, y Curuchaga en la cabeza ; precisados los dos Comandantes á retirarse á lugares seguros para curarse de sus heridas , quedaron las tropas al mando de Gorriz.

Hallábase en Castilla Hernandez , con una partida de 70 caballos ; avistose con él Mina en Calahorra, y le mandó que le siguiese; obedeció aquel, pero fue para intrigar con los franceses, pues habiendo sido atacado Gorriz por la division de caballería Roquet, entre Cuzcurruta y Belorado, Hernandez contribuyó mas bien á envolver á Gorriz que á sostenerlo; el campo quedó por los franceses, y las tropas de Navarra tuvieron una pérdida considerable. Hernandez volvió á Navarra, y fue fusilado de orden del Comandante general.

Mina organizó despues sus tropas en Castilla, nombró oficiales, y formó con ellas tres batallones, reservándose el mando del primero para i, dando el de el segundo á Curuchaga y el del

tercero á Gorriz. Las tropas francesas que habian quedado en Navarra principiaron á marchar para Portugal á mediados de Noviembre, quedando las que parecieron suficientes para hacer frente á Mina. Indudablemente la detencion de aquel ejército contribuyó mucho á que Massena tuviera que retirarse de Portugal, y á que el ejército inglés obtuviese las ventajas que consiguió.

Todo el año de 1811 se pasó en escaramuzas y acciones de guerra, cuya enumeracion seria demasiado prolija y pesada. En aquel mismo año reconoció el Gobierno español, como tropas de línea del ejército, las de Navarra; aprobó los nombramientos de gefes y oficiales hechos por Mina, y elevó á este al grado de Brigadier en 19 de Noviembre, y al de Mariscal de campo en 17 de Abril del siguiente año.

7 A principios de 1812 emprendió Mina el bloqueo mas rigoroso de la plaza de Pamplona, el cual continuó hasta que los ejércitos aliados avanzaron sobre la frontera, reforzándose con este motivo los franceses con tropas venidas de todas partes. En Octubre adelantaron los ejércitos aliados sobre Búrgos, y principiaron el sitio de su castillo. El General Mina recibió ór-

denes de Wellington para incomodar diariamente al enemigo por la parte de Logroño y Vitoria, lo que ejecutó puntualmente. Hallábase en la primera de dichas ciudades el General francés Caffarelli con un ejército respetable, pero muy inferior al de los aliados. Los franceses debían avanzar sobre Búrgos, pero para ello era indispensable separar á las tropas que mandaba Mina de los puntos que ocupaban: hicieronlo así con refuerzos recibidos de Aragon, y Mina, no pudiendo resistir á tan numerosas fuerzas, replegó las suyas á otros puntos; entonces el ejército de Vitoria se movió para Búrgos, y los aliados emprendieron su retirada con notable pérdida hasta la frontera de Portugal y Ciudad-Rodrigo.

En 7 de Setiembre de este mismo año fue nombrado Mina Comandante general del alto Aragon, izquierda del Ebro, donde siguió el mismo sistema político y militar que tenía establecido en Navarra. Varias partidas armadas eran también el terror de los pueblos, y en general la propia utilidad era el único móvil que dirigía la mayor parte de los que las mandaban. Mina formó allí tres batallones de Aragoneses, que contribuyeron poderosamente á la espulsion

de los enemigos con conocidas utilidades del país.

En Marzo de 1813 entró en Navarra con 16,000 hombres el General Clausel, con intento de fortificar varios puntos de aquel reino, para proteger la retirada general de los invasores. Mina se puso en el caso de impedirlo, y aunque no contaba á la sazón más que con 4,000 hombres, por cubrir las restantes fuerzas el alto Aragón, tuvo varios encuentros con Clausel, y le disminuyó considerablemente su ejército. A fines de Mayo del mismo año avanzaron por segunda vez los ejércitos aliados sobre Búrgos, y Mina recibió nuevas órdenes de Wellington de distraer la atención de los enemigos, mientras él operaba. Reforzado Clausel con una parte de las tropas que existían en Pamplona, y después de dejar bien guarnecida dicha plaza, pasó á Logroño, en ocasión que el ejército del Rey José se acercaba á Vitoria. Temeroso Wellington que este fuese reforzado con el de Clausel, trató de impedirlo, y Mina se encargó de verificarlo, interceptándole toda comunicacion y fatigándolo con continuas alarmas. El ejército mandado por José fue atacado y batido á los pocos días, y Clausel no tuvo noticia alguna de su derrota hasta el terce-

ro en que salió para Calahorra, desde donde se dirigió á Zaragoza, acosado en su retirada por Mina, segun habia convenido este con Wellington, mientras una division inglesa debia cortarle su frente por Tudela, en cuyo caso Clausel podia quedar prisionero con su ejército; pero esta division avanzó hasta Caparroso, á seis leguas de Tudela, adonde pudiera haber llegado antes que Clausel, y contramarchó hácia Casada, replegándose sobre Pamplona, y dejando espedito el paso al francés que llegó á Zaragoza, aunque perseguido por Mina.

El castillo de esta ciudad llamado de la Aljameria, y guarnecido por 500 hombres, fue tomado por Mina despues de algunos dias de resistencia. El General París que mandaba en Zaragoza, fue atacado entre Lecinena y Alcubierre por una parte de las tropas de Navarra, perdió toda su artilleria, mucha gente, y el convoy de efectos que conducia. El Mariscal Suchet ocupaba varios puntos de la derecha del Ebro en Aragon, y trataba de reunirse á Clausel que se acercaba á Zaragoza, cuando la llegada rápida del General Mina le obligó á cambiar de plan y á dirigirse hácia Lérida: siendo evidente que de haber verificado

aquellos generales su reunion , impedida por las operaciones de Mina , el éxito favorable de parte de los aliados en Vitoria, hubiera sido, sino imposible, dudoso. En seguida evacuaron los franceses todo el Aragon, esceptuando las plazas de Benasque y Jaca que cayeron despues en manos de Mina.

Wellington habia fijado su cuartel general en Vera , despues de haber dejado el cuidado del sitio de Pamplona al General España con 6,000 hombres ; ignorándose las causas que decidieron á Wellington á privar á Mina de una gloria que tan bien merecida tenia , pues aquella plaza habia sido siempre objeto de sus desvelos , y la habia bloqueado contra toda esperanza , hasta que vinieron sobre ella los ejércitos aliados. El Conde del Abisbal , á quien cupo la suerte de estar todo el mes de Julio sobre la misma plaza , se retiró clavando su artillería , y abandonando los puntos que cubria , el dia 30 de dicho mes , en que se dió la batalla de Sorauren entre las tropas de Sault y Wellington. Tampoco hubiera podido sostenerse el General España si Mina no le hubiese guardado las espaldas, situado en Sangüesa por disposicion del General inglés , con órden de se-

cundar las operaciones de los sitiadores de Pamplona, en caso necesario, y tambien las del ejército inglés, que á las órdenes del General Hill ocupaban varios puntos sobre el Roncesvalles. Capituló Pamplona á los pocos dias, teniendo en ello gran parte el General Mina, por lo apurados que tenia de recursos á los defensores y á los habitantes de la poblacion.

El General Hill llamó poco despues en su socorro á Mina, quien subió á Roncesvalles, y con solo 3,000 hombres se encargó de la defensa de los mismos puntos que sostenian los ingleses con 18,000. Hill se dirigió á San Juan de Luz, y Wellington mandó á Mina que penetrase por Baygorri á San Juan de Pie del Puerto, fortaleza francesa, cuyo bloqueo debia hacer. Los Baygorrianos se resistieron; pero fueron batidos. Se principió el bloqueo de San Juan, reducido despues á sitio formal, siendo tan felices las primeras operaciones de Mina sobre aqueila plaza, que se li-songeaba de haberla tomado en pocos dias, á no haberse verificado la paz general cuando menos se esperaba. Entretanto Mina dejó el cuidado de las tropas de San Juan al Coronel Gorritz, y se dirigió velozmente á la plaza de Jaca, sitiada

pitau general del ejército y provincia de Navarra, confirmandole el empleo de Mariscal de campo que antes se le habia conferido. Desde allí fue trasladado á Galicia, á peticion suya, y con igual encargo, en Enero de 1821. Apenas llegado á su nuevo destino recorrió el distrito de su mando, mejoró el estado de las plazas y de las tropas, reanimó el espíritu público, y consiguió desbaratar las partidas que alarmaban y destruian la provincia, adoptando sin embargo algunas medidas en extremo rigurosas, y solo disculpables por lo difícil de las circunstancias.

Pero el disgusto continuaba, é iba en aumento en muchos puntos de la nacion, que no veia los buenos resultados que con el restablecimiento de la libertad se le habian hecho esperar. A los nueve meses de estar Mina mandando en Galicia, fue reemplazado, no sin disgusto suyo, por el General Latre, y destinado de cuartel á Leon, á donde llegó en Enero de 1822. En aquella ciudad aumentó su partido entre los que querian mas ensanche todavía en las reformas políticas, y haciéndose notar por varios actos de popularidad, siendo entre otros el de hacer el servicio como simple soldado en las filas de los Nacionales.

Con los excesos por una parte y el desconcierto por otra, habia tomado ya mucho cuerpo la insurrección absolutista; en Cataluña principalmente se había hecho tan alarmante, que habia sido preciso declarar aquel distrito en estado de guerra. Mina fue nombrado General en jefe de aquel ejército, y antes de pasar á él se trasladó á Madrid para concertar con el Gobierno sus planes de operaciones; pero no tardó en conocer la poca exactitud de las noticias que acerca del estado del país se tenían, la insuficiencia de las fuerzas que se ponian á su disposición para combatir á los rebeldes. Aceptó sin embargo tan difícil misión, por la razón misma de que era peligrosa. Entró en Cataluña el 9 de Setiembre con 800 infantes y 275 caballos, y el 10 se encargó en Lérida del mando del ejército, ó por decirlo mejor, formó uno allí. Cataluña estaba entonces ocupada por 30,000 facciosos, dueños de muchas plazas fuertes, dominando casi todo el país, protegidos por gran parte de los pueblos, y obedeciendo á una Regencia establecida en la Seu de Urgel, compuesta del Marqués de Mata Florida, del Arzobispo preconizado de Tarragona D. Jaime Creus, y del General Baron

de Eroles. Aunque Mina entró en campaña con fuerzas muy inferiores, consiguió desde el momento notables ventajas, y en pocas semanas organizó un ejército. Hizo levantar el sitio de Cervera, que se hallaba en el último extremo; pasó desde allí á Calaf, donde estableció su cuartel general, distribuyendo el ejército en cuatro divisiones, quedando la primera bajo su inmediato mando, la segunda al del General Don Francisco Milans, la tercera al del Brigadier D. José Manso, y la cuarta al de igual clase D. Antonio Rotten. Situado Mina en Calaf, protegía la entrada de víveres en Cardona, cuya plaza estaba constantemente bloqueada por los realistas. Entre tanto iban llegando las fuerzas destinadas por el Gobierno á Cataluña, y se reanimaba el espíritu de los liberales. El ejército emprendió sus operaciones, y Mina se dirigió sobre Castellfullit, de cuyo fuerte se apoderó despues de una obstinada resistencia, y de haberse abierto paso la guarnicion por medio de la línea enemiga, matando algunos centinelas, y sin ser casi sentidos por los sitiadores. Mina dió un bando fechado *donde fue Castellfullit*, y despues de haber mandado saquear y destruir

el pueblo, dando muerte á personas inofensivas é incapaces de llevar las armas, mandó destruir el pueblo, y colocar sobre sus ruinas la siguiente inscripcion: *Aquí existió Castellfullit: pueblos, tomad ejemplo. No abrigueis á los enemigos de la patria.* Esta medida de rigor no dejó de ser criticada por cuantos saben, que en las contiendas civiles no es el mejor medio para apagar los odios y restablecer la paz.

Desembarazado Mina de Castellfullit, se dirigió con sus tropas y tomó á Balaguer, batió á los absolutistas en todos los encuentros, hizo huir á la Regencia de Urgel, se apoderó de todos sus papeles, arrojó al territorio francés á los dispersos restos de la rebelion, y á poco mas de seis meses de marchas forzadas y continuas victorias, pudo escribir al Gobierno que la faccion quedaba destruida, y terminadas las operaciones. Tan relevantes servicios obtuvieron por premio que el Gobierno le nombrára en 26 de Diciembre de 1822 Teniente General, y le concediera la gran cruz de San Fernando; confiriéndole en seguida en 20 de Enero de 1823, la Comandancia general del distrito de Cataluña, del cual hasta entonces solo habia mandado las armas.

Los sucesos de la guerra continuaban poco favorables á los realistas , pero continuaban tambien con mas crudeza las disensiones entre el partido liberal , y eran mayores todavia los atropellos y crueldades que se cometian contra ciudadanos indefensos , y en especial contra los sacerdotes. Entretanto , las tropas francesas , concentradas en la frontera con el nombre de cordon sanitario , amenazaban con una próxima invasion á las provincias que Mina habia pacificado. No entraremos en los detalles de los varios encuentros que tuvieron lugar ; Mina , con fuerzas demasiado inferiores para dar batallas campales, se lisongeaba de poder batir al enemigo en detall, como en la guerra de la Independencia ; pero al mismo tiempo que de hombres , estaba exhausto de recursos , y el ejército francés habia pasado bruscamente la frontera el 13 y 14 de Abril de 1823. Sorprendido Mina , le fue imposible recoger los subsidios que se le habian prometido en una junta de las autoridades políticas y administrativas de las cuatro provincias que componia el distrito, reunida por él anteriormente en la ciudad de Vich, ni reunir un ejército bastante para la resistencia. No se desanimó sin embar-

go; provisionó en lo posible las plazas fuertes, y con las pocas fuerzas con que contaba, tuvo durante dos meses en jaque al Mariscal Monecy, cuyo ejército invasor se componia de 20,000 infantes y 2,500 caballos, apoyados además por más de 7,000 facciosos organizados militarmente, que invadian todo el Principado. En aquella lucha desigual hizo Mina cuanto estaba en su mano, y recorrió con algunas fuerzas la parte de la Serdania, confiado, según por entonces se decia, en que por manejos de las sociedades masónicas, las tropas francesas darian el grito de libertad. No sucedió así; los invasores iban adelantando, y Mina tuvo que retirarse después de haber sufrido una caída, de la que quedó lastimado del pecho y estropeado de una pierna, en la que habia recibido una herida en la Guerra de la Independencia. Desde la Seu de Urgel pasó á Barcelona, y antes de entrar en ella se detuvo algunos dias en el inmediato pueblo de San Feliu de Llobregat, verificándolo al fin el 5 de Julio con la salud muy quebrantada. El 8 se presentó el ejército francés delante de Barcelona, y aquel mes y el siguiente se pasaron en escaramuzas y choques de poca importancia. La anarquía principiaba á reinar en la ciudad; casi to-

do el resto de la nacion habia ya sucumbido, y solo él sostenia en Barcelona la causa constitucional. El 1.^o de Noviembre de 1823 entró en comunicaciones con el Mariscal Monecy, que acababa de ser reforzado con la division del General Lauriston. Firmóse una capitulacion honrosa, y el 4 entraron las tropas francesas en Barcelona, y ocuparon en consecuencia de aquella capitulacion las demas plazas que aun se sostenian en Cataluña. Mina, que habia permanecido siempre en la cama por efecto del mal estado de su salud, se embarcó en un bergantin francés con direccion á Inglaterra, desembarcó en Plymouth el 30 del mismo mes, y desde alli se trasladó á Lóndres, donde en un honroso retiro se dedicó al restablecimiento de su salud; y conseguido, á la lectura, publicando en 1825 el breve extracto de su vida, de que hemos hecho referencia.

Asi pasó los siete años que mediaron, hasta que la revolucion acaecida en Francia en Julio de 1830 volvió á arrojar al ilustre emigrado á la vida azarosa de su juventud. Trasládóse á Francia, y despues de dos meses de una inaccion forzosa, pudo organizarse una espedicion

que debía internarse en la península por Navarra, y ser mandada por Mina, que no desconocía los inconvenientes de tan arriesgada empresa. Realizóla sin embargo, pero derrotado al llegar á Vera por las tropas del Virey de Navarra Don Ramon Rodil, quedó completamente desecha su columna, siendo fusilados despues los que fueron hechos prisioneros, y debiendo él mismo su salvacion y la de otros tres compañeros á la fuga; librándole el conocimiento que tenia del terreno, de la batida general que para prenderle se verificó, y consiguiendo en fin entrar nuevamente en Francia.

Su nuevo destierro duró aun cuatro años. Muerto Fernando VII y proclamada Reina de España su Augusta Hija, se publicaron varias amnistias, ninguna de las cuales comprendia á Mina. Crecia la insurreccion en las Provincias Vascongadas, y se aumentaba su fuerza con la llegada del Pretendiente y el genio organizador de Zumalacárregui. Creyó el Gobierno que el sistema de lenidad seguido hasta entonces con los facciosos era la causa de su engrandecimiento; recordóse el nombre de Mina, y un decreto especial de 22 de Setiembre de 1834 le colocó

desde el destierro al frente del ejército de Navarra. Su salud estaba entonces muy quebrantada, pues ya se resentía de la terrible dolencia de un cáncer en el estómago, que le ha causado la muerte. Sin alegar ninguna excusa aceptó su nombramiento, entró en Pamplona el 30 de Octubre en medio de la alegría y de la confianza que inspiraba á sus moradores, y el 3 de Noviembre se encargó del mando, dirigiendo palabras de paz á los carlistas, antes de principiar las medidas de rigor.

El 9 del mismo mes fue nombrado Virey de Navarra, y General en Jefe del ejército de operaciones del Norte. Aumentábanse las facciones, y Mina no por eso perdió de su prestigio, no atreviéndose los facciosos á presentarle nunca la batalla. Aunque eran indispensables las medidas de rigor para contrarrestar las crueldades de las facciones, Mina trató sin embargo algunas veces de templar el encono de los partidos: y si es cierto que destinó al pueblo de Lecaroz en el Valle del Bastan á la misma suerte que el pueblo de Castellfullit, y mandó diezmar á sus vecinos, lo es también que solo murieron tres de ellos, suspendiéndose la ejecución de los demás

despues de encontrar la artilleria que tenian oculta.

Mina principi6 sus operaciones , pero estaban trocados los papeles ; tenia que luchar contra antiguos amigos y compaÑeros de armas. á quienes 6l mismo habia ensenado á hacer la guerra en otros tiempos ; sus propias lecciones se volvian ahora contra 6l. Asi fue que no pudo luchar ventajosamente contra su rival, navarro como 6l, y algunos triunfos parciales nada aÑadieron á sus glorias; por otra parte su enfermedad iba progresando de dia en dia, y tuvo que dejar el mando del ej6rcito para pasar á la ciudad de Montpellier , á fin de que alli le curase el célebre Doctor Lallemand su amigo.

En Montpellier se hallaba Mina , cuando el levantamiento que se verific6 en Agosto de 1835 contra el Ministerio del Sr. Conde de Toreno (*) di6 lugar á la formacion de Juntas. La que se estableci6 en Barcelona, recordando los hechos de armas del General en la 6poca de 1822 y 1823, le nombr6 en Setiembre Capitan General del Principado; nombramiento que fue aprobado

(*) Véase su biografia tomo IV.

despues por el Ministerio Mendizabal. Pasó Mina á Barcelona, aunque no restablecido, llevando en sus entrañas la causa de su muerte, y llegó á dicha ciudad de incógnito á fines del mes de Octubre; pero no dejó de saberlo el pueblo, que le acompañó á su alojamiento en medio de estrepitosos vivas. Encargóse del mando el 25, y dió principio á las operaciones con su natural actividad, arrojando á los facciosos, que eran ya en gran número en Cataluña, á las montañas. En el mes de Diciembre y á pesar de lo riguroso del invierno, emprendió su expedicion contra el Santuario de Nuestra Señora del Hort, posicion casi inespugnable, y que servia de guarida á las facciones; el 23 de Diciembre se apoderó del pueblo, obligando á los carlistas á encerrarse en el último refugio, que era el santuario. El 25 principió el fuego de artilleria, y sin duda se hubiera rendido el fuerte muy pronto, si el horrible suceso que vamos á referir, no hubiera llamado en aquellos momentos al General á Barcelona.

Súpose el 4 de Enero en aquella ciudad, que los facciosos habian fusilado treinta y tres prisioneros de los que se hallaban en su poder, y

los revolucionarios de Barcelona corrieron amotinados á la Ciudadela, á Atarazanas, á Canaletas y al hospital militar, y tomaron sangrientas represalias con los facciosos que allí habia; siendo entre otros víctima de su furor, el oficial carlista O' Donell, que fue arrastrado inhumanamente por las calles de aquella ciudad, con escándalo y horror de sus habitantes.

Al trasladarse Mina á la capital, dispuso suspender el sitio de Nuestra Señora del Hort, y su presencia en Barcelona desbarató el proyecto que entonces tenian algunos de publicar la Constitucion de 1812, adoptando medidas severas, entre ellas la de deportacion de algunos individuos, que tan criticada ha sido despues por los hombres de su partido, cuando otros han tenido precision de adoptarla. Tomóse despues el santuario que antes hemos citado, y Mina, para procurarse recursos en el Principado, creó una junta de armamento y defensa. Pero iban complicándose los acontecimientos políticos, y Mina hizo renuncia de su mando, que no fue admitida por el Gobierno. Sobrevinieron los acontecimientos escandalosos de la Granja, y la publicacion de la Constitucion del año 12. Pero las dolencias del

General se iban agravando , y á pesar del desvelo de acreditados facultativos, y del incesante cuidado de su esposa Doña Juana Vega , con quien se habia casado en Galicia , espiró el 24 de Diciembre de 1836 , á la edad de 55 años.

Tal fue la vida de este hombre de reconocida providad y notable valor. Afiliado por sus opiniones en el partido del progreso , cometió muchas faltas y corrió graves riesgos , por sostener sus exageradas ideas de libertad. Indudablemente los castigos atroces que en los varios periodos de su carrera ha impuesto , si pueden ser para unos disculpados por las circunstancias, le han merecido en concepto de muchos el dictado de cruel: y si fuese cierto, como se ha asegurado, que él fue el que dió la órden para el bárbaro asesinato de la anciana madre de Cabrera en el año de 1836 , este solo borron bastaria para oscurecer en gran manera sus indisputables glorias y servicios.

Por decreto de las Córtes de 1837 se mandó inscribir su nombre en el salon de sus sesiones. Dióse á su viuda el título de Condesa de Espoz y Mina, y elevada posteriormente á la Grandeza de España, obtuvo durante la Regencia del Ge-

neral Espartero, el alto encargo de Aya de S. M. y A., el cual ha desempeñado hasta el establecimiento del Gobierno provisional en Julio de 1843. Dicha Señora ha usado constantemente rigoroso luto desde la muerte de su esposo; y si esto podia ser en ella una prueba de laudable afecto, no era seguramente el traje mas á propósito para acompañar constantemente á las Régias Huérfanas, aun en las ocasiones mas solemnes, ni para inspirarles la alegría que debe reinar en sus infantiles corazones.







FRANCESCO SERRAVALLO

BENJAMIN CONSTANT.

«Benjamin Constant no tenia ni las facilidad de Mantel, ni la profundidad de Royer-Collard, ni la vehemencia de Casimiro Perier, ni el brillo de Foy, ni la armonia de Lainé, ni las gracias de Martignac, ni el poder de Serre: pero fue de todos los oradores de la izquierda, el mas espiritual, mas ingenioso y fecundo.»

TIMON—Libro de los oradores.

Uno de los escritores que mas han contribuido á generalizar los buenos principios sobre el derecho político constitucional, y sobre la teoría de los gobiernos representativos, es sin duda el publicista y orador, de cuya biografía vamos á ocuparnos. Si despues han sido combatidas algu-

nas de sus doctrinas, y considerados como peligrosos algunos de sus principios, es indudable, por lo menos, que entre nosotros es el que mas ha contribuido á estender el conocimiento de los principios constitucionales. Con sus discursos, con sus escritos se formó la educacion de la España liberal ilustrada, y á él se debe indudablemente en gran parte que no hayan prevalecido los principios que dominaron en la formacion del código de 1812.

Enrique Benjamin Constant de Rebeque, nació en Lausana en 25 de Octubre de 1767, siendo su padre Justo Constant de Rebeque, originario de una antigua familia francesa, refugiado en el pais de Vaud, en Suiza, por causa de Religion, y Coronel de un regimiento suizo al servicio de Holanda. Fue su madre Enriqueta de Chaudieu, hija tambien de franceses refugiados, que perdió la vida al dársela á su hijo Benjamin. Tenia su padre ciertas preocupaciones contra los colegios públicos, y quiso ensayar la educacion doméstica, tomando al efecto y despidiendo sucesivamente á varios preceptores. Uno de ellos tuvo un pensamiento bastante ingenioso: « consistia, dice Benjamin Constant, en unos fragmentos

de Memorias , en hacer que yo mismo inventára el griego para aprenderlo. Propúsome el formar para nosotros dos una lengua, que solo nosotros comprendiésemos. Gustóme mucho la idea, y formamos por de pronto un alfabeto, en el cual cada palabra francesa estaba traducida por otra griega. De modo que todas ellas quedaban admirablemente grabadas en mi entendimiento, creyéndome su inventor. Sabia ya un sin número de palabras griegas, y me ocupaba en dar á aquellos términos de creacion mia leyes generales ; es decir , que sin saberlo , aprendia la gramática griega.»

Precisado su padre á despedir á varios preceptores , resolvió colocar á su hijo en una Universidad de Inglaterra , y llevó al jóven Benjamin Constant al Colegio de Oxford ; pero un jóven de 12 años podia progresar poco en una Universidad , á la cual hasta los mismos ingleses no van á terminar sus estudios sino á los 20 años. Aprendió alli el idioma inglés , y precisado su padre á dejar la Inglaterra para ir á Alemania , le colocó en la Universidad de Erlang. Fue admitido en la pequeña corte de la Mangravesa de Bareith , con la afeccion que

tienen los Príncipes que se fastidian , con los extranjeros que los entretienen.

En 1783, y precisamente en lo mas acalorado de la querrela del pais de Vaud contra las pretensiones de la ciudad de Berna , le llamó á sí su padre; y lo que oyó contra las exigencias aristocráticas de los Berneses , contribuyó á grabar en su corazon impresiones indestructibles de libertad. En el mismo año pasó Benjamin Constant á Edimburgo , donde era moda entre los jóvenes el trabajar , y se entregó al estudio con tal ardor que llegó á hacerse en él una costumbre. Causóle agradable sorpresa á un tiempo la dulce y sencilla hospitalidad que distingue á la nacion escocesa , y la tierna amistad que le profesaron los Lores Machintosh, de Laing, Wilde, Graham y Erskine. Terminados sus estudios en Escocia, pasó Benjamin á París , y se hospedó en casa de Mr. Suard , cuya sociedad, compuesta de Morellet, Marmontel, Lacrosette, La Harpe , y de casi todos los académicos filósofos , ejerció sobre su espíritu una influencia , á la cual no pudo sobreponerse en mucho tiempo.

Algunos estravios de la juventud le obligaron á ir á Bruselas , á donde llegó con el amor de

la libertad que habia adquirido en la Universidad de Edimburgo , compuesta de wighs. La escuela escocesa comprendia la libertad menos como derivada de un principio divino , natural ó filosófico , que como una série de libertades establecidas por las leyes , ó conquistadas por el uso. Aquellas primeras nociones influyeron mas adelante en la conducta entera , y en todos los escritos de Benjamin Constant. La escuela francesa comprendia menos la filosofía como ciencia de las facultades y deberes del hombre , que como un arsenal , donde el derecho de exámen podia acudir á buscar armas contra lo que queria destruir. En tal situacion de espíritu , y á la edad de 19 años , concibió Benjamin Constant el proyecto de escribir la Historia del Politeísmo. Ya antes de pasar á Escocia , y cuando solo tenia 13 años , habia escrito y dedicado á su padre un Romance histórico , cuyos cinco primeros cantos existen todavia , y cuyo título era *Los Caballeros*. Esta produccion , en que la candidez y la exageracion de la infancia forman un bello contraste con las reminiscencias de una memoria feliz , y las tentativas escébricas de una imaginacion jóven , anunciaba un espíritu inclinado al

trabajo , y un gran deseo de gloria. Estas dos cualidades le inspiraron la prematura idea del Politeísmo. « No tenia , dice él mismo , ninguno de los conocimientos necesarios para escribir regularmente cuatro renglones sobre este asunto. Nutrido con los principios de la filosofía del siglo XVIII , era mi único pensamiento el contribuir por mi parte á la destruccion de las que yo llamaba preocupaciones. Me habia apoderado de un aserto de Helvécio , que pretende que la religion pagana era en mucho preferible al cristianismo ; y con algunos hechos tomados al aeaso , y con muchos epigramas y declamaciones que creia nuevas , pensaba apoyar un dicho que no habia examinado ni profundizado. Si me hubiese entregado menos á todas las impresiones que agitaban mi juventud , tal vez habria concluido en dos años un libro muy malo , que me hubiera proporcionado una reducida y efímera reputacion , y complacido mucho. Una vez ya comprometido , por amor propio no hubiera podido mudar de opinion , y adoptada así la primer paradoja , me hubiera sugetado por toda la vida.»

Su viaje á Alemania decidió su aficion al trabajo , y Gibbon , John de Muller , Kant , le

acostumbraron á una vida tranquila y estudiosa. Quiso contraer algunas relaciones en la sociedad; pero inesperto y tímido fracasaba á menudo con la sutileza que dá la coqueteria á las mugeres, que no tienen ninguna otra. Pedia amor y le ofrecian amistad; y se enfurecia contra todas las mugeres que no disputaban con él sino sobre un sinónimo.

Regresó á París en 1787, y apenas conocia en aquella populosa ciudad mas que los hombres y las cosas que la casualidad le habia proporcionado. «Tengo, dice, tal pereza y tal falta de curiosidad, que jamás he ido de *motu proprio* á ver un monumento, ni un pais, ni un hombre célebre; me quedo donde la suerte me coloca.»

Su padre le llamó para enviarle á Brunswick donde le habia conseguido un empleo. Si la política escocesa le habia hecho admirar el sistema wigh; si el ódio de su padre contra la oligarquía de Berna le habia inspirado una desconfianza, que no se borró jamás, contra todas las aristocracias; una oculta inclinacion le hacia amar los pequeños Estados de Alemania. Las clases estan allí muy marcadas, pero la comunicacion de las personas borra en parte, lo que choca en semejante

desigualdad ; si la aristocrácia de nacimiento infunde mas respeto , parece que la aristocrácia del talento obtiene mas consideracion. El poder oprime all  además con peso mas ligero ; y solo   cierta distancia se percibe su arbitrariedad. Los gobiernos antiguos son suaves , porque son viejos , y los nuevos son por esta misma causa insolentes y duros.

Benjamin Constant se casó en Brunswik , y regresó   Francia en 1797 . Reclamó y obtuvo el título de ciudadano francés , como hijo de correigionario , y publicó un folleto titulado : *De la fuerza del Gobierno actual de Francia , y de la necesidad de unirse   él*. Aquel escrito le enlazó con los republicanos mas puros , los amigos mas nobles de la libertad , Chenier , Daunou y Louvet ; publicó despues dos folletos , el *de las reacciones politicas* y el *de los efectos del terror* , cuyo objeto es el mismo , puesto que el uno prueba que las persecuciones sirven solo para suscitar y perpetuar los  dios ; y el otro , que el terror , inútil para la libertad , habia aunado todas las pasiones contra la república.

El club establecido en Clichy dió lugar   que se crease otro en el palacio de Salm. Aquella

reaccion constitucional facilitó á Benjamin Constant el medio de que se conociera cuanta buena fe habia en su corazon, cuanta adhesion en su carácter, cuanta sutileza en su espíritu. Si sus escritos de polémica le habian colocado en el primer lugar entre los escritores políticos, sus discursos animados, convincentes, llenos de agudeza, de elegancia y de ironia, le señalaron ya como un orador especial. Las amistades, cuando son largas, se hacen sagradas, y de aquella época datan las relaciones, tempestuosas alguna vez pero jamás interrumpidas, de Benjamin Constant con Mme. de Stael. Esta muger célebre se habia declarado adversaria de los Clichyanos, y su tertulia, de mucho atractivo por la sorprendente conversacion de Benjamin Constant, era dirigida por Mr. de Talleyrand, impaciente por los obstáculos que se oponian á la naciente república, y los estorbos que encontraba en el camino del ministerio. El club de Clichy luchaba contra la revolucion entera. El club constitucional de Salm, luchaba á la vez contra los hombres del terror y contra los realistas. Agriáronse los odios; Constant publicó en los periódicos algunos artículos contra el terror; quisiéronse servir

de sus doctrinas contra la república, y él mismo se refutó con tanta buena fé como talento. El Directorio quiso terminar unas querellas que su debilidad habia promovido, y no supo hacerlo sino por medio de un golpe de estado; el 18 Fructidor le dió por adversarios á todos los espíritus altivos, y á todos los corazones generosos; de allí provino la oposicion, á la cual sucumbió él mismo el 18 Brumario.

El primer Cónsul Bonaparte llamó al Tribunado á Benjamin Constant, el cual, á pesar de su admiracion por el héroe de Italia, llevado de su amor á la libertad, se colocó en la oposicion, que entreveia ya un futuro imperio en aquel consulado, y el poder del sable en las formas representativas. Irritábase Bonaparte de aquella oposicion pública, y decia á Benjamin Constant: «venid á hablar conmigo en mi gabinete; hay discusiones que solo se deben tener en familia.» Pero mas colérico contra el Tribunado: «Si les dejara hacer, decia, dentro de tres meses no existiria autoridad en Francia.» Fue creciendo la oposicion tribunicia; se resolvió la eliminacion; y el Tribunado quedó reducido á cincuenta miembros, siendo separados

de él cuantos hombres independientes habia , y casi cuantos eran hombres de talento , contándose entre ellos á Benjamin Constant.

Arrojada la oposicion del Tribunado , se refugió en los salones de Mme. de Stael. Benjamin Constant publicó las *Continuaciones de la contra revolucion de 1660 en Inglaterra*; y aquella reunion , en la que se hallaban varias personas distinguidas , disgustó al Emperador. Tanta franqueza de opinion, aquel valor de publicidad, dieron lugar á que se notificase á Mme. de Stael y á Benjamin Constant la orden de salir de Francia. Refugiaronse en Alemania , y este se estableció en Weymar, donde Goethe, Schiller y Wieland le inspiraron el pensamiento de trasladar al idioma francés el genio del teatro alemán; y si Wallenstein no consiguió este objeto, difícil é imposible tal vez , á causa de la diferencia entre las lenguas y los pueblos , no podrá negarse que el admirable prefacio que precede á dicha obra no haya introducido en Francia el gusto por la literatura alemana , cuya imitacion llegó á ser escesiva.

Hacia frecuentes viages á Copet, donde se hallaba Mme. de Stael, y las discusiones á que ellos

daban lugar produjeron la novela de *Adolfo*, estudio ingenioso del corazón humano, en que la delicadeza de las observaciones y las gracias del estilo, hacen olvidar la falta del drama y de la acción. La dulce y prolongada paz que le proporcionó su casamiento con Mme. de Hardenberg le inspiró la novela de *Cecilia*, episodio de la de *Adolfo*, y que la concluía, como la calma después de la tempestad; pero la separó sin embargo, cediendo á pesar suyo, á los consejos de Lady Holland, por no dividir el interés.

Benjamin Constant consiguió permiso para volver á Paris, pero no lo obtuvo para permanecer en dicha capital; regresó á Alemania, y se estableció en Goettinga. Allí concluyó su obra de *La Religión considerada en su origen, sus formas y sus desarrollos*. Mas adelante separó de ella la historia del *Politeísmo romano*, obra póstuma que el autor no pudo revisar ni concluir. Pero para descansar de sus estudios serios, y como por vengarse del largo destierro que pesaba sobre él, se dedicó á una composición mas frívola, y su poema *Florestan ó El Sitio de Soissons*, en nueve cantos, es una sátira.

ra ingeniosa, en la que la cortesania del lenguaje y la mas sutil ironía, esparcen el ridículo sobre la fama de sus enemigos, de sus adversarios y envidiosos; pero donde la cólera hiere alguna vez demasiado alto y con sobrada fuerza.

Los desastres de la guerra de Rusia sorprendieron á la Francia, que habia mandado á la Europa como señora; y por una reaccion necesaria, la Europa á su vez se desplomaba contra la Francia. Benjamin Constant, de vuelta á Paris, creyó que al fin podria realizar el deseo de toda su vida, viendo establecido de buena fé y sobre bases estables el gobierno representativo. Luchó primero contra las usurpaciones del poder real, pero en cuanto á la necesidad de unirse al poder monárquico, fue esta una idea que no abandonó en toda su vida. Era esencialmente hombre de transaccion, luchando siempre por la libertad, y jamás contra el gobierno establecido. Estuvo siempre animoso en la brecha; publicó varios artículos, y al dia siguiente de publicar el del 19 de Mayo, impregnado de cólera contra el hombre que dos veces le habia proscrito, *aquel mismo hombre habia*

reconquistado el imperio con una velocidad que parece fabulosa. (*)

Benjamin Constant se refugió á casa del Cónsul americano, y creyó que debia abandonar á París. Asegurado por sus amigos, volvió á la Capital, y llamado por el Emperador, despues de tener una larga confereucia con él, entró en el Consejo de Estado. Este proceder contradictorio ha sido apreciado de diversos modos, y nosotros nos limitaremos á dar cuenta de las impresiones que él mismo experimentaba, y depositaba en el seno de la mas intima y tierna amistad. En 1.^o de Abril de 1815 escribia: «Hace algunos dias que te escribí para decirte, cuan tranquila era mi posicion, y para asegurarte completamente en cuanto á mi y al porvenir de la Francia. No puede sospecharse que sea parcial con el Emperador, al tributar á su génio el homenaje que no se le puede negar. Me alejé de su imperio, porque me parecia que no daba bastante libertad á la Francia. He procurado sostener, en cuanto era dado á los esfuerzos de un simple ciudadano, á los Borbones en el Trono; creia que su debilidad era mas favorable para la libertad. Estaba

(*) Véase la biografía de Napoleon tomo II.

decidido á alejarme despues de su caida, cuando un cambio completo de sistema en el gobierno imperial, me ha hecho concebir esperanzas inesperadas. La mágia de la vuelta del Emperador, el universal asentimiento del ejército, la adhesion no menos general de la nacion, los principios liberales que ha proclamado, el modo como han permanecido á su vista sus mas animados adversarios, sin experimentar ninguna proscripcion, todo esto ha producido en los espíritus una revolucion decisiva en favor suyo. Es pues preciso que me persuada, que la Francia está en el dia indisolublemente unida á él; atacarle es atacar á la Francia, y el estrangero sabe cuanto cuesta. Asi pues, prepárate á venir por Suiza, si no puedes pasar por Francfort; pues haya guerra ó haya paz, no abandono mas la Francia.» Tal era la opinion de Benjamin Constant, este el sentimiento íntimo que dirigió su conducta, y que si abre campo á la discusion, debe por lo menos imponer silencio á la calumnia. Benjamin Constant estuvo encargado de redactar la famosa *acta adicional*; y las *Cartas sobre los Cien Dias* manifestaron la conducta del publicista durante aquel reinado, que principiaron 600 hombres en las arenas de

Cannes, y que destruyó un ejército en las memorables llanuras de Waterloo.

Verificóse en consecuencia la segunda restauracion, y Benjamin Constant abandonó de nuevo la Francia, no regresando á Paris hasta cerrada la lista de las proscripciones. Publicó su *Tratado de la doctrina política*, se consagró enteramente á la polémica, escribió en *El Mercurio*, *La Minerva*, *La Fama*, *El Correo* y *El Tiempo*; y en tan larga carrera periodística, siempre al frente de la oposicion, lleno siempre de valor, siempre en la brecha, teniendo siémpre fé en la libertad y esperanza en el porvenir; sin alegría por el triunfo, y lleno de tristeza por los disgustos, las invectivas, las calumnias con que se le amargaba diariamente, veia agotarse su vida, ajarse y acabarse en una lucha tan continuada. Bajo el título de *Curso de política constitucional*, reunió algunos escritos de circunstancias que ya habia publicado antes; y en sus comentarios sobre Filangieri acometió á algunas cuestiones nuevas.

En 1819, á pesar de los esfuerzos del Ministerio, Benjamin Constant fue elegido Diputado per el departamento del Sarthe, y se colocó en-

tre los primeros gefes de la oposicion liberal. Infatigable en la tribuna, como lo habia sido en la imprenta, desplegó esa especie de lógica que brilla en sus escritos, y que consiste sobre todo en envolver á sus adversarios en una red de argumentos irónicos y sutiles. Fue, sino el mas elocuente, el mas ingenioso por lo menos, el mas constante y hábil defensor de la libertad. Su ironia escitaba una cólera, que se apaciguaba bien pronto con sus cortesias modales. Si la derecha se sentia ofendida de alguna palabra, sin cortar el hilo de su discurso, buscaba un equivalente á aquella palabra, y si aun esta ofendia, la reemplazaba con otra. Esta presencia de espíritu, este profundo conocimiento de los recursos de la lengua, esta maravillosa degradacion de sinónimos dulcificados, sorprendia agradablemente aun á sus mismos adversarios. Benjamin Constant era mucho mas cáustico que Manuel, pero antes de picar mojaba en la miel su aguijon. Decialo todo, porque todo sabia decirlo.

Cuando Benjamin Constant se veia acosado por los que interrumpian, hacia fuego por todos lados, y se le escapaban una multitud de

dichos naturales y agudos. Sacaba partido de todo, de una carta, de una letra, de un hecho, de la menor circunstancia, de una comparacion histórica, de una confesion, de una esclamacion, de una palabra. Como un gabilan que acecha su presa con las garras abiertas, no tenia mas que cerrarlas para cogerla. Recostado en el extremo de su banco, con el oido atento y la pluma en la mano, devoraba el debate, á la tribuna y al orador. Tenia una atencion tan absorbente y tal facilidad en componer, que al escuchar el discurso de un adversario, escribia de corrido la refutacion, que leia inmediatamente en la tribuna. Pero preciso es decirlo, sus sustilezas en el estilo, aquella elegancia esquisita, aquel arte de sinónimos llevado al último extremo, quitan á los discursos parlamentarios su vigor, su natural flexibilidad, y hasta su misma gracia. Es preciso que la tribuna no se resienta demasiado de la academia, y que un orador no sea solo un artista. Cada lugar tiene su género, cada personaje su carácter.

Hay dos especies de dialéctica; una insinuante y aguda, y otra nerviosa y compacta. Una que resiste por el peso de los razonamientos, y otra

que se abre paso con las agudas puntas de sus dardos. Una que va derecha á la cuestion, y otra que da vueltas alrededor y que penetra en ella por las junturas. Benjamin Constant tenia esta especie de dialéctica.

Hay dos clases de elocuencia: una que sale del fondo del alma como de un manantial, y que con la abundancia de sus olas empuja delante de sí, destruye y sumerge á sus adversarios; y otra que multiplica sus redes alrededor de ellos, los atrae á sus lazos, los fascina con la vista, los entretiene, y los mata mordiéndoles de mil maneras. Benjamin Constant tenia esta última clase de elocuencia. Deslumbraba mas que inundaba calor; era mas diestro que vehemente, mas persuasivo que convincente, mas sutil que fuerte. Benjamin Constant era no solo un discuti-
dor de tribuna, sino tambien un gran publicista, y por este título se habia dedicado mas particularmente á la mision de proteger á los escritores. Benjamin Constant recordó siempre que antes de ser Diputado habia sido periodista, y esta era la parte mas bella de su gloria.

Sabiase que sin embargo de su fuerte oposicion en la tribuna, Benjamin Constant separa-

do de los agitadores , era enteramente extraño á cuanto pudiera amenazar la existencia de la Restauracion; que su oposicion era constitucional, firme y constante, pero leal y sin segunda intencion; y sin embargo , á él era á quien el ódio absolutista señalaba mas particularmente á los perturbadores que pagaba; á él á quien se amenazaba en Strasburgo, su casa la que se cercaba en Saumur, á él á quien pedian los procuradores generales que se persiguiese. Una felicidad completa para él , la única que disfrutó sin amargura, fue la de haber probado la inocencia de Wilfrid-Regnault , y salvado á este inocente del cadalso que le esperaba.

Conservaba el valor, pero las fuerzas estaban ya agotadas, y el contraste de una inteligencia elevada, entera todavia, en un cuerpo destruido, causaba á sus amigos y á la Francia un doloroso presentimiento. Obligado á soportar una operacion cruel , se retiró al campo. Hacia muchos años que indicaba diáriamente el único abismo en donde podia perderse la Restauracion , y la Restauracion no quiso dejar desairados sus vaticinios; aparecieron los decretos y estalló la revolucion de Julio de 1830. Benjamin Constant

salia apenas de manos del cirujano , cuando recibió un billete del General Lafayette , en que le decia : «Se juega aqui un juego terrible: nuestras cabezas son la apuesta ; venid á traer la vuestra.» Benjamin Constant no faltó ni á la libertad ni á sus amigos.

Sabidos son los grandes acontecimientos de aquellos memorables dias, y los hemos referido en otro lugar. Despues del 7 de Agosto , hablando Benjamin Constant en el Palacio Real con Mr. Laffitte , se le aproximó el Rey y le dijo: «Teneis hechos sacrificios superiores á vuestras fuerzas por la libertad ; esta causa nos es comun , y con placer mio vengo á ayudaros.»— «Señor , contestó Benjamin Constant , aceptaré este beneficio, pero la libertad es antes que el agradecimiento ; quiero permanecer independiente, y si vuestro Gobierno comete faltas, yo seré el primero en reunir la oposicion.»—«Asi es como lo entiendo , contestó el Rey. »

Grave error fue en Benjamin Constant el creer que podia ser impunemente funcionario é independiente. Habia bastado en otro tiempo para fascinarle el poder de Napoleon, y acababa de sucumbir al encanto de otro , y en sus mo-

mentos de transporte hacia mil elogios de la situacion , diciendo que tenian el ideal de un Rey ciudadano. Pocos dias despues , es verdad , salió de aquel encanto , é iba á romper las doradas cadenas que le aprisionaban. Hay siempre en el alma de los literatos un pequeño rincon donde se alberga el sentimiento democrático , que se ostenta por un lado ó por otro , por mas que esté desvirtuado por la corrupcion de los favores , de las dignidades y del oro. Entre todas las clases de una nacion , la de los literatos es la mas independiente , porque es la que tiene mas talento , y el talento es lo que hay mas independiente en el mundo. Benjamin Constant era literato , y tenia ademas una sed inmensa de popularidad , y preferia con razon la cualidad de periodista y Diputado á cualquiera otro encargo público. La imprenta y la tribuna le habian dado su fuerza y su gloria.

Pronto hubiera abandonado el botin para mezclarse en la refriega , y dimisionario ó destituido , no hubiera tardado en dar el grito de alarma en la oposicion. Pero estaban ya gastados los resortes de su vida. Su noble cabeza se inclinaba , y algunas veces la sugetaba con ambas

manos , cual si meditára sobre la vanidad de las revoluciones. Aquellos sueños de porvenir , aquellas hermosas ilusiones que durante quince años habian pasado por delante de sus ojos , se desvanecian una en pos de otra. Dominábanle negras tristezas é invencibles melancolias. Cadáver vuelto á echar en la oposicion , se arrastraba con trabajo desde su banco á la tribuna , y sus labios , que no podian ya sonreirse , dieron un adios á la libertad , y bajó con ella al sepúlcro. Benjamin Constant murió el 8 de Diciembre de 1830; habia creido morir en el triunfo, y se estinguió en medio de la desesperacion.

Tal fue la carrera política de Benjamin Constant, y para completar nuestro cuadro transcribiremos la descripcion que de sus cualidades fisicas y morales hace el autor de quien hemos tomado el epígrafe. «Era débil de cuerpo , un poco encorvado , con los brazos y piernas largos y delgados. Sus rubios y ensortijados cabellos caian sobre sus espaldas, y adornaban agradablemente su espresivo semblante. Cuando recitaba , lo hacia con tono monotonos; y cuando improvisaba, se apoyaba con las dos manos en el mármol de la tribuna , y precipitaba el flujo de sus palabras.

La naturaleza le habia negado todas las ventajas exteriores del porte, del gesto, y del órgano, de que ha sido tan pródiga con Berryer; pero suplía aquella falta á fuerza de talento y de trabajo. Entonces, un Diputado sumido en la meditacion de las leyes, examinando detenidamente los presupuestos, consagraba sus dias y sus noches á los trabajos parlamentarios. En el dia esto no es mas que un accidente, un pasatiempo, una distraccion, sino es ya una corbea.»







D. CARLOS DE BORBÓN.

D. CARLOS

DE BORBON.

« D. Cárlos ha sido el que ha suicidado su causa, y con ella á cuantos de buena fé se le alistaron.»

MEMORIA MILITAR Y POLITICA SOBRE
LA GUERRA DE NAVARRA: por D. José
Manuel de Arizaga.

Si hace seis años se hubiera tratado de escribir la biografía de D. Cárlos, con dificultad se pudiera decir acerca de él cosa ninguna que sirviera para el estudio imparcial y filosófico de la historia contemporánea. Los dos partidos que se disputaban entonces con encarnizamiento la

posesion del trono , y regaban los campos españoles con sangre vertida en fratricida lucha , hubieran querido ver en aquella biografia los estremos de una amarga sátira, ó los honores de un apoteosis. La menor alabanza arrancada á la imparcialidad , se hubiera mirado por los primeros como una defeccion ; los cargos mas fundados y las verdades mas palpables acerca de la debilidad del personaje por quien derramaban su sangre , hubieran sido mirados por los segundos como otras tantas diatribas.

En el dia la cuestion se ha fijado de tal modo, y es tan evidente para todos los partidos, que podemos escribir con entera seguridad de no escitar el menor resentimiento; y presentar á D. Carlos bajo el mismo aspecto que le dará la historia, cuando se hallen estinguidas las pasiones que ahora nos dividen , y roto enteramente el velo que las preocupaciones han puesto sobre nuestros ojos.

Vamos pues á decir cuanto sepamos bueno del prisionero de Bourges, sin omitir los cargos harto graves que contra él se han formulado por el mismo partido que vertiera por él su sangre, dándole la funesta celebridad de que disfru-

ta, como protagonista de la guerra civil mas sangrienta que ha visto la Europa del siglo XIX.

D. Carlos Maria Isidro de Borbon nació en 29 de Marzo de 1788, año de tristes recuerdos para la Real Familia, por el fallecimiento del Infante D. Gabriel, al cual siguió el bondadoso Carlos III que bajó al sepulcro en Diciembre de aquel mismo año; y dos dias despues de su nacimiento fue condecorado con el toison de oro y la Gran Cruz de Carlos III. La infancia de Carlos corrió unida á la del Príncipe de Asturias su hermano, y ambos se ligaron desde entonces con los vínculos de un estrecho cariño, que se profesaron toda su vida, fortificándose mas y mas con los padecimientos que les fueron comunes, y con la armonia que reinaba en sus ideas.

Luego que principió la discordia á ejercer su maligna influencia en el alcázar de nuestros Reyes, D. Carlos, resentido igualmente que su hermano de los desmedidos favores prodigados al favorito, se unió mas y mas con aquel, haciendo causa comun y fomentando el ódio que mutuamente le profesaban. Cuando Godoy fue creado Almirante, insultando á nuestra mori-

bunda marina , reuniéronse en Palacio todos los músicos de Madrid para dar una serenata al agraciado. El Príncipe de Asturias y su hermano , obligados á presenciar la fiesta, veían con adusto ceño aquel obsequio adulator , como un insulto que se les dirigia. En un arrebato de cólera dirigió el de Asturias á su hermano en voz baja , estas palabras llenas de profundo despecho; « Ve ahí como me usurpa un vasallo el amor de los pueblos : yo nada figuro en el Estado , y él lo puede todo. »—« No te apures por eso , le replicó D. Cárlos ; cuanto mas le den, mas tendrás que quitarle luego. »

No tardó mucho en llegar este caso , y los terribles sucesos de Aranjuez vinieron á realizar el profético *luego* de D. Cárlos. Este , como era de suponer , aplaudió el triunfo de su hermano; y al entrar con él en Madrid recibió igualmente no pequeña parte del entusiasmo popular, que tan altamente se pronunciaba á favor del nuevo Monarca.

Pero no fue muy larga su permanencia en la Corte , pues el 5 de Abril salió presurosamente para Búrgos , acompañado del Duque de Híjar, D. Pedro Macanáz y D. Pascual Vallejo , espe-

rando encontrar allí á Napoleon , segun aseguraba el ambicioso Murat, cuyas miras se dirigian á que se alejasen todas las personas de la Familia Real, para poder ocupar el trono español , al que se creia destinado por el Emperador. Al llegar D. Carlos á Búrgos, viendo frustradas sus esperanzas, avanzó hasta Tolosa , donde se detuvo al fin temeroso de algun engaño.

El dia 14 llegó Napoleon á Bayona , donde habia determinado llevar á cabo su maquiavélico plan ; y D. Carlos corrió al punto á encontrarle en aquella poblacion, y cumplimentarle de parte del Rey su hermano, que con aquella fecha arribara á Vitoria. Napoleon no le recibió bajo frívolos pretextos , y no tardó el Infante en saber los conatos del Emperador, que ya se iban haciendo públicos : para colmo de infortunio , llegó Fernando al mismo pueblo cuatro dias despues, alucinado por las sugeriones de sus imbéciles consejeros. No tardaron en verse realizados los planes de Napoleon , y el dia 30 de Abril los Reyes Padres entraron en Bayona, poniéndose en sus manos. En esta ocasion , al ver Carlos IV á sus hijos al pié de la escalera del Palacio , no pudo menos de manifestar señales de indignacion;

pero reponiéndose algun tanto , saludó á D. Cárlos, á quien su Madre estrechaba en sus brazos, y principió á subir la escalera sin dirigir la palabra al hijo mayor.

Bien sabidas son las ruidosas escenas de Bayona, en que la Familia Real de España , harto abatida , se arrastró por el polvo á los pies del soldado venturoso. Durante ellas , se dice que D. Cárlos mostró bastante energía , exhortando continuamente á su hermano á llevar con valor su desgracia, y responder con dignidad á los insultos de sus astutos opresores. Si esto es cierto, preciso será tambien confesar , que sus consejos debieron hacer muy poca mella en el ánimo de su hermano , si examinamos con detencion su conducta en Bayona. Tanto uno como otro se avinieron al tratado de 12 de Mayo, estipulado entre Duroc y Escoiquiz, por el cual renunciaban todos sus derechos, y en cambio les dejaba Napoleon una renta, la cual para D. Cárlos era de 400,000 francos , y el título de Infante. Pero pocos dias despues pasaron de huéspedes á prisioneros , con poco trabajo y menos honra del *hombre grande*, cuyas hazañas, á juzgar por las de nuestra patria , seria preciso rebajar uo

poco , á despecho del fanatismo francés.

No entraremos aquí á calificar las célebres cartas de Fernando VII á Napoleon , cuya autenticidad es tan controvertida : en todas ellas se ve un párrafo final , en que Fernando cumplimenta al Emperador , á nombre de su tío y de su hermano. Napoleon añadió en Santa Elena , que Fernando le habia ofrecido á su hermano Don Carlos para mandar los regimientos españoles que iban á Rusia ; y aunque las *lamentaciones de Santa Elena* no merezcan la mayor fé , tenemos motivo para pensar , que la mayor parte de los españoles prisioneros , á quienes se hizo tomar las armas para aquella espedicion , fueron alucinados con la idea de que el hermano de su Monarca se pondria á la cabeza de ellos. Durante la estancia en Valencey , concluyó de estrecharse entre los dos hermanos aquella simpatia y tierno cariño , con que se amaron hasta los últimos años de la vida del Monarca , en que el pleito sobre la sucesion á la corona vino á dividir sus voluntades. Naturalmente la desgracia tiende á unir los ánimos , y aun cuando su residencia en Valencey no fuese realmente una prision , como tal la debian considerar los que acababan de

cambiar el trono por un húmedo y desmantelado palacio, en donde se veían espiados por una servidumbre en gran parte sobornada, y acosados por los pérfidos halagos del astuto diplomático Talleyrand, dueño de aquel sitio. Durante toda aquella época no se dismintió el carácter religioso de D. Carlos, antes bien supo hallar en su piedad recursos y consuelos para su hermano y para sí, dando al mismo tiempo muestras de generosidad y beneficencia.

Llegó por fin el momento apetecido de regresar á España, como lo verificaron á fines de Marzo de 1814, cuando iban á cumplirse los seis años de emigracion. En virtud del tratado que se otorgó entre el Duque de San Carlos y Laforest, pasó Fernando VII el Fluviá, el día 24 de dicho mes quedando en rehenes el Infante D. Carlos en Perpiñan, y en poder de Suchet, hasta que se cumpliera lo pactado. Pero no duró mucho su retencion, pues dos dias despues pasó igualmente el Fluviá y corrió á Gerona para reunirse con su hermano. Díjose que Suchet habia consentido en la devolucion de D. Carlos, á pesar de no haberse cumplido lo pactado, por congraciarse la voluntad del Monarca, y obtener la posesion de la Albufera

de Valencia, que codiciaba. Juntos los dos hermanos, recorrieron las capitales de Aragon y Valencia, dando tiempo á que se realizasen los planes de reaccion, que durante el viaje habian meditado; hasta que llevados á cabo en toda su estension, entraron en Madrid el dia 13 de Mayo.

Poco ofrece de notable el periodo de los seis años siguientes para la biografia de D. Carlos: viósele durante él acompañar de continuo á su hermano en sus frecuentes visitas religiosas, y actos exteriores de devocion, los cuales á la verdad eran en D. Carlos mas espontáneos que en su hermano. Guiábale en estas prácticas de Religion el célebre Ostolaza, que tan malas pruebas dió de su piedad con su conducta posterior. Llegó entretanto la época del doble casamiento de ambos hermanos con las Infantas de Portugal, habiendo correspondido á D. Carlos la Infanta Doña Maria Francisca de Asis, la cual habia nacido en Lisboa el dia 22 de Abril de 1800. Harto chocante seria el paralelo que pudiéramos hacer entre los dos matrimonios, y los opuestos caracteres de los cuatro esposos: por una parte, el Rey dotado de un génio asaz burlon y desenfadado, contaba con una esposa amable y bella, pero mal correspon-

dida. D. Carlos por el contrario, dotado de un carácter grave y austero, se hallaba ligado á una Princesa un tanto altiva y no escasa de ambicion, pero fielmente correspondida de su esposo. Bajo este concepto no podia D. Carlos menos de mirar con desagrado las nocturnas escapatorias y las galantes aventuras de su hermano. Algunos que se creen bien informados en las crónicas del Real Palacio, aseguran, que D. Carlos, creyendo comprometida su conciencia con un dilatado silencio sobre el particular, hubo de revelar á su augusta cuñada alguna parte de estas aventuras, lo cual produjo una sorpresa, dispuesta por la agraviada, pero que hubiera sido de muy malos resultados para D. Carlos, á no haber cortado la disputa la Infanta Doña Francisca, que principiaba ya desde entonces á ejercer no poco ascendiente sobre el ánimo de su cuñado. No tardó en restablecerse la buena armonía entre los dos hermanos, y en virtud de ella fue nombrado D. Carlos, Generalísimo del ejército español, mientras que al Infante D. Antonio se le adjudicaba el cargo de Almirante, sarcasmo el mas sangriento de nuestra marina. Antes de este cargo, habia ejercido D. Carlos el de Coronel de la Briga-

da de Carabineros reales de caballeria, que era el cuerpo mas brillante que tenia entonces el ejército español.

Llegaron en fin los borrascosos dias de Marzo del año 1820, en que el pueblo de Madrid, rompiendo el freno que hasta entonces le habia sujetado, proclamó tumultuosamente la Constitucion, y llevó las amenazas y el asombro hasta dentro del régio Alcázar. El Monarca desprevenido para tal conflicto, abandonado por uuos y malamente vendido por otros, conoció la necesidad de mudar de sistema, y firmó el decreto de 3 de Marzo en el que decia: «Que deseando llevar á cabo sus paternas deseos, y conformándose con el parecer de su Augusto Hermano el Infante Don Carlos, y de la Junta que este presidia, mandaba que el Consejo propusiese los medios que creyese oportunos para llenar en lo futuro sus altas funciones.» El objeto era formar un Consejo de Estado numeroso, que supliese las veces de unas Córtes: pero este remedio era ya tardio, y creciendo de hora en hora el movimiento popular, obligó al Rey á jurar la Constitucion que seis años antes derrocara.

Con este motivo, D. Carlos daba el dia 14 de

aquel mes la siguiente proclama á las tropas, como Generalísimo de ellas. «Soldados: al prestar en vuestras banderas este juramento á la Constituciou de la Monarquía, habeis contraido obligaciones inmensas: carrera esclarecida de gloria se os está preparando. Amar y defender la patria, sostener el sόlio y la persona del Rey, y enlazaros con el pueblo para consolidar el sistema constitucional, estas son vuestras obligaciones sagradas, y esto es cuanto el Rey espera de vosotros, y lo mismo cuyo ejemplo os prometo de mi parte. Vuestro compañoero —CARLOS.» En efecto aquel mismo dia habian jurado la Constitucion en manos del Rey los Infantes D. Cárlos y D. Francisco, y el Cardenal Borbon, Arzobispo de Toledo.

Cuando posteriormente se ha echado en cara estos hechos públicos á los que pretendian aclamar á D. Cárlos por Rey absoluto, estrañando tal perjurio en hombre tan religioso, han tenido que apelar á la coaccion moral, que dicen experimentó la Real Familia para prestar aquel juramento. Lo cierto es que el partido liberal consideró siempre á D. Cárlos, como enemigo del nuevo régimen, y sus sospechas se confirmaron

al ver que se contaba con él para llevar á cabo el descabellado plan del desgraciado Vinuesa, y al hallarlo comprometido en los ruidosos acontecimientos del 7 de Julio, por las revelaciones de los prisioneros. Amargos ratos debió experimentar y sufrió en efecto el Infante, durante los motines y tumultos que estallaban entonces con frecuencia á las puertas del régio Alcázar; y no menos al atravesar la mitad de España, seguido por las Córtes, y escoltado por la Milicia, hasta verse encerrado en los muros de Cádiz, en compañía de su Augusto Hermano y toda la Real Familia.

Pero libre de su cautiverio, merced á los hijos de San Luis, D. Carlos pudo desquitarse á su sabor de las pasadas humillaciones, y lo hizo en efecto, exhortando á su hermano, harto irritable, á llevar á cabo la reaccion principiada á que se hallaba tan inclinado. Con todo, llegó un dia en que el Rey creyó de su deber el refrenar aquella democrácia anómala, que principiaba á entregarse á sus instintos, escudándose con el nombre mismo del Monarca. Entontes los realistas exaltados (ó como ellos dicen *netos*), no viendo ya en el Rey, el hombre que necesi-

taban para llevar adelante sus proyectos, principiaron á fijar sus miradas en D. Cárlos, que por otra parte se presentaba como heredero presunto de la corona. Entonces el cuarto de Don Cárlos vino á ser en España lo que el pabellon *Marsán* en las Tullerías, el foco de la reaccion mas exagerada; y como tal le denunciaron varios folletos impresos en el extranjero, á los cuales hubo de contestar el Sr. Hermosilla, de Real órden. Algunos han disculpado á D. Cárlos de estas intrigas, cargando su odiosidad sobre la Infanta Doña Maria Francisca, Princesa de un temple de alma asaz fuerte, y que por tanto avasallaba fácilmente el ánimo de D. Cárlos, ignorante muchas veces de los sucesos, para los cuales se hacia servir su nombre. No tardaron estas intrigas en dar funestos resultados, tales como la conspiracion del Royo Capapé en Zaragoza, y el levantamiento de Bessieres en Brihuega, que descubrieron la fragua donde se forjaban aquellos tumultos. Las dos cartas que presentó el primero para su defensa, y que segun se dijo eran originales de D. Cárlos, fueron presentadas al Rey, el cual no debió darles mucha importancia, (caso que sea cierta la presentacion

de dichas cartas), pues no alteraron la cordial amistad, que reinaba entre ambos. Pero cuando llegó la hora del rompimiento, el Rey echó en cara á su hermano, tanto estos sucesos como los de Cataluña. En la de 20 de Mayo de 1833, alegándole los motivos que tenia para alejar su persona de la península, le decia. «No es mi ánimo acusar tu conducta por lo pasado, ni recelar de ella en adelante: sobradas pruebas te he dado de mi confianza en tu fidelidad, á pesar de las inquietudes que de tiempo en tiempo se han suscitado, y en que tal vez se ha tomado tu nombre por divisa. A fines del año pasado se fijaron y esparcieron proclamas, escitando á un levantamiento para proclamarte por Rey, aun viviendo yo; y aunque estoy cierto que estos movimientos y provocaciones sediciosas se han hecho sin anuencia tuya, *por mas que no hayas manifestado públicamente tu desaprobacion*, no puede negarse de que tu presencia ó tu cercanía seria un incentivo para los díscolos, *acostumbrados á abusar de tu nombre.*»

Antes de llegar Fernando al extremo de hacer tales recriminaciones á su hermano, habian mediado entre ellos graves motivos de disgusto. La

muerte de la Reina Amalia habia privado á la Infanta Doña María Francisca del grande apoyo que aquella por diferentes aspectos prestaba á sus miras; y el casamiento del Rey con Doña Maria Cristina vino á dar la influencia que perdia la esposa de D. Carlos, á su eterna rival la Infanta Doña Luisa Carlota, esposa de D. Francisco. Parecia que la Providencia se habia propuesto destruir las esperanzas de D. Carlos, desde el momento en que su nombre habia sido invocado para derribar la corona de la cabeza de su hermano; y la sucesion que tuvo este de su último matrimonio, vino á colocarle en una posicion harto embarazosa. Los sucesos de la Granja y la enfermedad del Rey, vinieron á producir una crisis, en la que D. Carlos principió á declarar su carácter. Consultado Calomarde sobre las providencias que deberian tomarse, manifestó que los voluntarios realistas del Reino y gran parte del ejército proclamarían á D. Carlos al punto que el Rey falleciese; y que solo podia evitarlo el mismo D. Carlos, si diese su palabra de sostener la Regencia: pero este se negó, no solamente á entrar de Consejero de la Reina para el despacho de los negocios, sino tambien á en-

trar de co-Regente , y contestó al Conde de la Alcudia que le habia hecho estas propuestas «que su conciencia y su honor no le permitian dejar de sostener unos derechos tan legítimos , que Dios le concedió cuando fue su santa voluntad que naciese.»

A pesar de esta firmeza aparente de D. Carlos, y del dictado de *Magestad* que principiaban a prodigarle los cortesanos , se hallaba indeciso y fluctuante en sus operaciones. Los hombres exagerados del partido realista han echado constantemente en cara á D. Carlos , el haberse negado en aquella ocasion á tomar medida alguna , y no han hecho un misterio de los nombres de las personas , que tal disposicion le aconsejaron. Pero D. Carlos se negó constantemente á tomar ninguna , interin respirase su hermano ; y este rasgo de pundonor y delicadeza ha sido continuamente el objeto de censura de los realistas exaltados ¿Cuál hubiera sido entonces la suerte del Trono y de España , si D. Carlos se hubiera dejado llevar por un momento de un arrebato de ambicion? A una voz suya 200,000 voluntarios hubiesen aclamado su nombre ; la mayor parte de las autoridades militares y civiles , de grado ó por fuerza,

hubieran alzado en su nombre los pendones, y cuando el Monarca hubiera vuelto á la vida, se viera precisado, cual otro Wamba, á ocultar su despecho y llorar sus pasados estravios en la soledad de un claustro.

La inesperada mejoría del Rey, y la llegada de la Infanta Doña Luisa Carlota, destruyeron en un momento todos los proyectos de los carlistas; y los que se habian adelantado á tomar algunas disposiciones para inaugurar el nuevo reinado, tuvieron que sufrir las consecuencias de su precipitacion. D. Cárlos continuó, á pesar de las instancias de su partido, en el empeño de que no se tomase disposicion ninguna, y vió con sentimiento levantarse varias partidas en su nombre, y en especial la del Coronel Campos que cayó en breve prisionero, y comprometió con sus revelaciones á la Junta carlista. Exasperado D. Cárlos, se negó á oir los consejos de los que se proponian dirigir su causa; y su inflexibilidad en esta parte, les obligó á trasladar sus reuniones á la habitacion de la Princesa de Beira.

El gobierno para cortar estas tramas, ordenó á D. Luis Fernandez de Córdova, Plenipo-

tenciario á la sazón en Portugal, obtener á toda costa de D. Miguel, que llamase á su lado á la Princesa de Beira. Cuando iba á verificarse, Don Carlos, conociendo el objeto que en esto se llevaba, pidió licencia para pasar con su esposa á Portugal por una temporada, la cual le concedió el Gobierno con mucho gusto. Dícese que el Infante hubo de tomar esta medida, para evitar el verse desterrado por su hermano si se negaba á reconocer y jurar á la Princesa de Asturias; ó arrestado, si el Rey llegaba á fallecer. En virtud de esta licencia, salió D. Carlos de la Corte para no volverla á ver, el día 16 de Marzo de 1833, acompañado de su familia, de la Princesa de Beira, D. Sebastian y su esposa. El gobierno comisionó al Coronel de Coraceros, D. Vicente Minio, para escoltarlos hasta la raya, advirtiéndole en las instrucciones reservadas, «que Don Carlos no llevaba en su viaje á Portugal investidura alguna de mando, siendo solo el referido Minio el único responsable al Rey de la menor falta, prohibiéndole espresamente el dictar, ni consentir ninguna clase de disposiciones que alterasen la ruta prescrita, y las órdenes especiales con que iba autorizado.»

Acercábase el día señalado para jurar á la Princesa Isabel , y con este motivo escribió el Rey á D. Carlos , con fecha 21 de Abril , diciéndole que manifestase francamente si pensaba prestar el juramento ó no. Esta carta le fue entregada por Córdoba en Ramalao, donde residia el Infante , á las inmediaciones de Lisboa. Este contestó negativamente con fecha 29 del mismo. « Lo que deseas saber es , (decia en su carta) si tengo ó no tengo intencion de jurar á tu hija por Princesa de Asturias. ; Cuanto desearia el poderlo hacer ! Debes creceme , pues me conoces, y hablo con el corazon , que el mayor gusto , que hubiera podido tener seria , el de jurar el primero , y no darte este disgusto y los que de el resulten ; pero mi conciencia y mi honor no me lo permiten ; tengo unos derechos tan legítimos á la corona , siempre que te sobreviva y no dejes varon , que no puedo prescindir de ellos ; derechos que Dios me ha dado cuando fue su voluntad que yo naciese , y solo Dios me los puede quitar concediéndote un hijo varon , que tanto deseo yo , puede ser que aun mas que tu. » La carta concluia de esta manera. « A Dios , mi muy querido hermano de mi corazon : siempre

lo será tuyo , siempre te querrá , siempre te tendrá presente en sus oraciones, tu mas amante hermano—M. CARLOS.»

A esta carta acompañó D. Carlos una protesta , que dirigió igualmente por el correo á los Obispos, Grandes, y altos funcionarios del reino, á cuyas manos no llegaron , pues el Gobierno estrajo los pliegos del correo. Igual copia dirigió á todos los gabinetes Europeos , y en especial á los de Francia é Inglaterra, á donde partió á entregarlos el titulado Baron de los Valles , de quien mas adelante habrá ocasion de tratar.

Siguiose á esta , una série de cartas y respuestas entre ambos hermanos , harto conocidas del público , por haber sido reproducidas por la prensa , poco tiempo despues de concluida la guerra civil. Por ellas se infiere que el Rey mandó á Don Carlos pasar á los Estados Pontificios , con cuyo objeto puso á su disposicion una fragata. Este no llevó muy á bien la órden , y despues de lamentarse de su destierro , esclama : *sin embargo de todas estas reflexiones, estoy dispuesto á hacer tu voluntad.* Contestando el Rey á sus quejas, dirige á su hermano el párrafo que se copió arriba , sobre conspiraciones fraguadas en su nombre;

y para evitar el contagió de Lisboa, le permite embarcarse en cualquier punto que le ofrezca comodidad en la bahia, ó á sus inmediaciones. Resentido algun tanto D. Cárlos del párrafo citado sobre conspiraciones, responde á su hermano estas palabras: «Solo tengo un sentimiento, que penetra mi coracion; y es, que estaba yo tranquilo de que tu me conocias, y estabas tan seguro de mi y de mi constante amor, y ahora veo que no; mucho lo siento. En cuanto á las proclamas no he desaprobado en público estos papeles, porque no venia al caso, y creo haber hecho mucho favor á sus autores, tan enemigos tuyos como míos, y cuyo objeto era como he dicho arriba, romper ó cuando menos aflojar los vínculos de amor, que nos han unido desde nuestros primeros años.» En seguida ofrece embarcarse para los Estados Pontificios, asi que hubiese pasado la fiesta del Corpus en Mafra. Efectivamente pensaba D. Cárlos realizarlo asi; pero cediendo á las sugeriones de cierta persona de su comitiva, que influia mucho por entonces en su ánimo y su conciencia, tuvo la debilidad de faltar á su palabra, y en vez de embarcarse tomó el camino de Coimbra, con el pretexto de

ver á D. Miguel antes de embarcarse, pero en realidad por alargar su permanencia en Portugal. El Rey que habia aprobado la detencion de Don Carlos en Mafra, hasta pasar el Corpus, quedó muy sorprendido con el repentino viaje á Coimbra, y asi lo manifestó á su hermano con marcada desaprobacion y disgusto, por lo mucho que comprometia sus relaciones con Portugal: ademas le echaba en cara el no haber cedido á las razones de Córdoba, que se opuso abiertamente al viaje á Coimbra.

Terminado este, D. Carlos tomó por pretesto para no embarcarse, al cólera que devastaba á Portugal y que interceptaba el camino, lo cual dió motivo al Rey para echarle en cara su imprudencia en haber faltado á sus órdenes, internándose en un pais contagiado, cuando lo que dictaba la razon era huir de él cuanto antes; y para quitar toda escusa que pudiera oponer al embarque, le permitia hacerlo en cualquier punto de la costa hasta Vigo. En esta carta se leian cláusulas llenas de la mayor acrimonia. « Si te hubieras embarcado, le decia el Rey, cuando yo lo determiné, y me decias *te daré gusto y te obedeceré en todo*, hubieras prevenido el contagio

de Cascaes ; si aun despues de tus primeras demoras no hubieses emprendido la jornada de Coimbra contra mi espresa prohibicion , hubieras podido estar á bordo el 10 ó 12 , cuyo plazo te fijé ; si hallando en ese funesto viaje infestada la villa de Caldas , hubieras retrocedido como dictaba tu seguridad , ya que nada valgan para ti mis mandatos, no ballarias ahora tomado el camino de tu vuelta por una linea de pueblos contagiados.» La carta concluia con estas terminantes palabras: «Esta será mi última carta si no obedeces ; y pues nada han podido mis persuasiones fraternales en casi dos meses de contestaciones, procederé segun las leyes si al punto no dispones tu embarque para los Estados Pontificios, y obraré entonces como Soberano.» Cumplió el Rey su palabra , pues desentendiéndose de otras dos cartas que le dirigió alegando varias excusas para diferir el embarque , le contestó de oficio y en tono de mando , con una orden fecha 30 de Agosto , mandándole embarcarse al punto y sin excusa alguna. En ella, prescindiendo del tono familiar y cariñoso que hasta entonces habia usado , hablaba como Rey, y concluia diciéndole : «Yo miraré cualquiera es-

cusa ó dificultad con que demoreis vuestro viaje, como una pertinacia en resistir á mi voluntad, y mostraré como lo juzgue conveniente, que un Infante de España no es libre para desobedecer á su Rey.»

De este modo concluyó aquella célebre correspondencia que ya pertenece á la historia, y que por cierto hace muy poco honor á D. Carlos, rebelde á los mandatos de su Rey, cuando debiera ser el primero en acatarlos. Si hubiera obedecido, la desgracia misma que sublima á sus víctimas, le hubiera creado mayor número de admiradores: la rebelion por el contrario le enagenó muchos ánimos. El cielo mismo hubo de castigar su desobediencia, pues lejos de servir á sus miras la estancia en Portugal, no produjo resultado alguno favorable á su causa, y antes le colocó en una posicion que pudo serle muy funesta, como bien pronto veremos.

Apenas falleció Fernando VII, un mes despues de su última carta á D. Carlos, cuando al punto principiaron á pulular numerosas partidas que le proclamaban por Rey. Entonces principió á usar este título, y como tal procedió á nombrar personas para su gobierno; siendo notable

que á pesar de tener á su lado en aquella época cinco Generales, un Intendente y varios empleados de alta categoria, nombró Ministro universal al Obispo de Leon. Este nombramiento retrata completamente las ideas, carácter y tendencias de D. Cárlos. Acto continuo publicó una proclama que decia: «Cárlos V Rey de España á sus amados vasallos.—Bien conocidos son mis derechos á la corona de España en toda la Europa, y los sentimientos en esta parte de los Españoles, que son harto notorios para que me detenga en justificarlos.

Ahora soy vuestro Rey, y al presentarme por primera vez á vosotros bajo este título, no puedo dudar un solo momento que imitareis mi ejemplo sobre la obediencia que se debe á los Príncipes que ocupan legitimamente el trono.» Efectivamente los Españoles le obedecieron á él lo mismo que él habia obedecido la orden de su hermano para salir de la Península. El estilo de esta proclama era tan ramplon, que la prensa hizo á D. Cárlos la burla de reproducirlo, y mas adelante sirvió de testo al sarcástico Fígaro para ponerlo en ridículo.

El Gobierno por su parte tomó algunas providencias contra D. Carlos, y entre ellas fue la principal confiscarle los bienes por una Real orden fecha 13 de Octubre. El 23 se le presentó el Embajador Córdova, y le entregó una Real orden en que se le declaraba por conspirador, en atencion á su conducta rebelde y contumaz. D. Carlos la leyó y respondió « quedo enterado: veremos quien tiene mas derechos: yo tambien usare de los mios. » En efecto, dos dias despues publicó un manifiesto desde su palacio de *Castello-Branco*, en el que manifestaba á la nacion los pasos que habia dado para ser reconocido por Rey, y las contestaciones que sobre este particular habia tenido con el Rey su hermano, y despues con la Reina Viuda. El Gobierno en vista de esto, mandó al General Rodil, Comandante de la raya de Portugal, que se apoderase de D. Carlos por medio de un golpe de mano, que hubiera llevado á cabo otro general mas atrevido. Parecia la empresa tan fácil al Gobierno, que hasta se designaba á Badajoz para punto de prision; pero el General Rodil reclamó mas tropas, y otros varios objetos que creia de absoluta necesidad. En efec-

to, equipó una columna de portugueses pasados que habia en Ciudad-Rodrigo, la envió á reforzar la villa de Marvan sitiada por los Miguelistas, y tomó algunas medidas para sorprender á D. Carlos; pero habiendo tenido este algunas noticias, mudó de lugar y evitó el golpe. Noticioso el Coronel del regimiento de Castilla de que D. Carlos se hallaba en Miranda, sorprendió infructuosamente aquel punto, y al dia siguiente el de Braganza, que habia abandonado ya D. Carlos, aunque perdiendo parte de su equipaje.

Por fin logró D. Carlos reunir en Villareal unos 300 carlistas, que habian pasado á Portugal de varios puntos de la Península: pero entre ellos habia una partida de liberales y contrabandistas Ceclavineros, que se habian propuesto apoderarse de D. Carlos por medio de una estratagema. Hallábase al frente de ellos un aventurero que habia dirigido en Aragon la trama para prender al Baron de Hervés, y habiendo pasado á Portugal con unos cuantos matones, fingiendo ser un cabecilla derrotado, habia conseguido ya captarse la benevolencia de D. Carlos, aparentando un realismo furibundo.

Salvóse milagrosamente de este lazo, pues temeroso de la persecucion, se reunió D. Carlos con D. Miguel, cuya causa se hallaba aun en peor estado. Entonces el General Rodil invadió á Portugal con una division de 3,000 hombres, en combinacion con el Duque de Terceira, y acorralando á los realistas les obligaron á dispersarse. D. Carlos pretendia ponerse al frente de las tropas de D. Miguel, y que este se retirase á Yelves con una numerosa guarnicion, mientras que él sublevaba las Andalucias, y al frente de un numeroso ejército hispano-portugues pasaba á Madrid, de donde regresaria al punto para hacer levantar el sitio de Yelves y reconquistar á Portugal. Este grandioso plan que hace mucho honor á los conocimientos estratégicos del Generalísimo español y su Ministro universal, no debió gustar mucho al bueno de D. Miguel, que prefirió aceptar el tratado de *Evora-Monte* en 26 de Mayo de 1834. Hallábase á la sazón el Infante igualmente en *Evora*, y hubo de someterse á una estipulacion que obtuvo *Mr. Grant*, Secretario de la Legacion inglesa, de los Mariscales Terceira y Saldanha, por la cual D. Carlos debia embarcarse para

Inglaterra, como lo verificó en *Aldea Gallega*, puerto á tres leguas de Lisboa, y á bordo del *Donegal*, navío de guerra inglés

Llegó D. Cárlos con su familia y comitiva á Porstmouth el dia 12 de Junio, de donde al punto se trasladó á Lóndres, meditando ya los medios de su fuga, y regreso á España. Valióse para ello, como es sabido, del célebre aventurero *Auget de St. Silvain*, á quien D. Cárlos dió despues en agradecimiento el título de Baron de los Valles. Este no solamente dispuso el viaje, sino que posteriormente se tomó la molestia de publicarlo, juntamente con otros varios sucesos de la vida de D. Cárlos, hasta el fallecimiento de su esposa. Para verificar la fuga obtuvo dos pasaportes con los nombres de *Tomás Saez* y *Alfonso Saubot*, negociante el primero y el otro propietario de la isla de la Trinidad. Conociendo las grandes dificultades de hacer el viaje por mar, prefirieron ir por tierra; y despues de tomar varias providencias para burlar la policia, se embarcó D. Cárlos con Saint-Silvain en Brighton el dia 2 de Julio, y á las ocho de la noche entraron en el puerto de Dieppe. Pocas personas, aun de la familia, estaban en el

secreto, y para mayor seguridad se aparentó que D. Cárlos se hallaba enfermo en su cuarto, donde solo entraban la Infanta y la de Beira, el Obispo de Leon, el médico y ayuda de cámara, personas iniciadas tan solo en el secreto.

Después de haber descansado aquella noche en Dieppe, ínterin que la policia les entregaba nuevos pasaportes para Bagneres, arribaron á Paris al dia siguiente, y practicadas varias diligencias sobre sus negocios en el poco tiempo que se detuvieron en Paris, salieron de allí á las ocho de la noche. Al atravesar la plaza de Luis XV, donde una multitud de parisienses tomaba el fresco paseando, fue detenida la silla de los viajeros por un elegante carruage que le salió al paso: al mismo tiempo Saint-Silvain reconoció á Luis Felipe que se dirigia con su familia á Neully, y haciendoselo observar á D. Cárlos, le dijo: «Señor, ahí teneis á vuestro augusto primo el Rey de los franceses, que viene á desearos un feliz viaje.» Notando Luis Felipe la curiosidad con que le miraba uno de los viajeros, se quitó su sombrero blanco, y le hizo á D. Cárlos una cortesía que fue repetida por to-

da la familia. Concluida esta escena, dijo el ilustre viajero á Saint Silvain: « Mi primo Orleans no sospecha que estoy pasando por delante de él para romper en España su tratado de la cuádruple alianza.» El dia 6 de Julio llegaron los viajeros á Burdeos, y de alli salieron al dia siguiente para Bayona, favorecidos por el Baron Alberto Pichon de Longueville, acérrimo carlista, en cuya casa se habia hospedado. Durante el viaje no sufrieron ningun contratiempo; pero su zozobra era continúa al ver á cada paso el telégrafo, que quizá trasmitiese la noticia de su fuga y una órden de prision. Pero no fue asi, pues su aparente enfermedad habia engañado no solamente á nuestro Embajador en Lóndres, sino tambien al astuto Talleyrand.

Al dia siguiente á las diez de la mañana atravesaron por Bayona, y poco despues se reunieron con los guias que los habian de introducir en España. En el camino se les incorporó el Comandante de los gendarmes, que era conocido de uno de los guias, y que bien ageno de lo que pasaba trabó conversacion con D. Cárlos, y acompañó á los viajeros hasta *Sarre*. Aquella misma tarde á las seis entró en España D. Cárlos, y se

presentó á Zumalacarrégui en Elizondo, donde esperaba aquel al frente de su división: su conducta por entonces fue cual correspondía á la situación enteramente militar, limitándose á seguir la correspondencia exterior en compañía de su Secretario Cruz: su servidumbre era escasa, y su guardia tan solo 100 hombres y 20 caballos. «En el primer mes que habitó D. Carlos en el reino de Navarra (dice Arizaga en su memoria militar y política), sufrió una singular persecución que tuvo por objeto el plan de operaciones ostensibles de Rodil, el cual hizo tan enojosa su posición á este Príncipe, que una noche es indudable habría conseguido capturarlo, sin el auxilio de un pastor, que tomando la Real Persona sobre sus hombros y despeñándose por infinitos precipicios, que solo á él le eran conocidos, no hubiese logrado salvarlo, burlando la combinación de columnas que en todas direcciones le rodeaban.» A pesar de esto tardó mas de un año en premiar la lealtad de aquel hombre, á quien llamaban los carlistas por este servicio *el burro del Rey* (*).

(*) El pastor se llamaba Juan Bautista Esain y había nacido en el lugar de Larrainzar en Navarra. Apenas se proclamó á D. Carlos se presentó al General Eraso quien

No es aquí nuestro objeto trazar el lúgubre cuadro de la guerra civil, ni referir por menor las intrigas de la Corte de Oñate, á que dió lugar el carácter débil de D. Carlos, á pesar de lo mucho que se habia preconizado su energia. Retirado del ejército, al cual habia entusiasmado por algun tiempo con su presencia, se dedicó esclusivamente á obras de piedad y devocion exterior. Una turba de hombres osados y corrompidos, que despues del tratado Elliot se habian trasladado del interior de la monarquia á las Provincias Vascongadas, asediaron al Príncipe, y la empleomania transformó en Corte lo que nunca debiera haber despues de asegurado de su fidelidad, le empleó en el peligroso e importante servicio de confidente, y Zumalacarrégui le confió tambien misiones importantes en la noche del 24 á 25 de Setiembre de 1834. Esain sacó á D. Carlos de la cabaña de un pastor en que habia estado oculto algunas horas y acosado despues por las tropas de la Reina lo llevó en hombros por espacio de mas de tres cuartos de hora.

D. Carlos para premiar tan insigne beneficio concedió á Esain las gracias siguientes. Título de nobleza para él y sus descendientes, una pension para él y su familia de veinte reales diarios. Sus hijos varones debían ser educados por cuenta del tesoro en un colegio militar para salir de él en clases de Subtenientes. Por último él y sus hijos llevarían pendiente del cuello una medalla representando en un lado el retrato del Príncipe y en el otro las armas de la nobleza de Esain, compuestas de un geroglífico alusivo á la causa de todas estas mercedes.

pasado de un cuartel general. D. Cárlos , si hemos de creer á los mismos que pelearon por su causa, tuvo poquísimos acierto en la eleccion de personas. Hombres de ideas exageradas , de un rigorismo furibundo , y nada sobrados de talento, merecieron su aceptacion : aun entre los eclesiásticos se le vió poco afecto siempre á los mas afables é instruidos , habiendo merecido su confianza algunos de ellos , cuyo recuerdo es un sarcasmo. En vano S. Santidad , conociendo el precipicio á donde le conducian , trató de separarlos de su lado, con amonestaciones y por otros medios indirectos y reservados ; pero todo fue inútil , y aquellos hombres funestos para su causa , continuaron disfrutando de su privanza.

Cruzábanse entretanto las intrigas, caian unos tras otros los Generales y los Ministros, y con ellos los planes que cada uno habia introducido. Llegó á predominar por fin el de las expediciones, y á pesar de los mas amargos desengaños se decidió una gran expedicion al interior del reino, con D. Cárlos mismo á su cabeza. Pero en vez de marchar á la ligera , como la razon y la táctica aconsejaban , arrastró consigo una inmensa falange de empleados y *ojalateros* , que entorpecian

las marchas , ocupaban los mejores alojamientos , y consumian un número inmenso de raciones.

Al llegar á Huesca halláronse los expedicionarios á la division Iribarren, que los atacó con mas brio que fortuna : entonces D. Carlos retrocedió á Quicena con la mitad de la division. ¿Por qué no condujo á la pelea aquellas huestes, que clamaban por socorrer á sus compañeros? ¿No se avergonzaba de permanecer escondido entre los bagajes , cuando su sobrino se batia con desesperado arrojo al pie del cerro de San Jorge, donde un antiguo Rey de Sobrarve tomara por blason las cabezas de cinco Reyes moros , que pasara á cuchillo en aquel mismo campo? Los panegiristas de D. Carlos no se verán por cierto apurados , para vindicar el valor del último Generalísimo Español, de la nota de temeridad.

D. Carlos se negó á seguir la victoria , á pesar del despecho de sus jóvenes Generales , que bramaban de corage ; y en seguida , desestimando el consejo de los militares , prefirió el de un eclesiástico , y condujo su ejército á las áridas montañas de Cataluña , despues de pasar el Cinca con no poca pérdida. Al ver fallidos sus planes, hambrienta y desmoralizada su gente, hubo de

repasar el Ebro, gracias al caudillo Tortosino: pero la sorpresa de Chiva le lanzó nuevamente á los ásperos puertos de Beceite y Fortanete, donde hubiera perecido de hambre la espedicion, si la victoria de Herrera no le hubiese abierto el camino para la capital. D. Cárlos llegó hasta Arganda, y perdió allí tres dias, ínterin que Espartero pasaba á sus inmediaciones á marchas forzadas para cubrir la Capital. Los consejeros de D. Cárlos habian soñado que á su aproximacion se les abririan las puertas, y contaban ademas con la cooperacion de los barrios bajos, cuyos individuos, convertidos algun dia en patriotas, habian de apalear á los que entonces defendian la metrópoli. Pronto pudieron conocer su error; y al ver salir de ella una division de 16,000 hombres, principiaron su retirada desde los cerros de Alcalá, no sin perder 600 al atravesar los llanos de Aranzueque.

La espedicion mermada, abatida y desmoralizada repasó el Ebro confusamente: principiaron entonces las recriminaciones y las intrigas: los gefes mas beneméritos fueron sepultados en castillos y calabozos, y se pidió contra ellos la pena capital. El mismo D. Sebastian, el vencedor de

Hernani, se vió desterrado, perdida la gracia de su tío , y envuelto en asquerosos procesos. El perjuro Arias Tejeiro, que tratando de borrar la memoria de su pasado liberalismo aparentaba profesar las opiniones absolutistas mas exageradas, dirigia aquella trama infernal, y nombró al estúpido Guergué para el mando del ejército. A pesar del mal éxito de todas las expediciones, enviáronse otras nuevas, compuestas de batallones castellanos que se deseaba aniquilar. Los nombres de Negri y de D. Basilio dicen el triste fin de aquellos infelices.

Horrible, pero exacta , es la descripción que hace de aquella época el Auditor general de D. Carlos, D. José Arizaga, al pintar el estado de desmoralización á que habia llegado el ejército vasco-navarro , durante el cual los motines se sucedian unos á otros con increíble rapidez llegando el caso de ser atropellado en Estella el mismo D. Carlos, golpeado su Ayuda de Cámara Sacanell , y asesinados impunemente los castellanos por aquellos hombres furibundos , instigados por otros menos valientes, pero mas frenéticos en sus opiniones.

Aquel estado no podia ser duradero , y á poco

mas que hubiese continuado, la causa carlista se hubiera desplomado por su propio peso. D. Carlos se vió precisado, á despecho suyo, á llamar á Maroto, desterrado en Francia, el cual en breves dias restableció la disciplina, y pagó á las tropas con siete millones recibidos por aquellos dias de las Potencias del Norte.

Entretanto D. Carlos se ocupaba de otro proyecto personal, que contribuyó no poco á desacreditarle en el concepto de sus partidarios. Despues de su salida de Lóndres habia fallecido su primera esposa Doña Maria Francisca, de cuyo matrimonio tuvo tres hijos (*), los cuales quedaron á cargo de la Princesa de Beira, que poco tiempo despues se trasladó á Saltzburgo. D. Carlos habia prohibido á sus partidarios casarse durante la guerra; á pesar de eso no tuvo á bien sancionar la Real órden con su ejemplo, y se desposó con la Princesa de Beira, Doña Maria Teresa de Braganza. Los sencillos vascongados vieron con poca satisfaccion á un hombre de cincuenta años pasar á segundas nupcias, con una sobrina y cuñada de cuarenta y cinco, y recor-

(*) Sus nombres son: Carlos Luis Maria que nació en 31 de Enero de 1818, Juan Carlos Maria en 1822, y Fernando Maria en 1824.

daron que los cánones solo permiten tales dispensas entre Príncipes en caso de necesidad ó grande utilidad del Estado. ¿Era aquella boda necesaria? ¿Fue útil á D. Cárlos? Díganlo las murmuraciones de los pueblos sobre los que gravitaba la guerra, á pesar de la estrechez con que que vivia este matrimonio.

Poco despues de la segunda elevacion de Maroto, principiaron nuevamente las intrigas y reyertas entre el cuartel real y el general; y los hombres maléficos nacidos para perder á D. Cárlos, volvieron á apoderarse de su confianza: las disensiones entre progresistas y moderados apenas son una sombra de las que agitaron entonces los dos bandos en que se hallaba dividido el campo realista. El funesto drama de Estella vino á poner fin á la disputa: siguióse á él la ridícula carta de Maroto con el parrafito *es el caso Señor*, que ha llegado á ser vulgar, y la no menos ridicula conducta de D. Cárlos que declaró á Maroto *traidor*, y treinta y seis horas despues *leal y fiel*, mandando quemar su mismo decreto anterior. ¿Es aquesta conducta digna de un Rey? ¿Serán suficiente disculpa las amenazas de Maroto? Jamás..... y asi lo pensaron cuantos rea-

listas seguian su causa de buena fé, y que pasados á la vista de tal conducta preveyeron con fundamento la próxima ruina de su partido, y se redujeron á una especie de neutralidad que han observado hasta el dia, en la que les ha obligado á continuar la poco lisongera conducta del partido liberal.

La causa de D. Cárlos principi6 desde aquel momento á declinar rápidamente, tanto mas que desacreditada en el estrangero, no podia esperar de alli ningun socorro pecuniario. Entonces principiaron las negociaciones con los ingleses para un tratado de comercio, á trueque del cual se le ofrecian á D. Cárlos recursos para llevar adelante la guerra. (*) Ya se habia hecho á D. Cárlos tal propuesta cuando se hallaba en Portugal, pero siguiendo la política de su hermano la rechazó con horror, y apenas se dignó contestar. En vista de esto se procedió por la Inglaterra al tratado de la cuádruple alianza, no por amor al gobierno liberal, sino por una especulacion mercantil. Rechazada tal idea por la Reina Cristina, la Inglaterra trató de aprove-

(*) Véanse los números 168 y 69 del Heraldo correspondientes á los dias 30 y 31 de Enero de 1843.

charse del abatimiento de D. Cárlos, y para ello se fijaron tres bases, que contenian el triunfo de la causa carlista, con unas Córtes por estamentos, amnistia con unas pocas excepciones nominales, y tratado de comercio con Inglaterra. Llamados por el Ministro de Hacienda Marcó del Pont dos célebres financieros que entendian en el asunto, acudieron á Durango. D. Cárlos al pronto aparentó aceptar aquellas bases; despues se suscitaron algunas dilaciones, y últimamente el proyecto fue desechado, lo cual hace mas honor al patriotismo de D. Cárlos que no al de otros que trataron despues de vender el tratado de comercio por 600 millones. Es probable que ni aun aquellas pocas esperanzas hubiera dado D. Cárlos, si las acciones sobre Guardamino y Ramales no hubieran patentizado la inteligencia entre Espartero y Maroto, lo cual obligó á pensar en dar á éste sucesor. Pero la falta absoluta de recursos impidió que ningun General de confianza se pusiese al frente. Por otra parte, las escitaciones contínuas al desórden, que desde Aragon y Francia hacian Arias Tejeiro y su pandilla, pusieron á los Generales leales de D. Cárlos en el caso de optar entre unos

furibundos que habian deseado sacrificarlos, y Maroto que dejaba avanzar al ejército liberal, para introducir la desmoralizacion en el realista. La entrada de Echevarria y sublevacion del 5.^o de Navarra, vinieron á complicar aun mas la situacion.

El dia 25 de Agosto se presentó D. Carlos por última vez á pasar revista á sus tropas, que en número de catorce batallones habian formado en Elgueta. La frialdad con que fue recibida y los ademanes que observó en Maroto, le obligaron á huir precipitadamente en compañía de su hijo, del Infante D. Sebastian, su escolta y cuatro Generales. Cinco dias despues tuvo lugar cerca de aquel sitio el célebre convenio de Vergara.

Abandonado D. Carlos de la mayor parte de sus tropas, se retiró hácia Urdás, y el dia 15 de Setiembre se vió precisado á pisar el territorio francés, seguido de su familia y de una porcion de Generales pundonorosos, que quisieron acompañarle en su emigracion, á pesar de los repetidos desaires, que de él habian sufrido. Confinado en seguida á Bourges, ha visto caer uno tras otro sus dorados ensueños: ; cuantas veces en

aquella soledad habrá recordado las rastreras adulaciones de los hiprócratas, que abusaban de su confianza diciéndole: «Señor, vuestra causa es la del cielo..... sin un soldado puede colocarnos en el trono á que os ha predestinado.»

D. Carlos no ha cedido todavía un ápice en cuanto á sus pretensiones, y los manifiestos que ha hecho han sido todos en este sentido. Los diarios legitimistas han hablado acerca de algunas gestiones de avenencia, intentadas por una persona augusta lanzada igualmente del suelo español: ignoramos hasta que punto haya exactitud en esta aserciones, como igualmente en las inculpaciones lanzadas por los mismos contra el gobierno, por los frecuentes desacatos de la policia contra los prisioneros de Bourges. Si estos fuesen ciertos, serian harto estraños en una Nación, que ha clamado tan alto por los desacatos cometidos con el prisionero de Santa Elena. La desgracia tiene sus privilegios, que debe guardar todo corazon sensible: este sentimiento ha guiado nuestra pluma para tratar á D. Carlos con el posible miramiento, aunque sin faltar á la verdad. Por desgracia esta siempre es amarga.





LORD JOHN RUSSELL.

encontras nel Siglo XIX

LORD JOHN RUSSELL.

Che sarà sara.

DIVISA DE LOS RUSSELL.

—•••—

La raza de los Russell es muy noble; y sin remontarse á los tiempos de la conquista normanda, no cede por lo ilustre á ninguno de los nombres distinguidos de Inglaterra. A principios del siglo XVI encontramos por primera vez en la historia un John Russell, originario del Condado de Dorcet, que fue Gentil-Hombre de la Cámara en el reinado de Enrique VII, Intendente del Palacio del Rey en el de Enrique VIII, creado por este Baron Russell y Caballero de la órden de la Charretiere, poseedor

de considerables feudos en el Condado de Bedford, llamado en seguida á formar parte del Consejo de administracion durante la minoria de Eduardo VI, y nombrado por último en 1550 Conde de Bedford.

Desde aquella época la familia de los Russell se coloca y se eleva de dia en dia en el seno de la aristocracia inglesa, hasta el momento en que adquirió una gloria indestructible en la persona del gran William Russell, el mártir de la libertad política y religiosa, «cuyo nombre, ha dicho Cárlos Fox, quedará eternamente grabado en el corazon de todos los ingleses, junto al de Alguernon-Sidney.»

Los dos ilustres campeones de la misma causa fueron inmolados con cuatro meses de intervalo; y los sucesos que los condujeron al cadalso son harto conocidos, para que sea suficiente el indicarlo solo aqui. Era en tiempo de la monarquía restaurada de los Estuardos. El sangriento drama de Whitehall, y las duras lecciones del destierro habian sido infructuosas para el hijo de Cárlos I: tampoco él habia olvidado ni aprendido nada. Entregado á los placeres, abandonaba su reino al Ministerio de favoritos, tan

tristemente conocido por el nombre de *Cábala*. Necesitando siempre dinero para pagar á sus queridas, vendia Dunkerque á Luis XIV, se encadenaba servilmente á la politica de Versalles, se obstinaba en una guerra desastrosa contra la Holanda, á pesar de las reconvenciones del Parlamento; y mientras pisoteaba de este modo los intereses y las libertades de la Inglaterra, el fervor católico de su heredero presuntivo el Duque de York, ponía en peligro el porvenir de la iglesia protestante. Organizóse en el seno de la Cámara de los Comunes una oposicion animosa, y colocó á su cabeza al hijo primogénito del Conde de Bedford, William Russell, á quien sus conocimientos, sus virtudes, su talento y la elevada consideracion de que disfrutaba, hacian el mas digno de aquel peligroso honor. El Ministerio de la *Cábala* fue disuelto, la oposicion triunfó, pero Russell debia pagar caro su triunfo. Se habia atrevido, con aplauso de la Inglaterra, á proclamar á la faz de Carlos II el derecho de resistencia: resolvióse su pérdida. Complicado en una acusacion absurda de complot contra la vida del Rey, no quiso huir, compareció ante el jurado vendido al poder, y

confundió á sus acusadores. Condenado contra la evidencia y con desprecio de todas las formas judiciales, como culpable de alta traicion, murió el 21 de Julio de 1683, con la energia de un héroe y la tranquilidad de un santo. Cinco años despues Jacobo II sufría el castigo del crimen de su hermano. Bajaba del trono para que se sentára en él Guillermo de Nassau. El Parlamento anulaba con un bill la sentencia de Russell, calificado de *asesinato*, y el nuevo Rey al conferir al Conde de Bedford, padre de la victima, el título de Duque, proclamaba á su hijo el *ornamento del siglo, el modelo de la posteridad*.

No se vertió en el cadalso toda la noble sangre del mártir. De su casamiento con la hija del Conde de Southampton, esa Raquel Wriosthesley, cuyas virtudes, valor y adhesion conyugal ha consagrado la historia; dejó William Russell un hijo que heredó, despues de la muerte de su abuelo, el título de Duque de Bedford. Este título pasó sucesivamente á sus dos hijos, de los cuales el último John Russell tuvo por heredero al primogénito de sus nietos, Francis, quinto Duque de Bedford. Este Russell desem-

peñó durante el Ministerio de Pitt un distinguido papel político. Fiel á las tradiciones de su familia, combatió brillantemente al lado de Fox, en las filas del partido whig. Fue ademas grande agrónomo, y los eminentes servicios que prestó á la agricultura, fundando numerosas granjas experimentales, han unido á su nombre una popularidad duradera. Su efigie se ve grabada aun en el dia en las medallas que distribuye la sociedad agrícola de Lough. Murió en 1802 sin posteridad. Sus bienes, su título y su pairia pasaron á su hermano menor, el cual ha muerto recientemente dejandò tres hijos, de los cuales el mayor ha heredado el titulo de Duque de Bedford, y el tercero es precisamente el hombre de Estado, de cuya vida vamos á ocuparnos, el gefe actual del partido whig, el rival de Sir Roberto Peel, el mas ilustre de los Russell despues del gran William.

Lord John Russell nació el 19 de Agosto de 1792. Siendo el hijo menor de su familia, y familiarizado de consiguiente desde muy jóven con la idea de que debia crearse por sí mismo una grande existencia, para sostener el honor de su nombre, tuvo una juventud grave y laboriosa;

siguió sus estudios en la Universidad de Cambridge, y apenas llegó á la edad de 21 años, en 1814, entró en la Cámara de los Comunes.

Se ha dicho muchas veces que la aristocrácia inglesa, parecia que estaba muerta. Aserto mucho mas fácil de emitir que de justificar. Hay en verdad algunos peligros que amenazan al parecer para el porvenir   dicha aristocrácia, y tal vez acabar  por ser arrastrada por el gran movimiento democrático que parece apoderarse de todas las Naciones; pero por ahora no hay en el mundo institucion alguna que presente con mas recuerdos de gloria, mas vida, mas brillo, mas poder y grandeza. Al paso que todas las demas aristocr cias, batidas en brecha ya por los Reyes, ó ya por los pueblos, se borran lentamente   se destruyen; cuando la grandeza española no tiene representacion alguna; cuando los antiguos barones del Santo Imperio han trocado su coraza por un uniforme bordado de Consejero áulico,   los cordones de Chambelan; cuando los boyardos rusos se inclinan humildemente bajo el Knut de un Czar; cuando los hijos de los *nuncios* polacos que deliberaban á caballo, con el sable ceñido, se hallan reducidos, para ganar el pan

del destierro , á hacerse maestros de escribir ó dependientes viajeros ; cuando la nobleza francesa se divide en dos partes , de las cuales la una no se ocupa mas que en aumentar y acrecer las riquezas que ha podido salvar del naufragio , y la otra aislada , pobre y confundida en la masa popular , vejeta oscuramente en los escritorios , en los ejércitos , en los tribunales y en las calles ; cuando en una palabra , se verifica en toda Europa una gran descomposicion aristocrática , existe un pais en donde el viejo cuerpo feudal , rejuvenecido sin cesar con la inyeccion de la sangre democrática , se conserva firme , compacto , en pie , al frente de los negocios , entre el trono y el pueblo , incorporándose toda individualidad que se eleva bastante para llegar á ser *peligrosa* , *y apoyando el derecho caduco del nacimiento* , sobre los dos derechos mas indisputables de nuestro tiempo , el de la riqueza y el del talento .

A este triple elemento de fuerza , es preciso añadir en favor de la aristocrácia inglesa , la ventaja mas grande todavia de ser la expresion viva , el gran resultado histórico de las tradiciones y de las costumbres del pais . Cuando

la aristocracia francesa luchaba contra la alianza de los Reyes y del pueblo , á la cual ha sucumbido , la aristocracia inglesa se ligaba con el pueblo contra el depotismo de los Reyes , y á ella principalmente era provechosa la victoria. Durante su larga y gloriosa dominacion , ha tenido tiempo y poder para construir la Inglaterra á su imagen. Ha vaciado en el mismo molde gerárquico las instituciones civiles , religiosas y políticas , ha impregnado esta mezcla de su entendimiento , de una argamasa indestructible ; no se ha contentado con ser dueña del gobierno y del territorio , se ha apoderado de las costumbres , y en el dia la lógica de las nuevas ideas parece impotente para conmover el antiguo edificio , cuyos cimientos estan en las entrañas mismas de la sociedad.

La generalidad de los lectores , que estudia la Inglaterra por los periódicos , engañada por la semejanza exterior de la organizacion política de ambos paises , desconoce completamente las diferencias enormes que los distinguen. Sabemos que hay en Inglaterra un trono , una Cámara de Comunes , otra de Lores , un partido tory ó conservador , un partido whig ó liberal , un partido

radical , un partido cartista , y no tratamos de averiguar nada mas. Creemos que la Cámara de los Comunes es la nuestra de Diputados ; la de Lores nuestro Senado con la pairia heritaria ademas , y que las luchas entre los partidos y los hombres que se hallan á su frente , son iguales á las que entre nosotros se verifican.

Partiendo de este dato , atribuimos á la Inglaterra ideas , gustos , pasiones é intereses análogos á los nuestros ; y cuando observamos el movimiento tumultuario y desordenado de los partidos en aquel pais ; cuando leemos el relato de todas aquellas furiosas batallas electorales , de aquellos motines , de aquellas procesiones , de aquellas peticiones que tienen 2,322 pies de largo y llevan dos millones de firmas ; cuando sabemos que 40 ó 50,000 cartistas se han paseado triunfal é impunemente por las calles , con banderas desplegadas, gritando : « El pueblo se levanta para destruir la tirania » , nos parece que la Inglaterra está en vísperas de una gran revolucion , y que la aristocrácia toca á su último dia.

Pero la Inglaterra ha presentado eternamente este espectáculo. El Gobierno , la Constitucion , la Aristocracia , todo esto se aviene muy bien con

el motin. Los ingleses no conocen la policia preventiva. Todo ciudadano tiene el derecho individual de pasearse por las calles gritando cuanto le acomoda, hasta que rendido se va á acostar; si en vez de un ciudadano hay cincuenta mil, son otros tantos los que gritan, y nada mas; pues estos cincuenta mil gritos ni siquiera dan lugar á que se cierre una tienda. Aquellas procesiones, aquellos motines y peticiones son otras tantas válvulas destinadas á la evaporacion de la caldera constitucional, demasiado llena. El antiguo mecanismo de *Church-and-State* (la Iglesia y el Estado), no por eso funciona mejor ni peor. Si en España, donde las instituciones cuentan pocos años y han sido destruidas varias veces, y donde no han podido echar raices las costumbres; donde el poder no puede vivir sino con la condicion de obrar y vigilar sin descanso; si en España no hay mas que un paso entre un motin y una revolucion; en Inglaterra, pais aristocrático, donde la libertad individual ha ganado todo lo que la igualdad perdia, donde la diversidad de existencias ha creado entre cada clase de ciudadanos una especie de muro que separa y contiene el desarrollo del contagio revolucio-

nario; el Gobierno vive y marcha tranquilo en medio de la agitacion exterior de todos los partidos; vive y marcha apoyado no en un pedazo de papel hecho mil veces trizas por la tormenta popular, sino en un haz de tradiciones políticas, civiles y religiosas, que se llama la Constitucion, y que está arraigada en lo mas profundo de las costumbres. De consiguiente, el sentimiento aristocrático forma la base de las costumbres inglesas: es la señal de la union de los partidos. Torys, whigs, radicales y hasta los cartistas, todos son aristócratas mas ó menos pronunciados.

¿Qué quieren los torys? Mantener lo que existe ¿Qué quieren los whigs? Poner la Constitucion en armonia con el progreso del tiempo, introduciendo en ella ciertas reformas parciales de que se tratará despues. ¿Qué quieren los radicales? ¿Tratan acaso de destruir completamente el *Estado y la Iglesia*, de reemplazar todos los poderes hereditarios por otros electivos, en una palabra de ingerir en Inglaterra la república? De ningun modo: el pensamiento republicano ninguna acogida tiene en la gran masa del pueblo inglés. La antigua trinidad gubernamental del

Rey, de los Lores y de los Comunes, casi nada ha perdido de su prestigio; la mayor parte de los radicales limita sus pretensiones á dos reformas capitales, pero no revolucionarias; el establecimiento del escrutinio secreto en las elecciones, y el de los parlamentos anuales. Algunos atacan directamente la pairia hereditaria, pero todos respetan los tres poderes en sí mismos; los mas adelantados, los *Benthamistas*, reclaman, es verdad, como los radicales franceses, el sufragio universal; pero esta pretension dista mucho de tener en Inglaterra la significacion revolucionaria que en Francia. ¿Quién no concibe en efecto, que la aristocracia inglesa, dueña del territorio y con mil medios de influencia, puede soportar sin peligro de muerte, un aumento considerable en el cuerpo electoral? Cuantos mas electores ignorantes y pobres haya, mas probabilidades tendrá la aristocracia de dominar las elecciones. El modo como se ha acrecido el partido tory despues del bill de reforma, prueba bastante que no es este el peligro mayor para la aristocracia inglesa; (*) parlamentos

(*) Por el bill de reforma se ha aumentado en mas de la mitad el número de electores.

anuales, escrutinio secreto, sufragio universal, todo lo cederia, antes que modificar las leyes civiles del pais, antes que introducir por ejemplo, la igualdad en la particion de los bienes, antes que abolir o restringir las sustituciones. Esta es la piedra de toque del espiritu inglés, el arca santa que todos respetan, hasta los cartistas en medio de sus mayores estravagancias. (*) Si la igualdad debe ser la base de la democracia moderna, no hay todavia democracia posible en Inglaterra, donde la igualdad es una pasion desconocida, de la cual el pueblo no tiene idea, ni á ella aficion.

Sin embargo, apresurémonos á decirlo; los grandes sucesos que han agitado á la Europa de 50 años á esta parte, no han dejado de tener influencia sobre el estado político y social de Inglaterra. Si la forma exterior de las instituciones no se ha alterado sensiblemente; si al parecer la aristocracia nada ha perdido de su poder; si aun en el día, como en el siglo XVI,

(*) Los cartistas no representan una idea política, pero si un hecho grave, peligroso, y que podria acabar, si la aristocracia no tiene cuidado, por absorver algun dia todas las cuestiones políticas; representan la miseria siempre en aumento de las clases trabajadoras.

la propiedad territorial está concentrada en manos de 32,000 gefes de familia ; si el partido tory aterrado un instante por el bill de reforma, aparece ahora mas vigoroso que nunca, no es sin embargo menos cierto que el principio aristocrático ha sufrido rudos golpes, y que el partido tory ha tenido que hacer notables concesiones.

Entre las dos grandes fracciones de un mismo cuerpo político, de las cuales la una quiere resistir al espíritu del siglo, y la otra contemperizar con él, ha habido de 30 años á esta parte obstinados combates. Los torys victoriosos ahora en la apariencia, son vencidos en realidad ; pues sus adversarios los han arrastrado al camino de las reformas, y no pueden conservar el poder sino marchando por él.

Entre cuantos se han distinguido en estos combates, brilla en primera fila Lord John Russell, hombre de moderacion y de progreso, enemigo de las revoluciones, pero defensor tenaz de la libertad religiosa y política ; dotado en grado superior de esa constancia, de esa firmeza, de esa dignidad, de esa consecuencia que designan los Ingleses con la palabra general de *consis-*

tancy, el ilustre descendiente de los Bedford debe solo á su mérito personal el eminente puesto que ocupa en el dia en el partido wihg, del cual es gefe. Ha llegado á él paso á paso, y agrandándose en medio de numerosas pruebas, en una carrera difícil que vamos á bosquejar rápidamente.

Cuando la escuela filosófica del siglo XVIII hubo creado la Revolucion de 89, el partido tory vió amenazado su porvenir, y para parar el golpe se arrojó á una guerra encarnizada contra la Francia. Reanimando antiguos odios históricos, ahogó la cuestion de principios con una cuestion nacional; durante 20 años tomó nuevas fuerzas de la guerra, contuvo la revolucion del lado allá del Estrecho, y el misionero coronado de la democracia cayó á sus golpes. Pero cuando despues de la victoria fue preciso contar los muertos, todas las llagas de la Inglaterra aparecieron á la vez. La Francia estaba vencida, pero la Inglaterra estaba arruinada, y habia contraido una deuda de mas de 80 mil millones de reales. La miseria devoraba las clases inferiores; la nacion entera estaba oprimida por el peso de los impuestos; el pan valia á un

precio exorbitante, y los arriendos aumentaban en proporcion ; los mercados, á causa del bloqueo continental, estaban llenos de mercaderias, y al otro lado del Canal de San Jorge, una nacion de mendigos, la Irlanda, vuelta furiosa por el hambre, buscaba en la violencia un recurso contra la tirania de las leyes.

El gran debate de principios, comenzado ya antes de 89 entre los wihgs y los torys, y suspendido durante la guerra, volvió á tomar su curso en medio de la agitacion popular, y trabóse la batalla sobre dos puntos capitales: 1.^o la admision de la Irlanda católica y de las sectas disidentes á los derechos politicos y municipales, con la abolicion del juramento de alivio á la supremacia de la Iglesia Anglicana: 2.^o la reforma del antiguo sistema electoral. Lord John Russell ha consagrado 15 años de su vida á conseguir estas dos conquistas. Mientras los otros getes de la oposicion, los Grey, los Burdett, los Broug-ham, los Althorp, los Hobhouse, combatian al ministerio en las diversas cuestiones accidentales de política interior y exterior ; Russell al paso que las apoyaba con su palabra y su voto, se dedicaba mas especialmente al triunfo de los dos grandes

principios de libertad religiosa y política, de los cuales se habia constituido campeón.

En la sesion de 1819 principió á proponer claramente la reforma general del Parlamento, como el remedio mas eficaz para los males del pais; rechazado, se atrincheró en una série de modificaciones y de detalles en la ley electoral; asi pues en Diciembre de 1819 pidió la supresion de los *burgos podridos*; en la misma sesion apoyó una propuesta sobre la abolicion del *test* (juramento) y de las otras incapacidades que afectaban á los católicos y á los disidentes; en Mayo de 1820 propuso quitar el derecho electoral al burgo Grampond, acusado de corrupcion; proposicion que pasó en la sesion siguiente, y fue el primer paso en el camino que condujo á la reforma parlamentaria; en Abril de 1821 pidió con Sir Lambton, mas adelante Lord Durham, el aumento del número de electores. En la sesion siguiente, el 27 de Abril de 1822, pronunció un largo y bello discurso para inducir al Parlamento á que reflexionase sériamente sobre el estado de la representacion nacional. Concluia pidiendo como siempre la reforma del Parlamento; pero aque-

lla mocion , vivamente combatida por Canning, fue tambien como siempre rechazada.

Cuando se verificó la invasion del ejército francés en España, Canning, despues de inútiles esfuerzos para impedir aquella guerra , se pronunció por una estricta neutralidad. Russell, sin entregarse á las furiosas filípicas de Brougham contra el ministerio francés, se declaró con la oposicion contra la neutralidad. Pidió que se revocase el bill que prohibia á los súbditos ingleses el entrar al servicio de los estrangeros ; indicó la intervencion francesa como un ataque de despotismo contra las libertades de la Europa. La mayoría se pronunció contra su proposicion.

Al año siguiente el infatigable Diputado desenvolvió de nuevo , tambien con poco éxito, su mocion sobre la reforma parlamentaria ; reprodujola en 1824 ; en 1826 la sostuvo de nuevo bajo otra forma , presentando un bill para prevenir la corrupcion en las elecciones.

En aquel mismo año debió á su celo perseverante por la causa de la Irlanda, el verse privado , despues de la disolucion del Parlamento, de su mandato de Diputado por el Condado

de Huntingdon; un burgo irlandés reparó aquella injusticia, y envió á la Cámara al intrépido defensor de la libertad de cultos.

Sin embargo, el estado de Irlanda, cada dia mas amenazador, principiaba á influir en el Parlamento; un proyecto de emancipacion sostenido por Canning (*) solo habia sido desechado por cuatro votos. Despues de muerto Canning, y cuando llegó al poder el torysimo puro, Russell presentó de nuevo y sostuvo, como un paso para resolver la cuestion católica, un bill para relevar de toda incapacidad política á los protestantes disidentes. El bill vivamente combatido por Sir Roberto Peel (**) fue aprobado sin embargo por una mayoria de 44 votos. Aquel triunfo fue preludio de otro mayor; á los pocos meses el Ministerio, espantado de los gritos de la Irlanda, proponia él mismo la emancipacion. El Gabinete tory, atacado vivamente por sus mas fogosos amigos, encontró en Russell un adversario leal, que le defendió en aquella circunstancia, y que al paso que reclamaba en vano una emancipacion mas

(*) Véase su biografia tom. III.

(**) Véase su biografia, tom. IV.

completa, defendió con valor el proyecto contra los ataques de los ultra-torys. El bill fue al fin aprobado.

Así, pues, de los dos grandes principios á cuyo triunfo habia consagrado Russell toda su vida, el primero acababa de ser solemnemente consagrado; quedaba la gran cuestion de la reforma parlamentaria, tantas veces abordada por él sin éxito, y la volvió á tomar con nuevo ardor. Como táctico hábil, echó de nuevo por delante, per via de ensayo, una proposicion especial reducida á conceder el derecho de representacion á las populosas ciudades de Manchester, Birmingham y Leeds, que carecian de él; esto acontecia el 23 de Febrero de 1830; el orador whig fracasó tambien entonces, pero ante una mayoria de solo 44 votos.

Cinco meses despues estalló la revolucion en Francia; el sacudimiento conmovió la Inglaterra, derribó á los torys del poder que ocupaban tanto tiempo hacia, llevó á él á los whigs, y el 1.º de Marzo de 1831 Lord John Russell se presentó en nombre del nuevo Gabinete, en medio de una formidable agitacion popular, á proponer, ó imponer mas bien á la Cámara de

los Comunes, no ya concesiones de detall, paliativos, modificaciones parciales, sino un extenso plan de reforma parlamentaria. Estrechado en sus últimos atrincheramientos, el torysimo furioso recogió todas sus fuerzas, y sobre el proyecto de Lord John Russell se dió una de las mas grandes batallas de tribuna de que conserva recuerdo la Inglaterra. La batalla se prolongó durante mas de un año. En la biografia de Sir Roberto Peel no hicimos mas que indicar los graves debates sobre el bill de reforma; pero como Russell desempeñó en ellos el principal papel; como la materia en sí misma es poco conocida, procuraremos reasumir, lo mas sucintamente posible, aquella gran cuestion, bosquejando el sistema electoral inglés antes y despues del bill de reforma.

Las libertades inglesas datan de larga fecha; y por no estar reunidas en un código político, no estan por eso menos presentes en todas partes, incrustadas en las tradiciones, fundidas en las costumbres y garantidas por usos mas poderosos que las leyes. Su origen se remonta hasta la *magna carta*, conquistada durante el reinado de Juan sin tierra en los campos de Runnimede, por la coalicion

de los barones, del clero y de los habitantes de las ciudades.

Aquella carta sin embargo consagra mas bien derechos civiles que políticos; pero poco tiempo despues de su conquista, hácia fines del siglo XIII, vemos ya á los ciudadanos llamados á deliberar en el Parlamento en union con los Lores espirituales y temporales; los dos primeros órdenes, ó *estados* se hallan reunidos desde tiempo inmemorial en una sola Cámara llamada Cámara alta, y el tercero forma la Cámara baja, llamada de los Comunes. El número y las atribuciones de los Diputados de la Cámara de los Comunes fueron en un principio muy restringidos, y el método de su convocacion bastante mal definido; los Reyes añadieron por mucho tiempo al privilegio de crear los Pares hereditarios, el de aumentar ó reducir el número de los Diputados, dando ó quitando á las diversas localidades la *franquicia* electoral, esto es, el derecho de *representacion*, segun la importancia adquirida ó perdida por aquellas mismas localidades, y segun la necesidad que tenian los Reyes de aumentar su influencia en la Cámara baja para contener á los Lores.

Pero las dos Cámaras tardaron poco en hacer causa comun contra el trono; durante muchos siglos lucharon , vencieron ó sucumbieron juntas ; juntas atacaron , destronaron y juzgaron á los Reyes ; juntas se sometieron al yugo de los Reyes , hasta que la última revolucion de 1688 asentó definitivamente la constitucion inglesa sobre la doble base de la soberania parlamentaria y de la supremacia protestante. Durante aquella larga série de triunfos y reveses, los Lores y los Comunes habian estrechado mas y mas su union. La Cámara alta , identificando con destreza los intereses aristocráticos con los intereses protestantes, acabó por absorver completamente la Cámara baja. Comprando los burgos que poseian franquicia, ingiriendo á precio de oro su influencia en los condados y en las corporaciones de las ciudades , consiguió la aristocrácia infeudar la diputacion en sus familias; hizo de ella el patrimonio de los hijos menores de los Pares, y el Gobierno de la Inglaterra se convirtió en lo que es en el dia , aun despues del bill de reforma , una monarquia dominada por una aristocrácia, dividida en dos Cámaras.

La aristocrácia una vez dueña y propietaria

en cierto modo de las elecciones, debió esforzarse naturalmente por inmovilizar en sus manos aquella propiedad, quitando al trono la prerogativa que hasta entonces disfrutara, de conceder ó quitar á las localidades el derecho de representacion. Durante el reinado de Carlos II, se negó por primera vez la Cámara de los Comunes á admitir en su seno á dos Diputados elegidos por un burgo, al cual el Rey habia concedido recientemente la *franquicia* electoral.

Desde aquel momento el número total de los Diputados, de los burgos, condados y ciudades con derecho de elegir, el número de votos concedido á cada localidad, todo quedó fijo é invariable; y despues de la admision de los Diputados escoceses en 1706, y de los irlandeses en 1804, la Cámara de los Comunes se compuso definitivamente de 658 miembros, de los cuales 80 eran nombrados por los condados de Inglaterra, 25 por las grandes ciudades, 172 por los burgos; 8 por los puertos de mar, 4 por las dos Universidades de Cambridge y de Oxford, 24 por los condados y ciudades del pais de Gales, 30 por los condados, 65 por las ciudades y burgos de Escocia, y finalmente 100 por Irlanda.

La misma inmovilidad se aplicó á la legislación electoral , es decir , á las condiciones impuestas á cada ciudadano para ejercer el derecho electoral. Aquellas condiciones variaban mucho segun las localidades ; así pues , en los condados de Inglaterra y del pais de Gales , para ser elector era necesario poseer en entera propiedad ó usufructo un bien alodial (*free hold*) que diese por lo menos 40 chelines de renta ; el *copy-hold* que era una especie de posesion de segunda clase , que constituia una propiedad de hecho , no de derecho , y particular á la Inglaterra , no daba el derecho electoral ; lo mismo sucedia con otra clase de bienes , *lease hold* , término medio entre la propiedad y la simple locacion. En las ciudades y los burgos , el derecho de votar estaba fijado con menos uniformidad. Cada localidad tenia usos particulares ; por ejemplo en Abington , en Arundel todos los que pagaban impuestos directos tenian voto ; en Bath nombraban el Diputado el *Maire* , los *Aldermen* y el Consejo municipal ; en Bristol los libres terratenientes de 40 chelines , etc. etc. En las diversas partes de una misma ciudad podian ser diferentes los sistemas electorales. Así pues , en Lóndres , en la

Ciudad, las condiciones del derecho de votar eran distintas de las de Westminster y de Southwark. En Escocia y en muchas ciudades de Inglaterra aquel derecho pertenecía esclusivamente á los miembros de las corporaciones municipales, y se trasmitia por herencia.

A medida que pasó el tiempo sobre un sistema electoral organizado é inmobilizado de aquel modo, resultaron de él absurdos é inmoralidades increíbles, de las cuales solo señalaremos las mas notables. Durante dos siglos, ciudades de poca importancia hasta entonces, y que no poseian la franquicia, se habian engrandecido; otras que la poseian habian disminuido; burgos que la poseian habian llegado á ser aldeas; algunas no tenian mas que una casa, y otras un pedazo de pared; muchas habian desaparecido completamente; y sin embargo, el derecho electoral quedaba unido á los sitios, y se trasmitia y vendia con ellos. Así pues, un Par que poseia siete ú ocho lugares privilegiados de esta especie, daba uno de ellos en dote á su hija, uno por viudedad á su muger, etc. etc. Se vendia y compraba un asiento en el Parlamento como se vende y compra una casa ó un pedazo de tier-

ra ; un gran número de burgos estaban reducidos á siete ú ocho habitantes, que disfrutaban del derecho electoral á título de locatarios de casas pertenecientes á un Par, patrono ó señor del burgo, el cual no le daba habitacion sino con la condicion de votar por su candidato. Aquellos burgos eran conocidos por el nombre de *burgos podridos*; en los que no eran de propiedad privada, los votos se compraban con dinero contante; cosa que se practica aun en el dia. Contábanse en Inglaterra 25 burgos que enviaban uno ó mas diputados al Parlamento, y que no tenian cien electores; habia 47 que no pasaban de cincuenta , y entre ellos 2 tenian tres electores, 2 once, 2 ocho, y por último los 2 burgos de Gatton y de Old-Sarum no tenian en realidad mas que uno. En las ciudades en que el derecho electoral pertenecia á las corporaciones cerradas, sucedia con frecuencia que media docena de *Burgueses* nombraban á puerta cerrada el representante de 50,000 almas. Edimburgo, por egeemplo, ciudad de mas de 100,000 almas, tenia un solo Diputado nombrado por treinta y tres electores. Lord Grey , sumando estos diversos casos particulares , habia sacado por resultado general que la mayoria de la Cámara de

los Comunes (330 miembros) era nombrada por menos de 15,000 electores, sobre los cuales ejercian los grandes propietarios una influencia tan patente, que Lord John Russell, al presentar su bill pudo afirmar, sin que nadie le contradigera, que siete Pares hacian nombrar 63 Diputados.

Por viejo que fuese, ó mas bien por lo mismo, el sistema electoral tuvo numerosos y ardientes defensores; y cuando el orador wigh desenvolvió su plan, lo acogieron los torys con gritos de indignacion.

Proponia que se quitase la franquicia á todos los burgos que tuviesen menos de 2,000 habitantes; no concedia mas que un representante en vez de dos á todos los burgos, cuya poblacion no escediese de 4,000 almas; por este medio quedaban disponibles 150 asientos en el Parlamento, que podian repartirse entre las grandes ciudades no representadas hasta entonces, y los principales condados, cuya representacion se doblaba. La de Lóndres debia ascender de 8 á 16 miembros, y se conservaban los terratenientes de 40 chelines. Las corporaciones cerradas de las ciudades espermentaban la misma suerte que los burgos podridos; su privi-

legio esclusivo era reemplazado por una disposicion, que concedia el derecho electoral á todo propietario ó locatario de una casa que producía 10 libras esterlinas de renta al año. El número de miembros de la Cámara sufría una reduccion.

Lord John Russell necesitó un infatigable vigor para resistir á los multiplicados ataques de los torys; defendió su proyecto artículo por artículo con tenaz perseverancia, refutando todas las objeciones, y oponiendo á los furores de sus adversarios, unas veces una tranquila y elevada razon, y otras una fria y penetrante ironia. El bill fracasó en la Cámara de los Comunes; el Gabinete wigh presentó al Rey su dimision, el cual prefirió disolver el Parlamento y apelar al pais. Las elecciones verificadas en medio de la mas viva agitacion, dieron por resultado una mayoria favorable al bill, el cual fue adoptado el 21 de Setiembre de 1831, por 345 votos contra 236.

Sin embargo, no estaba ganada la victoria, pues faltaba que pasara el bill en la Cámara de los Pares. Presentólo á ella Russell el 7 de Octubre, y fue desechado sin enmienda. Tres dias

despues , la Cámara de los Comunes hizo una declaracion en que deploraba la resolucion de la Cámara alta , persistiendo en su adhesion á los principios del bill , y proclamando que los Ministros habian merecido bien de la patria.

El Parlamento fue prorogado : la Inglaterra estaba conmovida ; multiplicábanse las peticiones , las asociaciones y los levantamientos ; se pedia á voz en grito la conservacion de los Ministros , y la creacion de un número de Pares suficiente para asegurar el triunfo del bill. El Parlamento se volvió á reunir el 6 de Diciembre , y Lord John Russell apareció otra vez en la Cámara de los Comunes con un nuevo bill que contenia algunas modificaciones ; fue aceptado como la vez primera , y vuelto á llevar á la Cámara alta , sufrió la prueba de las dos primeras lecturas en medio de los mas tempestuosos debates ; la tercera fue desechada despues de Navidad. Cansado el Ministerio wihg de la encarnizada resistencia de la Cámara alta , pidió al Rey una nueva creacion de Pares ; el Rey lo rehusó ; el Ministerio hizo dimision y fue aceptada ; la nacion entera se su-

blevó; la Cámara de los Comunes votó un nuevo mensaje al Rey, manifestando su pesar por el cambio de administracion; los torys hicieron vanos esfuerzos para componer un gabinete; no pudieron conseguirlo, y el Rey tuvo que volver á llamar el 16 de Mayo á los Ministros que habia despedido el 9. La Cámara alta, impotente para luchar por mas tiempo, y amenazada por el Ministerio con una *hornada*, cedió al fin; Lord Wellington, despues de una protesta solemne, abandonó su banco; siguiéronle cien torys, y en su ausencia pasó el bill el 4 de Junio de 1832, por una mayoria de 106 votos contra 22. El 7 del mismo mes recibió la sancion real, en medio de los trasportes de la pública alegria. Era el bill primitivo de Lord John Russell, salvo algunas modificaciones del pormenor. Asi, pues, no se variaba el número total de Diputados, que quedaba en 658. Cincuenta y seis burgos perdian su franquicia; treinta nombraban solo un Diputado en vez de dos; treinta y dos ciudades ó condados, privados hasta entonces de representacion, obtenian el derecho de elegir cada una dos Diputados, y veinte otras nombraban cada

una uno. En suma, la Inglaterra , comprendido el pais de Gales , nombraba 500 Diputados , la Irlanda 105 , la Escocia 53. Buscando la relacion de estos números con la de la poblacion en los tres paises , resulta que la Inglaterra tiene 1 representante por 28,000 almas , la Escocia 1 por 38,000 , y la Irlanda 1 por 76,000.

Tal es en sustancia este famoso bill de reforma, que si dejó subsistir , como puede verse por los números que acabamos de asentar , una chocante desproporcion en la representacion de cada uno de los tres paises que constituyen el Reino Unido , no por eso dejó de elevar el número total de los electores de 400,000 á 1.000,000; destruyendo los *burgos podridos* y el privilegio de las corporaciones , desembarazó el principio de la eleccion libre de las ficciones inmorales que le ahogaban ; el partido tory se creyó , ó lo fingió mas bien , herido de muerte ; no era sin embargo asi , pues por hostil que fuese el bill á la elevada aristocracia , le dejaba todavia numerosos medios de influencia , de los cuales se ha sabido aprovechar con maravillosa sagacidad.

Los wihgs , aristócratas moderados , pero

territorialmente aristócratas, al paso que aplicaban el escalpelo á la parte mas gangrenada del antiguo sistema, no se atrevieron por respeto á las tradiciones feudales, á tocar á la institucion de los francos terratenientes (*freeholders*) electores de 40 chelines de renta. Fácil es conocer qué garantia de independencia pueden dar semejantes electores; ademas los torys arrancaron a los autores del bill la concesion de derecho electoral, á los que solo pagasen por arriendo de una quinta 50 libras esterlinas (*tenants of will*), disposicion que unida á la del voto público, tiene aquellos arrendadores dependientes de los grandes propietarios. Asi pues, el partido tory diezmado en dos terceras partes en la primera eleccion general que siguió al bill de reforma, no tardó en reforzarse mas y mas en las elecciones de 1835, 37 y 41. En el dia es dueño del poder por una imponente mayoria; pero solo con la condicion, por decirlo asi, de continuar el sistema de sus adversarios. El bill de reforma fue el primer paso de los wibgs en el camino de las innovaciones; no se detuvieron ya en él, y durante diez años, á pesar de los ataques de una oposicion cada

dia mas temible , no han dejado de aplicar la poda á las ramas del viejo árbol. Solo podemos enumerar aqui sucintamente todas las reformas que han intentado ó llevado á cabo ; pero esta enumeracion bastará para que el lector pueda apreciar los títulos que tiene Lord John Russell para el aprecio de los contemporáneos y de la posteridad ; pues el ilustre descendiente de los Bedford es el que durante estos diez últimos años ha mandado, disciplinado, contenido, guiado el grande ejército de los reformistas; con el auxilio de su talento de orador, mas severo que brillante, pero lleno de fuerza y de lógica, y con su influencia de gefe de partido, fue como el primer ministerio whig, el de Lord Grey, consiguió desde 1832 á 1834 luchar por primera vez con ventaja contra los abusos de la organizacion aristocrática del pais; él fue el que hirió á la iglesia protestante de Irlanda con la supresion de diez obispados, y una multitud de sinécuras eclesiásticas; él fue el que por primera vez promovió la importante cuestion del cambio del diezmo por una renta territorial; y mas adelante cuando quedó dislocado el Ministerio Grey, cuando Lord John Russell llegó

á ser en el de Melbourne el verdadero jefe del Gabinete, á él, á sus perseverantes esfuerzos corresponde el honor de la reforma de las corporaciones municipales que componian una especie de estado dentro del Estado, de la conversion definitiva de los diezmos en una renta territorial, de la refundicion de la antigua ley sobre los pobres, que en vez de poner remedio á una de las mas crueles llagas de la Inglaterra, tendia solo á agrandarla; Russell es ademas el que ha presidido á las innovaciones llevadas á cabo en el estado civil y la instruccion pública, á la modificacion de las leyes criminales, al reparto mas igual de las rentas eclesiásticas, y á la completa libertad de los esclavos. Si sobre las dos importantes cuestiones de los impuestos de la naturaleza de las propiedades de la iglesia, no ha podido hacer triunfar las ideas modernas, por lo menos ha preparado la opinion pública para una solucion que se efectuará mas pronto ó mas tarde en este sentido. Por último Lord John Rouscell es el que despues de una lucha gloriosa, cayendo del poder y vencido por el número, ha lanzado, como un Parta á sus enemigos victoriosos, la formidable cuestion de la libertad comercial y del precio del pan.

Tal es un resumen la existencia política de Lord John Russell ; pura , noble y bella, le ha grangeado con razon la confianza y el afecto de sus amigos y el aprecio de sus enemigos, ¡ Cosa rara ! despues de diez años de Ministro, no solo no ha perdido con el egercicio del poder , sino que ha salido de él mas grande que habia entrado. Su vida privada tiene toda la austera y sencilla dignidad que caracteriza su vida pública.

Hombre de Estado de primer orden , Lord John Russell es ademas un escritor distinguido. Ha publicado varias obras sérias del mayor interés: la primera titulada: *Ensayo de la historia del Gobierno y de la Constitucion inglesa*, la segunda : *Memorias sobre las negocios de Europa desde la paz de Utrecht hasta nuestros dias* : la tercera : *El establecimiento de los Turcos en Europa* ; y por último la cuarta titulada : *Causas de la revolucion Francesa*. Lord John Russell compuso ademas en 1823 una tragedia con el titulo de *D. Carlos, ó la persecucion*, que no fue bien acogida en el teatro.







VICTOR HUGO.

Personajes célebres del Siglo XIX

VICTOR HUGO.

Tous les genres sont bons , moins
le genre ennuyeux.»

BOILEAU.—Arte Poética.

Como el mundo político , tiene el mundo literario ó poético sus inevitables transformaciones. Las mismas causas que cambian la faz de una sociedad , no pueden menos de cambiar tambien la de la literatura ; y en este concepto es perfectamente exacto el axioma de Mr. de Bonald , muy disputable en nuestro concepto , si se deduce de él una simultaneidad de revolucion que casi jamás existe ; pero no cuando solo implica una relacion necesaria entre la causa y el

efecto, entre el principio y la consecuencia. No es rigurosamente exacto el decir, que la literatura es siempre la espresion de la sociedad; véase sino á la literatura acompasada, hinchada y pomposa de la escuela enciclopédica, atravesar el grande y tempestuoso periodo de la Asamblea Constituyente y del Consulado, y aun perpetuarse, salvas algunas raras escepciones, hasta los últimos tiempos del Imperio. Mientras dura la obra negativa de la destruccion, la poesia, que vive de afirmacion, permanece en el estado de crisálida; cuando todo se ha consumado, cuando las ruinas yacen amontonadas por el suelo, y cuando la paleta va á reemplazar el hacha ó el sable, entonces rompe la poesia su capullo, y sale mas ó menos hermosa, si se quiere, pero renovada, transformada, diferente.

Tómense á todos los grandes poetas, desde Homero hasta Chateaubriand, y siempre se les verá salir en pos de un sacudimiento, y cada revolucion social engendrará otra literaria. Amotinarse contra hechos de esta naturaleza, hechos absolutos, necesarios, eternos; arrojar la piedra á toda gloria nueva en nombre de las

antiguas glorias, sería pueril; describir alrededor del entendimiento humano el círculo inflexible de Popilio; tomar tal ó cual siglo de los pasados, colocarle ante el porvenir, á manera de las columnas de Hércules, y decir á este porvenir: « no irás mas allá » sería querer principiar de nuevo el milagro de Josué.

Si en el año de 1843 se encontrase un jóven oscuro, que se llamase Juan Racine, que se presentase tímidamente, con vestidos ruidos, al comité de lectura del teatro francés, llevando debajo del brazo una tragedia intitulada *Berenise ó Británico*, nos parece que el comité se negaría á aceptarla; y que si por casualidad la aceptaba, á lo mas sería acogida por el público con aprecio. Algunos espíritus escogidos admirarían sin duda una versificación incomparable, bellos arrebatos de ódio y de amor, y un profundo conocimiento de los misterios del corazón humano; pero la multitud, que vé con los ojos y juzga con el espíritu de su tiempo, permanecería impassible y fria al ver un adorno dramático, y un desarrollo de pasiones estrañas á sus instintos, á sus ideas y á sus costumbres.

A los que para destruir nuestra hipótesis

nos objetasen el prodigioso triunfo de Mlle. Rachel, contestaríamos sencillamente: no se trata aquí de una gloria por hacer, sino de otra justamente consagrada por los siglos; ¿y además no es patente, que si para algunos la tragedia del siglo de Luis XIV presenta un doble atractivo de emoción y de estudios, para el vulgo no hay en ellas otro prodigio que una actriz de 19 años? Tan cierto es esto, que ya la multitud que admiraba con entusiasmo, principia á cansarse de dar siempre vueltas en el mismo círculo de sensaciones facticias y previstas; que los mismos que mas contribuyeron á producir la reacción, piden á voz en grito por interés de la misma actriz, un papel nuevo, y para el público un nuevo pasto; que en una palabra, para servirnos de la expresión de un agudo aristarco, entusiasta de Racine, la masa de los *honrados ignorantes*, de los *cándidos fastidiados*, levanta los ojos á la crítica, y le pregunta como aquel discípulo á su maestro. «¿Es cierto que me divierte?» Pero si se infriese por esto que somos uno de aquellos *inoclastas* feroces que destruimos á Racine, protestaríamos con todas nuestras fuerzas: no se destruye ya á Racine como no se

vuelva á hacer; el autor de *Fedra* y de *Athalie* será siempre uno de esos tipos eternos de la belleza humana, que brillan de trecho en trecho al frente de los siglos; pero al lado de aquella belleza, que es de todos los tiempos y de todos los lugares, hay en el arte otro género de belleza relativa, mudable, transitoria y susceptible de transformaciones radicales, como la época de que es el reflejo; esta belleza de segundo orden, que se encuentra mas bien en la forma que en el fondo, la poseia de lleno Racine en el siglo XVII, y la ha perdido en el dia. ¿Por que? Dígase porque la Francia actual no se parece ya á la Francia de Luis XIV.

¿Estas reflexiones preliminares, demasiado largas ya, tendrian acaso por objeto establecer que nuestra época ha encontrado la espresion de su pensamiento dramático llevada á su mas alto, á su mas completo poder en la persona de Mr. Hugo; que en el dia lo bello es lo feo, y que despues de *Hernani* ó *Marion Deorme* ya no hay nada que hacer? ¡Líbrenos Dios de semejante tésis! La parte dramática jamás nos ha parecido lo bello de Mr. Hugo; únicamente, para bosquejar con mas libertad el cuadro de

una carrera tempestuosa de innovador, hemos querido desembarazarnos de antemano de estas mezquinas disputas de palabras, que no han servido por mucho tiempo mas que para embrollar las cuestiones, en vez de esclarecerlas. Por lo demas, en el día esas denominaciones arbitrarias y absolutas de *clásico* y de *romántico*, están en gran descrédito; en el día, y vale mas, para distinguir los géneros, se tiene presente el principio de Boileau, que no dejaba de tener su mérito. Quitando del *género fastidioso* su acepcion estrecha y vulgar, admitiendo que lo *fastidioso* en el arte no es solo lo monotonó, desabrido ó glacial, sino tambien lo que es hinchado, ilógico y falso; lo que está en contradiccion con los movimientos del alma, las pasiones del corazon y los instintos mas imperiosos de la naturaleza humana; fácil es entonces á cualquiera dar á Mr. Hugo una buena parte, en razon de sus impresiones individuales, sin ninguna especie de prevenacion; y se pueden admirar profundamente *Nuestra Señora de Paris* y las *Hojas de Otoño* sin ser *romántico*, y silvar *Ruy-Blas* sin ser *clásico*.

Victor Maria Hugo nació en Besanzon el 26

de Febrero de 1802. Su padre Segismundo Hugo, Coronel entonces, era uno de los primeros voluntarios de la República; su madre, hija de un naviero de Nantes, vandeana de nacimiento y de corazón, había sido, como él mismo lo dice, una facciosa, huyendo quince años por entre el Bocage, como Mme. Bouchamp y Mme. de Larochejaquelein. Este doble origen, ensanchando el círculo de las simpatías del poeta, ha agrandado en igual proporción el manantial de sus inspiraciones; su corazón ha latido sucesivamente por las grandes cosas del tiempo pasado, y los grandes pensamientos del porvenir.

Nacido casi bajo la tienda, en los días más brillantes del Imperio, Mr. Victor Hugo tuvo una de esas infancias nómadas, aventureras y fecundas en emociones de todas clases, que esplican la singular precocidad lírica de su *alma de cristal*. Verdadero hijo de tropa, siguió del Norte al Mediodía los pasos de gigante de Napoleón. «He recorrido la Europa antes de vivir» ha dicho él mismo; y en efecto, á la edad de cinco años había pasado ya de Besanzon á la Isla de Elba, de allí á Paris, de Paris á Roma; había atravesado la Italia, permanecido en Nápoles,

alegrado su vista con el *aspecto de aquellas orillas embalsamadas, donde se detiene la Primavera*, jugando al pié del Vesubio, y temblado tal vez al oír los tiros de *Fra-Diávolo*, el poético bandido á quien su padre, nombrado Gobernador de la provincia de Avellino, perseguía por entre las montañas de la Calabria.

En 1809, el jóven Victor volvía á Francia con su madre y sus dos hermanos Abel y Eugenio, y solo entonces continuó con el auxilio de los libros su educacion, tan fuertemente trazada por una vida aventurera: dos años de serenidad doméstica y de tranquilos goces, pasaron por él en el antiguo convento de las Fulenses, cuyo recuerdo ha celebrado despues. Crecia el niño, como todos los niños felices de este mundo, bajo el cuidado de su madre; y para que nada faltase á su dicha, al dar su primer paso en la vida, tuvo el amor de una graciosa niña, que con el tiempo habia de ser su esposa; triscaba aquella pareja de cinco años por el jardin, y cuando estaban cansados de sus juegos, el jóven Victor entraba misteriosamente en un pabellon solitario, á aprender á leer en Tácito sobre las rodillas de un proscrito. El General Lahorie, comprometi-

do en el proceso de Moreau , y perseguido por la policia imperial , habia pedido un asilo á Mme. Hugo , la cual le ocultó en su casa durante dos años. El General distrajo el fastidio de su encierro con la educacion del jóven Victor , y este recibió desde entonces el primer gérmen del realismo que debia manifestar despues , y cuyo ardor se aumentó todavia en 1811 ; por una odiosa traicion vió á su amigo descubierto en su asilo , arrancado de sus brazos , sepultado en un calabozo , y por último fusilado despues en la llanura de Grenelle , en compañía de Mallet.

Algunos meses despues del arresto de Lahorie, el padre de Mr. Hugo , entonces General y empleado en el palacio del Rey José en Madrid, le llamó á dicha capital , junto con su madre y sus hermanos. Bajo el ardiente cielo de España , en este suelo pintoresco , rico en recuerdos , y conmovido entonces por la guerra, recogió el jóven Victor impresiones indestructibles. Tal vez debió en parte á su permanencia en la Península el tono atrevido y orgulloso de su pensamiento , y la exuberancia enteramente meridional de su imaginacion. De todos modos , el demonio de la poesia se apoderaba ya á los diez años de aquella

organizacion impresionable ; y á la edad en que apenas se habla en prosa , murmuraba ya vagas y confusas melodias.

Despues de pasar un año en el Seminario de Nobles de Madrid , volvió Victor á las Fulenses, á fines de 1812. Allí le encontró la primera restauracion , que fue acogida por él con el entusiasmo vandeano de su madre.

Antiguas disenciones , agriadas por una oposicion de creencias políticas , estallaron pronto con mayor fuerza entre Mme. Hugo y el General; siguióse una separacion juridica , y durante los Cien Dias el padre del jóven Victor , usando de sus derechos , lo quitó á su madre para colocarlo con su hermano Abel en un instituto preparatorio de la Escuela politécnica. Allí el jóven Victor , aunque estudiando con fruto , si bien á su pesar , las matemáticas para obedecer á los deseos paternales , se intregaba mas y mas á la poesia. En 1816 , á los 14 años habia compuesto ya una tragedia segun todos los preceptos de Aristóteles; tenia por título *Irtamene* , y estaba destinada para celebrar , bajo una forma simbólica , la vuelta de Luis XVIII ; este trabajo no se ha publicado. Solo dos piezas han quedado de aquella

época. *La Parábola del Rico y del Pobre*, y la tierna elegía de *La Canadeana*, que no desmerecen de las poesías posteriores de Mr. Hugo.

Al año siguiente, en 1817, propuso la Academia un premio á un poema sobre las *ventajas del estudio*; concurrió el escolar; su obra se consideró digna del premio, y solo obtuvo sin embargo una mención honorífica, por una circunstancia bastante singular que refieren algunos biógrafos. Su obra terminaba con estos versos:

Moi qui, toujours fuyant les cités et les cours,
De trois lustres á peine ai vu finir le cours.

Y el tono grave y sério de la composición anunciaba á lo menoss *cinco lustros*; la Academia se ofendió de los supuestos *quinze años* del autor, cual si fuera una mistificación poco respetuosa, y creyó conveniente castigarle privándole del premio. En vano el jóven Victor, advertido por un amigo, se apresuró á presentar su fé de bautismo; era ya tarde y el premio estaba adjudicado.

Dos años despues, concluidos ya sus estudios y obtenido con trabajo de su padre el permiso

de seguir su vocacion literaria , envió Mr. Hugo á la *Academia de los Juegos Florales* de Tolosa dos odas : *Las Vírgenes de Verdun* y el *Restablecimiento de la Estatua de Enrique IV*, que fueron ambas premiadas ; al año siguiente una nueva poesia , *Moises abandonado en el Nilo*, que es tal vez aun en el dia una de las creaciones líricas mas bellas de Mr. Hugo , le valió el tercer premio , y el grado de *Maestro en los juegos florales*. Desde aquel momento el poeta de 16 años principió á ser conocido de la Francia , admirada de tan inaudita precocidad ; desde 1820 á 1822 , atravesó Mr. Hugo dos años llenos de luchas , de trabajos , de felicidad , de gloria y de brillo.

Entonces ademas principiaba á despuntar la época literaria mas brillante de la restauracion. El pais habia salido al fin de los furores de la anarquia y del ruido de las conquistas. Reinaba por todas partes la aficion á lo sólido y á lo verdadero ; la educacion , apenas bosquejada durante el Imperio , se levantaba fuerte y seria como la época ; era mas completo que nunca el conocimiento de los antiguos , la aficion á la edad media , que principiaba á manifestarse y

que distaba aun mucho del periodo de monomania que la desacreditó despues; el estudio de las lenguas extranjeras se hacia mas general, y se reforzaba el espíritu de propaganda intelectual. De toda aquella literatura imperial, henchida de palabras y vacia de ideas, especie de bagage de la Enciclopedia que va descomponiendose de dia en dia, solo han quedado en pie dos glorias venidas antes de tiempo, dos Mesias poéticos, dos genios revolucionarios, *René* y *Corina*. Estos dos génius, hijos de una generacion anterior, preceden aun, dirigen é iluminan la generacion nueva. Desde los cuatro ángulos de Europa, voces de poétas se llaman y responden cual ecos paternas, y son Goethe, Walter Scott, Byron y Manzoni. Casimiro de Lavigne escribió *Las Messenianas* uno de sus mas bellos títulos de gloria; Laménais publicó el primer volumen del *Ensayo*; Vigny preludió su hermosa novela de *Cinq-Mars*, dando vuelo a las revelaciones de su casta musa; por último Lamartine hizo escuchar por primera vez su voz de cisne.

A aquel grito melodioso de un desconocido, contestó Victor Hugo con un grito simpático;

inflamábale una noble rivalidad , y su ardor creció desde entonces en proporción á las dificultades que le rodeaban. Puesto á prueba por el dolor , pues habia perdido á su madre ; por la pobreza, porque un sentimiento de altiva dignidad le impedia recurrir á su padre; por el amor, pues el jóven amaba con pasion á la compañera de sus juegos de infancia, á la cual alejaban de él porque era pobre ; ante tantos obstáculos, el tribuno futuro del arte dramático se fortaleció é irritó; su alma se desahogaba con manantiales de poesia vigorosos y regulares , pero ardientes como una lava. Publicóse en 1822 el primer volumen de odas y baladas , poesia llena de hermosos versos de circunstancias , que llevaban el sello del mas elevado entusiasmo religioso y realista ; poesia perfectamente clásica en la forma, pero poco cuidadosa ya de las tradiciones antiguas, casi esclusivamente dirigida hácia las grandes cosas feudales , resonando con el choque de los escudos y de las armaduras, y con el antiguo grito de guerra , Montjoye Saint Denis ; poesia impregnada de un delicioso perfume de caballeria y de fé , que se complace en bajarse á las torres de los antiguos castillos , rodeada de

hombres de armas, de pajes, de escuderos, de melancólicas castellanas, de grandes varones cubiertos de hierro.

Al mismo tiempo escribió Mr. Hugo sus dos primeras novelas *Han de Islandia y Bug-Jargal*, que no se publicaron hasta algunos años despues. Estas dos producciones estravagantes y enfermizas, de una imaginacion volcanizada, presentan igual mezcla de monstruosidad y de gracia.

Principiaba ya á descubrirse en Mr. Hugo esa tendencia a la antithesis perpétua entre el bien y el mal, lo deforme y lo bello, ó mejor dicho esa predileccion por lo feo, sobre la cual ha apoyado mas tarde todo un sistema dramático.

En 1822 se casó al fin Mr. Hugo con Mademoiselle Fouchel, su querida desde la infancia. Durante este tiempo el jóven Hugo habia adquirido en la sociedad una brillante posicion; el partido realista le dió la mano, y él habia fundado y redactaba auxiliado de su hermano y de algunos amigos, *El Conservador Literario*: hubiera podido dirigir sus miras hácia la política y abrirse una carrera ventajosa; prefirió

permanecer fiel al culto de la poesia, y su penosa situacion solo mejoró con una pension del Rey, tan noblemente obtenida como concedida; uno de sus antiguos amigos de la niñez, el jóven Delon, condenado á muerte á consecuencia de la conspiracion de Saumur, estaba prófugo; Mr. Hugo escribió á su madre ofreciéndole un asilo para su hijo, en su modesto albergue, añadiendo: «Soy demasiado realista para que se acuerden de venirlo á buscar en mi cuarto.» La carta fue abierta en el correo y presentada á Luis XVIII, el cual castigó la adhesion del amigo concediéndole una pension. Sin embargo, á medida que Mr. Hugo estaba mas en contacto con los hombres y las cosas, sus convicciones experimentaban irresistibles modificaciones; disminuia poco á poco el fervor de su realismo, y sus inspiraciones de poeta experimentaban una trasformacion análoga: la forma clásica cedia el terreno al espiritu innovador que invadia. Entre el primero y tercer volumen de las *odas* y *baladas* publicadas con cuatro años de intervalo; entre el *Restablecimiento de la Estatua de Enrique IV* y la *Fiesta de Neron* hay ya en el alma del realista una entera trasformacion política, y en las producciones del poeta una pro-

gresion mas y mas marcada hácia la heregia literaria.

Solo un año despues , en Diciembre de 1827, fue cuando Victor Hugo se decidió formalmente á declarar la guerra á Aristóteles y á Racine, publicando su drama de *Cromwell* y el largo prefacio que le antecedia.

Despues de este primer ensayo dramático, volvió Mr. Hugo á la poesia lírica y publicó *Las Orientales*, en Diciembre de 1828. En este libro acogido con entusiasmo, llegó Mr. Hugo á los últimos limites de la poesia puramente artística, de lo bello en la forma. Jamas habia tenido la lengua francesa tanta ductilidad y blandura; jamas poeta alguno fue mas encantador, por la armonia, la delicadeza, la limpieza del ritmo, la riqueza del colorido y la abundancia de las imágenes. Pero no se busque en *Las Orientales* la sombra de un pensamiento; por esto nos gustan mas las *Hojas de Otoño*. En Enero de 1829 publicó Mr. Hugo *Los últimos dias de un reo de muerte*, ese libro bello por la cruel verdad con que analiza, minuto por minuto todos los tormentos de un hombre á quien espera el cadalso. Hay en él páginas que se creerian escritas con

la pluma de hierro del Dante. Aquella *agenda júnibre* tuvo un éxito prodigioso.

Pocos meses despues se representó en el teatro francés, el 26 de Febrero de 1830, *Hernani*, el dia mismo del cumple años de Mr. Hugo; las dos escuelas dramáticas estaban en aquella época en el mayor grado de exaltacion. La escuela clásica defendia con ridículo encarnizamiento la entrada del santuario, contra la invasion de los bárbaros, y en el último apuro hubiera casi llamado en su auxilio la lógica de las bayonetas. Carlos X. habia respondido á las quejas de la Academia, llevadas hasta el pie del trono, con toda la agudeza del Conde de Artois: *En materia de arte, no tengo mas derecho que el que me da mi asiento en el patio.* La poblacion de París se agolpó al teatro francés, y la primera representacion de *Hernani* fue de las mas tempestuosas.

El drama de *Marion Delorme* compuesto antes que *Hernani*, prohibido por la censura de la Restauracion, fue representado poco despues de la revolucion de Julio. En ambos hay rasgos admirables; sin embargo, los apasionados de Mr. Hugo principiaban á espantarse de la ligereza con

que desfiguraba la historia; hicieronse algunas advertencias, pero Mr. Hugo contestó á la crítica internándose mas en su camino. En Enero de 1832 dió al teatro francés su drama *Le Roy s'amuse* (El Rey se divierte), bastante mal acogido del público, y que solo se representó una vez, habiendo sido prohibido al dia siguiente é impreso luego por Mr. Hugo.

Despues de *El Rey se divierte* Mr. Hugo se ha lanzado mas y mas en la adoracion de lo feo; *Lucrecia Borgia*, *Maria Tudor*, *Angelo* y sobre todo *Ruy-Blas* presentan siempre la misma mezcla heterogénea de inspiraciones con frecuencia sublimes, y de pueriles monstruosidades; á fuerza de apasionarse por esa antítesis perpetua de dos elementos contrarios, Mr. Hugo ha llegado á componer dramas no solo estrambóticos é ilógicos, sino imposibles; ha presentado héroes que hablan como valientes y obran como cobardes; grandes hombres que se conducen como mentecatos; furiosos, mansos como corderos; cortesanas, cándidas como virgenes; reinas fáciles y vulgares, como costureras; montones de catástrofes producidas por una llave, una flor ó un pedazo de encage; relaciones medio grandiosas

y medio ridículas : versos sumamente bellos por el lado del emistiquio , y sumamente feos por otro lado : de manera que el espectador, sometido de este modo , sucesivamente y á un tiempo mismo , á dos impresiones diametralmente opuestas y de igual intensidad , se encuentra moralmente en la posición de un hombre que tuviera la mitad del cuerpo sumergido en agua hirviendo , y la otra mitad en agua helada.

No somos seguramente acérrimos partidarios de las unidades , pero nos parece que cierta unidad fundamental es indispensable en el arte como en todas las cosas. La naturaleza humana puede ser , y es en efecto , inconsecuente , pero no incoherente ; dos sentimientos opuestos no pueden existir á un mismo tiempo en el mismo corazón ; no puede llorarse con un ojo y reírse con el otro. Esta es la razón porque la mezcla *igual* ó mas bien el antagonismo *permanente* de lo cómico y de lo trágico nos parece contrario á la naturaleza y á la verdad ; por eso no somos apasionados de los dramas de Mr. Hugo.

En *Nuestra Señora de París* , que es en muchos puntos una obra maestra , existe también enteramente este fatal sistema ; el poeta es-

tá tan poseido de este pensamiento, que dedica su última pincelada á pintarnos á Esmeralda, el tipo mas puro de la belleza, unido por la muerte en el osario de Montfaucon, á Cuasimodo, la suprema fealdad; y el lector cierra el libro con una impresion de horror y de disgusto; pero alli, siendo el cuadro de la novela mucho mayor que el del drama, la obsesion de la antitesis es menos constante: de la multiplicidad de los capitulos resulta para cada uno de ellos cierta unidad especial, que suple, hasta cierto punto, la falta de unidad general; hay ademas en este libro tanta energia y gracia en el estilo, tanta pasion, tanta ciencia, tanto genio, que el lector conmovido en lo mas profundo de su alma, no tiene lugar para darse cuenta de la infinita variedad de sus sensaciones; se ve como dominado por un vértigo, y él mismo experimenta el ascediente de ese poder misterioso, al cual ha llamado Mr. Hugo necesidad, y que no es otra cosa que la varilla con que este poderoso mágico hace mover á su antojo todas las piezas de su formidable poema.

¿Qué diremos ahora de las *Hojas de Otoño*, esa rica flor poética de la edad madura, que en-

cerraba en germen los cantos del *jóven sublime*? Todo es allí grande, todo completo, todo armonioso y bello; el delicioso ritmo de las *Orientales* vuelve á aparecer, embellecido con todo el encanto de un pensamiento meditativo, á un tiempo con el recuerdo abierto á la esperanza, debilitado por la duda y reanimado por la fe. ¿Quién no ha leído, y vuelto á leer llorando, la *Plegaria para todos*, ese poema de 300 versos que sobrevivirá á la lengua francesa, y por lo cual cederíamos todos los dramas de Mr. Hugo? En los *Cantos del crepúsculo* y en las *Voces interiores*, publicadas mas adelante, el poeta sale alguna vez del círculo de las alegrías y de los dolores íntimos; su mirada recorre el mundo exterior, y resuena su voz para reasumir, las mil voces, los mil gritos, los mil dolores de una sociedad que ha perdido el camino, va á tientas, sufre, llora y se lamenta en la oscuridad; y despues de cansado el poeta, vuelve á su hogar y canta las gracias de los niños, la dicha del padre y del esposo, la pureza, la ternura de la madre y de la esposa.

En medio de su vida activa, agitada y militante de innovador, el poeta se ha proporciona-

do una vida íntima, llena de serenidad y de encanto. En uno de los barrios mas retirados de Paris, en uno de los angulos de esa Plaza real, vivo recuerdo de los primeros dias del gran siglo, habita una suntuosa morada, amuebiada con el lujo de un Gran Señor y el capricho de un artista. Allí, en el seno de un interior tranquilo y puro, rodeado de su muger y de sus hijos, Mr. Hugo cual si quisiera realizar en su pensamiento su sistema de antitesis dramática, ha conseguido evocar todas esas apariciones satánicas, todos esos asesinatos, adulterios, incestos y todos los horrores que son conocidos. Pero allí ha creado tambien la deliciosa Esmeralda; allí resucitó al antiguo Paris con toda su ruda energia; allí ha escrito toda la hermosa poesia lírica que colocará su nombre en puesto tan elevado en la historia literaria de este siglo. Allí tambien, segun dicen, se muestra sucesivamente benévolo, protector de las glorias nacientes, arqueólogo, erudito y apasionado, hombre sensato y de juicio, ocupándose muy bien cuando es necesario de las cosas prosaicas de la tierra, y atendiendo á un tiempo á los deberes de padre y á las inspiraciones de poeta.

En aquel santuario por último se consolaba Mr. Hugo de la espantosa desgracia que causaba la desesperacion de Piron. El 3 de Junio de 1841 fue recibido por fin en la Academia, donde se presentó con inusitada elegancia. Mr. Hugo, como Mr. Lamartine, quiere dejar su traje de poeta, y descender á la arena donde se agitan tantas y tan mezquinas pasiones. Aspira á entrar en la Cámara de los Pares, y tal vez á ser Ministro. Dicese que para facilitar este proyecto compone una obra en prosa titulado *El Rin*. Falta saber si todo esto aumentará mucho la gloria, tan grande y tan legítima, del autor de las *Hojas de Otoño*, y de *Nuestra Señora de Paris*.







EL PRINCIPE DE LA PAZ.

personajes célebres del Siglo XIX.

D. MANUEL GODOY,

PRINCIPE DE LA PAZ.

«El Rey Carlos le mantuvo su estimacion hasta el fin de su vida , con todas las señales de un amor entrañable, y le llamó de palabra y por escrito siendo su Soberano *su amigo verdadero.*»

MEMORIAS DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ,
tomo I cap. 3.º

Al oír el nombre que sirve de asunto á este escrito, no es posible acompañarle de otra idea que la de la inestabilidad de la grandeza humana. La imaginacion se abate á la vista de aquellos sujetos que representan las grandes calamidades políticas, que en ellos se ven personificadas, y al

comparar lo pasado con lo presente , retrocede faltar de ánimo , considerando lo deleznable de aquellos objetos en pos de los que tanto se afana.

Por otra parte la desgracia misma no ha sido suficiente para aplacar la opinion pública altamente pronunciada en contra del valido de Carlos IV: y el nombre de Godoy despierta todavía en España ideas de odio é indignacion , porque no es dado á todos oír la defensa de la víctima , al paso que han escuchado por largos años la acusacion de su conducta. En efecto, las Memorias del Príncipe de Paz han aclarado muchas dudas , y vindicado en gran parte su reputacion: otros varios puntos quedan aun oscuros, y en ellos , á fuer de imparciales , quizá no convendremos con el ilustre proscrito , con cuyas revelaciones procuraremos ser complacientes , no solo por el respeto y compasion que merece tan prolongada desgracia, sino tambien porque asi lo exige la verdad , que cada dia arroja nueva luz sobre el reinado del bondadoso, pero indolente Carlos IV.

En sus Memorias se ha quejado Godoy agriamente , pero no sin fundamento , de lo mal parado que ha salido de manos de los folletinistas, y aun mas de los biógrafos franceses , que han errado has-

ta la fecha de su nacimiento. Oigamos al mismo explicarse sobre este particular.

« Yo nací en Badajoz , capital de Estremadura , el 12 de Mayo de 1767 y no 64 , como dicen los mas de los biógrafos. Fueron mis padres Don José de Godoy y Doña María Antonia Alvarez de Faria, su clase la de nobles, su hacienda mediana, la mayor parte herencia antigua y patrimonio de familia.... Mi casa solariega , de puro vieja la tiene el tiempo arruinada en Castuera , donde poblaron mis mayores por línea paterna.» Detiéndose con placer en probar lo ilustre de su alcurnia, (lo cual estamos muy lejos de reprobar), y que habia recibido una educacion esmerada , de los maestros cuyos nombres cita , insistiendo sobre todo en que ignoraba la música. Convenimos gustosos en esta última asercion ; porque á la verdad , el espectáculo de un Guardia de corps elevándose al poder con solo tocar seguidillas á la guitarra en el alcázar régio , es tan ridículo é inverosímil , que solo puede tener cabida en las cabezas del vulgo , y en los escritos estranjeros, siempre mal informados y llenos de ridiculacees acerca de nuestros usos y costumbres.

Mas no por eso parecen muy satisfatorias las

explicaciones que dá acerca de su elevacion al favor, pasando sobre este punto como sobre carbones encendidos. Para ello hace una pintura apasionada y poco exacta de Floridablanca y Aranda, calificando al primero de apocado é irresoluto, y al segundo de confiado y temerario; dando á entender, que Cárlos IV, deseando encontrar un justo medio entre los opuestos caracteres de aquellos dos ancianos, se vio precisado á echar mano de Godoy, en quien hallára el bello ideal que anhelaba. Pero siempre queda oscuro el punto principal, y los medios por los cuales llegó el Rey á conocer y distinguir los talentos de su favorito, entre la numerosa y brillante turba de los Guardias de la real persona. Un sentimiento de respeto y delicadeza nos obliga igualmente á no profundizar mas en este punto, y á aceptar como buenas cualesquiera esplicaciones que se presenten, en contra de la que comunmente suele dar el vulgo, sin consentir por eso la descripcion que hace de los ministros de Cárlos IV y en especial de Floridablanca. En efecto, personas bien informadas han datado la privanza de Godoy con el Monarca, desde antes que este subiera al trono. Admitido en 1784 por Cárlos III en el cuerpo de

Guardias de la real persona, se vió elevado á la privanza de Cárlos IV, entonces Príncipe de Asturias: pero su padre que ni habia tenido favoritos ni gustaba de ellos, desterró de la córte al de su hijo. No se entibió por eso la amistad del Príncipe, y asi que subió al trono le alzó su destierro, y le hizo en aquel mismo año Exento de Guardias, y en 1791 Ayudante general del mismo cuerpo, y le condecoró con la Gran Cruz de Cárlos III.

A principios de 1792 cayó Floridablanca, y fué reemplazado por su antagonista el Conde de Aranda, pero la posicion de este no era seguramente muy lisonjera. Imbuido en las doctrinas de los enciclopedistas franceses, simpatizaba con la revolucion que habian promovido, y trataba de robustecerla dejándola en paz; pero Cárlos IV, que apreciaba cordialmente á sus parientes, y seguia en esta parte las máximas de Floridablanca contrarias á la revolucion, estaba muy lejos de aceptar los consejos de Aranda. Este por su parte, resentido de la oposicion del Monarca á sus planes, principiό á considerar su papel como vergonzoso, y concluyó de dar rienda suelta á su mal humor, al ver á Godoy rápidamente elevado

á Grande de España , con el título de Duque de la Alcu^{di}a, y al mismo tiempo condecorado con el toison de oro , y con el empleo de Mayor de Guardias de Corps. Iguoramos á la verdad que méritos pudiera tener entonces Godoy , para obtener tan escelsos honores , á que apenas parecian acreedores hombres encanecidos en los servicios mas penosos de la patria. Deseoso de serlo el favorito , se lanzó en la arena política , y obtuvo el ministerio de Estado , quedando exonerado Aranda.

Felices fueron los primeros pasos del novel ministro en la espinosa carrera que emprendia ; el sistema de neutralidad y las gestiones del encargado Ocariz para salvar al desgraciado Luis XVI, son harto honrosos á la política del ministro, y á la *piEDAD del Rey en cuyo nombre se ejecutaban*. Por desgracia el éxito no correspondió á sus buenos deseos, y la cabeza del Monarca francés rodó en un patíbulo. Mengua hubiera sido de la pundonorosa nacion española haber dejado impune aquel atentado , cometido contra el gefe de la familia reinante, y los insultos y desprecios con que respondieran los asesinos á los que trataban de arrancarles la ilustre víctima. La Europa

toda lanzó un grito de horror, y España lo repitió con indignación. La que poco antes brindaba con su neutralidad, armó rápidamente sus guerreros para la pelea, y en cuatros meses equipó un ejército formidable, que se lanzó con fortuna en el territorio enemigo. No fue culpa de la España que la perfidia de una potencia y la mala dirección de las otras, impidieran llevar á cabo una empresa bajo tan buenos auspicios principiada; pero nadie podrá negar que en la primera campaña tan solo, radió pura y luciente la estrella española. Si en las batallas de Truillas y el Boló se mostraba nuestra infantería digna sucesora de los célebres tercios de Castilla, la marina al evacuar á Tolon, daba una muestra del pundonor español, que contrastaba con la bajeza y cobardía de los aliados. A principios de 1794, Barrere dirigia á la Convencion estas palabras «Ciudadanos: habeis oido con entusiasmo la reconquista de Tolon, las victorias del Rhin y la destruccion del mónstruo siempre renaciente de la Vendée: escuchad ahora con valor los reveses y pérdidas que la traicion os ha hecho padecer por el lado de Perpiñan, que amenazan los españoles, hechos dueños del castillo de S. Telmo de

Bañols, Port-vendres y Coliuvre. Los castillos se abandonaron, y nuestro ejército está deshecho y derrotado.»

Mientras la España se cubría de gloria, los soldados de las grandes Potencias huían ante las falanges republicanas: los austriacos, vencidos en Wutines, abandonaban la Bélgica, y los prusianos desistían de invadir la Alsacia, batidos en los llanos de Geisberg.

Al principiar la segunda campaña, el Conde Aranda, firme en su antiguo propósito, insistió en el Consejo de Estado por el sistema de neutralidad, pero en términos tan acries (según su costumbre) que Carlos IV hubo de mostrarle por ello su desagrado. Pocas horas después salía desterrado el Conde, y el Consejo de Estado decidía que se abriese la segunda campaña. Poco favorable fue esta para nuestras armas, á pesar del valor de los soldados y sus gefes, en muchos de los cuales preponderaba el corazón á la cabeza. Nuestras tropas fueron lanzadas del territorio francés, pues antes habían sido batidos todos los ejércitos aliados, que por diferentes puntos lo habían invadido. No fue más feliz la tercera campaña, durante la cual los ejércitos franceses, invadiendo

las Provincias Vascongadas , llegaron á fijar sus estandartes á orillas del Ebro. Dificil es calcular el resultado que hubiera tenido aquella campaña , mucho mas si se atiende á las ideas que fermentaban en ciertas cabezas , á no haber sido por el tratado celebrado en Basilea en 22 de Julio de 1795 , en el que se devolvió á España todo el terreno conquistado , dando esta en cambio la parte española de la Isla de Sto. Domingo. Este tratado , que no se puede negar fue ventajoso , si se atiende al estado de las cosas , fue debido á los talentos diplomáticos de D. Domingo Iriarte. A pesar de eso , el lauro principal se lo llevó el ministro de Estado , á quien condecoró Carlos IV con el título de *Príncipe de la Paz* , de que aun usa , honor que el mismo interesado reconoce casi como desmedido , y que dió pábulo á la envidia y maledicencia , que se ensañaban contra él. Ademas , le dió en 27 de Setiembre del mismo año el *Soto de Roma* , asi como años antes le habia dado el Valle de Alcudia , comprado espresamente para regalárselo con el título de Duque. No contento Carlos IV con tantos favores , formó empeño en hacerle emparentar con la real familia , haciéndole casar con la Condesa de Chin-

chon , Doña Maria Teresa Vallabriga , hija del desgraciado Infante D. Luis hermano de Carlos III. Esto dió márgen á que se le acusára de bigamo por sus émulos, suponiendole casado en primeras nupcias con otra dama de bastante nombradía ; idea en la cual todavía persevera el vulgo. Este matrimonio estuvo muy lejos de ser feliz. Sus desavenencias eran públicas , y daban no poco pábulo á la maledicencia, que se cebaba con avidez en la vida privada del favorito. Llegó esto á tal punto que al caer aquel en Aranjuez , mientras que una parte del populacho saqueaba su casa , y le buscaba frenético para asesinarle, otra no menos considerable tiraba de la carroza en que su esposa é hijo eran conducidos al real palacio.

Despues de la paz de Basilea , Godoy trató de retirarse ; lo cual repugnaba constantemente Carlos IV. Deseoso aquel de formar un ministerio compacto , llamó al célebre Jovellanos , y á D. Francisco Saavedra. Al mismo tiempo fueron colocadas varias personas de sobresaliente mérito, entre las que merece especial mencion el distinguido literato D. Juan Melendez Valdés , á quien se dió el empleo de Fiscal de la Sala de

alcaldes de casa y Corte. Habiendo vuelto Godoy á insistir en su dimision, le dió por fin el Rey un decreto con la fecha en blanco, en la que puso aquel la de 28 de Marzo de 1798. En el ministerio de Estado le reemplazó interinamente Saavedra, y en el cargo de Sargento Mayor de Guardias el Marqués de Ruchena.

No perdió por eso nada Godoy de la amistad del Rey, ni de la influencia que en su ánimo ejercia; pues aunque separado algunas cortas temporadas de la Corte, seguia con él una correspondencia bastante animada.

Los padecimientos físicos de Saavedra hicieron pensar en darle sucesor, y fue designado para ello D. Mariano Luis de Urquijo. Poco despues fue lanzado igualmente de su silla el célebre Jovellanos, confinado al castillo de Bellver en Mallorca, y envuelto en un proceso por la Inquisicion. Atribuyose generalmente esta caida al favorito, á quien se imputaba cuanto malo sucedia en España. Este por su parte la atribuye, quizá con bastante fundamento, á Caballero (que reemplazó en el ministerio á Jovellanos), á lo cual da no poca probabilidad el ascendiente que ejerció aquel Ministro en el

ánimo del Rey, con no pocos celos del antiguo favorito.

No tardó este en volver á tomar una parte activa en los negocios públicos, con motivo de la conducta de Portugal. Deseaba Napoleon cerrar sus puertos á los ingleses, y pedia para ello que diese la España paso á sus tropas. Para evitar este conflicto, medió la España con el Regente de Portugal, concediéndole varios plazos, que no fueron admitidos. Decidiose pues la guerra contra aquel pais, y para ello se aproximaron nuestras tropas á la frontera. Temerarios del éxito, Urrutia y otros generales se negaron á tomar el mando, por la escasez de recursos, lo cual obligó á Godoy á ponerse al frente de las tropas, para salir airoso de la guerra, que habia aconsejado. Escitose al clero á contribuir para aquella empresa; abrió este sus arcas, y á imitacion suya el comercio y los particulares aprontaron los recursos, que se exigian. Napoleon habia enviado á Saint Cyr, con objeto de que se le confiase el mando de las tropas: esto hubiera sido poco decoroso para nuestras armas, y comprendiendolo así Cárlos IV, siempre anhelante por aumentar los honores

de su favorito , le nombró Generalísimo de las tropas de mar y tierra.

Al frente de estas últimas invadió la frontera de Portugal , el día 20 de Mayo de 2801, antes que los portugueses concluyeran de fortificarse, y que se reunieran las columnas francesas que habian de obrar en combinacion con nuestras armas. El ejército español se apoderó rápidamente de Campomayor y Olivenza, derrotó á los portugueses en varios encuentros, y estrechó la plaza de Yelves. Temerosos los portugueses al ver tan rápidos progresos, pidieron la paz, que obtuvieron por el tratado de Badajoz , en 29 de Setiembre , en el cual adquirió España la plaza de Olivenza, con un buen trecho de frontera. Deseaba Napoleon hacer pagar á los portugueses mucho mas cara su resistencia, pero no siendo oportuno á las miras de España humillar tanto á sus vecinos , se apresuró la conclusion del tratado, para frustrar los conatos del francés. Al ver este defraudadas sus miras , no pudo menos de impacientarse ; pero arrastrado de las circunstancias , firmó otro tratado aparte con Portugal , y sus tropas salieron de España sin haber pisado casi aquel territorio.

La amistad de España con Bonaparte fue vengada por los ingleses con pérdidas de nuestra marina y comercio. La paz que se siguió no fue bastante para templar su vengativa saña, y contra todo derecho y razon continuó atropellando nuestras embarcaciones. Cuatro fragatas que venian de América fueron atacadas a la altura del cabo de Sta. Maria por otras inglesas: defendiéronse las nuestras valerosa, pero inútilmente; una fue á pique, y las otras tres cayeron en poder de los ingleses, con un millon de libras esterlinas. Al mismo tiempo llegó la noticia de haber cabido igual suerte á la fragata *Estremena*, junto á Copiapo. Tantos insultos eran insufribles, y la España, aunque exhausta por las pasadas guerras, hubo de comprometerse en otra nueva. La victoria no estuvo entonces por parte de la justicia, y nuestra escuadra abandonada de la francesa, vino á sucumbir sin fruto pero con gloria, en el cabo de Trafalgár. (1) A pesar de sus enormes sacrificios, la España no obtuvo del Emperador francés la consideracion

§ (1) Véanse las Biografías de Gravina y Galiano tomos II y V.

debida, y para baldon suyo trató á nuestra patria con injusticia y con despego. Quería mandarla como una colonia, y la oposicion justa que encontraba en el gobierno para varios de sus proyectos, en vez de miramiento provocaba su enojo.

Entretanto Carlos IV, no satisfecho con los honores que hasta entonces habia prodigado á su favorito, le concedió la dignidad de Almirante de España é Indias, con el tratamiento de *Alteza*, á tiempo que la España acababa de quedarse sin marina. La adulacion se arrastró entonces cual nunca á los pies del favorito. La Corte corrió presurosa á besarle la mano; todos los músicos de Madrid concurren á darle una brillante serenata; el teatro consagró su apoteosis con una loa, y el Ayuntamiento, segun su añeja costumbre, (que aun dura) se apresuró á bautizar un rincon de la Corte con el titulo de *Plazuela del Almirante*.

Godoy se veia elevado á una altura cual jamás tocó ningun valido de los que nos muestra la historia: colocado al par del trono, tenia al rededor de sí una corte brillante y numerosa, un cuerpo de Guardias tan espléndido ó mas que ei

del Monarca. Solo le faltaba un trono , y aun este último favor estuvo para dispensársele la fortuna.

Napoleón despues de la paz de Tilsit, ansiaba por llevar á cabo el bloqueo continental contra los ingleses. Portugal siempre sumiso á estos contrariaba las miras del soldado venturoso, el cual decidió por este motivo atropellar por todos los respetos, y esclavizar á los que faltaban á sus mandatos. A pesar de los reparos del concienzudo Carlos IV se trató de la desmembracion de Portugal: debianse erigir alli tres feudos para la España, uno con objeto de indemnizar al Príncipe de Etruria, y el otro para el Príncipe de la Paz, que llevaria el título de Príncipe de los Algarves. En virtud de este tratado, que se firmó en Fontainebleau el 27 de Octubre, las tropas francesas pisaron el territorio español, y unidas con las nuestras se apoderaron rápidamente de Portugal: (1) pero bien pronto nuevos destacamentos, a pretexto de apoyar á los primeros, principiaron á ocupar el Norte de la Península. A vista de esto, no pueden menos de chocar á todo hombre im-

(1) Véase la Biografía de Fernando VII.

parcial estas hinchadas palabras con que empieza el Príncipe de la Paz el prólogo de sus Memorias. «*Cuando en Mayo de 1808, víctima lamentable de la faccion inicua que llamó á Napoleon á entrometerse en los negocios de España...*» ; Ah! no tuvo la culpa de los desastres de España quien hizo á Napoleon *entrometerse* en sus negocios, sino quien le autorizó á *meter* en ella sus regimientos.

Dificil es en esta parte disculpar la conducta del Príncipe de la Paz, y las esplicaciones que dá en sus Memorias satisfacen harto poco. Autorizando la conquista de Portugal por el derecho *del mas fuerte*, y apoyándola con nuestras tropas, debia temer verse algun dia herido por los mismos filos; y la Providencia que castiga la injusticia de los hombres, con sus errores mismos, hizo que las tropas francesas, despues de subyugar á Portugal quisieran hacer lo mismo con España. En vano el Príncipe de la Paz tratará jamás de dar un brillante colorido á los actos de su política con la Francia. Nuestra patria habia llegado á ser no una aliada sino una tributaria de aquella. Nuestros caudales estaban á su disposicion, la marina á sus órdenes, y los ejércitos marchaban mezclados con los suyos á

la victoria. Por el tratado de Campo Formio se habian cedido á la Francia la Luisiana, y diez navíos de línea de los que habia en Brest , á trueque de la Etruria, que se habia adjudicado al Duque de Parma , con el título de reino: para desembarazar á las tropas francesas , una division española al mando de D. Gonzalo Ofaril pasaba á custodiar á Florencia. Poco despues, unida esta division con otras hasta en número de 14,000 hombres , iban á guarnecer las islas del Báltico , al paso que Izquierdo aprontaba al Emperador 24 millones, pertenecientes á la Caja de consolidacion, prescindiendo de otros muchos, que anteriormente se le habian entregado. No basta por cierto citar algun hecho de energia, porque esto probará cuando mas que el abatimiento no habia llegado á lo sumo , y que la nacion poco antes tan vigorosa , podia sacar aun fuerzas en medio de la flaqueza, á que las circunstancias aciagas y los errores del Gobierno la habian conducido.

Pero aunque no se puede menos de acusar al Príncipe de la Paz por su errada política, no por eso parece creible, que su conducta tortuosa tuviera por objeto trocar la dinastía, como mu-

thas veces, y no sin razones, le han echado en cara sus contrarios, y que ha sido la causa entre otras, de que el pueblo abrigue todavia contra el ese ódio injusto en parte, pero al mismo tiempo general, inveterado y profundo. Aumentóse este mas y mas con la ruidosa causa del Escorial, (*) en la cual se consultó á Napoleon, sin duda por no ser menos que los que le hacian *entrometerse* en los negocios de España.

Entre tanto, los franceses faltando escandalosamente al tratado de Fontainebleau, seguian invadiendo la Península, y apoderándose de las plazas fuertes á guisa de salteadores. Los Reyes y su favorito, conociendo su error, se decidieron por fin á enmendarlo, concentrando las fuerzas españolas al otro lado del Tajo, y poniendo á salvo la Corte en Sevilla. Pero la hora de la espacion habia sonado, y estaba previsto que esta seria acerba y terrible. Era una noche lóbrega del mes de Marzo de 1808, en que se juntaba al rumor de las aguas del Tajo, y al desapacible soplo del cierzo, el murmullo del populacho que sitiaba las avenidas del alcázar de Aranjuez, donde á

(*) Véase la Biografía de Fernando VII tom. III.

la sazón residía la Corte. Preparábase para acostarse el Príncipe de la Paz, cuando llegó á sus oídos el estruendo de las armas y el clamoreo del pueblo que atacaba su casa. Eran los partidarios del Príncipe de Asturias, que al ver la comitiva de Doña Josefa Tudó, compuesta de Guardias de Godoy, había tratado de reconocerla. Un tiro disparado por un Guardia dió principio á la refriega; la turba arrolló todos los obstáculos, invadió los salones del favorito, y condenó al fuego sus preciosos muebles. Aquella casa desmantelada, ruínosa, sin balcones ni ventanas, permanece aun silenciosa y triste, cual mudo testigo de los horrores de aquella noche tormentosa. En vano los conjurados habían recorrido todos sus rincones en busca de la apetecida víctima, que muerta de sed y cansancio permanecía oculta entre las esteras de un desván. Creíanle todos á Godoy escondido en palacio, ó huyendo hácia Andalucía, cuando circuló el rumor de que había sido preso por los Guardias que custodiaban su casa, á quienes se había entregado por necesidad. Acudió al punto un piquete de Guardias de Corps que se ofreció á escoltarle hasta su cuartel á fin de ponerle en salvo. Entonces se vió un espectáculo

terrible de las venganzas populares. El Príncipe de la Paz, aquel ante quien numerosas turbas inclinaban sus erguidas frentes, marchaba ahora entre dos caballos, apoyados los pies en los estribos, las manos en los arzones, siguiendo penosamente el trote de los caballos. En vano los Guardias se apiñaban al rededor; una multitud ebria de venganza, le disparaba certeros golpes, y se dejaba pisotear de los caballos á trueque de descalabrar al aborrecido favorito, sin que su abatimiento escitase muestra alguna de sensibilidad en aquellos empedernidos corazones. Hacia pocas horas que el Monarca traspasado de dolor habia firmado aquel mismo dia (18 de Marzo) la exoneracion de Godoy de los empleos de Generalísimo y Almirante, lo cual habia sido acogido por la muchedumbre con trasportes de entusiasmo. Al oir el nuevo griterío, y noticioso de la causa que lo promovía, envió á su hijo á salvar la vida de su infortunado amigo. A su vista calmó el tumulto, y dirigiéndose al preso á quien rodeaban los Guardias en el átrio del cuartel, le dijo con gravedad, *te perdono la vida.*—¿Es ya V. A. Rey? le preguntó Godoy con admirable serenidad en tan críticas circunstancias. —No, respondió el

Príncipe, *pero lo seré muy luego*. Al día siguiente se hallaban cumplidos sus votos; pero la corona que acababa de alzar del suelo, empañada con el lodo de un motin, no radiaba ya en sus sienas con el esplendor antiguo.

Antes de la abdicacion, Cárlos IV deseoso de salvar á su amigo habia mandado conducirle prisionero al alcázar de Sevilla, y nombrado para esta comision al pundonoroso D. Martin de la Carrera á quien se miraba como afecto á Godoy, por haber pertenecido á su cuerpo de Guardias. Hallábase á la puerta del cuartel el carruage que habia de conducirle, y Carrera manifestaba al piquete de Guardias el objeto con que habian formado, cuando algunos se negaron á seguirle. Irritado Carrera á vista de aquella insubordinacion, gritó «la órden está dada y se ha de cumplir; si no hay quien venga conmigo, le escoltaré yo y moriremos juntos.» (*) No bien lo

(*) Nos hemos detenido en este incidente, porque se ha considerado la detencion del carruage á la puerta del cuartel como una estratagema para principiar los amotinados el segundo alboroto: pero esto no es exacto, y lo que hemos referido nos consta por algunos Guardias de aquella época.

Uno de los primeros actos de Fernando VII fue quitar á Carrera el mando que tenia en el cuerpo de Guardias,

habia dicho , cuando se oyó fuera un confuso griterio del pueblo, que noticioso de la fuga, trataba de embarazarla inutilizando el carruaje, por lo cual los Guardias temerosos del populacho, que amenazaba el cuartel, se vieron precisados á esconder su prisionero entre la paja. Al sacarle de ella pasado el peligro, no pudieron los Guardias menos de horrorizarse, viéndole pálido, estenuado de fatiga, el rostro lleno de sangre coagulada, á la cual se habian adherido algunas pajas; y en medio de aquel espectáculo desolador, oyeron respetuosamente de su boca palabras de energia, que no pudieran esperar.

Entretanto los Reyes padres, mas alarmados con el peligro de su amigo, que con el suyo propio, hacian las mas vivas diligencias para salvarle á toda costa. Resentidos del poco decoro con que los miraba su hijo, se vieron en la precision

nombrándole Coronel del regimiento de Algarbe, que estaba en el Norte. Mandose hacer el uniforme precipitadamente, y al otro dia se presentó con él á besar la mano al Rey y despedirse, dejando confusos á sus émulos. Este bravo oficial murió de un pistoletazo en las calles de Murcia, batiéndose con seis dragones franceses, de los cuales habia muerto dos á sablazos. Aprovechamos esta ocasion de hacer mencion honorífica de uno de nuestros mas valerosos militares.

de acudir á Murat , que envió desde Madrid para protegerlos al General Monthion , con algunas fuerzas. En la entrevista que tuvo con ellos aseguro Cárlos IV al General francés , «que la muerte del Príncipe de la Paz causaria la suya , pues le era imposible sobrevivirle.»

Curiosa por demas es la correspondencia, que siguieron con este motivo los Reyes padres y la Reina de Etruria , su hija , con el Emperador y Generales franceses , si bien quisiéramos que jamás se hubieran publicado las cartas de la Reina Maria Luisa. Ideas exageradas , pinturas horribles de su hijo , y súplicas las mas apasionadas y humillantes por el Príncipe de la Paz , forman el fondo de aquellos escritos. A pesar de algunas buenas cualidades que adornaban á aquella Reina, los españoles le han profesado y le conservan aun profunda aversion , y han infamado su memoria con los cuentos mas absurdos : por desgracia las cartas que nos arrancan estas tristes reflexiones, contribuyen harto poco para levantar su buena memoria.

Por el contrario en las de Cárlos IV se observa mayor decoro , si bien no son menos apasionadas al hablar de su amigo.

Principiábase á formarle causa con aparente actividad para satisfacer al pueblo , y seguia preso todavía en el castillo de Villaviciosa y medianamente asistido , cuando recibió el Rey una carta fecha 16 de Abril desde Bayona , en que manifestaba Bonaparte su desaprobacion por la causa que contra el Príncipe de la Paz se habia incohado. Al mismo tiempo el Duque de Róvigo solicitaba su libertad , á la cual no accedió el nuevo gobierno. Pero poco despues de la salida del Rey para Bayona volvió el mismo Murat á reclamarla , para cumplir la palabra que habia dado á los Reyes padres de sacar á Godoy de la prision á todo trance ; y la junta de gobierno , intimidada al oír el tono enérgico del Duque de Berg , accedió , aunque con repugnancia , á que se entregara á los franceses , dando para ello las órdenes oportunas al Marqués de Castelar encargado de su custodia. Obedeció tambien este con no poca repugnancia , y verificó la entrega á las once de la noche del dia 20 de Abril , poniéndole en manos del Coronel francés Martel. Poco despues salió escoltado por tropas francesas para Bayona , donde llegó el 26 , y tuvo una larga entrevista con el Emperador á poco de haber llegado.

Cuatro días después llegaron á Bayona los destronados Monarcas , cuyo placer fue inexplicable al estrechar entre sus brazos al amigo que no creían volver á ver. Napoleon los convidó á comer al día siguiente , y al sentarse á la mesa , oyó con estrañeza decir á Cárlos IV « ¡ Y Manuel ! ¿ Dónde está Manuel ? » Esta inoportuna exigencia hubo de chocar al Emperador , que no obstante accedió á que Godoy se sentara á la mesa , por no disgustar al viejo Monarca , á quien tan profundo desengaño pensaba hacer sufrir dentro de poco tiempo.

Las conferencias de Bayona tuvieron un fin harto triste. Cárlos IV conociendo la imposibilidad de volver á ocupar el trono de España , y á instancia de Napoleon , abdicó en él , por segunda vez , con fecha 5 de Mayo. Aquel tratado ignominioso fue autorizado por parte de Cárlos IV , con la firma de D. Manuel Godoy , que usa en él su tratamiento de Alteza Srma, Príncipe de la Paz , y Conde de Evora-Monte. Cinco días después salieron los Reyes padres para Fontainebleau de órden del Emperador , acompañándoles en su triste retiro , la Reina de Etruria , su hija , (víctima también de la ambicion del hombre grande) , el Infante Don Francisco y el Príncipe de la Paz ; y

de allí trasladaron su residencia á Compiègne. Triste y olvidado de todos pasaba allí su vida el bondadoso Carlos IV, rodeado del estrecho círculo de su familia, y sujeto á penosas privaciones, harto duras para quien abdicara un sòlio. Víctima de las circunstancias, y de errores y males, que en su mayor parte no pudo evitar, lloraba en secreto las desgracias de España, pero sin abatir su grandeza, ni adular al causante de tantos daños, como hacian sus hijos desde Valencey. Sus achaques le obligaron á buscar un cielo mas benigno, para lo que trasladó su residencia á Marsella, y desde allí á Roma, luego que cayó Napoleou. Aquella ciudad con sus ruinosos monumentos y sus recuerdos de pasada gloria, parece destinada á cobijar en su seno todas las notabilidades contemporáneas, que las contiendas políticas van lanzando de su puesto. Allá marchó tambien el Príncipe de la Paz, cuya desgracia íntimamente ligada con la de aquella destronada familia, le unia mas y mas á ella, con la simpatía que naturalmente escitan los comunes padecimientos.

Tampoco allá le dejó sosegar la venganza de sus enemigos; y á pesar de la nulidad á que se

hallaba reducido, vióse acusado como en otro tiempo de los estorbos que sufrían en sus proyectos. Luis XVIII había escrito confidencialmente á Carlos IV sobre las miras del Congreso de Viena respecto de su persona, y los recelos que le inspiraba la errada política del Rey de España. Al mismo tiempo le suplicaba renovase su abdicacion, pues la protesta que había hecho contra ella en Aranjuez, ponía á las Cortes en el conflicto de considerarla como nula. Carlos IV contestó, que no tenía inconveniente alguno en abdicar, pero que por ningún concepto se hiciese mención de los escandalosos sucesos de Aranjuez. Noticiosa la corte española de esta contestacion, se alarmó contra ella, y movió todos los resortes contra el que creía autor de tal respuesta.

Una noche se presentó de improviso en la cámara de Carlos IV el virtuoso Pontífice Pio VII, y notificó á sus augustos huéspedes el compromiso en que le ponía el Rey de España, de arrancar de su compañía al Principe de la Paz. — « ¡ Pues qué, replicó Carlos IV ; ¿ somos algunos prisioneros ? — Sí, respondió el Pontífice ; prisioneros de la paz. » — Y logrando calmar su emocion, procuró convencerle de la necesidad de

aquella medida. Accedió Cárlos IV con no poco dolor á separar de su lado á su *único amigo* y último consuelo , y despues de una tristísima despedida Godoy fue trasladado á Péssaro. Posteriormente marchó á París , donde actualmente reside.

En 1836 , y por consiguiente despues de la muerte de Fernando VII, se decidió por fin Godoy á publicar sus Memorias , largo tiempo anheladas por los hombres imparciales. Habia ofrecido á Cárlos IV abstenerse de hacerlo durante la vida de su hijo , y cumplió su promesa. La publicacion de estas Memorias causó honda sensacion en el público , rectificáronse no pocas opiniones equivocadas , y quedó abierto el camino para una parte de la historia contemporánea. Pero aunque levantado en parte del fango en que la maledicencia le habia sumergido , no por eso la opinion pública le ha elevado á la altura , que en sus Memorias parece anhelar. Hay en ellas razones y descargos que no satisfacen enteramente: hay en ellas tambien algunos puntos, que el autor no quiere tocar , y á fé que en esto alabamos su prudencia , porque vale mas callar que hacer alarde procaz de una locuacidad inso-

jente, cuando las contestaciones solo han de satisfacer á medias. Hallamos tambien asaz reprehensible el furor con que se ceba en sus enemigos, sin respetar ni la vida privada de Escobiquiz, ni los defectos personales de Caballero. Quien implora la misericordia de sus conciudadanos, debiera principiar por respetar á sus enemigos. Por lo que hace al estilo y al lenguaje, sentimos decir, que cuesta trabajo leer una obra llena de galicismos, disculpables por cierto si se atiende á la emigracion tan larga del autor.

La situacion actual del antiguo valido de Carlos IV es muy poco lisonjera; y la fortuna, que « semejante á las damas, segun el célebre dicho del Emperador Carlos V, se muestra solo galante con los jóvenes » ha hecho sentir sus desfavores al desgraciado anciano.

Sobre este particular nos permitiremos reproducir las palabras del célebre orador D. Antonio Alcalá Galiano, en su lindo artículo titulado *dos visitas al Príncipe de la Paz* (*). Despues de referir la que hubo de hacerle, siendo niño, en compañía de sus tios, cuando el nombramiento de Almirante, pasa á la segunda verificada en

(*) En el núm. 20 del tomo 1. del Iris, año 1844.

1.º de Enero de 1837. « Acerté al cabo , dice con su mansion , que era en el cuarto piso de una casa decente , pero distante asi como de lo pobre de lo suntuoso. Llamé á la puerta , salió á abrirme la un criado de modesto porte ; le pregunté por su amo , le dije mi nombre , entrose él adentro volvió á poco rato , y me convidó á pasar adelante hasta un aposento chico , y de escaso adorno , donde vino á recibirme un anciano vestido casi con pobreza ; y el anciano era el que treinta años antes caminaba igual ó superior á su Rey ; al Rey de España , entonces Señor todavía de dos mundos. »

.....

« El Príncipe de la Paz me habló de su triste situacion , de sus justas pretensiones , que con tanta injusticia no le concedia y le sigue negando el Gobierno de España .. Apenas le oia yo , porque en mi breve visita hubo de encogerseme el corazon y los ojos se me arrasaron en lágrimas , y se me escandecieron las mejillas , viendo aquel ejemplo de lo breve y falaz de la grandeza humana , considerando aquel lastimoso espectáculo de un hombre sobreviviendo hasta á su memoria , y considerando el inhumano rencor

con que trataba mi patria á un ente tan desventurado.»

«Y un pensamiento me ocupó la mente, doloroso pero exácto, el cual hoy mismo en ella subsiste. Todo se muda en España, y sin embargo el odio persevera. Si no es culpable el Príncipe de la Paz ¿cómo es que aun está padeciendo el mas severo castigo, sin que en su favor haya quien invoque la justicia? Si fue culpado, ¿cómo no se le aplican las amnistías dadas á cuantos lo fueron de delitos políticos, en las cuales ciertamente está comprendido, pues que ninguna razon ni escepcion nominal de ellas le escluye?»

«De pedernal debe tener el pecho, quien si vá á visitar al pobre anciano, un tiempo tan poderoso, no se enternece y pide, que se le dé un pedazo de pan para vivir, y un pedazo de tierra para ser enterrado en España, al que solo aspira á poesentar allí donde mandó una muestra mas de la fortuna y del rigor de la desgracia.»





LAFAYETTE.

M. DE LAFAYETTE.

«Declaro que aunque quiero mas la República que la Monarquía, quiero mas la Libertad que la República..... Asegúrese esta á todos los ciudadanos y estoy contento.»

LAFAYETTE.

Ha sido dado á un mismo hombre, en el espacio de medio siglo, el tomar una parte activa en los cuatro mayores sucesos que han agitado al mundo moderno: la revolucion de América, la revolucion francesa de 1789, la caída de Napoleon, y la revolucion de Julio de 1830. Basta este solo hecho para explicar por sí mis-

mo el significado revolucionario, unido en todas partes al nombre de Lafayette. ¿Y cuál es el valor histórico de este nombre, el mas popular de todos los nombres contemporáneos despues del de Napoleon? ¿Qué elementos componen la gloria de Lafayette? Esto es lo que vamos á esclarecer, examinando los hechos con tanta mas fácil imparcialidad, que el hombre y sus obras pertenecen ya en el dia completamente á la historia.

Durante la guerra de siete años que tan fatal fue á las armas francesas, en la batalla de Minden, un jóven Coronel de granaderos, herido de una bala de cañon, moria á la edad de 25 años, dejando una viuda en cinta, en un viejo castillo de la Overnia. En este castillo de Chavaniac, cerca de Brioude, nació el 6 de Setiembre de 1757 María Pablo José Gilberto de Motier, Marqués de Lafayette. Desde muy niño perdió á su madre, y á la edad de 16 años se casó con Mlle. de Noailles, hija del Duque de Ayen. Aquel enlace ofreció á Lafayette el mas bello porvenir, pues pudo presentarse en la Corte de Luis XVI, y de María Antonieta, y llegar á ser uno de los brillantes favoritos de la

época; pero no quiso seguir aquel camino, pues tenia la mision y presentimiento de adquirir la fama de que estaba sediento.

Estalló la insurreccion de América; Lafayette simpatizó al momento con tan noble causa, y contrajo amistad con el sabio Fraeucklin, que se hallaba entonces en la Corte de Francia, abogando por un pueblo sublevado contra la opresion. Llegó sin embargo á Francia la noticia de los desastres de los insurreccionados, y se supo que su ejército vencido por 30.000 ingleses, quedaba reducido á 2,000 hombres: negóseles desde entonces toda clase de crédito, y sus comisionados en Europa no pudieron siquiera conseguir el aprontar un buque para llevar sus despachos. Lafayette habia resuelto ir á pelear con Washigton; los comisionados intentaron en vano distraerle de tan arriesgada empresa, cuyos peligros servian solo para inflamar con nuevo ardor al generoso defensor de tan hermosa causa. Sordo á cuantas observaciones se le hacian, y sin atender á los obstáculos que le oponian la Francia y la Inglaterra, tripuló á sus espensas una fragata, y partió para Georges-Town, donde desembarcó en Abril de 1777. Pasó desde allí á

Filadelfia, y solicitó servir en clase de voluntario y sin sueldo. El Congreso no tardó en concederle el grado de General Mayor; peleando sin embargo como voluntario en la batalla de Brandywine, en 11 de Setiembre de 1777, donde fue herido de gravedad, y recibió lo que llaman los militares el bautismo de sangre. No bien cicatrizada aun su herida, se le vió correr á nuevos peligros. Gefe de un destacamento de milicias, batió á un cuerpo de Ingleses y Hesseses, que tenian la ventaja del número y de la esperiencia sobre sus bisoñas tropas. A poco tiempo, votó el Congreso una accion de gracias en favor suyo, por no haberse dejado seducir por el brillo de una victoria inútil, y se le confirió entonces el mando de una division. Mas adelante fue promovido al grado de Général en Gefe del Norte; pero no quiso aceptar aquel nuevo honor, sino con la condicion de seguir bajo las órdenes de Washington, dando en ello pruebas de que solo ambicionaba el bien general.

Despues de haber defendido con un puñado de gente un pais estenso, salvó á 2,000 sublevados cercados por el ejército inglés; se distin-

guió en la batalla de Monmouth, ganada por los americanos el 27 de Junio de 1778, y marchó en seguida con su division á cubrir la retirada de Sullivan, que se veia precisado á abandonar á Rhode-Island, valiéndole la importancia de semejante servicio las gracias del Congreso, y una espada adornada con figuras alegóricas, que le envió Francklin á París, adonde habia ido en 1779, despues de reconocida por la Francia la independendencia de América. Lafayette solo permaneció en su patria el tiempo necesario para proporcionarse socorros de hombres y dinero, y se apresuró á hacerse á la vela luego de obtenidos. Fue recibido en Boston con entusiasmo; anunció la llegada del General Rochambeau, y marchó al ejército. En 1780 mandó la vanguardia de Washington, y se libró de las consecuencias de la defeccion del General Arnold. En 1781 estuvo encargado de la defensa de la Virginia, con solo 5,000 hombres faltos de todo recurso; y sin embargo resistió durante cinco meses á todas las fuerzas de Cornwallis, quien habia dicho con imprudente burla que *el muchacho no se le podia escapar*; pero los sucesos desmintieron pronto aquel pro-

nóstico, y de repente se encontró el mismo General bloqueado por mar y tierra. Lafayette acababa de contribuir á aquella operacion con un refuerzo de 5,000 hombres, estaba seguro de que el enemigo no podia escaparse, y á pesar de las instancias del Almirante francés, Conde de Grasse, prefirió el ahorrar sangre á una victoria cierta. Esperó la llegada del ejército de Washington y de Rosembau, y desplegó en el ataque una rara intrepidez, tomando á la bayoneta, él el primero, un reducto erizado de cañones. El resultado de la victoria fue la capitulacion de Cornwallis en York-Town. Lafayette no se dejaba arrastrar por el valor y la impetuosidad de sus pocos años, antes al contrario se parecia en algo al contemporizador Washington.

Lafayette regresó entonces á Francia para apresurar el envio de nuevos refuerzos. Iba á dar la vela con el Conde de Staing, á quien se habia unido en Cádiz con 9,000 hombres, cuando llegó la noticia de la paz. La guerra de América habia popularizado extraordinariamente á Lafayette en Francia y aun en la Corte, y se dice que la misma Reina le aplicó en una representacion pública los dos siguientes ver-

sos de la tragedia de *Bayardo* de Dubelloy :

Comme un jeune lion, il cherche les batailles.

Comme un vieux general, il sait les eviter.

No seria fácil adivinar las causas que enagenaron á Lafayette el corazon de aquella Princesa; pero es constante que le habia dispensado mucho aprecio y confianza, y que estos dos sentimientos se habian enfriado en ella muy antes de los primeros síntomas de la revolucion.

Intimamente enlazado Lafayette con Washington, y conservando siempre el mas tierno interes por su América querida, emprendió un nuevo viaje al pais, á cuya libertad habia contribuido. Fueron recibidos él y su hijo con transportes de agradecimiento; adquirieron ambos el derecho de ciudadanos por una especie de adopcion, tan rara como honrosa, y por último el nombre de Lafayette era en todas partes un título de recomendacion. El anciano Federico de Prusia, y el Emperador de Alemania José II, le manifestaron el mayor aprecio, y hasta aprobaron muchos de sus principios, pero no su entusiasmo por la nueva república. Sabido es que

José II decía: — « mi oficio es ser realista. » Y el filósofo Federico tenía sin duda en el corazón la misma máxima; poseía además un amor fijo y razonado al despotismo, que nada hubiera podido alterar; una voluntad de hierro, un poder sin límites, y un gobierno bastante ilustrado para hacer todo el bien posible, y administrar justicia á todos; pero sin conceder ni reconocer á nadie derecho alguno; tal era Federico II. Estas doctrinas no podían agradar á Lafayette. La libertad de los negros era uno de sus pensamientos favoritos, pero quería que fuese gradual, á fin de evitar los peligros de un cambio repentino. Animado de estos sentimientos, abrazó con ardor la causa de los patriotas Batavos, y hubiera querido poderles prestar el apoyo de su espada, como á los Americanos.

Nombrado Lafayette miembro de la Asamblea de Notables, en 1787, pidió la supresion de los mandatos de encierro (*lettres de cachet*) y de las prisiones de Estado; obtuvo una disposicion favorable á la condicion civil de los protestantes, y fue el primero en hablar de la necesidad de consultar á la nacion. Admirado el Conde de Artois de semejante proposicion, le dijo:

«lo que pedís son los Estados generales. — Es mas, contestó el General, una Asamblea general.» No tardó en realizarse este deseo, y siendo Lafayette miembro de la Asamblea constituyente, propuso la primera declaracion de los derechos del hombre, y apoyó la peticion de Mirabeau para que se alejáran las tropas que el Gobierno habia aproximado á la capital. En las sesiones del 13 y 14 de Julio de 1789, presidia la Asamblea constituyente; y enviado el 15 á Paris, despues del triunfo del pueblo, y nombrado Comandante de la Guardia Nacional, hizo en aquel importante y difícil destino servicios inmensos á la pública tranquilidad, en medio de la efervescencia de toda clase de pasiones, y de los movimientos de un pueblo siempre dispuesto al tumulto. Las imprudencias de la Corte y el banquete de los Guardias de Corps, ocasionaron los sucesos del 5 y 6 de Octubre, en cuyos dias, la Guardia Nacional, precedida de una turba de mugeres insurreccionadas, dirigidas por el faccioso Maillard, arrastraron á Lafayette á Versailles. Habíase resistido por mucho tiempo, pero cedió al fin, dando el mal ejemplo de un gefe de la fuerza armada que se

deja violentar por sus soldados. Al presentarse ante el Rey con los comisarios, sus primeras palabras fueron: «Señor: no sé como me atrevo á presentarme ante V. M.— Qué quereis? contestó Luis XVI; ya sé que habeis hecho cuanto podiais.» Asegurado con estas palabras, libre de un peso que le oprimia, se apresuró á dar una esplicacion, cuyo feliz efecto preveia. «Señor: he hecho prestar juramento al ejército parisiense de ser fiel á la nacion, á la ley y al Rey; V. M. puede tranquilizarse, pues será respetado.» Lafayette creia entonces lo que estaba diciendo. Despues de esta conferencia, no habiendo podido obtener que se le permitiese cubrir la guardia del Palaeio, arengó en la plaza de Armas á las tropas; todo anunciaba la mejor disposicion, y principalmente la Guardia Nacional de Versailles y París le aseguraron de tal modo, que se retiró tranquilo, no sin haber querido dar cuenta al Rey de cuantas medidas habia tomado, lo que no pudo verificar por habersele dicho que acababa de acostarse; por cuya razon, rendido él mismo de cansancio, se retiró á descansar un poco. Acúsasele por esto con furor, y sin embargo ¿cuál es su

crimen? El Rey, su Hermano y toda la Real Familia se recogieron, y lo mismo hicieron los Ministros, los Generales, y los mas celosos defensores. El Conde de Estaing, encargado entonces del mando de la Guardia Nacional de Versailles y su guarnicion, cesó de vigilar; el Duque de Guiche, gefe superior de los Guardias de Corps, cuyo deber era proteger de dia y de noche la vida del Monarca, dejó su puesto y se retiró tranquilamente á Trianon, sin mandar establecer patrullas y reconocer el parque. ¿Como puede ser responsable Lafayette por haber cedido á la necesidad de descansar, de las desgracias que sobrevinieron despues á la Familia Real? Ademas, si se creyese que Lafayette no hizo en aquellas circunstancias cuanto debia esperarse de el, se convendrá en que fue sublime al dia siguiente. El Rey, la Reina, su Familia y sus Guardias le debieron su salvacion. En el tránsito de Versailles á Paris hizo tambien los mayores esfuerzos por librar al Rey de los ultrajes que á cada instante le amenazaban. Sin embargo, la Corte, víctima de sus enormes faltas, se apresuró á acusar al Duque de Orleans como autor de los sucesos de aque-

llos días, y el mismo Lafayette pareció adoptar aquella acusacion, y se encargó muy imprudentemente de invitar en nombre del Rey al Duque de Orleans á pasar á Inglaterra, con una mision que no era mas que un engaño. Seguramente hubiera sido muy difícil á Lafayette el refutar los cargos que el de Orleans podia dirigirle. Este no habia promovido los sucesos del 5 y 6 de Octubre, y Lafayette, que vencido hubiera sido condenado á muerte por un Consejo de guerra, como rebelde; era solo un hombre débil, que habia cedido á una prueba mas fuerte que su carácter, y un súbdito fiel dispuesto á sacrificar su vida por su Rey; como lo probó el dia 6. En aquella época, lo mismo que en otras circunstancias, Lafayette queria conservar á todo precio á Luis XVI y á la Reina, y afectaba ignorar ó disculpar las tramas contra la libertad, que por otra parte se consideraba bastante hábil y fuerte para prevenir y contener. Esto explica por qué tardó tan poco en ser sospechoso, acusado y calumniado por los ardientes y sinceros amigos de la revolucion. Su posicion fue entonces cruel. Luis y la Reina, mirándole como su carcelero y el instrumento de

su ruina, meditaban diariamente dentro de su corazon, inflamado por el ódio, su castigo; y una parte de los patriotas le creia traidor á la causa del pueblo. Sin embargo, como hacia los mayores servicios en favor del órden, protegiendo la vida de los ciudadanos á costa de la suya; como la Guardia Nacional, compuesta de propietarios y gente interesada en el sosten de la tranquilidad, habia depositado en él la mayor confianza, parecia efectivamente que París obedecia á su suprema influencia.

No puede negarse, que á consecuencia de una conviccion de su entendimiento, mas dispuesto entonces á temer á los revolucionarios que á los conspiradores realistas, no hubiese entrado en un sistema de reaccion, que escitaba alguna vez justos descontentos, y que no marchase, sin preveerlo, á una situacion de las mas dificiles entre la Corte y el pueblo. Sin embargo, Lafayette obtuvo un admirable triunfo en la federacion de 14 de Julio 1790, que será considerado como unos de los mas bellos dias de su vida y de la revolucion. Entonces le dominaba un pensamiento casi único, el restablecimiento del órden, y la creacion de un go-

bierno fuerte y de accion. Entonces Mirabeau, animado del mismo pensamiento, habia entrado en tratos con la Corte á peso de oro; y Lafayette, que no se habia vendido, participaba de los sentimientos del tribuno. Asi es como se verifican inesperadas alianzas en el movimiento continuo y violento de una revolucion. El mismo Mirabeau con todo su genio, no era capaz de resolver el problema de la union de la dinastía con los derechos del pueblo, y del restablecimiento de la autoridad real con la existencia de la libertad. Murió Mirabeau, y Lafayette continuó ensayando la resolucion del problema; pero antes de todo hubiera debido desconfiar de la Corte, y asegurarse de ella con la autoridad de un gran carácter y la promesa de un gran servicio.

Incapaz Lafayette de llenar tales condiciones, se dejó sorprender por la evasion de Varennes. Aun en el día no se concibe como pudo conjurar la tempestad que contra él se levantó en los Jacobinos, donde Danton le dirigió un terrible apóstrofe. Despues de haber corrido el riesgo de ser inmolado como traïdor por los enemigos de la revolucion, que anunciaban dia-

riamente la fuga de Luis XVI, se vió reducido á la triste necesidad de hacer volver al Rey como un prisionero, en medio de la Francia armada.

El decreto de la Asamblea constituyente que sostenia la inviolabilidad en favor de Luis XVI, y le eximia por lo tanto de toda investigacion sobre su fuga, causó grande agitacion entre los Jacobinos, y dió lugar á las escenas del Campo de Marte, el 17 de Julio, en las que Lafayette tuvo necesidad de emplear la fuerza pública contra los amotinados, y de presentar un singular contraste entre el entusiasmo y las aclamaciones con que le habian saludado el dia de la Federacion, y las maldiciones de que le cubria el pueblo por aquella sangrienta escena.

Aceptada la Constitucion por Luis XVI, dejó Lafayette el mando, y se retiró á su pais. Permaneció poco tiempo en él, pues habiendo hecho los emigrados demostraciones en las fronteras, que anunciaban sérias hostilidades, y la aproximacion de los estrangeros, fue encargado de un mando superior: y rechazó á los enemigos en varios puntos. Entre tanto amenazaba estallar la insurreccion en París, y Lafayette

escribió desde su campamento de Maubeuge una carta á la Asamblea nacional, cuya lectura causó en ella una violenta tempestad, y principalmente en París, que presenció el movimiento del 20 de Junio, en el cual invadió el pueblo el Palacio del Rey. Apenas tuvo Lafayette conocimiento de los sucesos de aquel dia, quiso probar un nuevo esfuerzo en favor del Rey y de la Constitucion. El 28 se presentó en la barra de la Asamblea legislativa, pidió el castigo de las violencias cometidas el 20 en las Tuilleries, la destruccion de las sociedades de los Jacobinos, y medidas para la seguridad del Rey, y para impedir todo atentado contra la Constitucion. Aquel paso no tuvo resultado alguno, y tampoco la tentativa de que se reuniera la Guardia Nacional para cerrar el club de los Jacobinos; ni otra carta dirigida por el General á la Asamblea, por lo cual se vió precisado á regresar á la frontera, con el sentimiento de su impotencia y la conviccion de que habia pasado ya su reinado. La Guardia Nacional al verle abandonar la empresa, manifestó solo estériles pesares; la Corte se complació al ver decaer la popularidad de aquel cuyos

servicios no queria aceptar, á pesar de la inmensa necesidad que de ellos tenia ; los Jacobinos triunfantes, quemaron aquella misma noche, en el Real Palacio un maniquí representando el héroe de la Federacion, y si hubiese permanecido en París le esperaba una horrible catástrofe.

Lafayette, aunque cierto de las disposiciones poco favorables de la Corte y del Rey, se obstinaba en querer salvar á aquel desgraciado Príncipe. Seguro del anciano Luckner, á quien habia sabido atraerse, queria que Luis le mandase llamar, junto con el Mariscal, para presentarse en la Federacion, diciendo que la presencia de los dos Generales en Gefe impondria al pueblo. Al dia siguiente debia salir el Rey de París, bajo pretexto de ir á Compiègne, para probar á la Europa que estaba en libertad. En caso de resistencia, Lafayette se obligaba á arrebatar con cincuenta ginetes á la Familia Real. Desde Compiègne, algunos escuadrones dispuestos al efecto debian conducir al Rey en medio de los ejércitos, el cual hubiera manifestado desde allí sus verdaderas intenciones de modificar la Constitucion. En el caso de no

surtir efecto ninguno de los medios propuestos por Lafayette, estaba resuelto á marchar sobre París. El Rey se manifestaba inclinado á seguir los planes de Lafayette, pero le detuvo sin embargo un temor mezclado de repugnancia hácia el General, y principalmente la Reina que desechaba el auxilio de aquel amigo fiel al trono; «Confiad en Lafayette, decian, id á uniros á él en su campo, os espera y os salvará. — Sí, lo creo, contestó la Reina, salvará al Rey pero no salvará á la monarquía.» Jamás Lafayette, con las mejores intenciones manifestó menos juicio, ni corrió mayores peligros para su reputacion futura que en aquella circunstancia. Lo que queria era imposible, y el éxito lo mismo que la derrota le hubiera perdido. Sobrevinieron los acontecimientos del 10 de Agosto, que llegaron á noticia de Lafayette en su campamento junto á Sedan. Contaba con su Estado Mayor, con el afecto de los soldados, con su juramento de obediencia, y con la adhesion de algunos departamentos cuyos consejos generales habian aprobado su carta de 16 de Junio, en que pedia se cerrasen los clubs de los Jacobinos. Atrevióse á levantar la bandera contra la Asamblea legisla-

tiva, dominada por los facciosos; hizo prender á los tres comisarios que ella le enviaba, se puso en relaciones con las autoridades municipales de Sedan, y se preparó abiertamente á organizar la resistencia en nombre de la Constitucion. Pero habia pasado el reinado de la ley; los constitucionales habian dejado que la revolucion traspasase el punto hácia donde podia dirigirse, y la Francia entraba en la era de los hechos consumados.

De los 75 departamentos que se habian adherido, ni uno solo se movió, excepto el de los Ardenes que se asoció á la empresa del General; los soldados mismos, seducidos por los emisarios de la insurreccion parisiense, tardaron poco en manifestarles su frialdad. Los Generales de los otros cuerpos de ejército, considerando intempestiva la resistencia, se sometieron igualmente; y Lafayette demasiado comprometido para retroceder, no tuvo mas alternativa que la huida ó la muerte. Despues de tomar todas las disposiciones necesarias para que su ausencia no perjudicase á la seguridad del ejército, y de procurar salvar en lo posible á las autoridades de Sedan, cargando por escrito con toda la res-

ponsabilidad de la resistencia, salió en la noche del 19 al 20 de Agosto, acompañado de MM. Bureaux de Puzy, Latour-Maubourg y algunos oficiales de E. M. Durante el camino se le reunió el ex-constituyente Alejandro de Lameth, á quien perseguía un decreto de arresto; pasaron juntos la frontera y se preparaban á entrar secretamente en Holanda, para ir en seguida á los Estados Unidos; pero reconocidos en las avanzadas austriacas, fueron detenidos á pesar de sus protestas, y el 21 fue conducido á Namur, donde tuvo Lafayette una entrevista con el Príncipe Carlos (*) desconocido todavía á la gloria pero adornado de un corazón generoso. Conducidos después á Nivelles, tuvieron que sufrir los prisioneros un interrogatorio ante un Mayor austriaco, encargado de recibir el tesoro del ejército, que creían sin duda que Lafayette se había llevado consigo. «Lo único que comprendo de tan estraña comision, contestó Lafayette, es que el Duque de Sajonia-Teichen, puesto en mi lugar, habría robado el tesoro del ejército.» Llevados á Luxemburgo, permanecieron allí durante tres semanas los cuatro miembros

(1) Véase su Biografía tom. II.

de la Asamblea constituyente, y furiosos los emigrados contra unos nobles que habian abrazado la causa del pueblo, intentaron inmolar á su venganza al autor de la proclamacion de los derechos del hombre. Lleváronles finalmente á Olmuth, donde los esperaban horribles calabozos. Todo el genio inquisitorial, toda la fria barbarie de la politica austriaca, agotó su funesta ciencia para desesperar y dar tortura á Lafayette; con solo retractar alguna de sus opiniones hubiera visto romperse sus cadenas, pero jamás quiso renegar ni ligeramente de sus principios. Estuvo durante mucho tiempo encerrado solo en un calabozo, sin comunicar con nadie, y sin que tantas desgracias y privaciones pudieran abatir su ánimo, ni turbar un solo instante la serenidad de su alma. Por último, el ángel de la ternura conyugal bajo al calabozo á darle sus celestiales consueños, bajo la forma de Mme. de Lafayette. Todos los verdaderos amigos de la libertad reclamaron en vano en favor del ilustre prisionero; en vano intervinieron los Estados Unidos; fueron menester para conseguir la libertad de Lafayette y sus compañeros, las victorias de Italia y la voluntad de Bonaparte, que

la estableció como condicion particular é imperativa, cuando las negociaciones que terminaron una guerra de prodigios.

Libre el prisionero de Olmuth, ninguna parte quiso tomar en la revolucion del 18 Fructidor, y se vió por lo mismo precisado á detenerse en Hamburgo ; pero adoptó la escarapela tricolor, y entró en Francia cuando la revolucion del 18 Brumario. Lafayette, aunque animado de una viva gratitud hácia Bonaparte, rehusó mezclarse en la menor cosa de su gobierno ; no quiso aceptar una plaza en el Senado conservador, y votó contra el Consulado por vida ; accion extraña cuando menos en un hombre que todo lo habia arriesgado, hasta su reputacion de amigo de la libertad, por salvar el principio monárquico ; pero luchaba entonces entre sus antiguas opiniones y sus inclinaciones republicanas. Consecuente con una de sus doctrinas favoritas, pedía á Bonaparte el restablecimiento de la libertad de imprenta, y el Cónsul le contestó : « Si concediese á Mr. de Lafayette lo que con tanta instancia solicita, ni él ni yo estaríamos aqui dentro de tres meses : » Bonaparte conocia bien que en aquella época, no era todavía posible

un gobierno, con veinte ó treinta periódicos que le hubieran batido en brecha todas las mañanas. El papel que representó Lafayette durante el Imperio no dejó de ser honroso, pues probaba la sinceridad de sus sentimientos, prefiriendo el retiro y la oscuridad, á las situaciones mas brillantes ofrecidas por el dueño de la Europa.

Volvieron los Borbones en 1814, y Lafayette se presentó de nuevo en la escena política, con la imperturbable constancia de sus principios. Era esta tan conocida, que el Conde de Artois que habia permanecido fiel al espíritu de la contrarrevolucion, decia : «Solo Lafayette y yo no hemos cambiado.» (*)

Durante los Cien Dias, apareció Lafayette de nuevo en la Cámara de los representantes, y dirigido por la fijeza de sus principios, apreciando mal la situacion y las cosas, confundiendo la época de 1815, en la cual ante todo era preciso salvar el territorio, con la de 1789 en que se habia de conquistar la libertad, dió un golpe mortal al Emperador, vencido en Watterlloo, con una proposicion muy bella y saludable en la apariencia, pero en el fondo im-

(*) Véase la biografía de Carlos X tomo IV.

política y peligrosa. En lugar de desarmar al Emperador, era preciso volverle á colocar con todo su génio al frente de los ejércitos, y ayudarle á esterminar á los enemigos; pero Lafayette no tenia las luces de un hombre de Estado, y su entendimiento no era tan bueno como su corazon: de aquí proviene, que á pesar de *la influencia que ha egercido en muchas épocas de su vida*, siempre ha sido inferior á las situaciones en que se habia colocado, ó que le indicaba la opinion: las cosas grandes siempre abortaron en sus manos.

Causó tambien un perjuicio á la Francia, apresurando la abdicacion de Napoleon; pero sobre todo manifestó cuan poco conocia su propia posicion con respecto á los estrangeros, haciéndose nombrar uno de los comisionados para negociar una suspension de armas. Como era de esperar, nada pudo conseguir; y á su regreso tuvo el sentimiento de saber la capitulacion de París, y la retirada del ejército sobre el Loira. Entonces salió por lo menos de su boca un dicho noble y feliz: habiendo tenido el Embajador inglés la villanía de pedirle que Napoleon fuese entregado á los aliados: «Me admira, respondió,

que para proponer tal vileza, os dirijais al prisionero de Olmuth.» El 6 de Julio dió cuenta á la Asamblea de las conferencias de Haquenau, asegurando que los departamentos que habia recorrido participaban de los sentimientos expresados en el manifiesto del dia anterior. El 8 encontraron los Diputados las puertas del Cuerpo lejislativo cerradas, y guardadas por un piquete prusiano. Lafayette los condujo á su casa, desde alli pasaron á la de Lanjunais, Presidente de la Cámara, redactando los miembros presentes el acta que atestigua la violencia hecha á los derechos de los Representantes de un gran pueblo.

Despues de la segunda ocupacion y vuelta de los Borbones, Lafayette pasó á la Grange, donde vivió retirado, hasta las elecciones de 1817. El Gobierno consiguió entonces impedir su eleccion; pero en 1818 triunfó de todos los obstáculos. Durante el curso de su nueva carrera lejislativa, se mostró coustantemente al frente de la oposicion, manifestando sin cesar sus principios de 1789, cual si representára él solo la Asamblea constituyente, de la que era un glorioso resto. Lafayette tomó parte en varias

conspiraciones contra los Borbones; pero la siguiente espresion proferida por él, prueba que en caso de necesidad hubiera arrostrado como en 1790 los peligros de la Familia Real. «Lo que me atormenta, decia, es saber cómo hemos de salvar á estos desdichados que corren á su perdicion; porque al fin será preciso salvarlos.»

Sospechoso al poder, y con imprudencias estrañas en un hombre político, hubiera podido ser juzgado y condenado; pero este peligro no alteraba su serenidad, y tal vez no hubiera sentido mucho la desgracia de perecer en un cadalso, como Sidney. Da lugar á creerlo la siguiente anécdota: «Sois, le decia un dia su colega Laffitte, una estatua que busca su pedestal, y poco os importaria que este fuese un cadalso.—Es verdad, contestó Lafayette.» En un momento crítico estuvo muy tentado Luis XVIII de hacerle arrestar; instruido Lafayette de aquella ligereza del Rey, subió á la tribuna, y dijo sustancialmente: «Háblase de ponerme en juicio; no pido mas que presentarme ante un tribunal, pues cuando esté alli diré ciertas cosas que guardamos en el corazon un personage y

yo.» Aquellas palabras impusieron á Luis XVIII, que no quiso correr el riesgo de sufrir frente á frente las revelaciones de un hombre incapaz de reservar nada; y Lafayette no tuvo ya que temer á su real enemigo, pero sí el sentimiento de perder á varios hombres que le habian tomado por bandera. Como él hubiera muerto sin titubear, creia igual firmeza en los demas, y al parecer no le conmovian mucho sus desgracias. A pesar de ser bueno y adorado de su familia, jamás se vió asomar una lágrima á sus ojos; jamás se manifestó la menor señal de alteracion en su semblante, en medio de los mayores peligros.

El carbonarismo, que se habia ido debilitando, se estinguió del todo hácia 1823; y Lafayette, eliminado de la Cámara por la influencia siempre en aumento del Ministerio, en las elecciones que se verificaron despues de la guerra de España, aprovechó aquel descanso para pasar á los Estados-Unidos, segun lo solicitaba desde mucho tiempo. Embarcose en el Havre el 13 de Julio de 1824, y desembarcó el 16 de Agosto en Nueva-York, donde le esperaba uno de los triunfos mas brillantes que jamás ha conseguido

hombre alguno. Constantemente rodeado de un pueblo inmenso, entre el ruido de las campanas, el estampido del cañon y los *vicas* de la muchedumbre, el último de los Generales del ejército de la independencia recorrió, durante catorce meses, los veinte y cuatro estados de la Union. Deseoso al Congreso de darle una muestra de munificencia nacional, decretó que se le pagase una cantidad de 200,000 duros, como indemnizacion por sus servicios y sacrificios durante la guerra de la revolucion.

Lafayette volvió á Francia en Octubre de 1825, fue enviado á la Cámara por los electores de Meaux, el 24 Junio de 1827, y entró de nuevo con ardor en la lucha parlamentaria; hasta que una nueva revolucion, llevándole tambien al frente de los negocios, probó otra vez que en él el hombre debia ser siempre inferior á su destino.

No referiremos aqui detalladamente los acontecimientos de las jornadas de Julio, por haberlo hecho ya en las biografías de varios de los personajes que en ella figuraron. Lafayette, el 29 despues de la toma del Luvre, anunció á la reunion de Laffite que aceptaba el

mando de la Guardia Nacional; pasó á la casa de Ayuntamiento, y dirigió al pueblo victorioso su primera proclama, que terminaba con estas palabras. «No haré profesion de fé: mis sentimientos son conocidos.... la libertad triunfará, ó pereceremos juntos.»

Al dia siguiente, como el que siguió al 14 de Julio de 1789, era Lafayette el hombre de mas poder en París. La libertad habia triunfado, quedaba la cuestion de gobierno. Dós caminos podian seguirse: preguntar á la nacion por quien y cómo queria ser gobernada; ó bien, con el mismo derecho con que se habia destruido el antiguo gobierno, interin la nacion se adheria, lo mismo con igual derecho y por la misma causa dar á la nacion un nuevo gobierno, esperando igualmente su adhesion. Lafayette estuvo en un principio por el primer partido, pero se apresuró á desecharlo por la imposibilidad de realizarlo. Faltaba elegir entre Enrique V, Napoleon II, el Duque de Orleans y la República. Lafayette no queria ni á Enrique V, ni á Napoleon II; se inclinó al principio como siempre, con cierta complacencia, hácia la República, pero pronto renunció á ella igual.

mente, entre otros muchos motivos por el de la imposibilidad. Sabidos son los sucesos que dieron lugar al famoso programa de la casa de Ayuntamiento, redactado por el General Lafayette y que no tuvo lugar. De todos modos, mientras el gobierno y Lafayette caminaron de acuerdo, naturalmente no se trató por parte del General de los compromisos violados del programa. Había entre *el Rey Ciudadano* y *el Ciudadano Rey* una continua correspondencia amistosa; y Lafayette, conservando el orden en las calles, se felicitaba siempre, y en todas partes públicamente, de la que había tenido en el establecimiento de la Monarquía de Julio. Sin embargo, aquel acuerdo no podía ser duradero; además de que Lafayette tenía que resistir á las instancias del partido republicano, puede decirse también de él que en ideas de gobierno *nada había olvidado ni aprendido*.

Lafayette había declarado muchas veces, que siendo incompatible el mando general de toda la Guardia Nacional del reino con un orden de cosas constitucional, no podía considerarse más que como provisorio, y había anunciado su intento de dejarlo luego que las circunstancias lo

permitieran. Después del proceso de los Ministros, al discutirse el proyecto de ley sobre la Guardia Nacional, la Cámara creyó conveniente establecer el principio de que nunca hubiese Comandante General, haciendo una escepcion en favor de Lafayette, por los eminentes servicios prestados al órden público. Hubo varias contestaciones; Lafayette consideró aquel artículo como injurioso para él, é hizo su dimision, á pesar de las instancias de los Ministros y del mismo Rey. Declaróse partidario acérrimo del sistema de no intervencion que adoptó el Ministerio Laffitte.

El advenimiento al poder de Casimiro Perier, amigo personal y pariente de Lafayette, pero adversario de las ideas del General, contribuyó á alejarle mas y mas de la Monarquía de Julio. Propagandista incansable, y libre con su vuelta á la vida privada de la necesidad que habia tenido mientras era funcionario público, de contener su palabra, no ceso de denunciar á la Francia todas las violencias egercidas en el extranjero; y los Italianos, Alemanes, Polacos, Españoles, todos los revolucionarios de Europa, encontraron en él un celoso y ardiente procura-

dor. Desde entonces no escaseó los apóstrofes desde la tribuna; y sin embargo, no encontró en las simpatías del partido republicano una indemnización del alejamiento que inspiraba á los constitucionales, alarmados de sus imprudencias.

En medio de esta lucha, entre la Monarquía constitucional y la República, llegó para Lafayette el momento supremo. Murió el 20 de Mayo de 1834, despues de haber visto perecer antes su popularidad. Murió tranquilo y cargado de años, como un Patriarca; jóven de corazon y de espíritu, rodeado de una numerosa familia que le adoraba, murió con sentimiento de cuantos habian podido apreciar en él las mas nobles cualidades de esposo, de padre y de amigo. Y sin embargo, tal vez la historia se verá precisada á colocarle entre aquellos hombres, cuya intervencion en los negocios humanos es en último resultado mas perjudicial que útil; porque las buenas intenciones de un espíritu débil, revestido de un gran poder, no son suficientes para impedir el mal, ni para producir el bien.





JOSE BOSCHIO.

Personajes celebres del siglo XIX

UGO FÓSCOLO.

«Las letras y las armas ennoblecen al hombre, cuando todo lo emplea en ventaja de su patria.»

JUAN BAUTISTA NANI, en su historia, hablando de los ilustres venecianos.



Los hados inexorables han dispuesto, que todo mude sobre la faz de la tierra, y que la grandeza de las naciones se pierda, como el polvo en el espacio, dejando solo de sí una triste y desconsoladora memoria. Venecia es, en tiempos cercanos de nosotros, un ejemplo de tan doloroso espectáculo. Un dia señora magestuosa del

Adriático, terror del poder otomano, y formidable para los Emperadores y Papas, ha caído de la cumbre de tanta grandeza, en el mas estremado envilecimiento, viéndose convertida de dueña en esclava, y siendo tales las cadenas que la oprimen, que ha llegado á hacerse un objeto de lástima para el mundo. Pero si la grandeza material de las naciones se disipa, la gloria que deben á las obras que fueron noble parto de los ingenios de algunos hombres sublimes, no fenece nunca, y es siempre, en la inmensidad de los siglos, un monumento vivo de la pasada grandeza, ó del esplendor presente de las naciones que les dieron el ser. Venecia buscará en vano en sus arsenales aquel número crecido de naves que conducian á los primeros cruzados á la Tierra Santa, ó que se armaban para combatir al estúpido musulman y domeñar su orgullo. En valde el anciano y trémulo veneciano, recordando la antigua república, dirigirá sus pasos al palacio ducal, para invocar la sombra de los venerandos Duxes, ó de los miembros del antiguo Senado. A los ecos de sus acentos responderá con la espada algún ébrio soldado tudesco, cortando las voces del dolor en su garganta. Pero ni este

soldado ni todos los del mundo podrán borrar con sus armas la gloria de la antigua Venecia. ¿Cuan grande y poderosa no aparecerá Venecia cuando recorramos con nuestra mente la grandeza de los ingenios que la honraron; cuando leamos las obras de Fra Paolo Sarpi, teólogo de aquella república, que solo con las armas de su pluma hizo temblar al Vaticano; cuando leamos en la historia de Juan Bautista Nani, toda aquella larga série de ilustres capitanes y patricios, que por sus hechos en la guerra, y por la sabiduría de sus consejos en la paz, o por las obras que escribieron, pueden compararse á los antiguos hombres de Plutarco? Con cuanta razon no debe enorgullecerse Venecia por haber producido á Pedro Bembo, Secretario de Leon X, y despues Cardenal, que fue el primer filósofo que enseñó las reglas del bello estilo toscano, uno de sus mas elegantes escritores, y político profundo, como todos los ilustres venecianos de aquella época.

Cuanto hemos dicho basta aqui sobre la grandeza veneciana, y algunos de los hombres que la ilustraron, lo hemos creido una introduccion indispensable á la vida de Ugo Fósco-

de los poetas griegos y latinos, no solo era siempre el mas recto, sino que iba acompañado de reflexiones tan profundas y de tan variada erudicion, que daba á conocer lo vasto y penetrante de su espíritu; dotes de que hizo mayor gala cuando ejecutó su traducción de *La cabellera de Berenice*, pequeño poema griego, escrito por Calimaco, y del cual hablaremos en su lugar, pues no queremos abandonar el orden cronológico en que fueron publicadas sus varias obras, empezando por la tragedia titulada *Tieste* que vió la luz en *El teatro aplaudido*, poco tiempo despues de haber sido representada en Venecia por los años de 1796. Esta composicion del Fóscolo carece ciertamente de interés en la accion trágica, conducida secamente segun las reglas de Aristóteles, pero no deja por esto de descubrirse el ingenio del autor, en la fuerza de los pensamientos, en la magestad del estilo y del diálogo, y por la sublimidad de la poesía. Pero mientras Fóscolo se hallaba enteramente consagrado á sus deliciosos estudios, y vivia en el silencio y en la soledad de las letras, la batalla de Lodi y de Arcola, haciendo á los franceses dueños de gran parte de la Italia, conmovieron

los espíritus italianos, que quedaron por entonces en suspenso y como ansiosos de guerra, aun despues del tratado de Campoformio. Entonces fue cuando Fóscolo dejando á Venecia, pasó á Milan, y poco despues entró á servir en el ejército de la República cisalpina; porque valiente y lleno de amor patrio, queria contribuir á mejorar la suerte de Italia, no solo con la pluma sino tambien con la espada. Generoso pensamiento, seguido en tiempos mas antiguos por Cervantes, Herrera y otros ilustres españoles que tanto honraron nuestra Península. En medio de los tumultos de la guerra, y de los honores de la gloria militar, publicó Fóscolo otras dos tragedias *Ajax* y *Ricardo*. El diálogo de entrambas está lleno de bellezas, los caractéres bien sostenidos, y el lenguaje y la versificacion robustos á par que elegantes; pero el efecto dramático es algo frio. Estas dos tragedias fueron representadas, la una en Milan y la otra en Bolonia, en el año de 1798. El *Ajax* suscitó al autor una corta pero durísima persecucion, porque al verla en la escena, el público creyó descubrir en ella, bajo el velo de la alegoría y de la fábula, una crítita terrible de la religion, y de las institu-

ciones mas antiguas y respetadas en Europa. Prohibióse por consiguiente la tragedia de Fóscolo, y su autor fue amenazado con el destierro: pero este jamás tuvo efecto, y de alli á poco se hablaba del Ajax, no como de una produccion dirigida á atacar la política y la religion, sino como de una obra maestra llena de gran mérito literario.

Despues que Napoleon hubo arrebatado en Marengo á los Austriacos el dominio de la Lombardia, destinó para profesor de elocuencia y bellas letras en la Universidad de Pisa, á Ugo Fóscolo, quien pronunció en la apertura de su nueva cátedra, aquel tan famoso y aplaudido discurso que se titula *sobre el origen y el oficio de las letras*. El estilo de esta obra maestra del genio y del arte, es robusto; el lenguaje elegante, los pensamientos sublimes, la erudicion rica y oportuna. Sostiene Fóscolo y prueba hasta la evidencia, que las necesidades de los hombres considerados en sociedad son el origen de las letras, las cuales por consiguiente no puede concebirse como existirian fuera de ellas. Dedúcese de aqui, que el oficio de las letras no es otro que el de dar á los hombres el propio

ejercicio de sus derechos y la independencia política, aunque por desgracia sirvan las mas veces de instrumento para corromper la buena moral, y adular á la tiranía de los gobernantes. Este sublime discurso, lleno de una profunda filosofia y digno de haber sido pronunciado por Pericles ó Demóstenes en los bellos tiempos de la Grecia antigua, hizo grande impresion en los espíritus italianos, hasta el punto de llamar la atencion del gobierno, quien alarmado por el carácter independiente y fogoso de Ugo Fóscolo, tuvo por oportuna providencia suspender las lecciones del nuevo profesor y cerró su cátedra.

Hallóse Fóscolo en el sitio de Génova con el famoso Massena, y sufrió todas las angustias del hambre, sin haber dado la menor prueba de abatimiento ó de cobardia. Entregada Génova á los Ingleses, Fóscolo emprendió un viaje por la Toscana, y se encerró en Pisa, en donde se enamoró perdidamente de una linda muchacha; pero no habiendo podido conseguir la realizacion de sus deseos en aquella pasion desgraciada, se entregó á una profunda melancolia, concibiendo el mayor desprecio por los hombres y por la

sociedad. Es fama que en esta ocasion empezó á escribir la novela titulada *Ultimas cartas de Jacobo Ortiz*, la cual se dió á luz en Milan el año de 1802. El personaje de Teresa, que figura en esta novela en primer término, no se tiene generalmente por fantástico, sino por una figura alegórica, vivo retrato de la amada de Fóscolo. Pretenden algunos tambien que Lorenzo es otro personaje alegórico, bajo cuyo nombre habia querido el autor presentar al célebre Juan Bautista Nicolini, literato toscano que vive aun, íntimo amigo de Fóscolo, y compañero de colegio en sus primeros años. Por último, debemos advertir que el nombre de Ortiz dado al protagonista de la novela, era el nombre de un jóven desgraciado, que se suicidó en Padua por efecto de una pasion amorosa.

Las cartas de Jacobo Ortiz causaron grande sensacion la primera vez que se publicaron, y aun todavia se leen con avidez, por la mayor parte de los jóvenes, que suelen preferir á cualquiera otro libro los que están escritos con exaltacion y entusiasmo. No obstante, nosotros que pensamos que las producciones literarias deben juzgarse con la mayor calma, prescindi-

remos del entusiasmo apasionado y violento á que dan lugar las cartas de Jacobo Ortiz, y procuraremos examinarlas desapasionada y filosóficamente.

Estas cartas que rebosan en sublimes y exaltados pensamientos, encierran no obstante los desvaríos de un amor culpable, porque siempre lo será el que se conciba por una muger casada, aunque se presente bajo las formas de un afecto sincero y desinteresado. Las ideas sembradas en esta obra, exaltan la cabeza, é inspiran sentimientos amorosos, casi siempre llenos de desesperacion, y ofrecen el suicidio como el remedio á los males de un corazon lacerado; pero aunque abundan en ella bellezas de un estilo fogoso, rico en atrevidas metáforas, de sublimes comparaciones, y de todas las galas de la elocuencia, de ninguna manera participa de aquel fondo de esquisita ternura, que tan grata hace la lectura de las cartas de Carlota y Werther, escritas por Goethe: tampoco al tratar Fóscolo del suicidio hace alarde de aquella profundidad de filosofia y raciocinio, de que tan copiosa muestra dió Rousseau al tratar el mismo asunto en su *Nueva Eloisa*.

Recorramos ahora otras obras del mismo autor, que tan solo merecen alabanzas.

Habiendo Napoleon convocado en 1802 el Consejo de la república cisalpina en Leon, el gobierno italiano encargó á Fóscolo que escribiese un discurso dirigido al primer Cónsul, sobre el objeto de aquella asamblea. Este gran monumento de elocuencia italiana y de profundísima política, que lleva por título *Discurso á los concilios de Leon* hubiera sido digno de ver la luz pública en mejores tiempos; es decir, cuando el corazon de los hombres abrigaba mas sincera decision por el bien público, y menos ambicion y falsía. Elogia Fóscolo en él extraordinariamente el mérito de Napoleon y la grandeza de sus empresas; pero le dice atrevidamente que para un gran capitán y para un héroe no hay corona mas digna que aquella que sepa conquistarse afirmando la libertad de los pueblos.

Ei 1803 publicó Fóscolo una traduccion de *La cabellera de Berenice*, pequeño poema griego escrito por Calimaco, segun hemos dicho al principio de esta biografía. La traduccion de este poema está hecha con mucha soltura y ele-

gancia , pero lo que mas revela al erudito y al helenista , no es la traduccion del testo griego, sino los comentarios que la acompañan. Asombroso y casi imposible parece como en una traduccion de tan pocos medios , pudo Fóscolo ostentar tamaña erudicion. Sumamente bella es la crítica que en estos comentarios hace el autor de aquellos pedantes que se ocupan en compilar y anotar trabajos ajenos, sin dar á conocer el menor destello de aquel juicio delicado que llama Horacio : *recte sapere*.

En medio de los trabajos de la guerra, sin olvidar jamás los literarios, y teniendo siempre á la vista el bien de su patria, comenzó Fóscolo á publicar en 1808 el primer tomo de las obras militares del famosísimo *Condottiero* italiano Montecuculli, y enriqueció el testo con numerosas notas. Antes que Fóscolo hubiese acometido tan bella empresa, la única edicion que existia de las producciones del digno rival de Turena y de Condé era tan defectuosa , que los mismos italianos dejando el testo original, leian con mas gusto la traduccion hecha en idioma extranjero. El trabajo de Fóscolo sobre Montecuculli no se redujo únicamente á ilustrar el

testo, sino tambien á enriquecerlo con varias adiciones. Despues de analizar los métodos estratégicos empleados por Federico y Napoleon , demuestra cuanto mayor fue el talento de Bonaparte que el de Federico.

Poco despues de esta obra , se publicó en Milan un poemita de Fóscolo titulado *Los Sepulcros* , el cual justamente causó mucho efecto. Las sublimes verdades anunciadas en esta obra maestra , las imágenes brillantes aunque envueltas en un estilo severo que el autor emplea , la solemne melancolia que baña todo el poema , y la robustez de la versificacion , son tan notables que cada dia han ido aumentando mas el crédito de *Los sepulcros* de Fóscolo. Hipolito Pindemonti , gran poeta italiano y contemporáneo de Fóscolo , escribió tambien un poema titulado *Los sepulcros* , y dedicado á Fóscolo mismo ; pero ¡qué diferencia entre ambas producciones ! *Los sepulcros* de Pindemonti son la obra de un gran poeta , los de Fóscolo son la obra del genio.

En 1812 publicó en Toscana bajo el nombre de Dimino Chierico el viaje sentimental de Sterne , á cuya cabeza figura un prefacio que rebosa en originalidad é ingenio. Hace poco tiempo

hemos visto algunas páginas de esta obra, traducidas en castellano, con una ligera introducción, en la cual después de prodigar muchos elogios á Fóscolo, se dice que el viaje de Sterne puede equipararse en los chistes y agudezas á la inmortal obra de Cervantes. No es esta verdaderamente nuestra opinión, y nos parece que hasta pasar ligeramente la vista por ambos libros, para conocer cuanto se diferencian en el asunto, en el estilo y en el desempeño.

Pocos meses después de haber publicado el viaje de Sterne, abandonó Fóscolo desdeñosamente la Toscana y se retiró á Suiza, movido de causas honrosas que debemos mencionar. Al comenzar la catástrofe que debia acabar con el poder de Napoleon, el Austria habia redoblado su vigilancia y sus movimientos cerca de Italia, con la esperanza de reconquistarla de los franceses. Con tal objeto habia diseminado en toda la península italiana un gran número de espías, por cuyo medio pudiera el gabinete de Viena enterarse de cuanto se pensaba, se decia, ó se proyectaba en Italia. En semejantes complicaciones y disturbios políticos, no faltó quien se atreviera á señalar á Fóscolo como emisario del

Austria. Habiendo llegado él á saber esta noticia, que ya habia circulado bastante, marchó inmediatamente á Suiza, donde publicó una amarguísima sátira contra los primeros dignatarios de Italia. Este opúsculo de Fóscolo está escrito en un estilo bastante oscuro, y no es ciertamente una de sus mejores producciones: lleva el título de *Dydime clerici prophetæ minime hypercalipseos*, pero no es ciertamente tan recomendable como éste dictado promete. Sea de ello lo que se fuere, es cosa averiguada que el mismo Fóscolo, conociendo cuan oscura y casi ininteligible era su obra, dió de ella una esplicacion manuscrita.

Destruído enteramente el imperio francés, pero no estando todavía decidida la suerte de la Italia, Fóscolo aunque hombre privado, cooperó en cuanto pudo por medio de manejos secretos y de sus poderosos amigos, para que la Italia fué reconocida como un solo reino independiente de la Francia y del Austria, bajo el gobierno del príncipe Eugenio hijo adoptivo de Napoleon. Dejó en estas circunstancias la Suiza y permaneció en Milan por algunos meses; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, porque

ya los destinos habian decidido que la Italia permaneciese bajo el férreo yugo del despotismo austriaco. Fóscolo viendo asi burladas sus esperanzas, pensó emigrar para siempre de la Italia, y dejando á Milan se detuvo algun corto tiempo en el continente, y fue por último á establecerse en Lóndres, á donde le llamaba el amor de una vida libre é independiente, y donde encontró un asilo satisfactorio para su corazon, porque entre los ingleses reina aquella especie de dureza de carácter y de orgullo nacional, que eran las dotes naturales de Fóscolo.

Llegado á Inglaterra, á donde le habia precedido la fama de su gran mérito literario, los mas célebres periódicos ingleses, pidieron ansiosamente artículos á Fóscolo, y principalmente en la Revista de Edimburgo insertó algunos en extremo profundos sobre Dante, Petrarca y Boccacio, padres de la moderna literatura italiana. Tambien publicó otros sobre Venecia y sobre la antigua forma democrática de aquel gobierno, en cuyos trabajos dió á conocer Fóscolo cuan profundas eran sus ideas en materias de política y de historia.

En Inglaterra fue tambien donde empezó á comentar la Divina Comedia del Dante , obra llena de doctrina y de una erudion inmensa. A decir verdad, muchos han sido los comentadores de Dante , pero son muy pocos los que han sabido ilustrarlo con profunda filosofia : algunos se distinguen por un indigesto fárrago de erudicion , otros por sus conocimientos filológicos, ó por la estension de sus estudios históricos; pero ninguno , ni antes ni despues de Fóscolo, ha sabido unir la erudicion con la sensatez de doctrinas , y la profundidad de la filosofia al comentar al fiero gibelino.

La mayor parte de los comentadores de Dante, por hacer alarde de su erudicion, ponen á veces en boca del arrogante gibelino , sus propios pensamientos, y llenando de este modo largas páginas de citas, creen satisfacer la curiosidad de sus lectores. Fóscolo con mucho tino emplea sus conocimientos únicamente en aclarar la Divina comedia, y toda su erudicion se dirige á este objeto. Nosotros pensamos que el carácter de Fóscolo , conforme, bajo algunos puntos de vista, con el de Dante, contribuyó no poco á que saliese airosamente de esta di-

fácil tarea. Profunda y pensativa era la mente del Dante como la de Fóscolo, su índole desdeñosa y despreciadora de la malignidad de los hombres, como la del sublime poeta, la vida de entrambos fue miserable á veces, y agitada siempre por circunstancias políticas. Uno y otro alimentaban en sus pechos ardentísimo amor á su patria, por lo cual no es de extrañar que siendo entrambos simpáticos en tantos puntos, le fuese dable á Fóscolo profundizar las grandes ideas del divino poeta.

Eran Ugo Fóscolo y el celebrado poeta Monti dos íntimos amigos; pero habiéndose ágriamente disgustado, se propusieron traducir por una rivalidad literaria la Iliada de Homero. Fóscolo, antes de marchar á Lóndres, habia traducido solo los dos primeros libros del poeta griego, y los publicó como un ensayo de su trabajo. Llegado á Inglaterra volvió á emprender su suspendida traduccion, y es probable la concluyese, aunque no vió toda ella la luz pública.

Si queremos juzgar la parte conocida de los literatos, nos es forzoso confesar que tiene gran sabor del original, y que dió á conocer á su

autor como muy docto helenista. La versificación de Fóscolo, siempre elegante y robusta, se acerca bastante á menudo á la magestad del verso homérico; mas si se compara su traducción con la de Monti no podrá menos de parecernos lánguida y destituida de vigor y de nervio. Aunque sea cierto, como se dice, que Monti hizo su traducción por varios textos latinos de Homero, y ayudado de una versión estrictamente literal que escribió en lengua italiana el célebre Mustoxidi de Corfú, Monti supo penetrar tan dichosamente el espíritu del original griego, que aun hoy dia se habla en Italia de esta versión como de la obra de un grande génio que no ha sido superada por ninguno. Esta traducción italiana es tan excelente y famosa como la inglesa de Pope. Cuando Fóscolo leyó el trabajo de Monti, conoció perfectamente cuan superior era á la suya, y no sabiendo como mejor criticarlo y oscurecer la gloria de su autor, exclamó «Obra hermosa es la de Monti, traductor de los traductores de Homero!»

Escribió Fóscolo un gran número de poesías líricas, pero sea que su génio lo alejase de tratar asuntos poco importantes, ó que escribiese

sin grande interés toda obra que no fuese grave, ello es, que si se exceptúan algunas pocas odas, en las cuales campea el gran númen poético del cantor de *Los sepulcros*, el resto de sus trabajos líricos es de un mérito muy mediano. Entre ellas son sin embargo recomendables las que escribió con el título de *Alceo y las Gracias*, en las cuales nada falta de cuanto puede deleitar el alma y embriagarla de ternura.

El que esté acostumbrado á meditar sobre las producciones de los grandes autores, al leer las escritas por Fóscolo, no puede menos de observar que entre las obras en que aparece este autor grande y sublime, ya como poeta, ya como prosista, se advierte mucha mas profundidad y originalidad en las que escribió en Inglaterra, que en las que escribió en Italia, exceptuando no obstante *Los sepulcros*. Asi es, que basta leer los artículos de Fóscolo insertos en la *Revista de Edimburgo* y en otros periódicos ingleses, ó los comentarios del Dante, escritos tambien en Inglaterra, para conocer la superioridad que hay en ellos sobre sus obras anteriores. En nuestra opinion, proviene esto de la atmósfera mas ó me-

nos libre en que un autor suspira, puesto que bajo la proteccion de las benéficas leyes de la Gran Bretaña, que jamás encadenan el pensamiento, Fóscolo podia dar á su talento un desahogo que no le era permitido en Italia; aunque Fóscolo llevado de su génio indepediente y entusiasta, no pocas veces arrostró graves peligros por dar á luz sus verdaderos sentimientos. Prueba suficiente de lo que vamos diciendo ofrecen, no solamente sus obras, sino tambien varios artículos suyos insertos en los *Anales de las ciencias y las letras*, periódico que se publicaba en Milan. Cada uno de estos artículos encerraba siempre alguna verdad importantísima, siempre espresada con energía, y con aquellos términos francos y precisos que demuestran la sinceridad y buena fé de quien escribe.

La última produccion de Fóscolo fue un opúsculo sobre el Dante. En 1825 mientras que en Inglaterra se debatia empeñadamente la cuestion de emancipacion de los católicos, publicó este opúsculo profundísimo, en el cual se dedicó á demostrar que Dante en su Divina comedia, al poner en claro todos los abusos del clero, todos los vicios de la corte romana, to-

das las intrigas, oscuros manejos, y astuta política del Papa, fue el precursor de la reforma, y el primero que dió manos á la obra del moderno protestantismo. Explicacion tan importante á la sazón en Lóndres, hizo que todo el mundo buscase y leyese esta obrita. Por lo que toca á nosotros, no nos atrevemos á abrazar completamente la opinion del autor, porque examinando la Divina comedia de Dante y su tratado *de la Monarquía*, en el cual habla como fiero gibelino contra el Papa, advertimos que siempre respeta altamente no solo el dogma, sino tambien la disciplina de la Iglesia, y que únicamente ataca las malas costumbres del clero y las maldades políticas de los Papas: de manera que todo lo mas que puede decirse del Dante, es que fue el primero que en sus obras atacó enérgica, filosófica y razonablemente el poder temporal de los Papas, llamando la atencion de los italianos sobre la mala conducta del clero; pero de modo alguno que fuese precursor de Lutero, Calvino y otros hereges, que han atacado abiertamente á la religion en sus mismas bases.

Pero dejando á un lado si Fóscolo tiene ó

no tiene razon en esta parte, hablemos del mérito literario de su opúsculo. Nótase en él una vasta eruducion y un grande conocimiento, no solo de las obras de Dante, sino de los mas sábios y acreditados autores que pueden venir en apoyo de su opinion. Campea tambien por todo el opúsculo una gran fuerza de discusion filosófica, en la que al menos en la apariencia no tienen parte alguna la prevencion y la parcialidad. Esta última produccion de Fóscolo escrita oportunamente, como hemos dicho, en inglés, cuando se trataba de la emancipacion de los católicos, fue leida con avidéz, y logró tanta voga, que produjo no poco provecho á su autor, y aun todavía hablan los Ingleses de ella con gran aprecio, y como de un libro en que hablándose del Papa, supo tratar ciertos puntos con mejor criterio que lo hizo en estos últimos años en el mismo Lóndres, Gabriel Rossetti, italiano establecido en aquella capital, el cual publicó una obrita titulada *Roma y el Papa en el siglo XIX*.

Despues de haber recorrido Fóscolo una brillante carrera literaria; despues de haber blandido las armas por la libertad de Italia, murió

el año de 1828 en Lóndres, llorado por los ingleses que lo estimaban en gran manera. Seguramente debió dejar á su muerte preciosos manuscritos, de los cuales no podemos dar segura noticia por no haberse publicado; y únicamente sabemos, que algunos años antes de morir, dijo que queria escribir un tratado sobre Parga, infamemente cedida por los ingleses á Ali-Baja de Janina; mas á pesar de las indagaciones que hemos hecho, no hemos podido averiguar si llevó á cabo su proyecto, ó si dejó al menos escrita alguna parte de su proyectada obra, aunque segun parece indudable no dió á luz escrito alguno sobre Parga.

No nos parece enteramente inútil, despues de haber hecho una ligera reseña de sus obras, el presentar algunos rasgos del carácter de Ugo Fóscolo.

Fue su fortuna siempre menos que mediana, pero conservó constantemente en medio de sus apuros un grande espíritu de independenciam y de indecible orgullo. Amaba poco á los hombres porque los juzgaba viles y corrompidos, y procuraba vivir solo é ignorado de casi todo el mundo, entregado á profundas meditaciones, y

empleando en escribir la mayor parte del tiempo. Profesaba un grande amor á su patria, porque abrigaba un corazon puramente italiano, como Alfieri, con quien puede compararse bajo muchos aspectos. No obstante que si Alfieri se mantuvo siempre firme en sus principios liberales, merece Fóscolo mas alabanza que el trágico astigiano, porque este último bastante rico podia despreciar la tiranía y la adulacion servil, mientras que Fóscolo necesitaba ayuda y proteccion para procurarse la subsistencia. A pesar de circunstancias tan tristes, jamás, ni hablando ni escribiendo, renunció Fóscolo á las ideas liberales que profesaba desde la infancia, apoyándose para subsistir en su propio mérito, y no en la beneficencia de los hombres, que vuelven casi siempre las espaldas á la desgracia.

En medio de tantas prendas que hacian respetable á Fóscolo á los ojos de los hombres honrados y entendidos, notábanse en él algunos defectos que lo hacian poco á propósito para la sociedad. Su natural orgullo, y su carácter triste y casi misantrópico, le conducian hasta el extremo de hablar de todos con sumo desprecio. Si se trataba alguna cuestion literaria ó cientí-

fica, encontrábase siempre su parecer en oposicion al de los demas , á costa muchas veces de sostener lo contrario de lo que en otras habia defendido: asi es que su índole parecia dura y contradictoria, y acaso nunca tuvo un verdadero amigo , aunque hubiese muchos admiradores de su gran mérito literario , y de sus principios de libertad é independiencia. Seria un trabajo digno de pluma diestra y filosófica , el trazar un paralelo entre las vidas de Rousseau, de Alfieri y de Fóscolò , los tres mas ardientes defensores de la humanidad, y los que menos afecto y simpatias inspiraron durante su vida. Amaba Fóscolo con delirio á las mugeres, aunque tuvo muy poco partido con ellas , á causa de su carácter fantástico, de su poco agradable figura, y sobre todo á causa de su pobreza, que era lo que mas daño le hacia cerca del bello sexo. Hablaba con gran entusiasmo y mucha elocuencia, y cuando trataba de materias graves, se inflamaba y le centelleaban los ojos con un fuego lleno de sentimiento , que le producía la conviccion de lo que afirmaba. En estos momentos , Fóscolo parecia superior á si mismo , y se le podia aplicar aquel verso de Virgilio :

Deus est in nobis, et agitante callescimus illo.

La escuela llamada romántica estaba en gran voga en los tiempos de Fóscolo, y se empezaba entonces á discutir, como debia seguirse en los trabajos históricos. En esta cuestion calló siempre Fóscolo sin mostrar parecer alguno, y solo manifestaba una especie de veneracion á las reglas y á la doctrina sancionadas por el elasicismo. Sin embargo, si pasáramos revista una por una á las producciones mas notables de Fóscolo, no podriamos menos de conocer un gran talento, que mas que ningun otro supo apreciar y combinar el elasicismo juntamente con el romanticismo; y en sus *Sepulcros*, en las *Cartas de Jacobo Ortiz*, y en sus poesias líricas, que no estriban en argumentos antiguos, se vé siempre al poeta inspirando sentimientos graves, que rebosan de amor patrio, bajo las formas de la sociedad moderna. En esto, aun mas que en otra cosa, es acreedor Fóscolo á mayor elogio que los demas poetas italianos contemporáneos suyos, incluyendo á Vicente Monti, los cuales por espíritu de oposicion á la escuela moderna, mezcla-

ron en sus composiciones las fábulas de la antigua mitología, con argumentos de tiempos recientes. Monti además, no contentándose con seguir las reglas del mas puro elasicismo en sus composiciones poéticas, lo defendió tambien valerosa y doctrinariamente en varios periódicos de Italia.

Amaba tanto Fóscolo á la juventud, como odiaba en general á los viejos; porque juzgaba que estos, por aficion á las cosas de su tiempo, eran los mayores obstáculos á los progresos del siglo, y á l-s ideas liberales de la época. Leía frecuentemente y con entusiasmo la Biblia, y las obras de San Gerónimo y de San Juan Crisóstomo, y entre los poetas antiguos eran sus favoritos Homero, Dante y Shackespeare. Decía de estos que eran eminentísimos y superiores á todos los demas en toda clase de méritos, no porque fuesen de calidad superior á los poetas modernos, sino porque aquellos autores antiguos escribieron con conciencia, y los modernos solo han escrito por interés.

Por un carácter muy semejante al de Lord Byron, al leer la Biblia, hacia Fóscolo las mismas reflexiones que el bardo inglés. Decía tam-

bien que en ningun libro podian encontrarse sentimientos mas sublimes y puros, imágenes mas brillantes, doctrinas mas severas, ni preceptos mas altamente fundados en la experiencia; y finalmente terminaba su elogio afirmando, que un libro como la Biblia, no podia ser menos que divino.

El autor de *Ortiz*, de *Ajax*, de los *Sepulcros*, y de *Alceo*, el profundo pensador y admirable crítico, no habia nacido para su siglo. Su alma antigua sobrepujaba en mucho al alcance moderno; y su vida no fue mas que un continuado y largo combate. Estuvo dotado de facultades demasiado grandes, y de una sensibilidad demasiado ardiente para ser feliz: tenia escesiva rigidez, originalidad, inconstancia y suceptibilidad para alcanzar el elevado puesto que merecia entre los hombres; su carácter altivo é independiente, y aficion al retiro, le alejaron muchas veces de aquellos que hubieran podido ayudarle.

Basta en nuestra opinion lo que hemos dicho, para dar una idea completa de la vida política y literaria de Ugo Fóscolo; pero á mayor abundamiento y por complemento de ella, inserta-

remos el retrato que Fóscolo dejó escrito de sí mismo en elegantes versos italianos, cuya version es la siguiente :

Rubios cabellos y arrugada frente,
Flacas mejillas y ademan osado,
Ojos hundidos y mirar ardiente,
Pecho veloso y cuello torneado.

Cabeza baja, labio pronunciado,
De bellas formas y vestir decente,
Pronto en la ejecucion como en la mente,
Lijero en el andar, sóbrio, obstinado.

Pródigo, humano, ingenuo, miro al mundo
Como la suerte á mí, contraria, insana;
Aliento da á mi corazon la ira,
Y vil ante el pudor se arrastra inmundo;
Que aunque á la voz de la razon se afana.
De vicios rico y de virtud deliro.

Siempre pensando, y solo y pesaroso
A la esperanza y al temor ajeno
Tú, ó muerte, me darás fama y reposo.







P. F. CIRILO ALAMEDA.

muerto en 1880. del Siglo XIX.

EL P. CIRILO.

«Al verse despues envuelto por los negocios mundanos ¿cuantas veces debió echar de menos la soledad de su cláustro?»

ALVAR GOMEZ, en la vida del Cardenal Cisneros.



La biografía de un fraile, entre la multitud de notabilidades políticas, literarias y militares que forman esta colección, parecerá chocante á primera vista á varios de nuestros lectores. Nada mas comun en otra época, cuando la España encerraba en su seno numerosos institutos monásticos. Entonces, una juventud grave y aus-

tera, llevada de un sentimiento poderoso de religiosidad, corria presurosa á encerrarse en los cláustros, huyendo de un mundo, que apenas habia conocido. No era por cierto la aristocrácia la que poblaba aquellos asilos; pero tampoco la clase proletaria, que cotidianamente visitaba sus puertas en busca del necesario alimento: mas bien era la clase media de la sociedad la que enviaba allá sus hijos, y dejaba á cargo de la Religion su crianza, su educacion y suerte futura. Aunque muertos al mundo aquellos hombres, segun el language figurado, no lo eran de tal modo, que las atenciones públicas no los arrancasen con frecuencia de sus silenciosos albergues. Entre aquella multitud de hombres dotados de instintos pacíficos, y voluntariamente condenados á una vida monotoná, en la que contaban con un alimento grosero, pero seguro, y un asilo para todo evento, descollaban á veces por su génio y sabiduría hombres eminentes é instruidos para bien de su patria, y que ocuparon elevados puestos en la Monarquía.

Llenas están de ellos nuestras crónicas y diccionarios biográficos, y difícil seria por cierto formar una coleccion de ningun genero literario

ni político, sin que fuera preciso intercalar la de algun célebre religioso. Tampoco logrará el historiador correr las cortinas que cubren el sόlio, sin que allá junto á él tropiecen las miradas del espectador, con la austera figura de algun cenobita, cubierto de tosco sayal, entre los elegantes ropages de los cortesanos que circundan el trono. Ora es un Regente del Reino, que asomado á un balcon á la vista de un tercio de infanteria, dice con torvo ceño á la Grandeza de Castilla: *, con estos poderes gobernaré la España!* Ora un jesuita, que dirige desde el confesonario la conciencia de una Reina Madre, y los negocios públicos, durante una minoría borrascosa. Unas veces representa un Rey inflexible y enérgico, que consulta los negocios mas árdulos con la célebre reformadora de un instituto religioso; otras un Monarca indolente, reprendido en medio de su Corte, por un predicador austero, ó bien un Rey débil y enfermizo, ante el cual profiere su confesor con ademan inspirado los exorcismos de la Iglesia.

La familia de Borbon, notable siempre por su religiosidad, vió con frecuencia aquellos hombres aproximarse á su trono. La corte de Fer-

nando VII contaba muchos de ellos ; la de Don Carlos , representante de las antiguas tradiciones , no podia serles hostil.

Si la causa de este hubiera triunfado , el monaquismo volviera bien pronto al estado de que le despojara la revolucion , por aquel instinto reaccionario que siente naturalmente todo gobierno , para reponer lo que deshicieron sus contrarios , como una garantia de propia conservacion. En tal caso , el sujeto cuya biografia nos arranca estas reflexiones , elevado á una encumbrada posicion inmediata al trono , mas bien que biografias hubiera obtenido panegíricos , y sus encomiadores no hubieran titubeado en colocarle al lado de Cisneros , encontrándole con él mil puntos de contacto. Oriundo de un mismo pais y provincia , profesando el mismo instituto , elevado á la Grandeza y al Consejo de Estado , y General de su Orden , parecia destinado á ser la copia de aquel gran original , tan brillante en nuestra historia.

La suerte lo dispuso de otro modo ; y en el dia , triste y olvidado , arrastra su existencia en un pais estrangero , víctima de las vicisitudes humanas , y de las convulsiones políticas que agi-

tan á nuestra patria, llevándose en su rápida corriente aun á los caracteres mas pacíficos, y á los que por su profesion parecian destinados á vivir tranquilamente en la soledad del claustro. Por esto nos decidimos á presentar en nuestra coleccion esta biografia, en gracia de la variedad, y porque quizá sea la primera y última de este género, que se haya escrito en toda esta época.

Nació el P. Cirilo el año 1781 en Torrejon de Velasco, pueblo distante cuatro leguas de la Córte, siendo sus padres unos labradores hacendados del dicho pueblo. Su natural despejo y aplicacion estimularon á sus Padres á enviarlo á Madrid á estudiar latinidad, base en aquel tiempo de toda enseñanza. Hizo aquel estudio en casa de un profesor de gramática, de donde pasó á la de un tio suyo, para cursar filosofia en los estudios de S. Isidro de esta Córte.

A la edad de 15 años tomó el hábito en el convento de S. Francisco, y habiendo profesado al año siguiente fue destinado á los conventos de Pastrana, y en seguida al de Guadalajara, á continuar su carrera de Teologia, habiendo hecho en ella grandes adelantos, por los cuales

mereció algunos años despues, cuando ya era General de su Orden, los honores del Doctorado por la Universidad de Zaragoza.

Nada hubiera ofrecido de notable la vida del P. Cirilo si la revolucion de 1808, sacando todas las cosas de su centro, no hubiera venido á colocarle en una esfera harto diferente de la que entonces buscaba. Huyendo de las tropas francesas se refugió en Cádiz, donde se dedicó á la carrera de la oratoria sagrada, en la cual obtenia no pocos aplausos, habiendo llamado la atencion de la Regencia, que se componia entonces de personas notables la mayor parte por su religiosidad.

Preparábase en Cádiz una mision, que debia salir para la Moguega, compuesta de varios religiosos franciscanos, y habiéndose alistado en ella el jóven predicador fue nombrado su Presidente. Al frente de ella se embarcó para su destino, y arribó á Montevideo segun las instrucciones que llevaba, en circunstancias harto críticas, pues los insurgentes de Buenos Aires acababan de sitiar por tierra aquella plaza, último baluarte de los Españoles. La situacion de aquellos paises no podia entonces ser mas crítica. En 1806, una

expidicion inglesa á las órdenes del General Guillermo Card Beresford , con 1,700 hombres de desembarco , habia invadido aquellas colonias , apoderándose de Buenos Aires , cuya poblacion habia sido abandonada por las autoridades. Pero atacado por el Capitan de navío , D. Santiago Liniers , con los cuerpos voluntarios reunidos en Montevideo , apenas pudo conservar cuarenta dias su conquista , rindiéndose en seguida á discrecion. Para sostener el espíritu público y atender á la conservacion de aquellos paises , repartió Liniers armas á los habitantes , y formó varios cuerpos ; reuniendo hasta 10,000 hombres , que al año siguiente batieron á 14,000 ingleses , que volvieron con objeto de vengar su pasada derrota. Entretanto , sobrevinieron en la Península los ruidosos acontecimientos del Escorial , y en seguida los de Aranjuez y Bayona , que causaron honda sensacion en aquellos paises. Napoleon , deseoso de traerlos á su dominio , envió allá un comisionado en un buque de guerra con 3,000 fusiles , y varias proclamas é instrucciones clandestinas , para el éxito favorable y completo de su empresa.

Sospechando el General Elio , que mandaba á la

sazon en Montevideo, del General Liniers, por ser oriundo de Francia y haber recibido al emisario, se indispuso con este, y para contrarrestarle formó una Junta popular en Montevideo. De este modo, el realista Elío contribuía impensadamente al desarrollo de la democracia en aquellos países, así como Liniers, repartiendo armas á los criollos, les sugeria ideas de fuerza y rebelion.

La mala semilla que habian arrojado produjo harto pronto desabridos frutos. Liniers fue separado, y le reemplazó D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, que tuvo la debilidad de crear otra Junta en Buenos - Aires, quedando él de Presidente. Cuatro dias despues, metido en una miserable balandra, era espulsado de aquel territorio por los junteros, convertidos en rebeldes insurjentes; y no contentos con esto atacaron la plaza de Montevideo, reduciéndola á la mayor estrechez, hasta que Elío envió una escuadrilla á bombardear á Buenos-Aires, obligándoles á capitular y levantar el sitio de Montevideo, el cual volvieron á emprender poco tiempo despues faltando á las estipulaciones. Al mismo tiempo Elío recibió órden de regresar á España, entre-

gando el mando á Vigodét, como lo ejecutó.

Tal era la situacion de Montevideo, cuando llegó allá el P. Cirilo, con la mision que llevaba á su cargo. Su despejo natural y su cortesania, le merecieron la confianza del General Vigodét; y viendose precisado por la situacion del pais á permanecer en Montevideo, se encargó de la redaccion de la Gaceta ó Boletin de aquella plaza, cuyo objeto era sostener el espíritu público á favor de la metrópoli, y probar la existencia del legítimo gobierno de Fernando VII, mientras hubiese en la Península una torre en que tremolara la bandera española, y un Español que la apoyara con las armas en la mano: rebatía al mismo tiempo las sofisticas razones en que se fundaban los insurjentes para cohonestar su rebelion, alegando que desde la abdicacion del Rey en Bayona y la intrusion de Bonaparte, quedaban rotos enteramente los lazos, que unian las colonias con su metrópoli.

A pesar de sus esfuerzos, Vigodet se vió en el mayor apuro á fines de 1812, encerrado dentro de la plaza, siempre fiel, de Montevideo, debiendo únicamente su precaria conservacion á la superioridad de la marina Española. Pero derro-

tada esta por la Argentina, (*) se halló bien pronto sitiado por mar y tierra, sin esperanza alguna de socorro. Hallábase ya á punto de capitular, cuando deseoso de salvar la correspondencia oficial con el Gobierno, y algunos otros objetos interesantes, los confió al cuidado del P. Cirilo. Entró con ellos en un barco, y aprovechando la oscuridad de la noche, logró al pronto burlar la vigilancia del crucero enemigo; pero descubierto por él, fue vivamente perseguido, aunque sin fruto, logrando llegar con su depósito á Rio Janeiro, donde á poco, arribó igualmente Vigodet, despues de haber capitulado con los insurjentes, y de dejar con harto dolor en sus manos el baluarte mas poderoso, que tenían los Españoles en la América meridional.

Reinaba á la sazón en Rio Janeiro la familia de Braganza, lanzada de Portugal por la invasion francesa, haciendo de Regente, á nombre de la Reina Viuda, el Príncipe D. Juan, casado con la Infanta de España Doña Carlota Joa-

(*) La escuadrilla Española, compuesta de varias corbetas, bergantines y goletas, al mando de D. Miguel Sierra, fue derrotada en 1814 por la Argentina, en cuya persecucion iba.

quina de Borbon. Era esta Señora de un génio vivo y penetrante, y profesaba un cariño entrañable á su hermano Fernando VII, y no poco afecto á los Españoles. Al llegar allá los emigrados de Montevideo, le merecieron benévola acogida, y en especial el P. Cirilo obtuvo señales muy positivas de aprecio de la Côte del Brasil. Llegó al mismo tiempo la noticia de haber regresado á España los ilustres prisioneros de Valencey, y los pormenores de los ruidosos sucesos, que habian causado la ruina del Imperio de Bonaparte. Tratose al punto, como era muy natural, acerca de los enlaces de los augustos personajes, que acababan de ser restituidos al trono y á su patria. La Princesa Doña Carlota reunia una numerosa familia, en la cual se contaban seis hijas, de las que tan solo la mayor (la Princesa de Beira) habia casado cuatro años antes con el Infante D. Pedro Cárlos Antonio. Trató pues de proponer á sus hermanos el enlace con dos de sus hijas, como se verificó. El encargado de esta negociacion fue el P. Cirilo, el cual regresó á España trayendo consigo los retratos de las dos Princesas, Doña Maria Isabel Francisca, y Doña Maria Francisca de Asis.

Hallábase entonces al frente del Ministerio Universal de Indias, Lardizabal, que habia trabajado en Cádiz porque se pusiese al frente de la Regencia la Infanta Doña Carlota, y por tanto merecia la confianza de esta, y contaba con su apoyo. Agradó el proyecto á Lardizabal, y habiendolo admitido los augustos novios á su propuesta, consiguió que se le comisionase para llevarlo á cabo, con toda celeridad y sigilo, por razones tanto económicas como políticas, que para ello habia espuesto aquel Ministro.

El dia 15 de Julio de 1815 salieron de Cádiz Vigodet y el P. Cirilo en direccion á Rio Janeiro, y á bordo de la fragata Soledad; pero al llegar allá en 31 de Agosto, quedaron no poco sorprendidos, viendo que el asunto de su mision era ya público en aquellos paises, y objeto de todas las conversaciones; lo cual les obligó á dar publicidad á las solicitudes, que necesitaban practicar para llevar á efecto su comision. Arregláronse pronto y fácilmente las capitulaciones matrimoniales, pero no fue tan fácil allanar los obstáculos, que se oponian á la venida de la Infanta Doña Carlota en compañía de sus hijas, que era el gran objeto de Lardizabal, y lo que

esperaba conseguir mediante la poderosa influencia y las persuasiones del P. Cirilo. Deseaba aquel Ministro aprovechar el ascendiente, que ejercia la Infanta en el ánimo de su hermano, para echar á pique la camarilla que le estraviaba.

Cediendo la Infanta á las instancias del Padre Cirilo, se decidió por fin á venir á España, y así lo avisó Vigodet á Lardizabal con fecha primero de Octubre. La comunicacion, que dirigió á este principia así: «Tengo la satisfaccion de anunciar á V. E., que S. A. R. el Serenísimo Señor Príncipe de Portugal, ha accedido en todas sus partes á los deseos del Rey Nuestro Señor, y que está evacuada completamente la honorosísima comision que S. M. tuvo á bien confiarme. El P. Cirilo Alameda me ha ayudado como S. M. esperaba, y ambos hemos removido obstáculos, que exigian una resolucion terminante.» A pesar de eso, la repentina enfermedad de la Reina Viuda de Portugal, y su muerte ocurrida al poco tiempo, impidieron la venida de la Infanta, elevada ya al trono.

Para mayor desgracia llegó á España el número 18 del Boletin de los insurgentes de Cartagena, fecha 4 de Octubre, en el que venia

copiada una carta del General Abadía, dirigida á su hermano residente en Lima, la cual fue interceptada por ellos, en la fragata Neptuno. Copiaba allí la carta que le habia dirigido Lardizabal, manifestándole el objeto del viaje de Vigodét y el P. Cirilo, y haciéndole una tristísima pintura de la Corte. Alarmóse esta al ver el poco sigilo que se habia guardado en estas negociaciones, y se procedió á pener arrestado á Lardizabal, lo cual se ejecutó en la noche del 2 de Agosto de 1815. Para mayor dolor se le ocupó en el acto un paquete de cartas, que acababa de escribir, las cuales iban dirigidas á la Infanta Doña Carlota (cuya venida se esperaba todavía), á Vigodét y al P. Cirilo. Para entregarlas á los indicados sujetos, pensaba echar mano del Duque del Infantado, que llevaba la comision de recibir á las Princesas, luego que arribasen á Cádiz. Avisaba Lardizabal en las cartas que se ocuparon, los planes que se trazaban en la Corte bajo los auspicios de Ceballos, y que se trataba de remover del lado del Rey y de la Infanta, todas las personas que pudieran aconsejarles bien. Una de las que se trataba de alejar era el P. Cirilo, y para de-

tener el golpe, proponia Lardizabal que la Infanta le nombrase su confesor. « Lo creo muy conveniente, decia, aun prescindiendo de esto, porque el P. Cirilo tiene mucho talento, es buen Religioso y muy amante del Rey y de la Real familia, que es lo que se necesita; y es necesario mirarse mucho en la eleccion de confesor. » Con todo no llegó el caso de que se verificasen, ni la separacion premeditada, ni la elevacion del P. Cirilo al cargo de confesor de la Reina; y aunque al pronto fue mirado con alguna prevencion por sus relaciones con Lardizabal, logró sostenerse en la Corte, mediante el favor que le dispensaban la Reina y su augusta hermana, habiendo recibido entre otros el de ser nombrado Predicador de S. M.

Como una muestra de este aprecio, se interesó la Corte á su favor para que le confriese Su Santidad el Pontífice Pio VII, el cargo de Ministro General de la Orden de S. Francisco, el cual obtuvo en efecto el dia 27 de Noviembre de 1817, á la edad de 36 años. (*) Al dia siguiente de tomar posesion de su nueva digni-

(*) Segun las crónicas de la Orden solo S. Buenaventura habia sido General á esta edad.

dad, se cubrió de Grande de España, según la antigua costumbre, habiendo sido padrino suyo en la ceremonia el Duque de Híjar, Conde de Salvatierra.

Poco felices fueron los tiempos en que correspondió al nuevo General cenobítico ejercer su cargo. Las revoluciones políticas, habían lanzado á los medicantes de varios países de Europa, y la que agitaba á la sazón nuestras antiguas colonias americanas, afectaba no poco á los institutos de aquende, privándoles de los cuantiosos recursos que de allá recibían. Por otra parte durante la guerra, habían sido destruidos varios conventos, muchos religiosos habían abandonado el báculo y el cordón, por el tahalí y la espada, y finalmente la supresión decretada por las Cortes, había abierto una herida, que aun cuando al pronto apareciera cicatrizada, hacia temer por su existencia futura. Largos trabajos y desvelos se necesitaban para volver á su esplendor pasado, una Orden tan numerosa, extendida y fraccionada como la de S. Francisco, la mas célebre de todas las mendicantes. Pero cuando las medidas tomadas para ello principiaban á prestar algun fruto, sonó nuevamente

el grito de libertad, aprestaronse los partidos á la pelea, cual lo hicieran poco antes contra los extranjeros, y los regulares principiaron á temblar por su suerte futura, recordando su pasada proscripcion. Pronto se realizaron sus tristes presentimientos; y lanzados de sus albergues hubieron de buscar un rincon para cobijarse, y mendigar un pedazo de pan para conservar su existencia. El P. Cirilo, á quien su posicion impedia ocultarse entre la multitud, se vió entonces precisado á marchar al extranjero; porque en épocas de revolucion, las personas que descuellan algun tanto, son las que menos á cubierto se hallan de los tiros de la malevolencia.

Pero luego que las cosas volvieron al estado en que se hallaban tres años antes, merced á la intervencion de los hijos de S. Luis, el P. Cirilo regresó á España, y fue poco despues nombrado por el Rey Consejero de Estado, habiendo sido uno de los primeros y de los que mas constantemente trabajaron para la instalacion de aquel Consejo. Sucedió al P. Cirilo, en el cargo de Ministro General de la Orden, el P. Fr. Juan Capistrano, por bula de Leon XII, quedando

el P. Cirilo, con el cargo de Vicario General. Durante su generalato visitó varias provincias, celebró 36 capítulos provinciales, y dió algunas disposiciones respectivas á la reforma en la Orden ; especialmente en la parte relativa á los estudios, haciendo que fuesen estos en armonia con el plan general, que se habia dado en 1824 á todas las Universidades del Reino. Al mismo tiempo revalidó las gracias que algunos años antes, se habian concedido á varios individuos de la Religion, que se habian señalado durante la guerra de la Independencia.

Una de las cosas que mas llamaron en aquella época su atencion, fue el reparo y engrandecimiento del convento de S. Diego de Alcalá, en el cual invirtió cuantiosas sumas, en especial de lo que obtenia por su cargo de Consejero de Estado : para ello regularizó la fábrica, que se componia de un agregado de edificios diferentes, que sucesivamente se habian ido uniendo al convento - y ademas adornó la Iglesia y tambien el interior del convento, con hermosos cuadros, algunos de los cuales se hallan espuestos al público en el Museo nacional de

esta Corte, sito en el ex-convento de la Trinidad. Además consiguió del Comisario de Cruzada, el Sr. Varela, el ornato de la hermosa capilla de S. Diego, construyendo un lindo retablo y un sepulcro de mármoles de mezcla. (*)

Para dar mayor autoridad á su convento favorito, trató el P. Cirilo de que se celebrase en él un capítulo general de toda la Orden, lo cual no se habia ejecutado desde el año de 1768, en que tuvo lugar uno celebrado en Valencia. Desde aquella época, los Generales habian obtenido su dignidad por medio de bulas pontificias. Vencidas no pocas dificultades, y habiendo logrado de Su Santidad, que el Nuncio, Monseñor Tiberi, presidiese en su nombre, consiguió reunir en Alcalá los provinciales de los diferentes distritos, en que estaba dividida la Orden, tanto en España, como en América, y demas colonias españolas. El 29 de Abril de

(*) En el día este convento sirve de cuartel de caballería, y la capilla de S. Diego de cuerpo de guardia. Para la conservación del sepulcro se ha construido (según tenemos entendido) una tapia, dejándole incomunicado con el resto del cuartel.

830, se verificó por fin la sesión principal del capítulo, en la que el P. Cirilo hizo dimisión de su cargo de Vicario General, y dió cuenta de sus acciones durante los trece años de su gobierno, recibiendo por ello en el acto mismo un voto general de gracias.

Principiaba ya entonces á sentirse un cambio visible en la política de la Corte, debido en gran parte al casamiento de Fernando VII con su última esposa, verificado á fines del año 1829, y el cual decían haber sido combatido por el P. Cirilo en el Consejo de Estado. Segun las voces que corrieron entonces, el P. Cirilo se opuso á que el Consejo invitase al Rey á contraer nuevas nupcias, segun la antigua usanza, deseado favorecer el advenimiento de D. Carlos al trono. Apoyábase el P. Cirilo en la edad y achaques del Monarca, los caales hacian conjeturar, que su vida no se prolongaria mucho, y por consiguiente que en el caso de tener descendencia de este cuarto matrimonio, la nacion tendria que sufrir las desgracias anexas siempre á las minorias. El Duque de Bailén combatió este proyecto, segun se dijo, manifestando que el Consejo debía procurar siempre, que la sucesion al trono fuera

por línea directa. Con este motivo estuvo entonces muy en voga una anécdotilla sobre un dicho festivo, que se suponía haber salido de boca del general Castaños, cuyo genio franco ha dado motivo á que los inventores de cuentos le atribuyan con frecuencia dichos, que en tal caso hubieran ellos proferido.

Fuese por esto, ó por algun otro motivo particular, el Rey tuvo á bien presentarle poco tiempo despues para el Arzobispado de Cuba, medida que por entonces fue mirada como un destierro político. Recibidas las bulas, marchó á Sevilla, donde fue consagrado, habiendo sido su padrino en aquel acto el Infante D. Carlos, por medio de poderes que dió á D. Juan Bautista de Erro; y poco despues salió para Cuba, donde llegó á fines de Junio de 1832, habiendo sido recibido allí con grande aparato, por los muchos honores de que se hallaba revestido.

Su conducta en aquella época fue enteramente reservada y agena de la política, dedicándose con esmero á la visita de su vasta Diócesis, ea la cual se hallaba ocupado, cuando llegó allá la noticia del fallecimiento de Fernan-

do VII, al tiempo de marchar á continuarla en Puerto-Príncipe.

La tranquilidad de aquellos países, principiaba bien pronto á verse gravemente amenazada. Por una parte, hombres de ideas avanzadas trataban de plantear allá con poca prudencia las medidas y reformas, que se precipitaban en la Península. Temíase también, que los realistas tratasen de atraer aquellos países á su devoción; finalmente algunos génius discolos, cediendo quizá sin conocerlo á estrañas influencias, trabajaban por emanciparse de la Metrópoli. Deseoso el Gobierno de robustecer su autoridad en aquellos dominios, envió allá de Capitan General á D. Miguel Tacón, que acababa de dar en Sevilla pruebas de cordura y energía contra los perturbadores del orden. Las calumnias y miserables hablillas con que se trató de indisponer al Capitan General, así que arribó á la Isla, con el Arzobispo de Cuba, se estrellaron en la sensatez de aquel, reinando bien pronto entre ambos completa armonía.

Poco despues, el gobierno de Madrid, por un error que pudo ser funesto para nuestras Antillas, creyó oportuno enviar al General Don

Manuel Lorenzo, de Comandante General de Cuba. Las ideas avanzadas de este, que sobrepujaban á su instruccion, contrastaban con la templanza y mesura del Capitan General, que penetrando las tendencias del General Lorenzo, y sus funestos resultados, necesitó reunir todos los elementos conservadores de que pudiera echar mano, y en especial del Arzobispo, cuyas ideas de orden le ponian entonces en el caso de que contribuyese por su parte á evitar todo trastorno. Por desgracia el motin de la Granja halló eco en la Isla de Cuba: un Diario de Sevilla, que llegó á manos del Comandante General, en Setiembre de 36, le avisó que la Reina habia jurado la Constitucion del año 12; y al punto, cediendo á sus instintos democráticos, azuzado por los revolucionarios, y sin esperar las comunicaciones del Capitan General, proclamó la Constitucion, reunió una junta formada del Ayuntamiento, con sus amigos y parciales, repuso las cosas al estado que tenian en 1823, decretó la libertad de imprenta, esparció proclamas incendiarias, y formó dos batallones de Milicia, repartiendo las armas pródigamente, medida que pudo dar los mas tristes resultados. Noti-

ciosos de esto los eternos enemigos de la prosperidad española, se llenaron de júbilo, y aprestaron al punto una escuadrilla, la cual apoyada por el gobierno de Haiti, debía hacer una invasion de negros en las costas de la Habana. Alarmado justamente el General Tacon, se decidió á obrar con firmeza, y bloqueó por mar y tierra á los pronunciados de Cuba, tomando otras acertadas medidas para atajar los progresos de la revolucion.

Ofreció entonces el P. Cirilo su mediacion con el Capitan General, para que se suspendiesen las hostilidades contra Cuba, caso de que estas se hubiesen de emplear. Negóse el General Lorenzo á darle poderes para ello, alegando por razon el ser sus ideas políticas diametralmente opuestas á las del Arzobispo. Pero luego que se formalizó el bloqueo, causando la paralización consiguiente al comercio, lejos de secundar los pueblos el grito lanzado por él, se le mostraron hostiles: entonces se le insinuó por tercera persona al Arzobispo, que marchase, pero sin poderes, á interceder con el General Tacon. Negóse á su vez el P. Cirilo, no queriendo esponerse á otro desaire, y que se

mirasen como una oficiosidad intempestiva sus gestiones de paz, por aquellos mismos que debieran haberle autorizado para conseguirla.

Las acertadas disposiciones del Capitan General tuvieron por fin el éxito apetecido, y á pesar de los esfuerzos de los pronunciados de Cuba, el General Lorenzo tuvo que embarcarse la noche del 22 de Diciembre á bordo de una corbeta inglesa, con direccion á la Península. Despechados aquellos, trataron de vengarse en la parte débil, como en tales casos sucede siempre, y no pudiendo volverse contra la autoridad militar, que los habia enfrenado, se desencadenaron contra el Arzobispo, haciéndole el blanco de sus tiros, y suscitándole tropiezos en su mismo Cabildo.

El 25 de Diciembre celebró por última vez de Pontifical, y practicó las visitas de costumbre, tomando algunas disposiciones sobre jurisdiccion, para despues de su marcha, que consideraba inevitable temiendo justamente las iras revolucionarias, tanto de algunos de sus diocesanos, como del gabinete de Madrid, que á la sazón se complacia en perseguir y encausar á casi todos los prelados españoles, para volver á

la Iglesia *el esplendor de sus primeros tiempos*. En efecto, el día 2 de Enero llegó de Batabanó la fragata Isabel II, con pliegos de la Capitanía General; y habiendo circulado el rumor de que se iba á prender al Arzobispo, (ó bien por aviso confidencial del General Tacon, como le echaron á este en cara sus detractores) se vió en la precision de salir de su palacio, y tomar asilo á bordo de la fragata Nemrod de S. M. Británica, que se hallaba surta en aquel puerto desde el día anterior, y en la cual fue trasladado á Jamaica.

Tres días despues, su Secretario el Doctor D. Francisco Delgado, notificó al Cabildo las disposiciones que habia tomado el Arzobispo para el gobierno de su Diócesis, durante su ausencia: estas fueron objeto de ágrrias contestaciones, las cuales pasáramos de buena gana en silencio, si no lo impidiera la publicidad, que se les dió por medio de la prensa. (*) Apoyados tres capitulares del Cabildo catedral en varias razones políticas mas bien que canónicas, dirigieron al Gobierno una esposicion contra los Goberna-

(*) Se publicaron en un folleto titulado *La fuga del P. Cirilo*.

dores nombrados por el Prelado. En ella le presentaban como un maquinador, que trabajaba porque cudiesen por la isla ideas de realismo. « Al auspicio de ciertos accidentes (decian en ella), la política cortesana del Prelado, sus modales estudiadamente esquisitos, y sus conversaciones alhagüeñas y seductoras añadidas al prestigio de su dignidad, empezaron á ganar terreno sobre algunos espíritus idolatras del poder. »

Pero en la segunda y siguientes, resentidos contra el General Tacon, por haberles mandado obedecer á los Gobernadores, como era justo, le dirigen abiertamente acres invectivas, y le acusan sin rebozo de haber promovido y encubierto la fuga del P. Cirilo, viniendo al fin á poner en duda hasta las opiniones políticas de tan pundonoroso General, ensalzando hasta las nubes á Lorenzo. Prescindiendo de la idea repugnante y poco favorable, que dan de si unos eclesiásticos, al representar contra su prelado, acusándole por opiniones políticas, mucho mas al verle caído, errante en paisés estranjeros, y lanzado de su silla por una revolucion, cuyo primer acto habia sido el insultar á una Reina,

no pueden menos de causar indignacion á todo hombre imparcial el estilo acre y virulento con que estan redactadas aquellas esposiciones, y la fraseología patrioterá, que tanto desdice de la pluma de un eclesiástico, manifestando bien á las claras el movíl que las causaba, y el despecho que la caída del General Lorenzo habia infundido á ciertas personas.

Entretanto el P. Cirilo se habia trasladado de Jamaica á Inglaterra, en donde permaneció algun tiempo, y lo tuvo de enterarse á fondo del tortuoso giro, que seguian los Consejeros de Don Carlos. Verificado el casamiento de este con la Princesa de Beira, se decidió el P. Cirilo a presentarse en las provincias, donde los asuntos parecian tomar otro sesgo menos tortuoso, mediante el cambio de gobierno que acababa de obrarse. Hallábanse á la sazón fuertemente enconados los dos bandos, que aspiraban á regir la causa de D. Carlos. Intolerante el uno y haciendo alarde de su ignorancia, desmentia con sus hechos la religiosidad que preconizaba: el otro mas humano y despreocupado trataba de conservar lo antiguo, pero dando cabida á las modificaciones y reformas, que el tiempo y la es-

perencia habian enseñado. Contaba aquel con el apoyo y las simpatias de D. Carlos y de algunos antiguos generales y guerrilleros del año 23. Este otro ostentaba en sus filas casi todos los jóvenes generales, oficiales de instruccion, y eclesiásticos virtuosos, que la revolucion habia lanzado de sus lugares, pero que no olvidaban su carácter de ministros de un Dios de paz.

Al regresar á España el P. Cirilo, acababan de obtener estos el mando por la influencia de la Princesa de Beira, saliendo del calabozo para ponerse al frente de las tropas los generales Elio, Villareal, Zariatégui, Gomez y otros varios gefes, algunos de ellos próximos á ser fusilados. No era difícil conocer á cual de estos partidos se inclinaria el P. Cirilo. Sus modales finos, y su genio conciliador, le hicieron señalar por los ultra-realistas, como un enemigo suyo formidable, quizá sin que el mismo pretendiera afiliarse en ningun bando. Por otra parte la envidia, que así se desarrollaba en la corte de Oñate, como en las antecámaras del régio alcázar, no podia mirar con indiferencia el ascendiente que ejercia sobre D. Carlos aquel recién llegado, y la confianza que se le dispensaba en premio de antiguos

servicios , hasta el punto de ofrecerle el Arzobispado de Toledo.

Apoyado Maroto en el partido realista moderado , al cual tambien se llamaba en Oñate *jove-llanista* , logró reorganizar el ejército voscongado , levantándolo de la postracion en que yacia desde la expedicion de 1837. Pero despechado aquel general carlista al ver la oposicion que sufrían sus planes en el cuartel real por algunas de las personas que rodeaban á D. Carlos , se arrojó á ejecutar el sangriento drama de Estella , desde cuya época pudo considerarse en disolucion la causa de D. Carlos. En las luchas políticas no es á veces difícil la avenencia entre los partidos extremos , á menos que se haya derramado la sangre de alguna ilustre víctima. Entonces aquella sangre es la linea divisoria , que separa los dos campos , linea que los amigos de la víctima no pasan jamás sin considerarse mancillados.

La posicion del P. Cirilo y de las personas sensatas del partido carlista , principiό á ser entonces embarazosa. Por una parte se veían precisados á sostener ostensiblemente á Maroto , único que podia enfrenar á sus contrarios , contando

con una buena parte del ejército. por otra se hallaban en desacuerdo con la marcha de este gefe, mucho mas desde que las últimas operaciones militares, y en especial el abandono de Ramales, habian puesto en claro sus tratos con el General Espartero, pues aunque deseaban una transaccion, no podian aprobar aquel modo de hacerla. A pesar de las reconvenciones que el Padre Cirilo dirigió á Maroto, y que llegaron á ser entre ambos bastante acaloradas, el partido furibundo le acusó de complicidad con Maroto para vender la causa de D. Carlos. En una carta de Londres, fecha 29 de Mayo de 1839, que publicó Mitchell (*) órgano pagado de aquel partido, despues de referir que Espartero habia ofrecido á Maroto cierta cantidad y la Capitanía general de la Habana, decia asi: «Solo Dios puede salvarnos, pero es preciso un milagro para desbaratar los planes del *Arzobispo de Toledo*, del

(*) En su folleto titulado *la Corte y el campo de Don Carlos* » Mitchell aparentando un realismo exagerado se captó la benovolencia del Obispo de Leon y avisaba á las autoridades francesas de todas las comunicaciones que este le dirigia. Habiendo tenido la desvergüenza de insultar al partido moderado liberal, en 1842, publicó el Heraldo una curiosa relacion de los tratos dobles de este personaje, digno compañero del P. Casares.

Capitan general de la Habana y demas asociados marotistas, que bien merecian tener la misma suerte que Quesada.

«El P. Cirilo ha hecho ir á *Tastetal* cuartel real á fin de contraer un empréstito, pero no creo que pueda conseguir nada de el.

«El decreto dado para la devolucion de los bienes de los Cristinos, es obra del P. Cirilo: le habia redactado aqui, y es una de las primeras medidas que debian ponerse en planta, luego que se hallase en el poder.

«Su amigo Chacon, ministro de marina por el gobierno de Madrid, ha caido, y esto es una felicidad para nosotros.»

Por el contrario Arizaga, defensor en parte de Maroto, dice que en una entrevista, que tuvo con el Arzobispo de Cuba, en Azcoitia, se habia manifestado este tan descontento, que le aseguró tenia pedida licencia para irse á Oñate, y desde allí á Francia, desconfiando ya de todo remedio para la causa de D. Carlos. A pesar de eso da la esplicacion siguiente á las desavenencias entre el P. Cirilo y Maroto. (*) «Para entender las variaciones borrascosas, que en las

(*) Historia mil tar y politica del partido carlista.

personas y partidos, se notaban por aquellos dias azarosos en el campo de D. Cárlos, será preciso tener presente, que si bien el Arzobispo de Cuba, Ramirez de la Piscina y toda su parcialidad, habian estado unidos con Maroto y demas militares, para hundir el partido del Obispo de Leon y Arias Tejeiro, desde que vieron que Maroto no era hombre para ser dominado en manera alguna, volvieron contra él sus tiros y asechanzas, valiéndose para ello sobre todo del flanco que prestaba á la reputacion del Gefé de E. M. su débil resistencia en Ramales y Guardamino.»

Tal es siempre el modo de juzgar de los partidos; jamás se paran en un medio, ni atribuyen sino á miras mezquinas las intenciones de sus contrarios. Mitchell acusa al P. Cirilo de vender la causa de D. Cárlos juntamente con Maroto, y Arizaga de haber reeriminado á Maroto indisponiéndose con él, porque no le podia dominar. Entre ambos dictámenes está la verdad; á saber, que ni el P. Cirilo, ni sus amigos, ni tampoco los pundonorosos Generales, que han acompañado á D. Cárlos en su destierro, (á pesar de lo mal que habia correspondido

á sus servicios) podían secundar los planes de los ultra-realistas, ni tampoco aprobar una transacción misteriosa, y que Maroto trataba de hacerles aceptar, perdiendo fortificaciones y batallas.

Realizáronse los temores del P. Cirilo, y el ejército carlista llegó á verse en tal desmoralización á mediados de Agosto, que ya le era imposible aceptar otro pacto que la voluntad de Espartero. Despues de la revista de Elgueta (*) el 25 de aquel mes, D. Carlos se trasladó á Villafrauca, en donde reunió al dia siguiente el Consejo de Estado, en el cual se halló el P. Cirilo, y se acordó trasladar la corte á Lecumberri, como se verificó. Al llegar allá propuso D. Carlos al Consejo su pensamiento de trasladarse al bajo Aragon, para reunir los restos del ejército vascongado con las fuerzas de Cabrera. Uno de los que mas fuertemente se opusieron á tan descabellado plan fue el P. Cirilo, lo cual escitó la bilis de un furibundo, hasta el punto de insultarle, diciéndole segun Mitchell, estas palabras: *¡demasiado sabe V. el recibimiento, que le haria el valiente y leal Cabrera!*

(*) Véase la Biografía de D. Carlos.

Añade el mismo que tantó el P. Cirilo, como Erro, Ramirez de la Piscina, Otal, Valdespina, Montenegro y otros, se retiraron groseramente á Francia, sin pedir permiso á Don Cárlos. Esto es enteramente falso, y asi lo demostraron los acusados, contestando á Mitchell por medio de la prensa francesa. Tanto el P. Cirilo, como los demas, acompañaron á Don Cárlos en su infortunio hasta el día 7 de Setiembre. Entonces supieron que el dia anterior los sublevados de Vera, escitados por los furibundos que se hallaban á su frente, habian asesinado brutalmente á Moreno, y que pensaban atacar al cuartel real, contando con el apoyo de la guardia de D. Cárlos, para asesinar al P. Cirilo y sus amigos. En tal conflicto, despues de haber avisado á D. Cárlos, y obtenido su permiso y una escolta, se retiraron á Francia.

De alli pasó el P. Cirilo poco despues á Italia, marchando á buscar un asilo en la capital del Orbe cristiano. En la actualidad permanece retirado en un pueblecito á las inmediaciones de Génova, y lejos del bullicio; habiendo obtenido de Su Santidad varias muestras de aprecio, en especial el cargo de *Legado á latere*

con que le honró en el año pasado de 1843.

Tal es el bosquejo de la biografía de este personage, cuyo actual estado nos pone á cubierto de la nota de aduladores, al paso que nos escita á la indulgencia, que siempre hemos usado con los caidos. Nuestros lectores que esperarían al principio encontrar una biografía de un género particular, estrañarán quizá hallar la de un *hombre público* en vez de un *fraile*: en este caso les recordaremos lo que dijimos al principio, que el vértigo de la política arrastra en su rápida corriente hasta los génios mas pacíficos, que parecían destinados á vegetar en la oscuridad del claustro.







EL BARON LARREY.

Personajes célebres del Siglo XIX

EL BARON LARREY.

«¡ Qué hombre , qué excelente y digno, hombre es Larrey ! Cómo ha cuidado del ejército en Egipto , al atravesar el desierto , despues de San Juan de Acre, y en Europa. Me ha merecido un aprecio que no se ha desmentido jamás. Si el ejército erige una columna al agradecimiento, debe erigirla á Larrey.»

NAPOLEON.—*Relacion de Mr. Marchand.*

«Dejó 100,000 francos á Larrey; es el hombre mas virtuoso que he conocido.»

Testamento de Napoleon.

«¿Si se os contara, dice La Bruyere, que todos los gatos de un gran pais se han juntado á millares en una llanura, y que despues de haber mayado á su sabor, se han arrojado furiosos unos contra otros repartiendo mordiscos y arañazos;

que de aquella refriega quedaron de una parte y otra nueve ó diez mil gatos tendidos en el campo, que infestaron el aire á diez leguas al rededor con su podredumbre, no diriais: es la algarabía mas abominable de que jamas se ha hablado? Y si los lobos hicieran otro tanto, ¿qué abullidos, qué carnicería! Y si unos y otros digeran que aman la gloria, ¿deduciriais de su discurso que la hacen consistir en encontrarse en aquella refriega, en destruir de aquel modo su propia especie? ¿No os reiriais de la ingenuidad de aquellas pobres bestias? (*) Si os digeran, continuando la metáfora de La Bruyere y adaptándola á nuestro asunto, que entre todos aquellos animales que se despedazaban con furor, se ha visto á algunos ir tranquilos en medio de la refriega, espuestos á recibir de ambos lados, sin devolverlos, mordiscos y arañazos, y ocupados únicamente en calmar las últimas convulsiones de los moribundos, en restañar la sangre de los heridos, en curar las llagas, componer las patas quebradas y los ojos arrancados, en fin remediando lo mejor posible aquella carnicería, no diriais: «Entre todos estos ani-

(*) La Bruyere, *Caracteres*, cap. XII de los juicios.

males los hay muy apreciables; y seguramente si alguna gloria ha de resultar de esta reunion de animales furiosos, á ellos pertenece.»

Los hombres, animales que raciocinan, para diferenciarse de los que solo se sirven de sus dientes y de sus uñas, imaginaron primero las picas, los dardos y los sables, y despues los fusiles, los cañones, las bombas, las granadas, medios todos de esterminarse con mas seguridad, mas pronto y con mayor ruido. Cuando se baten, no se trata entre ellos de arrancarse los ojos ó de arañarse la cara, sino de pasarse recíprocamente de parte á parte, de hacerse pedazos, de romperse los miembros, de aplastarse la cabeza ó el pecho; y mientras de este modo se matan á millares en una llanura, al son de las trompetas, al ruido de los tambores, al estampido del cañon, bajo una lluvia de hierro y fuego, algunos recorren las filas en lo mas fuerte de la pelea, sin mas armas que bisturís, medicamentos é hilas; levantando á los que caen, socorriéndolos, curándolos, operándolos en el mismo sitio, en medio de balas y proyectiles, y conduciéndolos despues detras de la línea de batalla, para llevarlos en seguida al hospital

mas inmediato, donde continúan asistiéndolos hasta su curacion.

A primera vista, parece que despues de la victoria, cuando se trata de distribuir la gloria, puesto que gloria hay, los que mas parte tuviesen en ella, deberian ser los que mas gente han salvado; pero sucede lo contrario: los que mas gloria tienen, son los que mas han hecho matar; primero, el General en Jefe que ha conducido toda la masa á la carniceria; en seguida, los Generales que han perdido la mitad de su division, los Coroneles cuyos regimientos han sido mas maltratados, los Capitanes que han llevado su compañía al asalto de un reducto, y han vuelto con una docena de hombres; y luego los oficiales, sargentos ó cabos, segun han tenido mayor ó menor pérdida en su peloton ó escuadra. Por último, despues se piensa, si es que llega este caso, en esa masa oscura de cirujanos y empleados de sanidad, que todos espusieron su vida en la batalla, pero que desgraciadamente para ellos no tuvieron la ventaja de matar ni de hacer matar á nadie.

En este desigual é injusto repartimiento de la gloria, hay sin embargo algunas escepciones.

Hay hombres que encargados de las ingratas funciones de *salvador del soldado*, han probado tal talento, tal decision é intrepidez, durante tanto tiempo y en medio de tan terribles acontecimientos; han prestado tan brillantes servicios á la humanidad, que han obligado á la historia á ocuparse de ellos, y á inscribir en sus mas bellas páginas su nombre bienhechor, al lado de los nombres de los mas ilustres *matadores* de los tiempos antiguos y modernos.

El Baron Larrey es uno de estos hombres, y el primero de todos. Mientras se conserve memoria de las grandes cosas de la República y del Imperio, su nombre no perecerá. ¡Y, en efecto, qué existencia tan noble, tan admirable, la de este hombre unido por la Providencia á Napoleon, para disputar á la muerte el abundante festin que el incansable conquistador disponia y renovaba sin cesar! Desde el Mediodia al Norte, de Occidente á Oriente, del Danubio al Ebro, desde las arenas de Egipto hasta las nieves de Rusia, Napoleon, impelido como Attila por una fuerza desconocida, va sembrando su largo camino de sangrientos despojos; tras él marcha Larrey, otro instrumento

de Dios: en pos del instrumento de cólera el de misericordia, Larrey siguiendo á Napoleon; Larrey palpando los cadáveres , para buscar en ellos y reanimar, si la encuentra, una última chispa de vida, se arrodilla junto á los heridos, en medio de la carniceria , entre torrentes de lluvia, en el barro , sobre la nieve; y mientras que dos ayudantes tienen tendida una capa sobre aquel grupo , silvan las balas , rebienta una granada á veinte pasos , y Larrey impasible sonda espantosas heridas , con un hierro hábil y salvador. Algunas veces , solo , junto á un herido , Larrey interrumpido por una carga de caballería enemiga , se lleva en hombros á su herido , se esconde á corta distancia en un foso ó bosque , donde acaba tranquilamente la operacion. En los desiertos del Egipto , los hombres caian rendidos por la inanicion y la fatiga ; Larrey llegaba , los levantaba , les distribuia los cordiales que llevaba siempre consigo , y les devolvía el valor y la vida. Cuando un terrible contagio dieztaba el ejército , Larrey se prodigaba y multiplicaba para combatirlo ; cuando el hambre hacia estragos en medio de una carencia absoluta de todo , inventaba

procedimientos saludables, y servia á sus amados heridos un caldo reparador, hecho con carne de caballo sazónada con pólvora, cocida en el peto de una coraza, y con el fuego de un monton de yerbas ó de huesos. Larrey lo desafiaba todo, la metralla, el hambre, el contagio, la fatiga; jamás dominó á aquella alma privilegiada mas que un solo temor, el de dejar perecer á un hombre por falta de ausilios.

Juan Domingo Larrey, nació en 1766, en un pueblo llamado Beaudean en el Departamento de los Altos Pirineos, un cuarto de legua distante de Bagneres-de-Bigorre. Muy jóven perdió á su padre, y fue educado con gran ternura por su madre, que tuvo la dicha de conservar hasta la Restauracion. Un digno sacerdote, Cura de Beaudean, encantado de la gentileza y vivacidad del niño, se encargó de su primera instruccion; y el hombre que habia de pasar sus dias en medio de las mas terribles escenas, y acostumar su oido, sus ojos y su alma al espectáculo horrible y sin cesar renovado de una poblacion de moribundos, entró en la vida con las funciones mas tranquilas. Educado, como el niño Joas, á la sombra del santuario, pre-

sentaba al Cura de Beaudean el incensario, adornaba con flores el modesto altar de la aldea, y mezclaba su voz pura con los cantos religiosos de los campesinos bearneses: era monacillo. Después de muchos años, en 1834 el buen Cura que contaba ya mas de 90 años, tuvo el placer de estrechar en sus brazos antes de morir al ilustre cirujano en jefe del grande ejército; encontró á su discípulo cano, cubierto de gloria, cargado de condecoraciones, pero conservando aun bajo un exterior ennegrecido por el hierro y por el fuego, aquella alma bondadosa, aquel espíritu jóven, aquella sensibilidad delicada, aquella inalterable frescura de impresiones, que caracterizaban al monacillo en aquella edad feliz, en que sacaba de las lecciones del pastor, los primeros conocimientos de lo bueno y de lo bello.

A los 13 años de edad pasó el jóven Larrey á Tolosa, á estudiar el arte de curar bajo los auspicios y la direccion de su tio Mr. Alejo Larrey, cirujano mayor y profesor en el hospital general de dicha ciudad. Después de ocho años de estudios clásicos en el colegio L' Esquile, y de estudios en la escuela de cirujia y medicina de Tolosa, formó el proyecto de pasar

á completar su educacion en París, á donde llegó en Agosto de 1787. Acabábase entonces de abrir un concurso para un determinado número de cirujanos auxiliares de marina; el jóven Larrey gustaba de viages, y con la idea de recorrer el mundo hizo oposicion, obtuvo una de las plazas propuestas, y salió al momento para Brest, á pie, visitando las ruinas, estasiándose á la vista de los paisages, y deteniéndose dos dias en la Trapa, para llorar sobre los románticos infortunios del Conde de Comminges y de Adelaida. Llegó al fin á su destino, sufrió un segundo exámen, y á los 21 años fue nombrado cirujano mayor de la Marina Real, y como tal se embarcó en Abril de 1788 en la fragata *La Vigilante*, que daba á la vela para la América Septentrional, con encargo de permanecer particularmente en la Isla de Terranova, para proteger la pesca del bacalao.

Despues de seis meses de una navegacion muchas veces penosa, y mezclada con peligros y aventuras; despues de haber sufrido tempestades, soportado el hambre y la sed, curado á la tripulacion acometida por el escorbuto, recogido á náufragos sobre los bancos de yelo, estudiado

los procedimientos curativos de los Esquimales, cuya aplicacion habia de hacer mas adelante con felicidad en un ilustre Mariscal, volvió el jóven cirujano al puerto de Brest, en Octubre de 1788, sin haber perdido un solo hombre de enfermedad.

Apenas desembarcó, solicitó su licencia para continuar sus estudios en Paris, la cual obtuvo no sin dificultad, pues deseaban que permaneciese en la marina. Vuelto á Paris á principios de 1789, siguió en el hospital los cursós de cirugía clínica de Desault, los de Sabatier en el Hospital de los Inválidos, como cirujano interno, y se preparó para la larga y gloriosa carrera que iba á recorrer, curando á los heridos de La Bastille y del Campo de Marte, primeras víctimas de las discordias civiles de Francia.

Cuando esta hubo declarado la guerra al Austria, despues de la formacion de tres ejércitos sobre las fronteras del Norte, Larrey, agregado como cirujano mayor de los hospitales, al ejercito del Rin, mandado por el viejo Mariscal Luckner, llegó al cuartel general de Strasburgo el 1º de Abril de 1792.

Encargado de la direccion quirúrgica de una division mandada por Custines, Larrey conoció desde los primeros encuentros la organizacion viciosa de los hospitales de campaña. Segun los reglamentos militares debian estos estar constantemente á una legua del ejército. Se dejaban los heridos en el campo de batalla durante toda la accion; despues los llevaban en brazos ó sobre fusiles á un local favorable, donde se trasladaban los hospitales lo mas pronto posible; pero el gran número de equipages interpuestos entre ellos y el ejército, retardaba muchas horas su llegada, de modo que la mayor parte de los heridos perecian por falta de socorros suministrados á tiempo.

Larrey concibió desde entonces el plan de unos hospitales, que pudieran seguir todos los movimientos de la vanguardia, como la artilleria volante; al principio habia ideado hacer llevar los heridos en caballos con una especie de angarillas; pero la esperiencia le hizo conocer pronto lo insuficiente de aquel medio, y protegido por el general Custines, y con la celosa cooperacion del Comisario General Villemanzy, organizó pronto un sistema de carruages sus-

pendidos, que reunian á la comodidad la ligereza y solidez, que podian seguir todas las evoluciones del ejército, y contener tendidos á lo largo, sobre un colchon, á dos y á cuatro heridos. Estos carruages, acompañado cada uno de un facultativo y de enfermeros á caballo, se dirigian á todos los puntos del campo de batalla, facilitaban la curacion inmediata, y el rápido transporte de los heridos á los hospitales de primera linea. Este sistema, conocido por el nombre de *hospitales volantes*, establecido primero en el ejército del Norte, se estendió sucesivamente á los demas, y adoptado en el dia por la mayor parte de las potencias de Europa, ha llegado á ser uno de los mas bellos títulos de gloria de su ilustre fundador.

En un combate oscuro, dado á los Austriacos por la vanguardia de Custines, en un desfiladero de las montañas de Oberuchel, fue donde Larrey ensayó su sistema, y donde se vió por primera vez á un cirujano curando heridos en medio del fuego. « Este combate, dice Larrey, me habia causado al principio una viva impresion; pero el placer interior que sentí con la idea del eminente servicio que acababa de prestar á

los heridos mi nueva institucion , consiguió borrar pronto los sentimientos que me afectaban , y desde aquel momento he visto tranquilo los combates y batallas á que he asistido. » (*) ; Que diferencia , sin embargo , entre el valor fácil de un combatiente exaltado por el ardor de la lucha , y la fria intrepidez de un cirujano militar obligado á desafiar la muerte sin darla!

La mortífera batalla dada el 22 de Julio de 1793 delante de Maguncia , valió á Larrey una primera mencion honorífica en el *Monitor*. El General Beauharnais que le recomendaba á la Convencion , siguió pronto á Custines en el caldoso. El ejército del Rin fue reunido al de La Mosella , bajo el mando en gefe de Hoche ; y Larrey , agregado con su hospital á la vanguardia , mandada por Desaix , contrajo con este noble soldado una amistad , que la muerte debia romper cruelmente en Marengo. Durante el curso de aquellas dos campañas , el jóven cirujano operando sin cesar sobre el campo de batalla , pudo convencerse de la necesidad de la amputacion inmediata , cuando está indicada. Esta opi-

(*) *Memorias de cirujia militar , y campañas de D. Juan Larrey* tomo I pág. 67.

nion era contraria á los preceptos establecidos por los cirujanos de mas nota , especialmente Faure y Bilguer. Larrey preparó los elementos de una Memoria, publicada despues , en la cual demostró victoriosamente el error de Faure y sus peligrosas consecuencias : su doctrina, acompañada de mil observaciones , ha prevalecido completamente en el dia.

Al concluirse la campaña del Rin , Larrey ligeramente herido en las lineas de Wissemburgo, fue enviado á Paris por los Generales y los Representantes del pueblo , para organizar completamente y establecer en los demas ejércitos su sistema de hospitales volantes. Pero la Convencion habia resuelto una espedicion contra la Córcega ; Larrey , nombrado cirujano en gefe de ella, tuvo órden de marchar á Tolon. Aprovechó sin embargo su corta estancia en Paris, para realizar los votos formados mucho tiempo habia, casándose , en aquel mismo año de 1794 , con Mlle. Laville-Leroux , una de las hijas del ex-Ministro de Hacienda de Luis XVI. No habiéndose podido realizar la espedicion contra Córcega á causa de los cruceros inglesés , Larrey despues de pasar algun tiempo en el ejército de los Alpes

maritimos , fue enviado al de los Pirineos Orientales , donde llegó para asistir al glorioso fin de Dugommier que murió en sus brazos , roto el pecho por una granada , en el mortífero asalto de Figueras.

Hecha la paz con España , el jóven cirujano en gefe marchó á Paris para restablecer su salud , pero fue enviado de nuevo á Tolon , esperando la salida de la espedicion para Córcega , que se diteria continuamente ; por último , fué llamado á Paris para ocupar una plaza de profesor en la Escuela Militar de Sanidad , que se acababa de establecer en el Val-de-Grace. Mientras profesaba con buen éxito la anatomia , Bonaparte le pidió ; Larrey salió el 1.º de Mayo de 1797 , halló concluida la campaña de Italia , pues Bonaparte acababa de firmar los preliminares de paz en Leoven. Despues de visitar las provincias conquistadas , inspeccionar los hospitales , establecer colegios de cirugia en varias ciudades , y remediar una epizotia que devastaba los campos del Friul , Larrey organizó su hospital volante , formando una legion de 340 individuos , entre facultativos , ayudantes y soldados. La legion se repartia en tres divisiones , y cada una de

ellas tenia doce carruages. Bonaparte quedó muy satisfecho de las maniobras y evoluciones de aquella nueva legion quirúrgica, y como preveia sin duda que Larrey seria el hombre á quien mas ocupacion habia de dar en el mundo, resolvió desde entonces unirlo á su fortuna. En efecto, pocos meses despues, cuando Larrey habia vuelto á seguir sus cursos en Paris, fue nombrado cirujano en gefe del ejército llamado de Inglaterra, y el 19 de Mayo de 1798, al frente de 108 cirujanos, elejidos entre los mas instruidos y animosos, se embarcó para Egipto, donde le esperaban tantas fatigas y peligros, y donde debia desplegar tanto valor y decision. Siempre presente en las batallas, en medio de los soldados que animaba su presencia, ofreciéndoles la esperanza cierta de un pronto auxilio si eran heridos, en Alejandria, en Chebricisse, en las Pirámides, en Jaffa, en San Juan de Acre, en las dos batallas de Abukir, en Heliópolis, por do quiera en fin donde la muerte le llamaba al combate, se vió al intrépido Larrey acorrer á su llamamiento, para arrancarle de entre el fuego á generales, oficiales y soldados.

Pero no se contentaba la muerte con diez-

mar en los campos de batalla ; se presentaba en todas partes y bajo todas formas. Heridos , apestados y enfermos , era preciso acudir á todos ; improvisar hospitales , medicinas , medios de curacion ; suplir con ingeniosos inventos á todo lo que faltaba ; registrar con peligro de su vida los cadáveres de los apestados , para buscar en ellos el secreto del contagio ; suspender los heridos á los camellos y á los caballos , para que atravesáran el desierto ; cuidar de la salud del ejército , tanto en guarnicion como en campaña ; purificar los hospitales , mantener la limpieza , sanear por todos los medios posibles alimentos de mala calidad ; por último , hacer frente á todas las plagas reunidas , tal fue la mision noblemente desempeñada durante cuatro años por Larrey . Solo en la expedicion de Siria , que duró dos meses , en Jaffa y S. Juan de Acre , diez y siete cirujanos y once farmaceúticos pagaron con la vida su noble ardor por imitar el ejemplo de su gefe . Durante la primera batalla de Abukir , Larrey curaba á la vista de Bonaparte al General Fugieres , herido de un modo que se creia mortal , y el cual considerando llegada su última hora , ofreció á su gefe , como un recuerdo ,

un precioso acero damasquino guarnecido de oro. «Lo acepto, contestó Bonaparte, pero es para darlo al hombre que va á salvaros la vida.» E hizo gravar en la hoja con letras de oro estas dos palabras *Abukir*, *Larrey*. (*)

Cuando Bonaparte dejó su ejército de Egipto para ir á derribar el Directorio, Larrey continuó en su puesto; y en medio de todas las fatigas de su vida, tuvo aun lugar para hacer ingeniosas observaciones sobre el clima, los productos del suelo y las costumbres del Egipto; y trabajos llenos de interes sobre las enfermedades endémicas del pais; parte de estos trabajos se han insertado en la grande obra del Instituto sobre el Egipto, y la otra figura en las Memorias de Larrey, llenas de disertaciones curiosas sobre los efectos producidos por los mil medios de destruccion inventados por el hombre.

Hasta Larrey habia muchas heridas consideradas generalmente como desesperadas; las de

(*) El General Fugieres se salvó en efecto; pero Larrey no ha podido transmitir á sus hijos aquel glorioso testimonio del aprecio de Bonaparte. Aquel sable precioso, quince años despues en el gran desastre de Waterloo, fue quitado por los soldados prusianos al ilustra cirujano, herido y prisionero.

arma de fuego en las articulaciones estaban en este caso. La amputacion del brazo por la espalda era tenuta casi siempre por inútil; pero sobre todo, se consideraba como una quimera la posibilidad de buen éxito en la amputacion coxo-femoral, esto es, la estirpacion del muslo en su union con el tronco. Larrey, partiendo del principio de que el deber del cirujano es luchar contra la muerte, hasta el último momento, despues de haber conseguido numerosos triunfos, en la amputacion del brazo en la articulacion con la espalda, en la de dos muslos á un mismo herido, de dos piernas, de dos brazos, resolvió emprender esta terrible operacion de la estirpacion del muslo. Los tres primeros ensayos hechos en Egipto no salieron bien; pero ademas de que tuvieron la ventaja de dulcificar la agonia de los heridos, á quienes hasta entonces se dejaba morir entre padecimientos horribles, al paso que la amputacion les devolvía la calma sino la vida, el mal éxito fue debido á causas puramente accidentales. En las campañas posteriores, Larrey fue mas dichoso; Napoleon no le escaseó el trabajo, y la amputacion coxo-femoral ha sido decididamente intro-

ducida por él en la práctica del arte.

Por último, la evacuacion del Egipto permitió al ilustre cirujano descansar un poco de sus fatigas en su patria. Encargado de las funciones de cirujano en jefe de la guardia de los Cónsules, Larrey se ocupó en publicar su *Relacion quirúrgica del ejército del Oriente*. Pero no debia vagar mucho tiempo; Bonaparte hecho Emperador le llamó al campo de batalla. Las campañas de Ulm y de Austerlitz, de Sajonia y de Prusia, la de Polonia, la primera y segunda de España, por último, la brillante y rápida de Wagram, vieron á Larrey y á sus hospitales volantes adquirir sin cesar nuevos títulos al reconocimiento del ejército. No hubo batalla en que no estuviese Larrey, ni herido grave en la Guardia Imperial que no pasára por sus manos, debiéndole casi todos los Generales heridos la conservacion de su vida ó el haber dulcificado su agonía.

En la terrible batalla de Eylau, Larrey habia tenido que situar su cuartel general á un centenar de toesas de la refriega, en unas granjas destechadas, en las cuales caía la nieve en abundancia. Los heridos llegaban á centenares,

y estaban tendidos en montones de paja, cubiertos de nieve. Los cirujanos no podían manejar los instrumentos á causa del frío; pero su jefe, sacando de su filantropía un ardor sobrenatural, permanecía solo en pie, activo, infatigable en medio de los lastimosos ayes, corriendo como el rayo de uno á otro herido, sin mas distincion, que la gravedad de la herida; pasando de una amputacion á una sutura, de esta á un trépano, á estraer una bala, á una cura complicada, deteniendo en fin en todas partes con mano firme el dolor y la muerte. De repente, el ala derecha del enemigo hizo un movimiento para envolver la izquierda del ejército francés, y una columna rusa amenazaba arrojarse sobre el hospital. Introdújose un espantoso desórden entre los heridos; los que podían andar procuraban huir, y los otros hacían esfuerzos para seguirles. Larrey, que acababa de cortar una pierna, viendo aquel desórden y terror, se arrojó al encuentro de los heridos, les tranquilizó asegurándoles que su situacion seria respetada, y que él y sus dependientes estaban prontos á morir antes que abandonar el puesto; con el auxilio de un peloton de soldados enfermeros contuvo á los mas

vigorousos , restableció el órden , y continuó su tarea , mientras una carga de caballeria rechazaba á la columna rusa y alejaba el peligro.

Tal era Larrey en Eylau , tal habia sido en Austerlitz y Jena , tal fue en España y en Wagram. En esta última campaña fue cuando despues de haber operado con buen éxito á una docena de Generales , tuvo el pesar de ver la insuficiencia de su celo y su talento contra la herida mortal del Duque de Montebello , á quien ya habia salvado otra vez en España. (*)

Despues de nombrado Comendador de la Legion de Honor sobre el campo de batalla de Austerlitz , Larrey , creado Baron del Imperio en Wagram , regresó á Francia para desempeñar su cargo de cirujano en jefe de la Guardia. Acababa de publicar á principios de 1812 los tres primeros tomos de sus Memorias , cuando fue llamado á poner el sello á su gloria, en medio

(*) En una fuerte y peligrosa caída del caballo que tuvo el Mariscal , recordó Larrey que habia visto á los Esquimales envolver en la piel de animales desollados á los marineros arrojados á las costas. Se resolvió á envolver al Mariscal con la piel de un enorme carnero recientemente desollado , y á los cinco dias pudo montar á caballo.

de la mayor catástrofe militar que el mundo ha visto. Nombrado en 12 de Febrero de 1812, por un decreto del Emperador, cirujano en jefe del grande ejército, partió Larrey para Maguncia, donde debia reunirse al cuartel general. Seis meses despues , un ejército de 400,000 hombres pasaba el Niemen, y Larrey le seguia al frente de un regimiento de cirujanos , y de numerosos *furgones de hospitales*. *Otros seis meses habian de pasar , y de aquellos 400,000 hombres apenas debian de quedar 300,000 ; y Larrey , aislado en medio de aquella masa confusa , estenuado por el hambre , el cansancio y el frio , llevando de la brida el último caballo que le quedaba , con la barba y las cejas cubiertas de témpanos de yelo , y no habiendo conservado de todo su equipage mas que un termómetro que llevaba colgado de un ojal , y que señalaba 28^o bajo cero , debia aparecer en la frontera prusiana , donde segun dice él mismo tuvo por primera vez desde Moscou la dicha de hacer una comida completa , y de acostarse en una cama.*

En las orrillas del Moskowa , Larrey privado de la mayor parte de sus cirujanos , y de los cajones de los hospitales que se habian quedado

en Smolensko, recibió orden de prepararse para los resultados de una gran batalla. Fue en efecto la mas sangrienta de todas las del Imperio. Desde las seis de la mañana hasta la noche, 600,000 hombres, provistos de 2,000 piezas de artillería, se batieron en un espacio de una legua cuadrada de terreno. Los Rusos perdieron 30,000 hombres y 20,000 los Franceses, habiendo sido muertos ó heridos en aquella famosa jornada 40 Generales franceses. Larrey, despues de tomar un cirujano de cada regimiento, estableció su hospital general en el centro de la línea de batalla. Hubo 10,000 heridos, de los cuales dos tercios pasaron por el hospital general. Precicado á encargarse él solo de todas las operaciones difíciles, Larrey hizo durante las primeras veinte y cuatro horas, mas de doscientas amputaciones de uno ó de dos miembros; pero todo faltaba, paja, cubiertas, hilas, vendages, subsistencias; fue preciso recurrir á la carne de caballo para dar caldo á los heridos, y la mayor parte de aquellos desgraciados, salvados con tanto trabajo, perecieron despues en la retirada.

No describiremos aqui la larga marcha desde Moseou á la frontera de Prusia, en la que cada

regimiento francés dejaba un cadáver á cada paso. Larrey halló en su energía moral y en su constitucion robusta, no solo fuerzas para resistir, sino tambien para reanimar y sostener por cuantos medios estaban á su alcance aquel inmenso *rebatío de hombres, arrojados y desmoralizados*. Sabidas son las horribles escenas del paso del Beresina. Antes de romperse los puentes, Larrey habia pasado ya á esta orilla; pero advirtiéndole que en el desórden habia olvidado algunas cajas de instrumentos de cirugia, necesarios para los heridos, volvió á pasar el rio. En aquel momento se rompió uno de los puentes, y la muchedumbre, empujada por las balas de cañon rusas, se precipitó sobre el otro. Larrey arrastrado por el movimiento y sofocado, iba á perecer. Nombróse, fue reconocido, y al momento aquellos soldados, á quienes la desesperacion hacia furiosos, aquellos soldados capaces de pasar por encima del cadáver de sus Generales, y de los cuales el mas fuerte derribaba, y pisoteaba al mas débil, se conmovieron al oír el nombre querido de Larrey, y abrieron paso al hombre que fue por tanto tiempo su Providencia; y Larrey, trasportado de mano en mano,

se encontró sobre el puente, que pocos momentos despues de haberlo pasado se hundió bajo el peso de la multitud.

Durante los últimos años del Imperio, Larrey tuvo la misma decision y celo en los dias de desgracia que en los de triunfo; despues de las batallas de Lutzen, y Bautzen, no temió oponerse al mismo Emperador para defender el honor de una multitud de heridos, á quienes se acusaba de haberse mutilado voluntariamente. (*) En Dresde, en Leipsig, en Hanau en 1814, durante los mil combates de la memorable campaña de Francia, Larrey se mostró siempre el mismo; cuando la salida del Emperador para la Isla de Elba, quiso acompañarle. «Perteneceis al ejército, le contestó Napoleon; debeis seguirle, y no sin pesar me separo de vos.» Larrey sin embargo, dominado por una negra melancolía desde la salida de su ilustre protector, habia pensado reunirse á él, cuando supo su inesperada vuelta. Fue preciso correr de nuevo al enemigo. Despues de la derrota de Waterloo,

(*) Véase el Memorial de Santa Elena. Napoleon, digno apreciador de tan noble franqueza, recompensó á Larrey con un regalo de 6,000 francos, y una pensión de 3,000 sobre el Estado.

Larrey precisado á seguir el movimiento de retirada, y marchando á la cabeza de su pequeña legion quirúrgica, fue cortado por un cuerpo de lanceros prusianos. Creyéndole poco numeroso, quiso abrirse paso, y se precipitó sobre el enemigo, sable en mano, con los que le seguian; pero su caballo cayó herido, y él mismo con dos sablazos en la cabeza y en la espalda, cayó sin sentido. Mientras los enemigos perseguian á sus compañeros volvió en sí, y se arrastró hasta las orillas del Sambra, donde al fin fue hecho prisionero. Quitáronle sus vestidos, sus armas, y su dinero; su estatura, el color de su rostro, y un leviton gris que llevaba, le daban alguna semejanza con Napoleon; como á tal le condujeron á un General prusiano, el cual furioso por el engaño, mandó que aquel prisionero fuese fusilado inmediatamente. Los soldados preparaban ya las armas, y un cirujano prusiano iba á vendarle los ojos, cuando de repente conoció al célebre facultativo francés, cuyas lecciones de clínica habia seguido en Berlin; se apresuró á pedir la suspension de aquella orden bárbara, y Larrey fue conducido ante el General Bulow, el cual le envió al Ge-

neralísimo Blucher , cuyo hijo habia salvado en la campaña de Austria. Blucher le vistió , le dió dinero , y le dirigió á Lovaina , donde pudo hacerse curar sus heridas. Larrey al regresar á París , lo encontró por segunda vez ocupado por los extranjeros.

Los primeros años de la Restauracion fueron para él muy penosos ; considerado como uno de los mas decididos partidarios de Napoleon , se le privó de su título y emolumentos de Inspector general de sanidad militar , perdió á un tiempo su dotacion y sus pensiones , y solo conservó su empleo de cirujano en gefe del Hospital de la Guardia , porque se conoció la dificultad de reemplazarle , y porque se temió disgustar á la Guardia Real que le era muy adicto.

Habiendo desdeñado siempre las riquezas , al Baron Larrey no le espantó la pobreza ; rehusó proposiciones brillantes de los Soberanos extranjeros , por no separarse de su pais y de sus queridos soldados. En 1818 le fue devuelta la pension de 3,000 francos concedida por Napoleon ; redactó despues el cuarto tomo de sus campañas , escribió su grande obra de *Clinica quirúrgica* , y en 1829 fue nombrado Profesor

de la Academia de Ciencias, en reemplazo de Pelletand.

En la revolucion de Julio de 1830, Larrey permaneció fiel á su honrosa y filantrópica mision; no contento con prodigar sus cuidados, durante aquellos tres dias, á todos los heridos sin distincion de opiniones; con su firmeza supo rechazar á una turba de furiosos, que querian asesinar á los heridos de la Guardia. Despues de un viaje á Bélgica para organizar los hospitales del ejército belga, regresó á París á desempeñar las funciones de Cirujano en Gefe del Hospital de Inválidos. Nombrado al mismo tiempo individuo de la Comision Central de Salubridad pública de Paris, pronto hubo de luchar contra el cólera, no solo en la capital sino en las provincias, manifestando en todas partes la misma infatigable intrepidez, la mas completa abnegacion.

Despues de tantos trabajos, el ilustre cirujano se hubiera sin duda complacido en acabar sus dias en medio de los 4,000 valientes que le adoraban, y á cuya mayor parte habia él curado en el campo de batalla; pero el destino lo decidió de otro modo, y viendo que no podia cor-

regir los abusos , se resolvió á pedir su retiro

Acababa de llorar sobre los restos gloriosos del Emperador , cuando le acometió el deseo de volver á ver tiendas árabes , y el sol de Africa que debia recordarle los hermosos dias de su juventud. El Mariscal Soult le propuso una mision en Argel ; la aceptó , y partió lleno de alegria , á pesar de sus 76 años. A la vuelta , en el tránsito de Argel á Tolon , se agravó repentinamente una afeccion de pecho de que adolecia ; llegó sin embargo hasta Lion , donde espiró en brazos de su hijo , el 25 de Julio de 1842 ; y el mismo dia espiraba en Bievre , en los brazos de su hija , la noble compañera de su larga existencia.

El cadáver de Larrey fue trasportado á París , donde se celebraron sus exequias el 11 de Agosto , y enterrado en el cementerio del Padre Lachaise , en un sepulcro construido por su familia. El Consejo Municipal de París , á propuesta de Mr. Arago , concedió el terreno gratuitamente y con título perpétuo. La gratitud reclama que se erija un monumento á tan insigne defensor y auxiliador de la humanidad , y no dudamos que la Francia sabrá llenar sus votos , y los del Grande hombre , que mejor que nadie podia apre-

clar, por verlos de cerca, los merecimientos de Larrey.

El Baron Larrey era de corta estatura, pero tenia una compleccion sana y vigorosa; sus facciones eran dulces y regulares, el rostro ovalado, los ojos un poco salientes, y el cráneo notablemente desarrollado, y de gran circunferencia como el de Napoleon. El amor á la humanidad era llevado por él hasta al entusiasmo. Poco accesible á las emociones de la vida comun, experimentaba los impulsos de la mas tierna piedad á la vista de los enfermos, y no dejaba de acompañar con sus lágrimas el dolor de aquellos á quienes operaba, con una aparente insensibilidad.

Cuantos se dedican al noble arte de curar tienen en Larrey un gran modelo que imitar.







D. J. M. P. U. C. SAMPSON.

D. J. M. PUIG SAMPER.

« La unidad de la creencia se fortalece con la pureza del dogma y la exactitud de la disciplina, apoyada por el brazo fuerte del Poderio Real.»

PUIG SAMPER.



No son solo las brillantes hazañas militares, ni los felices resultados de hábiles negociadores diplomáticos, las que dán justos títulos á pasar á la posteridad, con la calificación de hombres célebres. Al que administrando recta é imparcial justicia, sostuvo constantemente los mas sacrosantos y caros objetos de la sociedad, y al que con sabias y prudentes advertencias,

ilustró la opinion y la conciencia del Monarca, en los respetables escaños de sus Consejos, cábele en justicia el derecho de que la historia le coloque entre los hombres esclarecidos de su patria.

A este número pertenece el respetable y digno Magistrado D. José María Puig Samper, honra y prez de la Magistratura Española, cuya biografía va á ocuparnos. Nació Puig Samper en la ciudad de Valencia, el 8 de Diciembre de 1753, de padres nobles, y aunque no ricos, bastante acomodados para atender á su educacion con toda la solicitud paternal correspondiente á su clase. Siguió la carrera de las letras, con notable aplicacion, en la Universidad de Valencia, su pais natal, y recibió en ella el grado de Doctor en leyes. Opúsose, muy jóven todavia, con éxito brillante á Cátedras y Pabordías, y regentó en la misma mas de una, por nombramiento de su Gremio y Claustro. Recibido de abogado en el Colegio de aquella Real Audiencia, adquirió desde luego tan alto concepto en el ejercicio de esta noble profesion, que mereció se le encargasen los negocios mas importantes y complicados; y que el mismo Tribunal le con-

fiase las comisiones mas delicadas y espinosas del servicio público; habiendo debido á la prudencia, celo y acierto que demostró en su desempeño, ser elevado á la Magistratura, en cuya carrera siguió paso á paso, y sin las improvisaciones que, para daño de la sociedad y mengua de tan respetable clase, introdujo algunos años despues, primero el favoritismo, y mas tarde la conmocion social que las revoluciones hicieron sufrir á esta trabajada Monarquía.

En efecto, á los 34 años de edad, esto es en 1787, fue nombrado Puig Samper Ministro de la Audiencia de Mallorca, y en ella comenzó muy desde luego á dar muestras de lo que podia esperarse de su providad, de sus luces, y de su infatigable aplicacion y constancia en el trabajo; confirmando de este modo el relevante concepto que habia merecido al Gobierno, y le habia iniciado en la Magistratura.

La revolucion francesa de 1789, que desde su funesto origen habia amagado que podria poner en zozobra y combustion todos los Estados de Europa, se habia ido embraveciendo mas y mas, y llamaba imperiosamente la atencion del Gobierno para impedir que esta lava incendiaria,

penetrase , como era de recelar de su espíritu característico de propaganda , en las límitrofes Povincias españolas ; y la confianza que Puig Samper merecia ya del Gobierno por todas sus dotes , y especialmente por su firmeza y energía , le colocó desde luego á la cabeza de la Real Audiencia de Zaragoza , nombrándole su Regente en 1794 ; habiendo sido sucesivamente trasladado y elevado á la Presidencia de la Real Chancillería de Granada en 1800 , y sucesiva y rápidamente á una plaza del Real y Supremo Consejo de Castilla , despues de haber sido condecorado con la Cruz de Cárlos III ; distincion en verdad , que en aquella época no se concedia con la frecuencia que en las que han sucedido , y merecia un grado de aprecio y de consideracion mucho mayor y muy diverso del que ha tenido despues .

Sabido es que el Real Consejo de Castilla , no solo egercia entonces la suprema autoridad en la administracion de justicia , sino que estendia su inspeccion á la mayor parte de los diferentes ramos de la civil y económica del Estado ; halló , pues , Puig Samper en el Supremo Senado español un ancho campo á su

capacidad, y nuevas y mas brillantes ocasiones de servir con provecho y con gloria á su Rey, y á su Patria.

Seis años hacia que Puig ocupaba dignamente su puesto en el Consejo de Castilla, cuando empezaron á aparecer sobre la desventurada España los primeros síntomas de la conmocion funesta de las pasiones políticas, que circunscriptas á la sazón al estrecho recinto del Palacio de los Reyes, habian de ir ganando terreno, hasta invadir como desbordado torrente, todos los ángulos de la Monarquía en ambos continentes. En efecto, en el año de 1807 sobrevino la famosa causa del Escorial, y Puig Samper, que ocupaba entre todos sus dignos compañeros un lugar distinguido, pero que al mismo tiempo era señalado por la rectitud y severidad de sus principios, no fué designado entre los siete jueces especiales que habian de conocer, ó si se quiere modificar el curso y resolucion de esta célebre causa, mas bien conforme al aire é inspiraciones de la Corte, que á los trámites y decisiones de las leyes; sin que por eso desmereciese nada del aprecio y confianza del Gobierno, que en confirmacion de la que constante-

mente le merecia , le nombró en 806 Juez Protector de la Real Cabaña de carreteros del reino; en 807 siguiente , Camarista de Castilla , y en fin del mismo año individuo de la Junta Suprema de Comercio y Moneda.

En tal altura se hallaba el respetable y digno español , llamado mas tarde el primer Magistrado de España , cuya biografia nos ocupa , al dar principio la revolucion del año 1808. Sabido es la parte gloriosa que la historia de aquella importante época atribuye al Consejo de Castilla , resistiendo los primeros pasos de la usurpacion estrangera , intentada por el soldado de fortuna , ante cuya espada , hasta entonces invencible , cedia el mundo entero. No le cupo , pues , escasa parte en tan esclarecidos esfuerzos al respetable Puig Samper , que decidido á no transigir con el usurpador , abandonó su casa y arrojó la consiguiente é inevitable confiscacion de todos sus bienes , retirándose á la Isla gaditana , baluarte inexpugnable de la Independencia española , y en la que , muy pronto debia presentársele un nuevo teatro en donde prestar á su Patria servicios no menos importantes y señalados.

Hallábanse en efecto en Cádiz todos los ánimos, en aquellas circunstancias, en la mas viva agitacion: cuestiones gravísimas ocupaban y dividian la opinion de todos los buenos españoles, reunidos en su recinto: la Regencia que habia sucedido á la Junta Central, cesaba: las Córtes debian nombrar una nueva que reasumiese el poder ejecutivo, y la reemplazase en la difícil administracion del Estado: dos bandos igualmente respetables dividian el Congreso; formaban el primero los amantes de las reformas y de la libertad de imprenta, y componian el segundo los anti-reformistas ó quietistas, y hacíanse mutuamente una cruda guerra: era pues preciso fijar la vista para la eleccion de Regentes en hombres, que reuniendo prendas, dotes, y sobre todo una probidad á toda prueba, inspirasen á todos confianza, y que ascendiesen al poder con todo el prestigio necesario para poderle egercer con la firmeza y desembarazo que tan apurada situacion exigia. En este concepto fueron en efecto elegidos, casi por unanimidad, el General D. Joaquin Blake, el Gefe de Escuadra D. Gabriel Ciscar, y el Capitan de fragata D. Pedro Agar; y hallándose ausentes

los dos primeros, lo fué al mismo tiempo, en calidad de suplente, nuestro Puig Samper, que instalado y posesionado inmediatamente de este alto destino con toda la solemnidad é insignias que las Cortes habian creído necesarias para darle el mayor realce posible, correspondió en el corto espacio de tiempo que le desempeñó, á las bien fundadas esperanzas, que las mismas habian concebido de su sabiduría y discrecion al elevarle á él.

En la nueva organizacion de la administracion de justicia, se habia subrogado en lugar del Consejo de Castilla un Supremo Tribunal, y en él naturalmente no podia menos de ocupar, como ocupó en efecto, un lugar distinguido el antiguo y respetable Puig Samper, despues de haber cesado en la espinosa y temporal comision de Regente. Ageo á las pasiones y á los partidos políticos, sobrado ardientes ya, se conservó en este puesto, contentándose con administrar justicia, con aquella rectitud é imparcialidad nunca desmentida en tantos años como vestia la toga. Asi pues, y considerado naturalmente extraño á todas las pasiones y peripecias políticas de aquella época, al restablecerse en

1814 las antiguas formas de Gobierno , volvió á desempeñar , por disposicion del Monarca , su antigua plaza en el Consejo de Castilla.

Bien conocido por su amor al estudio , al que habia consagrado grán parte de su existencia , la Real Academia de derecho civil y canónico , establecida en Madrid con el título de la Inmaculada Concepcion de Maria , quiso colocarle bajo su benéfico é inmediato influjo , nombrándole su Protector en Enero de 1815 ; y en ella , con su frecuente asistencia á sus ejercicios , y con sus vastos y profundos conocimientos , procuró promover la ilustracion de todos sus individuos , dispensando su especial favor , y estimulando con él á los que mas se distinguian por su moralidad y aplicacion. Iguales , buenos y patrióticos oficios se esmeró tambien en practicar al mismo tiempo en las Reales Academias de Sagrados cánones , Liturgia , Historia y Disciplina eclesiástica , y en la Greco-latina matritense , que del mismo modo se colocaron bajo de sus auspicios ; y no menos en la de la Historia , que creyó honrarse inscribiéndole en el número de sus individuos , con el título de honorario : habiendo contribuido todas estas consideraciones ,

y las que generalmente se tenían de su gran capacidad, á que se le nombrase por el Gobierno uno de los tres individuos de que debia componerse la Junta encargada de formar el plan general de Estudios, y de las Escuelas Primarias del Reino.

Al paso que las Corporaciones literarias se esforzaban á porfia en dar á Puig estos reiterados testimonios de su bien merecido aprecio, el Rey por su parte repetia igualmente los suyos; y en prueba de ello, en el año 1819 le concedió plaza efectiva en la Cámara de Castilla, y le nombró Ministro de la Real Junta de Viudedades; y en fin del mismo año, le confió el Protectorado de la Casa de Beneficencia de S. Nicolas de Bari de esta Córte, en la que acreditó de una manera muy notable su activo celo, é infatigable caridad en obsequio de la humanidad.

Asi pasó Puig Samper los años trascurridos desde 1814 hasta 1820, trabajando sin descanso en calmar malas pasiones, y en proteger y alentar el saber. Verificadas las variaciones políticas de 1820, y considerando que Puig Samper era una propiedad preciosa de nuestra Magistratura, propiedad de todas épocas y de todas las

circunstancias, fué inmediatamente restituido á su antigua plaza en el Tribunal Supremo de Justicia , en el cual llenó el puesto de Decano hasta 1823, en que una nueva reaccion, mas violenta é indiscreta que las anteriores , no respetó las canas venerables del ilustre Magistrado; pues si por un instinto del bien público , habia sido Puig Samper repuesto por la Regencia en su plaza del Consejo y Cámara de Castilla , por decreto de 20 de Febrero de 1824, fué jubilado con el designio de separarle de su puesto , con otros trece individuos mas del Consejo Real. Tan atroz escándalo produjo en la opinion esta especie de golpe de Estado, aunque tan análogo á la naturaleza y tradiciones del Gobierno absoluto, y mas en particular la ofensa tan inesperada é impropia de la general respetabilidad que merecia Puig Samper, que el mismo Gobierno, volviendo en cierto modo sobre sí , creyó deber darle una pública satisfaccion, nombrándole individuo de la nueva Inspeccion General de instruccion pública , y restituyéndole á la plaza de la Cámara de Castilla , de que tan injustamente le habian despojado ruines y miserables pasiones , y en la que estaba llamado á prestar al Es-

tado otra vez nuevos y señalados servicios.

En el año de 1825 habíanse notado síntomas de nuevas agitaciones políticas de grave trascendencia, que aunque duramente reprimidas, estaban muy lejos de haberse extinguido. El Monarca, colocado en la inmensa altura del s^olío, y necesariamente mas alto que las pasiones y los partidos, se habia convencido con recto juicio de la necesidad que el siglo imponia de una conducta templada, y circunspecta en la Gobernacion del Estado, reprimiendo con mano segura y firme toda pretension contraria á este propósito. Residia, segun la opinion general, el foco del rigorismo y de las medidas violentas en una pequeña, y menos ilustrada fraccion de individuos del Clero, nimiamente adictos á las ideas de una Curia, que siempre celosa de las regalias de los Príncipes, protectores natos de la Iglesia y de los cánones, se presentaba nuevamente empeñada en sostener ó restaurar aquel poder absoluto y onnímodo, que aun en materias puramente temporales, ejerciera en la Edad media; sin reflexionar que el abuso de él, en lugar de aumentar la profunda veneracion y el justo y debido respeto á la silla apóstolica,

habia tal vez mas tarde contribuido no poco á debilitarle, y aun á entibiar é interrumpir las buenas relaciones de muchos Soberanos y Estados de Europa con la Santa Sede, colocando desgraciadamente fuera del centro de la unidad y de la comunión de la Iglesia Católica, Apóstolica, Romana, pueblos y naciones enteras. Por una consecuencia de este espíritu, en un Decreto de la Congregación del Índice de 5 de Setiembre de 1825, se habian colocado entre las obras prohibidas el *Tratado de Amortización* del Conde de Campomanes, y el *Informe de la Sociedad económica de Madrid sobre la Ley agraria*, obra de D. Melchor Gaspar de Jovellanos; sin detenerse siquiera los calificadores delante del alto renombre y eminente y reconocida sabiduría de tan ilustres jurisconsultos, honra y gloria eterna de la España. Circulado este decreto ó prohibición subrepticamente á varios prelados del reino, contra lo espresamente dispuesto en nuestra legislación, ninguno de los que conocian sus deberes, se permitió hacer uso ni demostración de él; si se exceptúa el de Jaen, que no se detuvo en publicar un edicto prohibitivo de varias obras, incluyendo

en él las dos indicadas, y apoyándose en la contenida en el Índice; procedimiento que el Rey, previo el parecer del Consejo y Cámara de Castilla, se apresuró á refrenar, desaprobando seriamente la conducta de aquel prelado, único en toda España de quien se tuviese noticia haber incurrido en esta indiscrecion; y sin hacer en esto otra cosa que seguir la huella y ejemplo de sus augustos progenitores, y especialmente del Sr. D. Felipe IV, en su Real Cédula de 11 de Febrero de 1648, espedida con motivo de un Breve del Papa Urbano VIII, en un caso análogo.

Mas no por eso cesaron los conatos de la Curia, y de sus adictos ó afiliados en España. El mismo Cardenal Justiniani, Nuncio Apostólico á la sazón en esta Córte, y de quien menos podia esperarse, al tiempo de su partida se permitió pasar una nota sin fecha y harto destemplada, en la que dirigiéndose al Rey le esponia lo que en su concepto calificaba *Manifiesto de verdades amargas*; afirmando en él « que la Iglesia de España estaba en verdadera esclavitud; y que los Ministros del Rey turbaban su independencia, y procediendo con ignorancia oculta-

ban al Monarca lo que debia saber para su remedio; » estendiéndose á otras acusaciones tan infundadas como graves. El Rey no menos sorprendido que irritado con una comunicacion tan agena de un Prelado respetable de la Iglesia y Legado Pontificio , á quien habia dado tantas muestras de su benovolenca y dispensado pruebas inequívocas de ella , creyó que no debia de pasar este papel sin la demostracion y replica que por todos conceptos merecia. Ocupaba entonces el Ministerio de Gracia y Justicia y poseia toda su confianza el célebre Calomarde, cuya insuficiencia y escaso saber, especialmente en materias tan graves y delicadas, tampoco se ocultaban á la perspicacia de S. M. : encargole sin embargo la contestacion, dejándole entender que podria consultar el asunto con sugeto que reuniese todos los conocimientos necesarios para estenderla con la dignidad , decoro y firmeza que por si misma exigia. El Ministro , justamente tambien desconfiado de sus propias luces , se dirigió sin vacilar al integro y acreditado jurisconsultó Puig ; y este digno Magistrado, que á sus profundos conocimientos reunia una sólida piedad al par que una entereza de caracter y un

españolismo puro ; siguiendo los principios y las doctrinas , tan conocidas , de tantos Prelados y varones ilustres como le habian precedido, en análogas circunstancias, en el examen y discusion de estas delicadas cuestiones , estendió muy pronto y con toda la circunspeccion que le era característica, un sucinto pero tan luminoso y convincente informe, que de muy buena gana trasladaríamos aqui : mas no debiendo tener lugar en una biografía, nos contentaremos con decir, que su sola lectura bastó desde luego para tranquilizar el ánimo y calmar la conciencia de un Monarca, que preciándose del renombre de Católico, no habia podido oir la citada destemplada Nota sin un profundo y amargo dolor. Estaba en efecto todo él fundado en los buenos principios del derecho público y canónico, y reasumido , si se puede decir así , en las breves cláusulas que quedan puestas al frente de esta su biografía, y bastan para dar una idea de él , asi como por entonces bastó para poner un coto á sucesivas réplicas y nuevas exigencias de igual naturaleza. Habiendo ocurrido poco despues el fallecimiento del Gobernador del Consejo D. Bernardo Riega, Puig Samper por un propio impulso del Monarca

fué colocado al frente de él con el mismo caracter.

Agitábase precisamente en aquella época en este Supremo Senado una cuestion gravísima: se trataba de la Pragmática Sancion que se publicó luego en 30 de Marzo siguiente, revocando la disposicion del auto acordado del año 1713 en órden á la sucesion de la Corona ; no dejó de experimentar esta Pragmática en el Consejo de Castilla alguna resistencia , si bien no muy empeñada , de parte de ciertos Consejeros que, de notoriedad afiliados en el partido apostólico, la debatian y consideraban mas bien en el interes de él, que en el terreno de la legalidad y de conveniencia pública ; pero la respetabilidad y el peso de la opinion del nuevo Gobernador del Consejo, reunió y concilió fácilmente todos los dictámenes. Noticia de los desidentes y de sus nombres tuvo el Ministro Calomarde, y aun se mostró inclinado á hacer con ellos alguna poco grata demostracion ; pero el circunspecto Gobernador, para quien la libertad, la independencia y el secreto en las sesiones eran un principio y un dogma sagrado, procuró al instante desvanecer y frustrar los efectos de este

ruin y despreciable chisme, tan ageno por otra parte de la dignidad de los que ocupaban los primeros asientos de la Magistratura española: conducta que haciéndole cada dia mas recomendable á los ojos del Monarca, y del mismo ministro, hizo que se le diese un nuevo testimonio del alto aprecio y confianza que merecia, con los honores del Consejo de Estado, último grado de las distinciones á que en aquella época podia elevarse un hombre público.

Notorios son los sucesos ocurridos en el Real Sitio de S. Ildefonso en el mes de Setiembre del año 1832 (*), en cuya época al Rey Fernando, cerca de exhalar el postrimer suspiro, se le arrancó aquel famoso decreto que firmára con caracteres ininteligibles. Revocaba el Rey en él la Pragmática Sancion de Marzo de 1830, desheredando á sus hijas y restituyendo en su fuerza y vigor el auto acordado que la Pragmática habia derogado. Obra fue esta derogacion del mismo que habia protegido con ardor la publicacion de la Pragmática, si bien estimulado por intereses é intrigas propias y extranjeras,

(*) Véase la biografía de Fernando VII tomo III.

de todos conocidas. Dirigió Calomarde cerrado y sellado este famoso decreto al Gobernador del Consejo Real, Puig Samper, para que lo publicase en ocasion oportuna; y el venerable anciano, honra de la Magistratura, lo guardó con ánimo decidido de no publicarlo, conociendo los vicios legales de que adolecia. Tal fue la decision del respetable y entendido Puig Samper de no publicarlo, que apenas lo hubo recibido por extraordinario, el dia 26 de Setiembre, púsole entre sus papeles los mas reservados y secretos; y llamando á su virtuosa muger, depósito seguro de su confianza, la dijo. «¿ Ves este pliego? (enseñándole el exterior y sin decirle nada de lo que contenia) conócelo bien por su cubierta; pues este pliego no lo entregarás á nadie que no venga con una autorizacion espresa del Rey.» Tal era la importancia dada por Puig Samper á este documento, con cuya reserva hizo á Isabel II y al Estado el mas importante y señalado servicio. Nadie ignora ya el giro de aquellos acontecimientos, el cual hizo le fuese reclamado el decreto por el ministro Cafranga, sucesor de Calomarde, con el objeto de revocarle, como se verificó poco tiempo despues, y para cuyo efecto

le fue devuelto con inexplicable satisfaccion del previsor y justificado Puig.

Mas ya, en la época á que nos referimos, empezaban á rugir las pasiones, agitándose segun las impresiones y la direccion momentánea de las ideas, y de los intereses personales de los individuos, y ellas en los primeros dias de Diciembre del mismo año de 1832 dieron lugar á que el respetable Gobernador del Consejo, Puig Samper, fuese jubilado y separado de la escena política. Fué en efecto por decreto de 14 del mismo Diciembre, hiriendo su leal corazon con tan inesperado golpe, que se quiso atenuar concediéndole la Gran Cruz de Isabel la Católica, que Puig Samper recibió con el desden altivo que merecia, dadas las circunstancias en que se le conferia.

Dejó, pues, Puig Samper les negocios, en fin del año de 1832, para volver á ellos en los críticos momentos de la muerte del Monarca acaecida en Setiembre de 1833. Amaestrado el Rey Fernando por la esperiencia, en su testamento hizo disposiciones notabilísimas. Fue la principal consolidar y fortificar la Pragmática de Marzo de 1830, que renovando en su fuerza y

vigor la ley de Partida, ley que habia regido en Castilla siete siglos, establecia la sucesion regular á la Corona, que se habia querido alterar con la introduccion de un uso estrangero en el Auto acordado de 1713. Hizo mas todavia; instituyó un Consejo de Gobierno que auxiliase á la Reina Viuda, declarada Gobernadora Regente, en la gobernacion del Reino. Notable por mas de un concepto fue la eleccion de los individuos que debian componer este Consejo, destinado á llenar los deberes que la ley de Partida atribuye á los guardadores del Rey niño. Hombres eminentes de todas las clases y carreras fueron elegidos, y entre ellos algunos que desde el destierro ó confinamiento impuesto por el mismo Monarca, á impulso de las parcialidades y exigencias de los partidos extremos, debian sin embargo sentarse en el Consejo de Gobierno, instituido por la disposicion testamentaria del Rey, para aconsejar á la Augusta viuda.

Ocupó un asiento en este alto Consejo de Gobierno nuestro Puig Samper, quien respondiendo á confianza tan distinguida, sin volver la vista á sucesos pasados, y no poniendo sus ojos sino en el brillo y honor de la Corona y en el

bien público, se dedicó á desempeñarla con todas sus fuerzas, y con la lealtad y prudencia que tan acreditada tenia en su dilatadísima carrera, distinguiéndose entre sus dignos compañeros por su constante celo, y por las oportunísimas reflexiones hechas en el exámen y discusion del Estatuto Real, el mas grave negocio que se presentó en el Consejo de Gobierno despues de su instalacion.

Asi continuó Puig Samper hasta la mitad del año 1834, en cuya época empezó á presentir su fin. No debieron dejar de influir en el decaimiento de sus fuerzas, ya agotadas por sus 80 años cumplidos, las continuas y profundas meditaciones acerca de los peligros que su previsora esperiencia le hacia ver en el porvenir de su Patria, á cuyo servicio habia consagrado 47 años de incesantes desvelos. En efecto, el 25 de Noviembre de 1834, con la tranquilidad del justo, con la calma del cristiano, asistido de los cuidados de una esposa, modelo de virtud y ternura, y en los brazos de amigos sinceros, pagó este ilustre varon, magistrado sin mancilla y honor de la toga española el tributo debido á la naturaleza. Buen padre, esposo tierno, amigo

leal, debió ser llorado y lo fue en efecto por su familia y por sus amigos, que habian conocido y apreciado sus virtudes y sus talentos. La España perdió á su muerte un hombre de Estado y un Magistrado probo, cuyos servicios eminentes le dán un lugar merecido entre los Españoles célebres del siglo XIX.







D. A. ALCALÁ GALLAND.

1840

D. ANTONIO

ALCALA GALIANO.

«Podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que no solo es el primer orador político de España, sino que puede compararse con los mas eminentes de las otras naciones.»

GALERIA DE ESPAÑOLES CELEBRES
CONTEMPORANEOS.

Si en los anales de los pueblos guerreros ocupan justamente un distinguido lugar los capitanes que mas se han señalado por sus grandes conocimientos estratégicos en las batallas, y por su saber en todos los ramos que constituyen su profesion; con igual derecho y

justicia deberan ocuparlo en la historia de los gobiernos representativos, los que en las luchas parlamentarias, poseyendo el don de la elocuencia han combatido con notable brillo; y mucho mas si, como el personaje de quien vamos á ocuparnos, reúnen á la facilidad en el decir un vasto saber, y un profundo y variado cúmulo de conocimientos. La celebridad de D. Antonio Alcalá Galiano, como literato profundo y orador eminente, si bien no data de esta última época, en ella ha tenido mayor ocasion de ostentar la riqueza de su ingenio y la fecundidad de su palabra, adquiriendo fama en la opinion pública, ya porque los sucesos de estos últimos tiempos han sido mas variados y de mayor duracion, y ya tambien porque los años transecuridos desde la aparicion en el mundo político del Sr. Galiano, las desgracias experimentadas por él, y los adelantamientos que en las teorías constitucionales se han hecho durante este periodo, le han proporcionado conocimientos y desengaños, que al paso que le han elevado á mayor altura, le han puesto en el caso de ser una escepcion de aquellos que en las emigraciones nada aprenden, ni nada olvidan.

Don Antonio Alcalá Galiano nació en Cádiz el 22 de Julio de 1789, siendo sus padres el distinguido oficial de marina D. Dionisio Alcalá Galiano, muerto en el combate de Trafalgar, (*) y Doña Maria de la Consolacion Villavicencio, Señora de grandes virtudes y de no escasa instrucción, prendas muy apreciables, si por desgracia poco comunes, en las personas de su sexo. Hijo Galiano de un militar, era natural que siguiera la misma carrera; y así fue que á los siete años de edad obtuvo la gracia de Cadete de Reales Guardias Españolas, para vestir el uniforme desde luego, y contar antigüedad al cumplir los doce. Su padre en sus largos viajes marítimos habia conseguido proporcionarse un caudal mas que mediano, y que hubiera podido procurar á sus dos únicos hijos una subsistencia acomodada é independiente. D. Antonio sin embargo quiso seguir sirviendo, despues de cumplida la edad; acompañó á su padre en dos viajes á Nápoles, y durante ellos cobró tal afición á la marina, que hubiera seguido esta carrera si su padre lo hubiera consentido.

(*) Véase su biografía tomo V.

Vuelto á Cádiz Galiano, estableció con otros jóvenes de su edad, una Academia de Bellas Letras, de la cual fue protector el desgraciado Marqués del Socorro, D. Francisco Solano, y que emprendió trabajos importantes, tanto mas si se atiende al estado en que en aquella sazón se hallaban las letras en España.

Muerto su padre en la batalla de Trafalgar, el jóven Galiano pensaba en seguir la carrera diplomática, en la que le habia ofrecido un destino el Príncipe de la Paz; pero el heróico fin de D. Dionisio, en vez de adelantar la colocacion de su hijo la atrasó, pues pasó este á Madrid, donde permaneció dos años sin seguir carrera alguna. Sobrevinieron entonces la caída del Príncipe de la Paz, y el advenimiento de Fernando VII al Trono, quien nombró su Ministro á D. Miguel Jose de Asanza, muy amigo de los Galianos, y el cual ofreció cumplida y eficaz proteccion á D. Antonio, que se le presentó. Ocurrió poco despues el viaje del Rey á Bayona, y el levantamiento general de la nacion contra los franceses. Galiano, que solo contaba entonces 19 años, se entusiasmó por la causa de la independencía, hasta tal punto que

al regresar Asanza de Bayona con el Rey José, rehusó las ventajas que se le ofrecían bajo el Gobierno del intruso Rey. Escribió entonces algunos artículos sobre política y contra la usurpacion de Bonaparte, y una *Cda* á las victorias de Bailen, Zaragoza y Valencia, obras que aunque llenas de talento y entusiasmo, descubrian la inesperienza de su autor, novel todavía en la carrera literaria.

Pensó entonces Galiano en volver á la vida militar para pelear contra los enemigos de su patria; pero le detuvo una pasion desgraciada, que á la edad de 19 años le hizo contraer un imprudente matrimonio.

Cuando entró Napoleon en Madrid se retiró Galiano á Cádiz, donde escribió en los periódicos muchos artículos sobre las cuestiones del momento. Sus doctrinas en aquel tiempo, si bien eran de las mas avanzadas en el liberalismo, no eran sin embargo tan revolucionarias ó estremadamente democráticas como han supuesto algunos de sus biógrafos, pues en 1811 defendió en *El Redactor General* (periódico que se publicaba en Cádiz cuando se discutia la Constitucion) la sancion real, que tuvo despues en

las Cortes muchos opositores, y entre ellos el Conde de Toreno.

En Febrero de 1812, siendo uno de los Regentes su tío materno D. Juan Villavicencio, y Ministro de Estado D. José Pizarro, fue nombrado Galiano Agregado á la embajada de S. M. en Lóndres; pero de resultás de una desavenencia que tuvo con el Embajador nombrado, el Conde Fernan Nuñez, no pudo pasar á su destino, y quedó en clase de agregado en la Secretaría de Estado, en la que permaneció año y medio á satisfaccion de sus gefes. Poco faltó para que no saliera con escándalo de la Secretaria, de resultas de un artículo violento que escribió y publicó contra la Regencia, de que era parte su tío, por su espesiva condescendencia con el Gobierno inglés y con el Duque de Ciudad-Rodrigo; merced á la mediacion del Ministro de Estado D. Pedro Labrador, logró Galiano conservar su empleo.

En 1813 fue promovido á Secretario de legacion en Suecia, cuyo destino desempeñó con inteligencia y celo, regresando con licencia á Cádiz á fines de 1814. Pero al poner los pies en su patria, encontró la escena cambiada: abolida

la Constitución por el decreto de Valencia, disueltas las Cortes, encausados ó sufriendo condena muchos de sus principales Diputados, se habia verificado una reaccion espantosa á la par que estúpida; é indudablemente mas sanguinaria y bárbara que la que habia precedido. Tal era la situacion de España cuando regresó á ella Galiano, á quien causó tanta pesadumbre el mal estado de los negocios públicos, que estuvo á punto de resolverse á no servir al despotismo y retirarse á sus hogares. Entonces le asaltaron tambien grandes desgracias de familia, y por distraerse de ellas se entregó á una vida alegre y licenciosa, que dió márgen á justas censuras, y ha servido despues de ocasion á injustísimas calumnias y á perversas difamaciones, que emplearon sus enemigos y que llegaron á tener crédito entre los que no le conocian de cerca: entonces ya se habia corregido Galiano de su vida disipada, fruto mas bien de inmerecidas desgracias que de malas inclinaciones.

En aquel tiempo tomó parte en varias é inútiles tentativas para derribar al gobierno absoluto. Estaba á punto de embarcarse Galiano en Gibraltar para ir á ocupar su destino de Secre-

tario de la legacion en el Brasil, cuando tuvo noticias de los grandes acontecimientos que se preparaban en la Península: suspendió su marcha, regresó á Cádiz, donde entró oculto y permaneció escondido cerca de cuatro meses, no pudiendo salir por estar incomunicada la ciudad á causa de la fiebre amarilla que en ella reinaba. Después de este tiempo pasó en secreto á tratar con sus compañeros de planes del ejército; y no sin grandes riesgos, contribuyó muy principalmente al levantamiento del ejército expedicionario que proclamó la Constitucion en 1820. Al efecto se juntó con dicho ejército en la Isla de San Fernando, espidió proclamas, y se encargó con D. Evaristo San Miguel de la redaccion de un periódico destinado á defender el levantamiento y á propagarlo en el resto de la Monarquía. Al fin quedó solo encargado Galiano de la redaccion del periódico, pero él y su compañero tuvieron el atrevimiento de firmar el primer número, compromiso generoso, hijo de una fé viva y de un entusiasmo respetable, que hubiera costado la vida á sus autores á no haber triunfado su causa.

Con el triunfo de la causa constitucional lo

gró Galiano un ascenso de escala en su carrera, entrando de último Oficial en la Secretaría de Estado.

El trastorno verificado en las instituciones del país, dió lugar á la creacion de las sociedades patrióticas, y una de las primeras que se establecieron fue la de la Isla de San Fernando, en la que Galiano principió á hablar en público, dando desde luego muestras de sus grandes cualidades oratorias. Trasladado á Madrid, habló tambien en la sociedad de la *Fontana de Oro*, descollando siempre por sus discursos sobre los demas oradores, pues ya hablase Galiano de cuestiones políticas ó de asuntos de gobierno, el vigor de su palabra, la gracia y soltura de su decir, la lucidez de sus ideas y la vehemencia de sus espresiones, cautivaba la atencion y enardecia el ánimo de su numeroso auditorio. Desde entonces cundió por España su fama de orador, con general admiracion.

A la par que las sociedades patrióticas, se establecieron entonces otras secretas que les daban impulso; Galiano ejercia sobre ambas no poco influjo. D. Agustin Argüelles era Ministro de la Gobernacion (*), y otras celebridades del

(*) Véase su biografía, tomo V.

año 12 dirigian los negocios públicos; y no habiendo premiado á los nuevos patriotas como estos creian merecerlo, dieron lugar á una division que el curso de los sucesos hizo cada dia mas profunda. Mandado disolver el ejército de la Isla, el Ministerio hizo venir á Madrid á su gefe el General Riego, y esta medida fue atacada con vigor por Galiano y los suyos. La venida de Riego á Madrid dió lugar á graves desórdenes, que obligaron al Gobierno á enviarle de cuartel á Oviedo, el dia 5 de Setiembre; y el mismo dia hizo Galiano renuncia de su destino, dando por motivo que siendo opuesto á la conducta del Ministerio, ni aun como empleado subalterno podia servirle.

Al dia siguiente 6 de Setiembre de 1820 hubo una sedicion contra el Ministerio del Señor Argüelles, en la cual no tuvo parte Galiano, pues estaba tan ageno de ella, que al oír la gritería de los insurrectos, desde la tribuna donde peroraba, censuró ágríamente aquella manera de hacer la oposicion. Continuó Galiano haciendo *una guerra obstinada al Ministerio, el cual al fin se recompuso con algunos hombres mas populares, y el Sr. Argüelles pareció alargar la*

mano á los mismos contra quienes habia combatido pocos dias antes. Mandó sin embargo cerrar las sociedades patrióticas, con lo cual se restableció por algun tiempo la pública tranquilidad.

El Rey se manifestaba cada dia mas hostil á la causa constitucional; sin consultarlo con sus Ministros, nombró Capitan General de Madrid á una persona conocida por su desafeccion á las instituciones liberales, y se negó á sancionar la ley sobre Regulares, (*) cediendo solo de su empeño cuando se vió amenazado por una sediccion, que sino era favorecida secretamente por los Ministros, no era mal mirada por ellos. Entouces se pensó en abrir de nuevo la Sociedad de la *Fontana*, y el Ministerio para estrechar mas la amistad con los hombres de la revolucion, hizo venir de sus destierros y empleó á los que habian sido espulsados de Madrid, y entre ellos al mismo caudillo que poco antes habia sido origen de todos sus recelos. Entouces aceptó Galiano la Intendencia de Córdoba, por haber cesado ya el motivo que anteriormente le obligara á renunciar su destino.

(*) Véase la biografía de Fernando VII tomo III.

Marchó á aquella ciudad, desempeñando en ella su nuevo empleo durante casi todo el año 1821, y en dos ocasiones, aunque interinamente el gobierno político. En una de ellas anuló las elecciones de Ayuntamiento de Lucena, infringiendo algunas disposiciones de las leyes vigentes. Mandósele formar causa, pero cuando llegó la orden, acababa de ser elegido Diputado á Cortes por Cádiz, en la elección general hecha en Diciembre de 1821 para las Cortes de 22 y 23. Desempeñó la intendencia con bastante acierto, á pesar de no ser este destino de los mas análogos con sus aficiones.

Pasó Galiano á Cádiz que estaba casi en rebelion con el Gobierno, y se opuso á que continuara aquel estado de resistencia; pretension que contribuyó á hacer un tanto impopular entre los mas ardientes revolucionarios al recién elegido Diputado. Vuelto Galiano á Madrid tomó asiento en las Cortes, y se declaró uno de los corifeos del partido exaltado, volviendo á recobrar su afecto con la oposicion que hacia al Ministerio del Sr. Martinez de la Rosa. Entonces se unió muy estrechamente con D. Francisco Javier Isturiz, su colega por

Cádiz, y con D. Angel Saavedra, hoy Duque de Rivas.

La mayoría de aquellas Cortes era producto del partido mas exagerado, de modo que el Ministerio tenia que luchar, ademas de los manejos ocultos del Rey contra la Constitucion, con una oposicion desenfrenada y perenne Galiano combatió constantemente aquel Ministerio, hasta que despues de las ocurrencias del 7 de Julio se cambió el Ministerio, entrando á reemplazarle otro, cuyas personas pertenecian al partido mas estremado.

Convocadas Córtes extraordinarias para el 7 de Octubre de 1822, Galiano formó tambien parte de ellas, y apoyó las medidas escepcionales propuestas por el Gobierno, pronunciando escelentes discursos, sino por la esactitud de los principios por su elocuencia. Otra de las discusiones en que mas se distinguió el orador gaditano, fue en la que tuvo lugar con motivo de la proposicion hecha por él para que se dirigiera un mensaje á S. M., en contestacion á las célebres notas pasadas por las potencias extranjeras, despues del Congreso de Verona. El Ministro San Miguel llevó á las Córtes la

respuesta á ellas, y fue aplaudida despues de concluida su lectura por todas las opiniones de la Asamblea. Nombrose una comision, la cual presentó su dictamen el 11 de Enero, de acuerdo con las contestaciones dadas por el Gobierno. Galiano, como hemos dicho, pronunció elocuentes discursos en esta ocasion, y él y los demas oradores esperaban que como en 1808 la Nacion se alzaria en masa para combatir á los estrangeros; sin tener en cuenta que el pueblo no podia defender lo que no conocia, y que los desórdenes á que habia dado lugar la mal entendida libertad, lejos de atraer á las instituciones liberales el aprecio de los pueblos, y de interesarles en su defensa, les hacian odioso un régimen que destruia sus creencias, y que ningun bien les habia reportado. Sea como quiera, el entusiasmo patriótico ahogó la voz de la razon, y Galiano y Argüelles fueron llevados en triunfo por la plaza del Congreso al salir de la sesion. Desde entonces estos dos campeones del liberalismo contrageron una amistad asi pública como privada, que duró hasta el año de 1836. Galiano, á pesar de sus triunfos en el Congreso, no abandonó las sociedades

patrióticas; volvió á hablar en la Fontana, y queriendo hacerlo una noche en la llamada Landaburiana, que era de los Comuneros y estaba presidida por Romero Alpuente, se vió precisado á abandonar la tribuna por los silvidos de aquel turbulento auditorio. Testimonio evidente de cuan fácil es perder la popularidad en medio de las variedades de una revolucion, y cuando aquella no se apoya en hechos y beneficios de todos reconocidos y aprobados.

Sabidos son, y los hemos referido en otra parte, los acontecimientos á que dió lugar la entrada de las tropas francesas en España, y la retirada del Gobierno y las Cortes á Sevilla. Adelantándose los enemigos hácia esta ciudad, se trató de refugiarse en Cádiz; y no queriendo ceder el Rey á las instancias de sus Ministros, en la sesion del 11 de Junio de 1823 hizo Galiano una proposicion para que el Ministerio se presentase en las Córtes, y manifestase las providencias que habia tomado para poner en seguridad la Persona del Rey. Habiendo contestando el Gobierno que S. M. no se habia resuelto todavía á refugiarse con las Córtes en parage seguro, propuso entonces Galiano que

se le dirigiese un mensaje, manifestándole la necesidad de hacerlo. Aprobada la mocion, se dirigió un mensaje á S. M., quien contestó, que como Rey, ni su conciencia, ni el afecto que profesaba á sus súbditos le permitian abandonar á Sevilla, aunque como particular no hubiera tenido inconveniente en hacerlo. Oida por las Córtes la respuesta del Rey, tomó la palabra Galiano y suponiendo que semejante negativa no podia nacer sino de hallarse S. M. en estado de delirio momentáneo, creyó haber llegado el caso señalado por la Constitucion, é hizo la siguiente proposicion. «Pido á las Córtes, que en vista de la negativa de S. M. á poner en salvo su Real Persona y Familia, se declare que es llegado el caso de considerar á S. M. en el impedimento moral señalado en el artículo 187 de la Constitucion, y que se nombre una Regencia provisional, que para el solo caso de la traslacion reuna las facultades del poder ejecutivo.» Aprobada la proposicion, nombróse la Regencia compuesta de D. Cayetano Valdés, D. Gabriel Ciscar y D. Gaspar Vigodét, y las Córtes se trasladaron á Cádiz. Galiano tomó poca parte en sus deliberaciones, y destruido completa-

mente el sistema constitucional pasó á Inglaterra. En la causa que se formó sobre su proposicion de Sevilla, y por la parte que tuvo en la insurreccion de la Isla, fue condenado á muerte en rebeldía, en dos distintas sentencias.

Residió Galiano en Inglaterra siete años, dando lecciones de lengua y literatura española, y escribiendo varios capítulos sobre política y literatura en las mas acreditadas Revistas de aquel pais, en el cual mereció de muchos de sus habitantes grandes atenciones y obsequios. Habiéndose creado en Lóndres una grande Universidad, en la que se estableció una cátedra de literatura española, fue confiada á Galiano, y dió en ella, por espacio de dos años, sábias lecciones de nuestra literatura antigua y moderna, que proporcionaron tanta instruccion á los discípulos como merecida reputacion al catedrático.

Verificada en Francia la Revolucion de 1830, pasó Galiano á París, donde permaneció año y medio, trasladándose desde allí á Tours, donde residió dos años, muy apreciado de aquellos habitantes. La muerte del Rey Fernando VII, y la amnistia dada por el Ministro Martinez de

la Rosa , que no escluía á Galiano como las anteriores , le permitió regresar á su patria , y llegó á Madrid á mediados de Julio de 1834. Desde luego escribió en *El Observador* y en *El Mensajero de las Córtes* , quedando solo en este último , que se unió despues con la *Revista Española* , bajo el título de *Revista Mensajera*. Todos estos periódicos fueron de oposicion al Gobierno , si bien templada y cual solia hacerse en aquella época.

Elegido Galiano Procurador á Córtes por la provincia de Cádiz en Setiembre de 1834 , si bien su oposicion á los Ministros fue mas vehemente que la que habia hecho en su periódico , manifestó sin embargo en algunas ocasiones que sus doctrinas eran ya muy diferentes de las sustentadas por la mayoría de las Córtes de 1823. Reemplazado el Ministerio del Sr. Martinez de la Rosa por el Sr. Conde de Toreno , le hizo tambien Galiano la oposicion , si bien con mas templanza que antes.

La oposicion revolucionaria de los Estamentos pasó , como era natural , á las calles. En el verano de 1835 se sublevó la Milicia Urbana de Madrid , coincidiendo con esta sublevacion

otras en las provincias. Galiano no solo no tomó parte en el motin, ni concurrió á la Plaza mayor, sino que lo desaprobó espresamente, considerando mas grave y peligroso el remedio que la enfermedad. Sin embargo despues de vencida la sedicion, fue puesto preso é incomunicado en la cárcel de Córte, con otros Diputados, y este tratamiento le irritó contra los Ministros mas de lo que era debido, y desde entonces, aunque nunca aprobó las Juntas, principió á disculpar el pronunciamiento.

Derribado el Ministerio presidido por el Conde de Toreno, se unió Galiano con su sucesor Mendizabal, á quien tuvo la desgracia de creer por algunos momentos, sino un hombre de Estado entendido, un Ministro á propósito para tiempos de revueltas. La esperiencia le habrá desengañado despues, del funesto legado que hizo el Conde á la nacion, con haber traído á España á Mendizabal. Galiano sostuvo á este Ministro, y en aquel tiempo fue nombrado Ministro del Consejo Real en la seccion de Marina, siendo entonces Intendente de provincia cesante, y disfrutando como tal de un crecido sueldo.

Una de las partes principales del programa

de Mendizabal, era la promesa de convocar Cortes Constituyentes que reformasen el Estatuto; al efecto presentó el Ministerio á las Cortes un proyecto de ley electoral, y Galiano, individuo de una junta nombrada para el mismo objeto, estendió un plan de eleccion directa, en el cual quedaba muy restringido el derecho electoral, y que revelaba un inmenso adelanto en los buenos principios monárquico-constitucionales. Abriéronse las Cortes, y Galiano volvió á defender con calor á Mendizabal; y empeñado el debate sobre la ley electoral, y particularmente sobre si la eleccion debia ser por provincias ó por distritos, empleó su influjo para que el Ministerio disolviera aquellas Cortes; medida que Mendizabal resistió por mucho tiempo, pero que al fin se llevó á efecto en Enero de 1836. Mendizabal se separo entonces de Galiano, y en las elecciones apareció este unido con su amigo Isturiz, y en oposicion contra un Ministerio al cual habia apoyado poco antes con calor: Galiano en fin habia cambiado de opiniones políticas. Este hecho es el que han censurado sus enemigos con mas acritud, si bien en nuestro concepto Galiano dió en ello una

prueba de que no habian pasado para él inútilmente los años, y que sus convicciones actuales eran hijas de la esperiencia y de los sucesos. El partido progresista sufrió una gran pérdida con su separacion, y se ensañó contra Galiano, calumniándole con acusaciones tan falsas como ridículas.

El 15 de Mayo de 1833 cayó el Ministerio Merdizabal, y le reemplazó el presidido por el Sr. Isturiz, y en el cual entró Galiano como Ministro de Marina. Este Ministerio, de corta duracion, no pudo llevar á cabo la idea de dar á España un gobierno regular y estable; y despues de disueltas las Córtes y de sublevadas algunas capitales de provincia, tuvieron lugar los escandalosos sucesos de la Granja (*) que derribaron el Ministerio y restablecieron la Constitucion de 1812. Galiano, objeto del furor de los exaltados, tuvo que refugiarse en Francia, y se estableció en París, donde residió por algun tiempo. El Gobierno de Madrid, aunque constitucional, le condenó sin formacion de causa, y por un simple decreto, lo mismo que á

(*) Véase la biografia de la Reina Doña María Cristina de Borbon, tomo IV

otros españoles de distincion que tambien se habian ausentado , á la pérdida de sus empleos y secuestro de sus bienes. Galiano no quiso jurar la Constitucion de 1812 , pero sí la de 1837, luego que la aceptó S. M. Sobrevinieron los sucesos de Aravaca (*) y la caida del Ministerio Calatrava ; se disolvieron las Córtes Constituyentes , y en las nuevas elecciones triunfaron en gran mayoría los adversarios de la política del último Ministerio. Galiano , que desde París se habia trasladado á Pau , regresó á España en Noviembre de 1837 , habiendo sido elegido Diputado por Cádiz. Tomó asiento en el Congreso , votó con la mayoría , y dió un franco y decidido apoyo al Ministerio presidido por el Sr. Conde de Ofalia. En las graves cuestiones que se discutieron en aquellas Córtes tomó Galiano una parte muy principal , pronunciando elocuentes discursos , en especial , en la discusion de la ley de Ayuntamientos , y en la de los estados de sitio. Derribado el Ministerio Ofalia por el ilegal influjo del General Espartero , y sustituido por el que presidia el Sr. Perez de

(*) Véase la Biografía del General Espartero tomo V.

Castro, se disolvieron aquellas Córtes y se convocaron las de 1839, en las cuales no tuvo cabida Galiano. Disueltas estas tambien y convocadas las de 1840, fue elegido Diputado por la provincia de Pontevedra, teniendo el disgusto de no serlo por la de Cádiz que siempre habia representado; disgusto que ha sufrido tambien despues como veremos mas adelante, y exclusion que hace muy poco favor á una provincia que deberia honrarse siempre con tener por su representante á un hombre de la elocuencia y saber del Sr. Galiano, prendas que le tienen destinado siempre un lugar en el Parlamento.

A pesar del apoyo dado por Galiano á varios ministerios, á pesar de sus conocimientos y servicios, y en una época en que tanto se han prodigado las condecoraciones, ha podido y puede gloriarse, como ha dicho uno de sus biógrafos, «de tener tan limpio el ojal de la casaca, como el bolsillo y la conciencia.»

Galiano, escaso de recursos y aficionado á escribir, lo hizo en Junio de 1838 en *el Correo nacional*; y cuando este periódico hizo la oposicion en el mes de Octubre al partido moderado, pasó á redactar *la España*, y poco

despues *el Piloto*. En Junio de 1840 se hallaba Galiano en el Escorial, cuando llegó á Madrid la noticia del motin de Barcelona. No asistió de consiguiente á la última sesion que celebraron aquellas Córtes, aunque afirmaron lo contrario los diarios progresistas, diciendo que estaba allí pálido y demudado; y despues de suspensas regresó al Escorial, donde le sorprendió la revolucion de 1.^o de Setiembre. Se hallaba en aquel sitio con algunas otras personas distinguidas, cuando tuvo aviso de que una turba de alborotadores de Madrid pensaba ir contra ellos, por haberse dicho pocos dias antes que estaban alli reunidos y conspirando los *Jovellanistas*, nombre con que se designaba con refinada malicia y siniestra intencion á algunas personas del partido moderado. Huyó en consecuencia del Escorial, en compañía del Marqués de Viluma y de su hermano el ahora General Pezuela, dirigiéndose á Castilla la Vieja con ánimo de ir á Martin Muñoz de las Posadas, donde una hermana del Marqués tenia casa, y pasar alli la tormenta en la oscuridad; pero reconocidos al atravesar Villacastin, un oficial que mandaba una partida de tropa

resolvió prenderlos sin saber él mismo la razón. Envió tras ellos una partida de caballería, que por fortuna no los alcanzó en el camino, sino ya en Martín Muñoz, donde quedaron libres por ser allí conocidos, y otro el carácter del oficial que mandaba la tropa. Esto dió lugar á que se estendiera por Madrid la voz de que Galiano había caído en poder de la junta revolucionaria de la Capital, y que esta le había puesto en libertad. Esta ocurrencia, descubriendo que se hallaban en Martín Muñoz, hizo imposible su permanencia allí, y de consiguiente anduvieron ocultos por Castilla la Vieja, fueron á parar á los baños de Ledesma, donde encontraron al desgraciado General Latre fugitivo de Valladolid, y al cual estuvieron á punto de acompañar cuando fue á hacerse fuerte en Ciudad-Rodrigo, donde fue vilmente asesinado. Sin embargo, poco tiempo después de preso el General, se buscó á Galiano que se creía estar su lado, al paso que, separándose este de sus compañeros, regresaba al Escorial y desde allí á Madrid, en donde entró ocultamente al anochecer del 1.^o de Octubre.

Renunciada la Regencia por la Reina Madre,

triunfantes los sublevados, y disueltas por otra parte las Córtes, resolvió Galiano pasar á las Provincias Vascongadas, donde no dominaba la opinion triunfante en las demas de España. Movíale á esto, el haber abogado Galiano en *el Piloto* y en las Cortes (en Marzo de 1840, en la discusion sobre la respuesta al discurso de S. M.) por el reconocimiento de los fueros, y recibido de las diputaciones de aquellas provincias acciones de gracias, y promesas de buena acogida si llegase á necesitarla. Despues de no pocas dificultades, obtuvo pasaporte para Santander, residió allí pocos dias, y pasó despues á Bilbao, donde llegó el 29 de Enero de 1841. Fue bien recibido de aquellos naturales, y contrajo estrecha amistad con el malogrado jóven D. Manuel Urioste de Laerran, editor del periódico *el Vascongado*, que condenado á muerte por los sucesos de Octubre de 1841, ha fallecido despues en la Habana. Sin embargo, no escribió constantemente en aquel periódico, como han asegurado otros biógrafos, y solo lo hizo alguna vez y á pesar suyo por complacer á su amigo. Despues de Abril dejó Urioste *el Vascongado*, y el impresor rogó á Galiano que

se encargase de él, haciendole partidos ventajosos, que no quiso aceptar por no comprometer con sus escritos á las Provincias en las cuestiones pendientes sobre fueros; tomolo en consecuencia á su cargo D. Antonio de la Escosura y Hevia, hasta que herido este gravemente en un lance de honor, y siendo perjudicial que cesase el periódico, hubo de recurrir para que en él escribiese á D. Antonio Benavides; pero este, de paso en Bilbao, se ausentó pronto, y Galiano hubo de tomar á su cargo *El Vascongado*, interin el herido convalecia, procurando y logrando escribir cosas insignificantes, hasta que acalorándose cuando la cuestion de la tutoria, se espresó con violencia. Disgustó con ello á algunos, y al momento dejó el periódico, escribiendo sin embargo alguna vez articulos sobre literatura y teatros.

Sobrevinieron despues los acontecimientos de Octubre de 1841, y el levantamiento de las provincias; y aunque de ello tenia noticia, no tomó parte alguna en aquellos sucesos, ni desempeño ninguna comision despues de efectuado el movimiento, durante el cual solo publicó un articulo en *el Vascongado*.

Acabada desgraciadamente aquella empresa, huían de Bilbao los comprometidos, y con ellos casi todos los forasteros que allí estaban; pero Galiano creyendo que como nada había hecho en aquel lance, nada tenía que temer, se resistía al principio á marcharse. Por último, persuadiéronle sus amigos del grave riesgo que corría, tanto de parte de los vencedores que iban á entrar, cuanto del vulgo bilbaino furioso contra los castellanos, á quienes achacaba sin distinguir de personas su desventura. Salió de Bilbao, á pie y con un guía desconocido, y antes de juntarse con este tropezó con un hombre vestido con el uniforme de la Milicia Nacional, que despues de amenazarle é insultarle, le sacó el poco dinero que llevaba. Al llegar á Zornoza, se encontró con varios comprometidos que intentaron inutilmente persuadirle á que con ellos se fuese á Francia. Era para esto necesario dinero, y Galiano carecía de él; además le repugnaba el emigrar por tercera vez, y mientras estaba en estas dudas, su guía le propuso irse á un caserío en los montes, donde podía estar oculto con seguridad, no pudiendo recelar nadie que fuese aquel su paradero. Hi-

zolo así, y aunque las buenas gentes de la casa le recibieron bien, sufrió, á pesar de su bondad, horribles privaciones. Sin un libro, casi sin una persona con quien hablar, por entenderse allí poco el castellano, hasta sin luz de noche por no gastarse allí otra que la llama de la leña del hogar, sin navajas para afeitarse, sin peines; el desaliño y desaseo físico junto con las penas, le quitaban hasta las distracciones que hacen mas llevadero un peligro inminente. Acongojado por la suerte de su esposa, á quien habia dejado en cinta, y con un hijo de cuatro años, desvalidos, casi sin recursos, en tierra como estraña, fue su única distraccion, alguna vez, volver á la poesia, que habia cultivado en sus primeros años, y compuso versos alusivos á su desdichada situacion. Entre ellos escribió dos sonetos con un palillo mojado en pólvora desleida en vinagre, con el encargo de que si moria á manos de los vencedores, como lo creia seguro, se sacase de aquellas toscas letras un *fac simile*, y se vendiese á beneficio de su familia, persuadido de que la curiosidad facilitaria su venta.

Embebido en tan tristes ideas, pasó así

ocho ó nueve días en su encierro, ignorando su esposa el lugar donde se ocultaba, si bien sabía que se hallaba oculto. Presentóse esta al General Alcalá, que había ido por aquellos días á Bilbao, manifestándole que su esposo no habiendo querido emigrar se había ocultado, pues aunque ninguna parte había tenido en el alzamiento, debía temer los efectos de la violencia que era de recelar á la entrada de las tropas del Gobierno. Contestóla el General, que aunque le constaba la no participacion de su esposo en el alzamiento, haria bien sin embargo en permanecer escondido, y que como tenia enemigos poderosos, de poco le serviria el pasaporte que él le diera para otro punto. La invitó á que volviese á verle dentro de algunos días, esperando poderla dar entonces mejores noticias. Alegre como es de suponer la esposa de Galiano, le despachó al guia que la había acompañado, y que era el único sabedor del lugar donde se ocultaba, y que llegó á darle tan buenas nuevas á los once días de su voluntario encierro; pero el General Alcalá había engañado á la esposa de Galiano, y al dia siguiente salió de Bilbao y entró en su lugar, aunque bajo sus órdenes.

el feroz Zurbano, que con el favor de Espartero, a nadie obedecía. Presentóse á él la esposa de Galiano, y le refirió lo mismo que antes había dicho al General Alcalá; Zurbano, que estaba comiendo, la contestó: «Que él no quería engañar á nadie ni era propio de su genio; que si echaba la vista encima de su esposo, no viviría dos horas, pues le mandaría arcabucear sin juzgarle, como lo estaba haciendo con otros; que no quería matarle, pues no conociéndole no podía tenerle mala voluntad; que deseaba se escapase á Francia, y que sería bueno le aconsejasen el hacerlo disfrazado, y vestido de carbonero; que le sería sensible desperdiciar dos ó tres balas en su cabeza, y que por lo tanto no le mandaría buscar, pero tampoco le perdonaría si por casualidad le llevasen á su poder.» Contestó á esto la afligida esposa de Galiano: «Que él tenía en sus emisarios buenos perros de caza que le descubriesen.» A lo cual contestó Zurbano con una risa feroz, y como celebrando la ocurrencia: «Que era muy cierto.» Mostróse muy enfadado, al replicarle aquella Señora que su esposo era inocente, como lo probaría si fuese oído, diciendo: «Oído no, pues

donde yo mando no se escribe una letra ; en empezando por fusilarle, despues podrá formársele causa,» sin que el estado en que se hallaba ni las desgracias de aquella Señora fuesen bastantes para que aquel bárbaro General la tratase con mayor consideracion. Inmediatamente dió aviso á su esposo, aconsejándole que se fuese a Francia, cosa dificil de verificar y mucho mas careciendo de dinero.

Habiendo descubierto los vecinos de la casa en que se hallaba Galiano que habia allí un extraño, el dueño de ella, sin amedrentarse por el peligro que corria su vida si era hallado, creyó sin embargo que seria mas conveniente pasar a otro caserío, que habitaba un pariente suyo, lo cual verificó en la madrugada del 6 al 7 de Noviembre. Este nuevo asilo proporcionó á Galiano un cuarto interior, del cual no salia. Nadie hablaba allí castellano, y en aquel encierro pasó treinta y cinco dias, en medio de las mayores privaciones. El 9 de Diciembre se aproximaron soldados á la casa, y el dueño de esta, menos valiente y amable que el de la anterior, se asustó mucho, y metió á Galiano por una trampa en un tenebroso y frio sótano, donde

permaneció algunas horas, hasta que alejándose los soldados, le intimó el dueño de la casa que no queria tenerle por mas tiempo. En esta cruel ansiedad pasó Galiano dos dias, hasta que el 11 por la noche apareció su guia, para sacarle de la casa y llevarle á orillas del Nervion, donde debia embarcarse para Francia. Pasó aquella noche en Durango en casa de unos parientes del mismo guia, y al amanecer del 12 se puso en camino á caballo, no sin gran peligro, pues era preciso no llegar á las inmediaciones de Bilbao hasta cerrada la noche, y pasar el tiempo intermedio por los caminos y campos llenos de gente y con riesgo de ser conocido. Llegaron por fin á la orilla del rio, pero no encontraron á la persona que debia esperarlos para pasarlos al lado opuesto. El guia, á pesar de su ánimo firme, se aturdió con aquel contratiempo, pero tuvieron la fortuna de que unas barqueras los pasasen á aquella hora de la noche. El peligro sin embargo no era tan grande como creian; pues aquel dia se habia levantado el estado de sitio, y en caso de ser descubierto Galiano, hubiera sido juzgado por los tribunales ordinarios, de los cuales nada tenia que temer. En su nuevo

asilo pudo pasarlo ya mejor, recibiendo de Bilbao libros, ropa y lo que necesitaba, y teniendo además el gusto de que fuera á verle su esposa. Los recios temporales del invierno impidieron que hasta el 26 de Diciembre llegase la embarcacion que debia ir en su busca, y sacarle del asilo en que se hallaba desde el 12 del mismo mes. Embarcóse el dia 26, y despues de permanecer dos en la ria, zarpó el 28 por la tarde de Portugaleta en una pequeña trinca-dura francesa de guerra, con la cual llegó al puerto de Pasages. En dicho punto, el Comandante del apostadero francés le recibió con afecto y cortesanía, y habiéndose alterado el mar, hubo de pasar dia y medio en Pasages, hasta que el 31 salió, llegando por la tarde del mismo dia á pisar la tierra segura de Francia, en el puerto de Socoa.

Trasladóse al momento á París, y desde allí á San German, donde permaneció; hasta que en Noviembre de 1842 pasó á Lóndres, para escribir en refutacion de cuanto allí decia contra la causa de sus amigos políticos la prensa inglesa, unánime en vituperarle. Escribió un folleto en inglés con el título de *Apelacion al*

buen sentido y justicia de la Nacion Británica en favor de los liberales moderados españoles, por un español; libro que no hizo efecto, ni contribuyó á rectificar las falsas ideas que en Inglaterra se tienen, ó tal vez afectan tener por interés, de la índole, circunstancias y tendencia de los partidos políticos que luchan en España.

En Junio de 1843 regresó Galiano á París, y allí permaneció, hasta que despues de derrocado el poder de Espartero por el movimiento nacional ocurrido en aquellos meses, (*) regresó á España.

Convocadas nuevas Córtes por el Gobierno provisional, y habiendo triunfado el principio parlamentario, se vió con estrañeza que Galiano, uno de los primeros hombres del Parlamento, no fuese incluido en ninguna de las candidaturas: pusosele sin embargo, á última hora, y despues de circulada otra, en la provincia de Córdoba; y aunque no salió Diputado obtuvo bastantes votos. Pero la falta de Galiano en el Parlamento era conocida y sentida de todos sus amigos políticos, y así fue que retar-

(*) Véase la biografía de Espartero tomo V.

dadas las elecciones de Barcelona por el levantamiento verificado allí en favor de la Junta Central, luego que tuvieron lugar eligieron para Diputado por aquella provincia al Sr. Galiano; y seguramente Barcelona no podía confiar á mas elocuente voz el abogar por sus intereses materiales, y por la conservacion y consolidacion del órden y de la libertad en aquella industriosa capital, que tantos escesos ha sufrido de parte de la revolucion. Pero al llegar las actas de la eleccion de Barcelona á las Córtes, antes de que pudieran ser examinadas, fueron estas suspendidas, á consecuencia de los últimos sucesos, y suspensas continúan á la hora en que escribimos. Si volvieran á abrirse, la voz de Galiano resonaria en ellas como siempre elocuente, y es de creer que si fuesen disueltas, en las nuevas elecciones figuraria el nombre de Galiano entre los elegidos.

Vuelto Galiano á Madrid, ha principiado de nuevo sus lecciones de Política Constitucional en el Ateneo Científico y Literario, á las cuales concurre un numeroso auditorio, ansioso de escuchar sus elocuentes y eruditos discursos, amenizados con el chiste y la gracia natural al

profesor. Estas lecciones se están publicando. El Sr. Galiano se ocupa tambien en la traduccion y anotacion de la Historia de España , escrita en inglés por el Doctor Dunham , y cuyo prospecto se ha publicado. Sensible es en verdad que ocupe su tiempo y emplee su distinguido talento en una traduccion, quien con tantos medios cuenta para obras originales. Pero á ello contribuirá sin duda la necesidad de proveer á su sustento y al de su familia, y el notable y no menos escandaloso abandono en que se deja á un hombre de sus conocimientos y servicios, y que habiendo dejado de percibir su cesantía como Ministro , cobra solo la de Consejero cesante del Consejo Real, con el atraso que es sabido , y sin contar con mas recursos que los de su trabajo para cubrir sus atenciones. De apóstata y transfuga han acusado al Sr. Galiano sus actuales enemigos políticos , en otro tiempo sus amigos: nosotros no vemos en su cambio de principios mas que una prueba evidente , de que su espíritu es demasiado elevado para no seguir el progreso de los conocimientos; de todos modos, si las riquezas, los honores y distinciones son el premio de las apostasias , Galiano no po-

drá por ellos ser acusado. Su situación actual es la mejor respuesta que puede dar á sus detractores.



Indice de las biografías contenidas

EN EL

TOMO SESTO.

D. FRANCISCO ESPOZ Y MINA.

MR. BENJAMIN CONSTANT.

D. CARLOS DE BORBON.

LORD JOHN RUSSEL.

VICTOR HUGO.

EL PRINCIPE DE LA PAZ.

MR. DE LAFAYETTE.

UGO FOSCOLO.

EL P. FR. CIRILO ALAMEDA.

EL BARON LARREY.

D. J. M. PUIG SAMPER.

D. ANTONIO ALCALA GALIANO.



Indice general de las Biografías

CONTENIDAS

EN LOS SEIS TOMOS.

—

ALAMEDA (P. F. CIRILO).	VI.
ALCALA GALIANO (D. ANTONIO).	VI
ALCALA GALIANO (D. DIONISIO).	V
ALVAREZ (D. MARIANO).	I
AHUMADA (DUQUE DE).	IV.
ARCHIDUQUE CARLOS DE AUSTRIA.	II.
ARGUELLES (D. AGUSTIN).	V.
BALZAC (MR. DE).	I.
BERNADOTTE (CARLOS XIV) REY DE SUECIA.	III.
BERRYER (MR. DE).	V.
BONAPARTE.	II.

BORBON (DOÑA MARIA CRISTINA DE).	IV.
BORBON (D. CARLOS DE).	VI.
BROUGHAM (LORD).	V.
BYRON (LORD).	III.
CALOMARDE (D. TADEO).	II.
CARLOS X, REY DE FRANCIA.	IV.
CANNING (MR.).	III.
CHATEAUBRIAND (MR. DE).	IV.
CONSTANT (BENJAMIN).	VI.
EMPECINADO (D. JUAN DIAZ EL).	II.
ESPARTERO (D. BALDOMERO).	V.
ESPOZ Y MINA (D. FRANCISCO).	VI.
ESTEVE (D. RAFAEL).	III.
FERNANDO I, REY DE NAPOLES.	IV.
FERNANDO VII, REY DE ESPAÑA.	III.
FLORIDABLANCA (CONDE DE).	I.
GRAVINA (D. FEDERICO).	II.
GUIZOT (MR.).	II.
HUMBOLD (EL BARON DE).	IV.

IBRAHIM BAJA.	I.
JOVE LLANOS (D. GASPAR MELCHOR DE).	I.
LAFAYETTE (MR. DE).	VI.
LAFFITTE (MR. DE).	III.
LA MENAIS (MR. DE).	III.
LARREY (EL BARON).	VI.
LEON (D. DIEGO DE).	I.
LOPEZ (D. VICENTE).	III.
LUIS FELIPE I, REY DE LOS FRANCESES.	III.
MAHAMUD II.	II
MARTINEZ DE LA ROSA (D. FRANCISCO).	II.
MAIQUEZ (D. ISIDORO).	V.
MAZARREDO (D. JOSE DE).	III.
METERNICH (MR. DE).	I.
MOLÉ (CONDE DE).	V.
MOHAMED ALI.	I.
MORATIN (D. LEANDRO FERNANDEZ).	IV.
MORILLO (D. PABLO).	II.
MURAT (JOAQUIN). REY DE NAPOLES.	V.
NAPOLEON.	II.
NOTHOMB (MR.).	V.

O'CONNELL (MR. DANIEL).	I.
ODILON BARROT (MR.).	V.
ORFILA (D. MATEO JOSE).	I.
PALMERSTON (LORD).	II.
PAZ (EL PRINCIPE DE LA).	VI.
PEEL (SIR ROBERTO).	IV.
PERIER (MR. CASIMIRO).	V.
PEZUELA (D. JOAQUIN DE LA)	III.
PÍO VII.	IV.
PUIG SAMPER (D. J. M.)	VI.
ROSSINI (MR. JOAQUIN).	IV.
RUSSELL (LORD JOHN).	VI.
SILVIO PELLICO.	II.
SOULT (EL MARISCAL).	IV.
THIERS (MR.).	I.
TORENO (EL CONDE DE).	IV.
UGO FOSCOLO.	VI.
VICTOR HUGO (MR.).	VI.

WALTER SCOT.	V.
WELLINGTON (LORD).	I.
ZUMALACARREGUI (D. TOMAS).	III.

FIN DEL ÍNDICE





ANUNCIO.

Circunstancias particulares, y ademas el deseo de proporcionarse interesantes noticias sobre la vida de Personages Españoles, obligan á suspender la publicacion de esta obra, que como han visto nuestros suscritores, ha salido sin la menor interrupcion, y con una exactitud poco comun. Con la misma la continuaremos y acabaremos á los suscritores, por si gustan seguir. Hemos puesto un índice general de los seis tomos publicados, al fin del VI, para mayor facilidad en encontrar la biografia que se desee.

Faltaríamos á nuestro deber si no agradeciésemos al público la buena acogida que ha dispensado á esta interesante obra.

Los señores suscritores que tengan adelantado el pago para mas de los 5 tomos, podrán re-

coger lo que alcancen de los puntos en donde hayan hecho la suscripcion , y en los mismos pedir si les faltase alguna entrega , satisfaciendo su importe. En el concepto que si lo demorasen , no será fácil proporcionárselas despues de formadas las colecciones.

Los 6 tomos encuadernados de esta obra se hallan de venta, á razon de 30 rs. cada uno, en las librerías de Cuesta y Jordan en Madrid , y se enviarán á las provincias mediante el pedido que se haga á los comisionados , al precio de 36 reales tomando la coleccion completa.

